71

Literatura Contemporánea
Seix Barral

Alberto Moravia
Cuentos romanos
II

71
Literatura Contemporanea
Seix Barral

Alberto Moravia
Cuentos romanos
II

Seix Barral

Dirección editorial: R. B. A. Proyectos Editoriales, S. A.

Título original: Racconti Romani
Traducción de M.ª Esther Benítez

© 1954 Gruppo Editoriale Fabbri, Bompiani, Sonzogno, Etas SpA
© Editorial Seix-Barral, S. A., 1985, para la presente edición
Córcega, 270, 08008 Barcelona (España)
Traducción cedida por Alianza Editorial, S. A.

Diseño de colección: Hans Romberg
Primera edición en esta colección: diciembre de 1985
Depósito legal: B. 42.089-1985
ISBN 84-322-2080-9
ISBN 84-322-2078-7 (obra completa)
ISBN 84-322-2159-7 (colección completa)
Printed in Spain - Impreso en España
Distribución: R. B. A. Promotora de Ediciones, S. A.
Travesera de Gracia, 56, ático 1.ª, 08006 Barcelona.
Teléfonos (93) 200 80 45 - 200 81 89
Imprime: Cayfosa, Sta. Perpètua de Mogoda, Barcelona

El terror de Roma

Tenía tantas ganas de un par de zapatos nuevos que a menudo soñaba con ellos, durante aquel verano, en el sótano del inmueble cuyo portero me alquilaba un catre a cien liras por noche. No es que anduviera precisamente descalzo, pero los zapatos que llevaba me los habían dado los americanos, zapatos bajos y livianos; ya no tenían casi tacón ahora y uno estaba roto por el dedo meñique y el otro se había ensanchado y se me salía del pie, parecía una chancleta. Vendiendo algunas cosas en el mercado negro, llevando paquetes y haciendo recados lograba, bien que mal, quitarme el hambre, pero nunca conseguía ahorrar el dinero necesario para los zapatos, unos miles de liras. Estos zapatos se habían convertido en una obsesión, un punto negro suspendido en el espacio que me seguía a donde quiera que fuese. Me parecía que, sin los zapatos nuevos, no podría continuar viviendo, y a veces, por la desesperación de no tener zapatos, pensaba hasta en matarme. Cuando caminaba por las calles no hacía más que mirar a los pies de los transeúntes; o bien me detenía ante los escaparates de las

zapaterías, y me quedaba allí, pasmado, contemplando los zapatos, comparando sus precios, formas y colores, y eligiendo mentalmente el par que a mí me vendría bien. En el sótano donde dormía había conocido a un tal Lorusso, otro refugiado como yo, un muchacho rubio de pelo rizoso, fernido, más bajo que yo; y me di cuenta de que lo envidiaba sólo porque, no sé muy bien cómo, había logrado procurarse un par de zapatos muy buenos, altos, con cordones, de cuero muy grueso, con protectores de hierro y dobles suelas, de esos que llevaban los oficiales aliados. Estos zapatos le estaban muy grandes a Lorusso, y en efecto, todas la mañanas, les metía periódicos para que no se le saliesen del pie. A mí, en cambio que era más alto que él, me sentaban como un guante Yo sabía que Lorusso tenía también un deseo: quería comprarse un pífano, que sabía tocar porque antes de venir a Roma había estado en la montaña, con los pastores. Decía que así, bajo, rubio, con sus ojos azules con una cazadora y los pantalones aliados metidos en los zapatos aliados, y con el pífano en los labios, era capaz de recorrer los restaurantes ganando mucho dinero al tocar, precisamente con el pífano, ciertas tonadas pastoriles y otras pocas que había aprendido cuando trabajaba de mandadero con los americanos. Pero el pífano costaba caro, como los zapatos o quizás más, y Lorusso, que desempeñaba un poco todos los oficios, como yo, no tenía dinero para comprárselo. También él pensaba a menudo en el pífano, como yo en los zapatos; y, sin decírnoslo, nos habíamos puesto de acuerdo: primero yo le hablaba de los zapatos y luego él me hablaba del pífano. Pero no eran más que palabras, y no lográbamos procurarnos ni el pífano ni los zapatos.

Por último tomamos una decisión, de común acuerdo; realmente fui yo el que lo pensé, pero Lorusso lo aprobó inmediatamente, como si no hubiera pensado en otra cosa en toda su vida. Iríamos a cualquier lugar solitario, frecuentado por los enamorados, por ejemplo a Villa Borghese, y daríamos un golpe con una de esas parejas que se apartan para estrecharse y besuquearse más a gus-

to. Descubrí entonces, con sorpresa, que Lorusso era sanguinario, cosa que no hubiera creído nunca a juzgar por su aspecto de pastorcillo inocente. Empezó en seguida a decir con entusiasmo que él se sentía capaz de liquidar a la mujer y al hombre; y repetía esa frase, «liquidar», que había oído quién sabe dónde, con regusto, como si ya estuviera viendo el instante en que los liquidaría de verdad. En cierto momento, incluso, como para demostrarme la manera en que se las arreglaría, se lanzó sobre mí y me aferró por el cuello, fingiendo que me daba muchos golpes en la cabeza con una llave inglesa de hierro macizo.

—Les daré así... y luego así..., y así... Hasta que los liquide a los dos.

Ahora bien, yo soy muy nervioso, porque me quedé un día y una noche en una bodega, bajo las ruinas de mi casa, en el pueblo, por causa de un bombardeo, y desde aquella época tengo una cara que a cada momento me salta con un tic, y basta cualquier nadería para sacarme de mis casillas. Así, con un empujón, lancé a Lorusso contra el muro del sótano y le dije:

—Las manos quietas... Si me vuelves a tocar, palabra de honor que cojo esta llave y te liquido de verdad.

Luego me recobré, y añadí:

—¿Ves cómo eres un ignorante?... No entiendes nada, eres un buey... ¿No sabes que las parejas que hacen el amor al aire libre lo hacen a escondidas?... De no ser así, lo harían en sus casas... De forma que si les quitas el dinero no te denuncian, porque tienen miedo de que el marido o la madre se enteren de que hacían el amor... Pero si los liquidas, los periódicos hablan de ello, todos se enteran y al final los polis te pescan... En cambio, hay que fingir que somos dos agentes de paisano: las manos arriba, os estáis besando, ¿no sabéis que está prohibido? Estáis en contravención... Y, con la excusa de la contravención, les quitamos el dinero y nos marchamos.

Lorusso, que es realmente estúpido, me miraba con la boca abierta, con sus ojos redondos y azules, como de

porcelana, bajo los cabellos que le nacen en medio de la frente. Por último, dijo:

—Sí, pero... el muerto al hoyo, y el vivo al bollo.

Lo dijo así, sin expresión, como cuando decía «los liquido», como un papagallo; quién sabe dónde habría oído el refrán. Le contesté:

—No seas ignorante... Haz lo que te digo y cierra la boca.

Esta vez ya no protestó y quedamos de acuerdo para dar el golpe.

El día fijado, por la noche, fuimos a Villa Borghese, Lorusso se había metido en la cazadora la llave inglesa y yo tenía en el bolsillo una pistola alemana que me habían dado para vender, pero no había encontrado aún a nadie que la quisiera. Por precaución la había descargado, pensando que, o el golpe tenía éxito en seguida, o bien, si había que disparar, más valía renunciar a él. Cogimos la avenida, a lo largo del paseo de caballos, y allí cada banco tenía su pareja, pero había faroles y muchos transeúntes, como en las calles. De esta avenida pasamos a la que lleva al Pincio, que es uno de los lugares más oscuros de Villa Borghese y las parejas lo prefieren también porque está muy cerca de la Plaza del Popolo. En el Pincio estaba verdaderamente oscuro, a causa de los árboles, y también había pocos faroles: las parejas de los bancos eran incontables. Incluso había dos en cada banco, y cada una se despachaba a sus anchas, besándose y abrazándose, sin avergonzarse de que la otra, que hacía lo mismo, la viera. Ahora a Lorusso se le habían pasado las ganas de liquidar a la gente, porque él era así y cambiaba de idea fácilmente; y al ver a todas aquellas parejas que se besaban comenzó a suspirar, con los ojos brillantes y la cara llena de envidia, y luego dijo:

—Yo también soy joven, y cuando veo a todos estos enamorados que se besan, te digo la verdad, si no estuviera en Roma sino en el campo, le metería miedo al hombre para que se fuera y a la muchacha le diría: ven,

hermosa... ven, que no te haré daño..., ea, hermosa, ven con tu Tommasino.

Caminaba por el centro de la avenida, separado de mí, y se volvía a mirar a las parejas de una manera que daba vergüenza, lamiéndose los labios con la lengua roja y gruesa exactamente igual que un buey; y quería, a toda costa, que yo también mirase a las parejas y observase cómo los hombres metían las manos bajo los vestidos de las mujeres, y cómo las mujeres se apretaban contra los hombres y les dejaban meter las manos por debajo. Yo le respondí:

—¡Mira que eres imbécil!... ¿Quieres o no el piano?

—Ahora lo que querría verdaderamente es una chica..., una cualquiera, aquélla, por ejemplo —respondió, volviéndose a mirar a uno de los bancos.

—Entonces —le dije— no debías haber cogido la llave inglesa ni venir conmigo.

—Casi, casi, pienso que habría hecho mejor.

Decía eso porque era ligero y cambiaba de opinión a cada momento. Al recorrer el Pincio había visto un poco de pierna femenina desnuda, algún beso, algún achuchón, y esto le había bastado para morirse de ganas de hacer el amor. Pero yo, en cambio, no me distraigo fácilmente, y cuando quiero una cosa ha de ser ésa, y no otra. Quería, pues, los zapatos y estaba decidido a procurármelos aquella misma noche, a cualquier precio.

Recorrimos durante un rato el Pincio, de avenida en avenida, de banco en banco, a lo largo de todos esos bustos de mármol blanco alineados en fila a la sombra de los árboles. No acabábamos de encontrar el lugar apropiado, porque siempre temíamos que las otras parejas, tan próximas, nos vieran; y Lorusso, como de costumbre, empezaba a distraerse de nuevo. Ahora ya no pensaba en el amor, sino, no sé por qué, en los bustos de mármol.

—¿De quién son todas estas estatuas? —preguntó de pronto—. ¿Se puede saber de quién son?

—Ves cómo eres un ignorante... —le contesté—, son

todas de grandes hombres... Como son grandes hombres, les han hecho la estatua y la han puesto aquí.

El se acercó a una de las estatuas, la miró y dijo:

—Pero ésta es una mujer.

—Se ve que también ella fue grande —le contesté.

No parecía muy convencido, y al final preguntó:

—De modo que, si yo fuera un gran hombre, me harían también una estatua.

—Claro..., pero tú no serás nunca un gran hombre.

—¿Quién te lo ha dicho?... Supongamos que me convierta en el terror de Roma..., liquido a mucha gente, los periódicos hablan de mí, nadie me encuentra... Entonces, me harían también a mí la estatua.

Me eché a reír, aunque sin muchas ganas, porque sabía de dónde le había venido la idea de convertirse en el terror de Roma; habíamos estado, días atrás, viendo una película que se llamaba, precisamente: «El terror de Chicago»; y le contesté:

—No se llega a ser un gran hombre liquidando a la gente... ¡Qué ignorante eres...! Esos son grandes hombres que no liquidaban a nadie.

—¿Y qué hacían?

—Bueno, escribían libros.

El, ante estas palabras, se quedó a disgusto, porque era casi analfabeto. Y al final, dijo:

—La verdad es que me gustaría tener una estatua..., me gustaría, sí... Así la gente se acordaría de mí.

—Eres un verdadero cretino —le dije— y me avergüenzo de ti... Pero es inútil que te lo explique, total, sería trabajo perdido.

Bueno, dimos alguna otra vuelta y luego fuimos a la terraza del Pincio. Había algunos coches y la gente había bajado de ellos para admirar el panorama de Roma. También nosotros nos asomamos; se veía toda Roma, como una torta negra quemada, con muchas grietas de luz, y cada grieta era una calle. No había luna pero sí claridad, y le enseñé a Lorusso el perfil de la cúpula de San Pedro, neto contra el cielo estrellado. El dijo:

—Figúrate, si yo fuera el terror de Roma... toda esa

gente, en todas esas casas, no haría más que pensar en mí y ocuparse de mí, y yo —aquí hizo un gesto con la mano como si hubiera querido amenazar a Roma—, yo saldría todas las noches y liquidaría a alguien, y ninguno me encontraría.

—Eres realmente bobo —le contesté— y no deberías ir nunca al cine... En América tienen metralletas, máquinas y están organizados... Es gente que trabaja en serio... Y tú, ¿quién eres?... Un pastor de ovejas que come requesón, con una llave inglesa metida en la cazadora.

Se calló, amoscado, y por último, dijo:

—Bonito el panorama, no es preciso decirlo, muy bonito..., pero, en resumen, ya he entendido que esta noche no se hace nada y nos vamos a la cama.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Quiero decir que se te han pasado las ganas y que tienes miedo.

Hacía siempre así: se distraía, pensaba en otra cosa y luego me echaba a mí la culpa, acusándome de ser cobarde. Le contesté:

—Ven, cretino... Te demostraré que no tengo miedo.

Cogimos una venida muy oscura, a lo largo del parapeto que da sobre la calle del Muro Torto. También aquí había bancos y parejas a montones, pero, por uno u otro motivo, comprendía que era imposible y le hacía señas de proseguir a Lorusso. En cierto momento vimos a dos, en un lugar muy oscuro y solitario; y yo casi me decidía, pero entonces pasaron dos guardias a caballo y aquellos dos, por temor a que los vieran, se fueron. Así, siempre siguiendo el parapeto, llegamos a la parte del Pincio que da al puente del Muro Torto. Allí hay un pabellón rodeado por un seto de laureles, reforzado con un alambre espinoso. Pero, hacia un lado, hay una puertecita de madera que está siempre abierta. Conocía el pabellón porque había dormido allí algunas noches que no tenía ni siquiera dinero para pagar el catre del portero. Es una especie de invernadero, con cristales hacia el lado del puente, y dentro se guardan útiles de jardi-

nería, macetas y muchos de los bustos de mármol, a los que los chiquillos le han roto la nariz o la cabeza, para repararlos. Nos acercamos al parapeto, Lorusso se sentó en él y encendió un cigarrillo. Estaba en equilibrio sobre el parapeto, fumando con aire petulante, y en aquel momento sentí tanta antipatía hacia él que pensé seriamente en darle un empujón y arrojarlo abajo. Daría un salto de cincuenta metros y se aplastaría como un huevo contra la acera del Muro Torto; yo, entonces, correría hasta abajo y le quitaría sus magníficos zapatos, que me apetecían tanto. Me dio mucha rabia pensar esto, porque advertí que, por un momento, me había hecho la ilusión de sentir tanta antipatía por Lorusso que habría sido capaz de matarlo, cuando, en realidad, el verdadero motivo seguían siendo los malditos zapatos y me daba igual Lorusso u otro cualquiera, con tal de que tuviera los zapatos. Pero quizás lo habría tirado verdaderamente abajo, porque estaba cansado de dar vueltas y él me atacaba los nervios, si no hubieran pasado junto a nosotros, de pronto, dos sombras enlazadas, casi rozándonos: una pareja. Pasaron exactamente ante mí, él más bajo que ella, pero en la oscuridad no pude ver sus caras. Ante la puerta, me pareció que la mujer se resistía y oí que él murmuraba:

—Entremos aquí.

—Pero está oscuro —respondió ella.

—¿Qué te importa? —dijo él.

En resumen, al final ella cedió y abrieron la puerta, entraron y desaparecieron en el recinto.

Entonces me volví hacia Lorusso y le dije:

—Justo lo que necesitábamos... Se han metido en el invernadero para estar tranquilos... Nosotros, ahora, nos presentamos como dos agentes de paisano... Fingimos que les ponemos una multa y les quitamos el dinero.

Lorusso tiró su cigarrillo, saltó del parapeto y me dijo:

—Sí, pero yo quiero la chica.

Me quedé de piedra y le pregunté:

—¿Qué dices?

—Que yo quiero la chica... ¿no lo entiendes?... En resumen, que me la quiero tirar.

Comprendí entonces y dije:

—Pero, ¿estás loco?... Los agentes de paisano no tocan a las mujeres...

—¿Y a mí qué me importa?

Tenía una voz curiosa, como estrangulada, y aunque no le veía la cara comprendí por su voz que hablaba en serio. Respondí, resuelto:

—En tal caso, no hacemos nada.

—¿Por qué?

—Porque no..., conmigo no se toca a las mujeres.

—¿Y si yo quiero hacerlo?

—Empezaría a bofetadas contigo, como hay Dios que lo hago.

Estábamos allí, junto al parapeto, nariz contra nariz, disputando. El dijo:

—Eres un cobarde.

—Y tú un cretino —respondí, secamente.

Entonces él, rabioso por aquellas ganas de mujer que yo le impedía desahogar, dijo de pronto:

—Está bien, no tocaré a la chica... pero al hombre lo liquido.

—Pero, ¿por qué? Eres un cretino... ¿por qué?

—Sin más, o la chica, o el hombre.

Entre tanto pasaba el tiempo, yo temblaba porque una ocasión como aquélla no iba a volver, y por fin le dije:

—Está bien... si es necesario... Pero quiero decir que sólo lo harás si hago un gesto así —y me pasé la mano por la frente.

Quién sabe por qué, quizás porque era muy estúpido, Lorusso aceptó de inmediato y respondió que estaba de acuerdo. Le hice repetir la promesa de no moverse si no hacía yo la señal, y luego empujamos la puerta y entramos también en el recinto. Hacia un lado, contra el parapeto, estaba el pequeño tranvía que, durante el día, tirado por un burrito, lleva de paseo a los niños por los senderos del Pincio. En el rincón, entre el parapeto y la

puerta, había un farol que extendía su luz, a través del recinto y de los cristales, hasta dentro del invernadero. Se veían, en el invernadero, muchas macetas alineadas en orden, según los tamaños, y, detrás de las macetas, varios bustos de mármol, puestos en el suelo, muy grotescos, tan blancos e inmóviles como personas que sólo salieran del suelo con el pecho. Durante un momento no vi a la pareja, luego adiviné que estaba al fondo del invernadero, fuera de la luz del farol. Era un rincón oscuro, pero la muchacha estaba en parte dentro del haz del farol, y comprendí que era ella por la mano blanca que dejaba colgar, inerte, durante el beso, sobre el fondo oscuro del traje. Entonces empujé la puerta, diciendo:

—¿Quién hay ahí?... ¿Qué hacen aquí?

Inmediatamente el hombre se adelantó con decisión, mientras la mujer se quedaba en el rincón, quizás con la esperanza de no ser vista. Era un joven bajo, con cabeza muy gruesa y casi sin cuello, una cara hinchada, ojos saltones y labios prominentes. Seguro de sí mismo, lo ví en seguida, y antipático. Mecánicamente bajé los ojos hacia sus pies y le miré los zapatos; vi que eran nuevos, de los que me gustan, tipo americano, con suelas de caucho y costuras a lo mocasín. No parecía asustado y ello me atacaba los nervios; por lo cual la cara me saltaba más que nunca en el tic. El preguntó:

—Y ustedes, ¿quiénes son?

—Policía —respondí—. ¿No saben que está prohibido besarse en los lugares públicos? Han incurrido en contravención... Y usted, señorita, adelántese... Es inútil que intente esconderse.

Ella obedeció y vino a ponerse al lado de su amigo. Era, como ya dije, más alta que él, delgada, menuda de cintura, con una falda negra acampanada que le llegaba hasta media pierna. Era muy graciosa, con una carita de Virgen, cabellos negros y largos y ojos negros y grandes; parecía muy seria, casi sin pintar, hasta el punto de que si no la hubiera visto besarse con él no la habría creído capaz.

—¿No sabe, señorita, que está prohibido besarse en

los lugares públicos? —le dije para dar seriedad a mi papel de agente—. Y, además, usted, una señorita tan distinguida, debería avergonzarse... besarse aquí, a oscuras, en los jardines, como una prostituta cualquiera.

La señorita hizo un ademán de protesta, pero él la detuvo con un gesto, y luego, dirigiéndose a mí, con arrogancia:

—De manera que estoy en contravención, ¿eh?... Entonces, enséñenme sus papeles...

—¿Qué papeles?

—Los documentos de identidad que prueban que son realmente dos agentes.

Se me ocurrió que quizás fuera de la policía; no me habría sorprendido, dada mi mala suerte. Dije, sin embargo, con violencia:

—Menos charla... Están en contravención y tienen que pagar.

—Pagar, ¿qué? —hablaba con facilidad, como un abogado, y se veía que no tenía miedo—. ¡Qué clase de agentes son!... Agentes, ustedes, con esas caras... El con esa cazadora y tú con esos zapatos... Ah, se ve que me toman por tonto.

Al oírme recordar los zapatos, que, efectivamente, rotos y deformados como estaban, no podían ser los de un agente, me acometió una especie de furia. Saqué del impermeable la pistola y se la apreté fuertemente contra la barriga, diciendo:

—Está bien, no somos agentes... Pero tú ya puedes ir soltando los cuartos y no me vengas con historias...

Lorusso, hasta entonces, se había quedado a mi lado sin decir palabra, boquiabierto, como un estúpido que era. Pero cuando vio que había dejado de hacer la comedia se despertó él también.

—¿Has entendido? —dijo, poniendo su llave inglesa bajo la nariz del hombre—. Suelta los cuartos si no quieres que te dé con esto en la cabeza.

Esta intervención me irritó todavía más que los modales soberbios del hombre. La muchacha, al ver aquel

utensilio de hierro, lanzó un pequeño chillido, y yo le dije, con amabilidad, porque cuando quiero sé ser amable:

—Señorita, no le haga caso... Es bobo... Esté tranquila, no se les hará ningún daño... Retírese a aquel rincón de allá y déjenos actuar... Y tú, quita ese hierro del medio. —Luego le dije al hombre: —Vamos, dese prisa.

Es preciso decir que el joven, aunque muy antipático, era valiente; incluso ahora, que yo le tenía la pistola hundida en la barriga, no demostraba ningún miedo. Se echó simplemente la mano al pecho y sacó la cartera:

—Ahí tienen la cartera.

Yo la palpé, metiéndomela en el bolsillo, y comprendí por el tacto que no contenía mucho dinero.

—Y ahora, dame el reloj.

El se quitó el reloj de la muñeca y me lo dio:

—Ahí va el reloj.

Era un reloj de poco valor, de acero.

—Dame ahora la pluma.

Se quitó la pluma del bolsillo:

—Ahí está la pluma.

La pluma era magnífica: americana, con el plumín encerrado dentro del mango, aerodinámica. No se me ocurría nada más que pedirle. Nada, salvo aquellos hermosos zapatos nuevos que me habían llamado la atención desde el principio. El dijo, con ironía:

—¿Quiere algo más?

—Sí, quítate los zapatos —dije yo, sin vacilar.

Esta vez protestó:

—Los zapatos, no.

Y yo, entonces, no pude contenerme. Hacía un rato, desde el primer momento, que experimentaba la tentación de darle una bofetada en aquella cara firme y antipática; y quería ver el efecto que le hacía a él y a mí mismo. De forma que le dije:

—Vamos, quítate los zapatos... No hagas el tonto —y con la mano libre le di un bofetón, un poco de través.

Se puso muy rojo, y luego blanco, y vi acercarse el

momento en que me saltaría encima. Pero, por suerte, la muchacha le gritó, desde su rincón:

—Sí, Gino, dales todo lo que quieran.

Y él se mordió los labios hasta hacerse sangre, mirándome fijamente, y luego dijo:

—Está bien —inclinando la cabeza.

Se bajó y empezó a desatarse los zapatos. Se quitó uno después de otro y, antes de dármelos, los examinó un momento con expresión de pesar: también le gustaban a él. Sin zapatos era muy bajo, más bajo incluso que Lorusso, y comprendí por qué se había comprado un par de zapatos con la suela tan gruesa. Entonces ocurrió el error. El, en calcetines, me preguntaba:

—¿Qué quieres ahora?... ¿También la camisa?

Y yo, con los zapatos en la mano, iba a responderle que ya bastaba, cuando algo me rozó la frente.

Era una arañita que había caído hasta el final de su hilo desde el techo del invernadero. Me llevé la mano a la frente para quitármela, y Lorusso, como un verdadero bruto, creyendo que le había hecho la señal, levantó inmediatamente la llave inglesa y asestó un gran golpe en la parte posterior de la cabeza del hombre. Yo mismo sentí el golpe, fuerte y sordo, como si hubiera dado sobre un ladrillo. Y en seguida el otro se me cayó encima, casi abrazándome, como un borracho; y luego se deslizó al suelo, con el rostro hacia atrás y unos ojos revueltos en los que sólo se veía el blanco. En seguida la muchacha lanzó un agudo chillido y se precipitó desde su rincón sobre él, que estaba tendido en el suelo, inmóvil, llamándolo por su nombre. Para comprender todo lo imbécil que es Lorusso basta con decir que, en medio de la confusión, alzó de nuevo la llave inglesa sobre la cabeza de la muchacha arrodillada, interrogándome con la mirada sobre si debía gastarle la misma broma que a su amigo. Yo le grité:

—Pero, ¿estás loco? Larguémonos.

Y, así, nos escapamos. Tan pronto estuvimos de nuevo en la avenida le dije a Lorusso:

—Ahora anda despacio, como si paseases... Ya has hecho bastantes tonterías por hoy.

El disminuyó su marcha y yo, mientras caminábamos, me metí los zapatos en el impermeable, uno en cada bolsillo.

Mientras caminábamos le dije a Lorusso:

—Y luego no quieres que te diga que eres un cretino... ¿Cómo se te pasó por la cabeza darle ese golpe?

El me miró y contestó:

—Tú me has hecho la señal.

—Pero, ¿qué señal?... Era una araña que me rozaba la frente.

—Y ¿cómo podía saberlo yo?... Me has hecho la señal.

En ese momento estaba tan furioso con él que lo habría estrangulado. Dije, con rabia:

—Eres verdaderamente un cretino... Ahora, lo habrás matado.

El, entonces, como si lo hubiera calumniado, protestó:

—No, le he dado con el revés... donde no hay punta... Si hubiera querido matarlo le habría dado con la punta.

No dije nada, la rabia me roía y la cara se me saltaba con el tic hasta el punto de que me tuve que llevar la mano a la mejilla para que se estuviera quieta. El continuó:

—¿Has visto que chica tan guapa?... Casi, casi, se lo decía: vamos, hermosa, ven, hermosa... A lo mejor, venía... He hecho mal al no intentarlo.

Caminaba satisfecho, pavoneándose, y continuaba diciendo todo lo que le habría gustado hacerle a la muchacha y cómo lo habría hecho; hasta que yo le dije:

—Oye, cierra esa maldita boca y quédate tranquilo.. Si no, no respondo de mí.

Se calló y, en silencio, pasamos el *piazzale* Flaminio, el Lungotevere, el puente, y llegamos a la Plaza de la Libertà. Allí hay unos bancos, a la sombra de los árboles, y no había nadie, incluso había un poco de niebla que venía del Tíber. Le dije:

—Sentémonos aquí un momento... Así vemos lo que hemos sacado... Y, además, quiero probarme los zapatos.

Nos sentamos en el banco y, como primera medida, abrí la cartera; me encontré con que sólo tenía dos mil liras y nos las repartimos. Luego dije a Lorusso:

—No te mereces nada... pero yo soy justo... Te doy la cartera y el reloj... Yo me quedo con los zapatos y la pluma... ¿Está bien?

—No, no está bien —protestó de inmediato—. ¿Qué modales son éstos? ¿Dónde está la mitad?

En resumen, discutimos un buen rato y al final convenimos en que yo me quedaría con los zapatos y él se llevaría la cartera, la pluma y el reloj. Sin embargo, le dije:

—¿Para qué quieres la pluma?... Si ni siquiera sabes escribir tu nombre.

—Para que te enteres, sé leer y escribir, llegué hasta tercero elemental... Y, además, una pluma como ésta me la comprarán en la Plaza Colonna.

Yo había cedido porque no veía la hora de tirar los zapatos viejos y además estaba cansado de discutir, y de los nervios me había dado incluso dolor de estómago. Me quité, pues, los zapatos y me probé los nuevos. Pero descubrí con desilusión que me estaban pequeños; y ya se sabe que todo tiene remedio, menos unos zapatos pequeños. Entonces le dije a Lorusso:

—Mira, los zapatos me están pequeños... En cambio, son justamente tu pie... Cambiémoslos... Tú me das los tuyos, que te están grandes, y yo te doy éstos, que son más bonitos y están más nuevos que los tuyos.

Esta vez lanzó un largo silbido, como de desprecio, y contestó:

—Pobrecito... seré cretino, como dices, pero no hasta ese punto.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que es hora de irse a la cama.

Miró pomposamente el reloj del joven y añadió:

—Mi reloj tiene las once y media. ¿y el tuyo?

No dije nada, volví a meter los zapatos en los bolsillos del impermeable y lo seguí.

Tomamos el tranvía y todo el tiempo yo me consumía por la injusticia de mi suerte, y pensaba en lo cretino que era Lorusso y en lo que yo debía hacer para conseguir sus zapatos a cambio de los míos. Cuando descendimos del tranvía, en nuestro barrio, comencé otra vez a discutir con él e incluso, en vista de que las razones no valían para nada, le supliqué.

—Lorusso... para mí esos zapatos son la vida. Sin zapatos ya no puedo vivir... Si no quieres hacerlo para darme gusto, hazlo, al menos, por amor de Dios.

Nos encontrábamos en una calle desierta, allá arriba, hacia San Giovanni. El se detuvo bajo una farola y comenzó a dar vueltas a su pie hacia todos los lados, vanidosamente, para hacerme rabiar.

—Son bonitos mis zapatos, ¿eh?... ¿Te apetecen?... Pues ya puedes ponerte como te pongas... total, no te los voy a dar.

Luego empezó a canturrear: «Ya puedes llorar, no los has tenido y no los tendrás». En resumidas cuentas, me jorobaba. Me mordí los labios y puedo jurar que si hubiera tenido balas en la pistola lo habría matado, no sólo por los zapatos, sino también porque ya no lo podía aguantar. Así, llegamos al sótano donde dormíamos. Llamamos a la ventana del semisótano; el portero, gruñendo como de costumbre, vino a abrirnos; y bajamos al sótano. Allí había cinco catres en fila, en los tres primeros dormían el portero y dos de sus hijos, jóvenes como nosotros; en los dos últimos, Lorusso y yo. El portero se hizo pagar por adelantado, después apagó la luz y se fue a la cama y nosotros, a oscuras, buscamos los catres y nos acostamos. Pero una vez que estuve bajo aquella mantita liviana volví a pensar en los zapatos y, por último, tomé una decisión. Lorusso dormía vestido, pero yo sabía que los zapatos se los quitaba y los dejaba en el suelo, entre los dos catres. Me levantaría a oscuras, me pondría sus zapatos, dejándole los míos, y luego me iría, fingiendo dirigirme al retrete, que estaba fuera, a la entrada

del sótano. Pensé que me convenía hacerlo así porque también podía darse la casualidad de que Lorusso hubiera matado realmente a aquel hombre en el invernadero y era mejor que no me quedara con él. Lorusso no sabía mi apellido, sólo conocía mi nombre, y así, si lo detenían, no habría podido decir nada. Dicho y hecho, me levanto, pongo los pies en el suelo, me inclino muy despacio, me meto los zapatos de Lorusso. Estaba a punto de atarlos cuando sentí que me daban un violento golpe: por fortuna me moví y el golpe me rozó la oreja y me alcanzó en el hombro. Era Lorusso que, a oscuras, me había dado con aquella maldita llave inglesa. Yo, por el dolor, esta vez casi perdí la cabeza, me levanté y le di un puñetazo a ciegas. El me agarró por el pecho, intentando darme otra vez con la llave, y rodamos juntos por el suelo. Con aquel alboroto se despertaron el portero y sus hijos y encendieron la luz. Yo gritaba: —«¡Asesino!», y Lorusso, por su parte, gritaba: —«¡Ladrón!», y los otros también gritaban y trataban de separarnos. Luego Lorusso le dio un golpe con la llave al portero, que era un hombretón al que cualquier nadería bastaba para ponerlo furiosco, y el portero cogió una silla y trató de golpear en la cabeza a Lorusso. Entonces Lorusso se plantó en el fondo del sótano, contra la pared, y agitando la llave comenzó a aullar:

—¡Adelante, si tenéis riñones! Os liquidaré a todos... Soy el terror de Roma —como un loco, con el rostro escarlata, los ojos fuera de las órbitas.

En ese momento yo cometí la imprudencia de gritar, tan fuera de mí estaba:

—¡Cuidado! Hace poco que ha matado a un hombre... es un asesino.

Para decirlo pronto: mientras nosotros intentábamos inmovilizar a Lorusso, que aullaba y se debatía como un poseído, uno de los hijos del portero fue a llamar a los agentes; y un poco por mí, otro poco por Lorusso, se enteraron del asunto del invernadero y nos detuvieron a los dos.

En la comisaría donde nos llevaron bastó un telefona-

zo y en seguida nos dijeron que éramos los dos que habían dado el golpe de Villa Borghese. Yo dije que había sido Lorusso y él, esta vez, quizá por los palos que le habían dado, no resolló. El comisario dijo:

—Muy bien... ¡Sois dos tipos estupendos!... Robo a mano armada e intento de homicidio.

Para comprender lo inconsciente que es Lorusso basta con saber que, tras un momento, como recuperándose, preguntó:

—¿Qué día es mañana?

—Viernes —le respondieron.

Y él, frotándose las manos, dijo:

—¡Uy, qué bien, mañana hay sopa de judías en Regina Coeli!

Así me enteré de que también era perjuro, pues siempre me había jurado que nunca lo habían metido en la cárcel. Luego miré mis pies, vi que me había quedado con los zapatos de Lorusso y pensé que, después de todo, había obtenido lo que deseaba.

La amistad

Mariarosa es un nombre doble, y la mujer que llevaba este nombre era doble también, tanto en lo físico como en lo moral. Tenía una carota blanca y roja, ancha como una luna llena, desproporcionada con su cuerpo, que era normal; hacía pensar en esas rosas que se llaman «repollos» precisamente porque son tupidas y gruesas como repollos, y, en suma, al verla se pensaba que con una cara así se podrían hacer fácilmente dos. Esta carota suya, además, estaba siempre plácida, sonriente, seráfica, todo lo contrario de su carácter, que, como advertí a mi costa, era endiablado, en cambio. Y por eso he dicho que era doble también en lo moral.

Le había hecho la corte de todas las maneras; primero, respetuosa, galante, insinuante; luego, al ver que no me hacía caso, había probado a ser más entrometido y agresivo, esperándola en medio de la escalera, en el rellano más oscuro, intentando besarla a la fuerza; me había ganado algunos empujones y, para acabar, un bofetón. Entonces había pensado en hacerme el desdeñoso, el ofendido, en no saludarla, en volverme hacia otro lado cuando

la encontraba; peor, parecía como si yo no existiera para ella. Por último me había puesto implorante, le había suplicado, incluso llegué a rogarle que me quisiera con lágrimas en los ojos: nada. Y si al menos me hubiera desanimado por completo, para siempre; pero, maligna, precisamente cuando iba a mandarla al diablo me volvía a atrapar con una frase, una mirada, un gesto. Posteriormente he comprendido que, para una mujer, los pretendientes son como los collares y los brazaletes: adornos de los que, si puede, prefiere no deshacerse. Pero entonces, ante aquella mirada o aquel gesto, pensaba: —«Sin embargo, bajo todo esto hay algo... Volvamos a intentarlo». De pronto me enteré de que aquella coqueta se había prometido con mi mejor amigo, Attilio. Me dio rabia por muchos motivos: ante todo, porque me la había jugado ante mis narices, sin decirme nada, y, además, porque a Attilio se lo había presentado yo; y así, sin saberlo, les había tenido la vela.

Pero soy un buen amigo y, para mí, la amistad es ante todo. Había querido a Mariarosa; pero desde el momento en que se había convertido en la novia de Attilio era sagrada para mí. Ella habría querido, quizás, continuar hostigándome; pero yo se lo hice entender de todas las maneras y, por fin, un día, se lo dije claramente:

—Tú eres una mujer y no entiendes la amistad... Pero tú, desde que te has puesto con Attilio, para mí es como si no existieras... Ni te veo, ni te oigo... ¿Entendido?

De momento pareció darme la razón. Pero como continuaba coqueteando decidí no volverla a ver y cumplí mi palabra. Supe después que se habían casado y se habían ido a vivir con la hermana de ella, que era enfermera. Y que Attilio, que solía estar sin trabajo nueve días de cada diez, había encontrado un puesto de cargador en una empresa de transportes. Mariarosa, en cambio, trabajaba como antes, de planchadora, pero a jornal. Estas informaciones me tranquilizaron, en cierto sentido. Sabía, en suma, que no lo pasaban muy bien y que el matrimonio tampoco podía marchar bien. Pero, como buen

amigo leal, continué sin dar señales de vida. Un amigo es un amigo y la amistad es sagrada.

Soy fontanero y, ya se sabe, los fontaneros van de una casa a otra, y, así, llegan incluso a donde no deberían llegar. Uno de esos días, mientras iba a casa de un cliente con la bolsa de las herramientas al hombro y un tubo de plomo enrollado al brazo, sentí que me llamaban por mi nombre al pasar por Ripetta:

—¡Ernesto!

Me volví; era ella. Al verla, con aquella carota sólida, plácida y socarrona sobre un cuerpo de cinturita de avispa y caderas y pecho rotundos, me volvió el antiguo sentimiento y casi me quedé sin aliento. Pero pensé: «Eres un amigo..., compórtate como un amigo.» Le dije, muy seco:

—Los que no mueren se vuelven a ver.

Ella tenía el fardo de la compra bajo el brazo, lleno de verdura y de paquetes de papel amarillo. Me dijo, sonriendo:

—¿No me reconoces?

—Ya te lo he dicho: los que no mueren se vuelven a ver.

—¿Por qué no me acompañas a casa? —continuó—. Justamente esta mañana me he dado cuenta de que la tubería del fregadero, en la cocina, está atascada... Anda, acompáñame.

—Si es para una reparación, está bien... —respondí, con lealtad.

Ella me lanzó una de sus ojeadas, que en otros tiempos hacían que la cabeza me diera vueltas, y añadió:

—Pero tendrás que llevarme este bulto...

Y así, cargado como un burro, con la bolsa de las herramientas, el tubo de plomo y el fardo de la compra, marché tras ella, que me precedía.

No fuimos muy lejos, en una perpendicular a *via* Ripetta nos metimos en un portalito que parecía la entrada de una gruta, subimos por una escalera asquerosa, húmeda, oscura, maloliente. A la mitad de la escalera ella se volvió y me dijo, sonriendo:

—¿Te acuerdas cuando te apostabas en el rellano, a oscuras...? Qué miedo me dabas... ¿o ya te has olvidado?

—Mariarosa, no me acuerdo de nada —respondí, rígido— ...recuerdo sólo que soy amigo de Attilio y que la amistad ante todo.

—¿Y quién te ha dicho que no tienes que ser su amigo? —respondió ella, desconcertada.

Entramos en el departamento; tres habitacioncitas del último piso, con ventanas que daban a un patio que parecía un pozo, negro y sin sol. En la cocina no podía uno moverse y la puerta-ventana daba al balconcillo donde estaba el retrete. Mariarosa se sentó en una silla, espatarrada, con el regazo lleno de judías verdes para despuntar, y yo, dejando la bolsa en el pavimento, me arrodillé junto al fregadero para hacer la reparación. Vi en seguida que el tubo estaba pasado y que había que poner otro nuevo, y le advertí:

—Mira que hace falta poner un tubo nuevo..., ¿puedes pagarlo?

—¿Y la amistad?

Me mordí los labios, pensando: —«Amistad de doble filo», pero no dije nada. Cogí las tenazas, quité la guarnición, que estaba pasada igual que el tubo, saqué de la bolsa el soplete para soldar, le eché gasolina, siempre en silencio. En este momento sentí que me preguntaba:

—¿Eres realmente amigo de Attilio?

Me volví a mirarla; estaba con los ojos bajos, sonriente, meliflua, atenta a sus judías. Le dije:

—Claro que sí...

—Entonces —continuó, tranquila—, puedo hablar libremente contigo... Quisiera que me digas, tú que lo conoces bien, si ciertas impresiones mías son exactas.

Le contesté que hablara sin miedo; entre tanto, había encendido la llama y la regulaba. Ella continuó:

—Por ejemplo, ¿no te parece que ese puesto que ha encontrado no es adecuado para él...? Hacer de porteador...

—De cargador, querrás decir...

—Hacer de porteador no es un oficio..., yo insisto para que estudie enfermero... Luego, mi hermana podría hacerlo entrar en el Policlínico...

Entre tanto yo había colocado el tubo. Cogí el soplete y, casi sin pensarlo, manteniéndolo en el aire, le pregunté:

—¿Quieres la verdad o que te responda con cumplidos?

—La verdad.

—Bueno, yo soy amigo de Attilio, pero eso no me impide ver sus defectos... Ante todo, es perezoso.

—¿Perezoso?

Cogí un trozo de estaño, acerqué el soplete y comencé la soldadura. La llama rugía y yo, para dominar el ruido, levanté la voz:

—Sí, perezoso... Tú, querida, tendrás que habituarte a tener un marido desocupado... Yo sí que soy trabajador..., pero él, no; a él le gusta levantarse tarde, dar una vuelta por ahí, ir al café, leer el periódico con las noticias deportivas, discutirlas... Justo un cargador, si acaso... Pero enfermero es un trabajo de responsabilidad... No, no lo veo muy claro.

—Pero yo —continuó ella, siempre con su voz tranquila y reflexiva— ni siquiera estoy segura de que tenga ese trabajo... Dice que se va a trabajar... Pero todavía no he visto nada de dinero... Empiezo a pensar que puede haberme dicho una mentira... ¿Qué piensas tú?

—¿Mentiras? —respondí sin reflexionar—. Es el mentiroso más grande que conozco... Te hace ver lo que no hay... En cuanto a mentiras, puedes estar tranquila...

—Es precisamente lo que yo pensaba...; pero si no va al trabajo, ¿qué es lo que hará? No creo que no haga más que dar vueltas e ir al café..., debe de haber algo más... Siempre tiene prisa y siempre está muy preocupado —se interrumpió para coger de la mesa una olla en la que poner las judías, ya peladas. La miré por encima del hombro: sonriente, tranquila, serena. Continuó tras un momento—: ¿Sabes lo que pienso? Que hay una mujer... Tú, que lo conoces, me puedes decir si es cierto.

Una voz en mi interior me advertía: «Ten cuidado, Ernesto, ve despacito..., es una trampa». Pero ya sea porque el rencor era más fuerte que la prudencia, ya sea porque al verla despotricar de aquella forma contra su marido comenzaba a concebir de nuevo esperanzas, no pude dejar de contestarle:

—Digo que tienes razón... Para él, las mujeres lo son todo... Guapas o feas, jóvenes o viejas... ¿No lo sabías?

La soldadura estaba acabada. Apagué el soplete y con el dedo igualé el estaño, todavía blando. Luego comencé a apretar la tuerca con la llave inglesa. Ella, entre tanto, muy tranquila, decía:

—Sí, algo sabía, pero nada concreto... Ahora, ¿sabes lo que se me ha ocurrido?... Que se entiende con Emilia, esa chica de pelo rojo que trabajaba conmigo en el taller de planchado, ¿no la conoces?... ¿Qué piensas?

Me puse de pie. Mariarosa, que había puesto las judías en la olla, se levantó también, sacudiéndose el traje para que cayesen las peladuras. Luego fue al fregadero, puso la olla bajo el grifo y dejó correr el agua. Fui tras ella y la cogí con ambas manos por la cintura, tan fina, diciendo:

—Sí, es verdad, ve a Emilia todos los días; al anochecer la espera a la salida de la planchadora y la acompaña a su casa. Ya lo sabes todo, ¿qué esperas?

Ella apenas volvió el rostro, sonriendo, y contestó:

—Ernesto, ¿no has dicho que eras amigo suyo? ¡Déjame!

Por toda respuesta, traté de abrazarla. Pero ella se soltó y dijo con dureza:

—Ya has hecho la reparación... Será mejor que te vayas.

Me mordí la lengua y respondí:

—Tienes razón..., pero tú me haces perder la cabeza... Es preciso que me acuerde siempre de que soy amigo de Attilio y de que tú eres su mujer.

Mientras hablaba así, mortificado, recogí las herramientas e hice un ademán para despedirme de ella e irme. En ese momento se abrió la puerta de la cocina y apareció Attilio.

Me saludó contento, como un amigo:

—Hola, Ernesto.

—Mariarosa me pidió que arreglara el tubo... —respondí—; ya está listo, he puesto un tubo nuevo.

—Gracias —dijo él acercándose—, muchas gracias...

En ese momento la voz de Mariarosa, tranquila pero forzada, nos hizo volvernos a ambos:

—¡Attilio!...

Estaba de pie ante el fogón, con una sonrisa en medio de la cara, la mano posada en el mármol. Continuó, sin tomar aliento, sin levantar la voz:

—Attilio, también Ernesto dice que eres perezoso y que no tienes ganas de trabajar...

—¿Has dicho eso?

—Y, como yo pensaba, ha dicho también que eres un mentiroso y que quizás, quizás, ni siquiera tienes ese puesto de cargador...

—¿Has dicho eso?

—Y además me ha confirmado lo que ya sabía: que ves a Emilia todos los días y haces el amor con ella... Mientras yo trabajo como una esclava y me deslomo planchando por las casas, tú te diviertes con Emilia... y me dices que vas al trabajo... Es inútil que ahora digas que no... Ernesto, que es amigo tuyo y te conoce, me lo ha confirmado todo...

Hablaba con una voz muy tranquila, y yo por primera vez comprendí que me había dejado arrastrar a confiar en una loca. En efecto, apenas había acabado de hablar, mientras él, amenazante, se me acercaba repitiendo: «¿Has dicho eso?», cogió una plancha que estaba sobre el hornillo y se la arrojó a la cabeza. Con tanta precisión que, si él no llega a bajar la cabeza, lo mata. Luego no sabría decir lo que pasó. Ella, rígida, tranquila y loca, continuaba cogiendo del hornillo objetos pesados y peligrosos, como cuchillos, rodillos, ollas, y tirándoselos encima; él, tras dos o tres intentos de escudarse, cogió la puerta y escapó. También yo escapé, abandonando en el suelo dos o tres metros de plomo, y corrí por las escaleras a tumba abierta, mientras él me gritaba:

—¡Que no te vuelva a ver, sabes!... ¡Como te eche la vista encima, te mato!

No me sentí seguro hasta que pasé el puente y me encontré en los jardincillos de la Plaza de la Libertà. Allí me senté en un banco, para recuperar el aliento. Entonces pensé que había sido la amistad la que me había hecho hablar así, precisamente porque sabía que Attilio era de esa manera y me disgustaba, y me juré para mis adentros que desde ese día no sería amigo de nadie.

A mediados de febrero cesó la tramontana, que tanto me había hecho sufrir durante el invierno, el cielo se llenó de nubes y empezó a soplar un viento húmedo que parecía venir del mar. Ante los soplos de este viento me sentí reanimado, aunque de una manera triste, como si me hubiera susurrado al oído: «Ea, valor, mientras hay vida hay esperanza». Pero precisamente porque sentía que se acababa el invierno y comenzaba la primavera, comprendí que no podía ya ir a trabajar al taller de mi tío. Había entrado en el taller un año antes, como un tren entra en un túnel, y todavía no había salido y ni siquiera veía la claridad de la salida. No es que fuera un trabajo desagradable o antipático: era peor. El taller era un gran barracón, situado al fondo de un terreno acotado, que servía de depósito a una fábrica de tejas y ladrillos, a mitad de camino en la *via* Magliana. Dentro del barracón, el aire estaba siempre lleno de harina blanca de serrín, igual que un molino; y en medio de esta polvareda, entre el zumbido continuo de las sierras y de los tornos eléctricos, nos movíamos los obreros y el tío, enhari-

nados como molineros, atareados todo el día haciendo muebles, puertas y ventanas. Mi tío, pobrecillo, me quería como a un hijo; los obreros eran todos buenas personas, y, como ya dije, no es un trabajo antipático; primero un tronco de encina, de arce o de castaño, torcido, largo, apoyado en la pared del taller, con toda la corteza y, a veces, dentro de la corteza, las hormigas que la habitaban cuando aún era árbol; luego, a fuerza de sierra, muchos tablones blancos y lisos; luego, saliendo de estos tablones, con el torno, con el cepillo, con los otros instrumentos, según los casos, patas de mesas, partes de armarios, marcos; y finalmente, una vez clavado, atornillado, encolado el mueble, el barnizado y el abrillantado. Para quien trabaja a gusto, este progreso desde el tronco del árbol al mueble puede incluso llegar a ser apasionante; siempre es interesante y, por lo menos, no es aburrido. Pero se ve que estoy hecho de distinta pasta que los demás; tras algunos meses no podía soportar este trabajo. Y no porque no sea trabajador, sino porque me gusta detenerme de cuando en cuando en mi trabajo y mirar a mi alrededor: así, sin más, para ver quién soy, dónde estoy, a qué punto he llegado El tío, en cambio, era justo lo contrario que yo: trabajaba siempre, encarnizadamente, con pasión, sin detenerse a tomar aliento o a reflexionar; y así, de una silla a un marco de puerta, de un marco de puerta a un armario, de un armario a una mesilla de noche, de una mesilla de noche a una silla, había llegado a los cincuenta años, que eran los que tenía, y se comprendía que continuaría de ese modo hasta su muerte, que sería un poco como la muerte de un torno que se parte o de una sierra que pierde los dientes, la muerte, en suma, de un utensilio y no de un hombre. Y, en efecto, el domingo, cuando se ponía el traje de fiesta y se iba muy despacio, por la acera de *via* Arenula, junto con su mujer y sus hijos, los ojos entornados, la boca torcida y dos profundas arrugas entre la boca y los ojos, parecía justamente un utensilio desechado, inútil, roto; y yo no podía dejar de recordar que aquella cara se le había puesto así a fuerza de inclinarse sobre el torno y la sierra y

de guiñar los ojos en la polvareda del serrín; y me decía que no valía la pena vivir si de vez en cuando uno no se paraba y pensaba en que estaba viviendo.

El autobús que sale de la estación de Trastevere va y vuelve al campo. Campesinos, obreros, toda clase de pobre gente llevan a él el fango de sus zapatos, el olor a sudor de sus ropas de trabajo y, quizás, también algún insecto. De forma que en el final de la línea echan en el suelo, e incluso en los asientos, no sé qué desinfectante maloliente que se agarra a la garganta y hace llorar como las cebollas. Una de esas suaves mañanas de febrero, mientras esperaba que saliera el autobús, con los ojos llenos de lágrimas por culpa del desinfectante, el viento marino que entraba por las ventanillas me dio unas enormes ganas de irme por mi lado, para detenerme un poco y reflexionar sobre mí mismo. Así, cuando bajé ante el taller, en vez de dirigirme a la derecha, hacia el barracón, me fui a la izquierda, hacia los prados que hay entre la carretera y el Tíber. Empecé a caminar sobre la hierba pálida, en medio de un viento débil y húmedo, hacia el cielo lleno de nubes blancas. No veía el Tíber porque en ese punto discurre entre un repliegue del terreno; más allá del Tíber veía las edificaciones abandonadas de la E 42, el palacio con todas esas arcadas que parece un palomar, la iglesia con la cúpula y las columnas que no sostienen nada y parecen columnas de madera en un juego de construcciones para niños. Detrás de mí estaba la zona industrial de Roma: los altos hornos, con sus largos penachos de humo negro; los barracones de las fábricas, llenos de ventanales; los cilindros bajos y anchos de los dos o tres gasómetros, los altos y estrechos de los silos. Pensando en los obreros que se atareaban en aquellas fábricas mi ocio me parecía más sabroso. Me sentía socarrón y al acecho, como si me hubiera ido de caza. Y, la verdad, iba de caza, pero no de pájaros, sino de mí mismo.

Cuando llegué al Tíber, en un sitio en que la orilla es menos empinada, me dejé resbalar pendiente abajo hasta la margen y me senté entre las matas. A un paso de mis pies corría el Tíber, y lo veía girar como una serpiente

por el campo, con la luz cegadora del cielo nublado sobre su piel amarilla y rugosa. Más allá del Tíber había otros prados de un verde pálido y, diseminadas por los prados, muchas ovejas que ramoneaban, hinchadas de lana sucia, con algún corderito blanco aquí y allá, cuya lana no había tenido aún tiempo de ensuciarse. Estaba sentado con las rodillas entre los brazos y miraba fijamente al agua amarilla, que en aquel sitio hacía un remolino del que sobresalía una rama negra, hirsuta y enmarañada, que parecía la cabellera de una ahogada. Entonces, en aquel silencio, mientras la rama negra como el ébano temblaba con las sacudidas de la corriente pero no se movía, me sentí de pronto como inspirado; y no con el pensamiento, sino con una sensación más profunda que el pensamiento, me pareció haber comprendido algo muy importante. O, mejor dicho, poderlo comprender, sólo con esforzarme por llegar a ello. En resumen, ese algo estaba en equilibrio, igual que se dice que las palabras están en la punta de la lengua. Y yo, para detenerlo e impedir que volviera a caer en la oscuridad, dije repentinamente en voz alta:

—Me llamo Gerardo Mucchieto.

Inmediatamente, una voz burlona que venía de arriba me dijo:

—Apodado Mucchio... ¿Qué te pasa, hablas solo?

Me volví, y justo encima de donde yo estaba, de pie en la pendiente, vi a la hija del guarda del depósito de ladrillos, Gioconda, con una falda de terciopelo negro y un jersey rosa, sin medias, el pelo al viento. Ahora bien, de todas las personas que yo conocía, precisamente Gioconda era la que menos habría deseado ver en ese momento. Se había encaprichado conmigo y me perseguía, aunque le había hecho comprender de todas las maneras que no me gustaba. Así, me acometió de inmediato el impulso de decirle algo desagradable, de forma que se marchase y yo pudiera quedarme solo y volver a aquello que había estado a punto de comprender cuando ella llegó. Le dije sin moverme:

—¡Ojo, que se te ven las piernas!

Y ella, desarmada, se dejó resbalar hasta mi lado.

—¿Me permites que te haga compañía?

—No quiero tu compañía para nada —le dije sin mirarla—, y, además, ¿cómo vas a sentarte aquí en el suelo, entre todo este polvo?

Vi que se levantaba la falda y se sentaba, satisfecha, diciendo:

—Total, no llevo bragas.

La cosa en la que quería pensar seguía estando allí, por fortuna, en equilibrio sobre el borde de la mente, como un pájaro en un alféizar. Gioconda, entre tanto, muy melosa, se colgaba de mi brazo y me decía:

—Gerardo, ¿por qué eres tan malvado?... Yo te quiero tanto...

—No soy malvado, no me gustas, eso es todo.

—¿Y por qué no te gusto?

Dije a toda prisa, temiendo que, al hablar, aquella cosa en la que quería pensar se me escapase:

—No me gustas porque tienes una carota roja llena de forúnculos..., pareces una rosa «repollo»...

¿Qué habría hecho cualquier otra después de una frase como ésta? Se habría ido en seguida. Pero ella, en cambio, apretándose contra mí, coqueta, dijo:

—Gerardino, ¿por qué no eres más amable conmigo?

—Sí, lo seré —dije desesperado—, con tal de que te vayas.

—¿Esperas a otra mujer, Gerardino?

—No, a nadie, quiero estar solo.

—¿Por qué solo? Estamos tan bien juntos... Es tan hermoso estar juntos...

Esta vez no dije nada; la cosa seguía allí, en el borde, y yo sentía que bastaría culquier nadería para devolverla a la oscuridad de la que había salido. Fue en este momento cuando Gioconda exclamó:

—¿Quieres ver cómo adivino lo que estás pensando?

—No lo adivinarías aunque pensaras cien años —respondí, picado en lo más vivo.

—Y yo, en cambio, te digo que lo adivino... Ya veremos si tengo razón... Digo que estabas pensando en

mis calcetines doblados en el tobillo, que hacen juego con el jersey... Di la verdad, estabas pensando en eso.

Al decir esto extendió la pierna, gruesa y roja, cubierta de pelos rubios, mostrando el pie con un calcetín color fresa. No pude dejar de levantar lo ojos hacia aquel pie, y de repente advertí que la cosa había desaparecido en la oscuridad, hacia otra parte. No sentía ya nada, no comprendía ya nada, estaba vacío, inerte, como los rodillos de madera añeja que mi tío tenía apoyados en la pared del taller. Ante el pensamiento de haber perdido de vista aquella cosa tan bella e importante por culpa de aquella estúpida, me acometió de pronto una enorme rabia y grité volviéndome bruscamente:

—¿Para qué has venido?... Eres mi desgracia... ¿No podías dejarme solo?

Y como ella continuaba apretándome el brazo, me solté a la fuerza y la golpeé en la cabeza. Pero ella se aferraba, testaruda, aunque le golpease en aquella cabezota rubia; entonces me puse de pie, la enganché por el pelo y la tiré al suelo, en el arenal, y le di patadas en todo el cuerpo, e incluso en la cabeza. Ella, toda enroscada, con el rostro entre las manos, gemía, e incluso lanzó algún chillido, pero no se rebeló: quizás estaba contenta. Cuando me cansé de patearla se levantó y, toda llena de polvo, se alejó sollozando. Yo le grité con fuerza:

—¡Vosotras las mujeres sois la ruina de la humanidad!

Ella, sin dejar de sollozar, se encaminó por un sendero a lo largo del arenal del Tíber y desapareció.

Pero ahora aquella cosa se había desvanecido, y aunque ya estaba solo, me sentía completamente inerte, sordo y vacío, como cuando estaba con Gioconda. No había nada que hacer; por ese día, y quién sabe por cuánto tiempo aún, no volvería a encontrar una ocasión como aquélla. Lleno de rabia y al mismo tiempo inseguro e inquieto, di vueltas durante toda la mañana por aquellos prados, maldiciendo a Gioconda y a mi suerte, sin lograr detenerme ni con el pensamiento ni con el cuerpo. Por último comprendí que no podía hacer otra cosa que volver al taller y allá me fui. Gioconda, entre los montones

de ladrillos, con una olla en el brazo, esparcía la comida de las gallinas y me saludó desde lejos con una sonrisa. Yo no le contesté y entré en el barracón.

—Si el trabajo es salud, ¡viva la tuberculosis! —gritó mi tío al verme.

No dije nada, me puse el mono y continué trabajando en el torno en el punto exacto en que lo había dejado el día anterior.

Pierdepié

Comencé a perder pie en seguida, tan pronto como nací, por culpa de mi rostro, que carece completamente de barbilla. No es una parte importante del rostro la barbilla, bastante menos importante que la nariz o los ojos, pero si a uno le falta, no sé por qué, todos lo toman por bobo. Bueno, continué perdiendo pie al quedarme huérfano a los trece años, y luego seguí perdiéndolo aún más al irme con una tía campesina a Ciociaria, donde me vi reducido a vivir como una bestia, y después todavía más, al quedarme un día y una noche bajo las ruinas de la casa cuando fue bombardeada. Luego, guerra, alemanes, aliados, hambre, posguerra, mercado negro, cajetillas: no hice sino perder pie. Y si la vida está hecha de escalones, como dice el proverbio, y hay quien los sube y quien los baja, yo, estos escalones de la vida no he hecho más que bajarlos, siempre por culpa de esa barbilla que no estaba donde debería estar. Los bajé hasta tal punto que cuando, hace un año, encontré sitio para dormir en una portería del centro de Roma y luego comencé a arreglármelas a base de limosnas y de pequeños servicios en la misma

calle en la que está la portería, me pareció que por primera vez desde que había nacido estaba subiendo. No lo creerán ustedes, pero fue precisamente la falta de barbilla lo que me salvó: aquélla era una calle de importantes tiendas de alimentación, es decir, salchicherías, tabernas, panaderías, carnicerías, droguerías, fiambrerías, y todos los negociantes, cargados de clientes, necesitaban alguien que les llevase paquetes, retirara envases, fuera de aquí para allá con encargos. Al verme sin barbilla pero fuerte, aquellos tenderos tuvieron compasión de mí; y así, ora con uno ora con otro, me hice con bastante trabajo y pude contar con buen número de propinas. También había en aquella calle cuatro o cinco hosterías y *trattorie,* y sus dueños, compadecidos de mi barbilla, me daban de vez en cuando un plato de sopa. Tenía una camisa militar y un par de pantalones con las rodillas remendadas; alguien me dio una chaqueta rota por los codos pero en buen estado el resto; algún otro, un par de zapatos bajos. En resumen, como me dije transcurrido un mes, ya no perdía pie, sino que estaba marchando decididamente.

Una calle, la gente la recorre en coche o a pie, y le parece una calle como todas las demás; pero si se vive en ella, como hacía yo, sin salir nunca, desde la mañana hasta la noche, una calle es un mundo en el que no se acaba de profundizar nunca. En aquella calle, donde yo conocía hasta a los gatos, había quienes me querían, había quienes ni me querían ni me dejaban de querer, y había quienes me querían mal. Los comerciantes y los fonderos me querían porque era servicial y estaba siempre a mano; el barbero, la mercera, el perfumero, el farmacéutico y otros muchos ni me querían ni me dejaban de querer, porque yo no los necesitaba y ellos no me necesitaban a mí; finalmente, un grupito de jovenzuelos que se citaban en el bar de la torrefacción me querían muy mal. Eran todos deportistas que pasaban el tiempo discutiendo de equipos de fútbol y de carreras de bicicletas, y está visto que el deporte vuelve malos a los hombres, haciéndoles tomar partido por el más fuerte y odiar al más débil. Yo era el más débil, y ellos, tan pronto como

entraba en la torrefacción, me tomaban como blanco de sus apodos y de sus burlas. Me llamaban Pierdepié porque un día que me hicieron beber en la hostería me había abandonado a explicarles como, desde mi nacimiento, no había hecho más que perder pie; me encargaban recados falsos, me preguntaban, bromeando:

—Pierdepié, ¿has vuelto a perder pie?

O bien me aconsejaban muy serios:

—Mira, por tu bien, deberías dejarte crecer la barba..., así nadie advertiría que no tienes barbilla.

Consejo pérfido, porque, quién sabe por qué, no tengo barba. Apenas algún pelo largo y suave, pero nada de barba. Sin embargo, pese a estos jovenzuelos sin corazón, yo, como ya dije, iba marchando, o sea que lograba arreglármelas. Más aún, al verme por primera vez en mi vida vestido y alimentado, con una cama y un techo, e incluso con algún dinero en el bolsillo, me maravillaba, casi no me lo creía y repetía: «Toquemos madera..., ya verás como esto no dura..., toquemos madera».

Y, en efecto, no duró. Una mañana de verano, al entrar en la torrefacción para recoger una caja de latitas de petróleo que había que llevar a un cliente, noté que el consabido grupito de los deportistas tenía algo que le interesaba; estaban todos de pie, en círculo, al fondo de la tienda. Sin embargo, me acerqué muy digno al mostrador, fingiendo ignorarlos. Pero ellos me habían visto y me llamaron.

—Eh, Pierdepié, ven aquí un momento..., mira quién está aquí.

No quería hacerles caso, pero alguien me aferró por un brazo y tuve que doblegarme. Al fondo de la tienda, sentado en una silla, contra una pirámide de rollos de papel higiénico, había un hombre que se tiraba de los pelos, se daba puñetazos en la cabeza y lloraba. Estaba vestido con un par de pantalones de pana y una camiseta sin mangas. Lloraba y gemía, pero se tiraba del pelo y se daba puñetazos en la cabeza con una sola mano, porque era manco y en el sitio de la mano tenía una cosa redonda y lisa parecida a una pequeña rodilla. Luego alzó la cara,

aplastada y en la que negreaba la barba, y vi que también era tuerto; pero el otro ojo valía por dos, vivo, centelleante, lleno de malicia. Aquellos jovenzuelos me explicaron que era un desgraciado más desgraciado que yo: no sólo huérfano, no sólo damnificado de guerra, no sólo refugiado, no sólo manco, no sólo tuerto, sino también rengo. Y añadieron que era mi competidor ahora, porque había encontrado sitio para dormir en un chiribitil bajo una escalera en aquella misma calle, y viviría de pequeños servicios, como yo, y, en resumen, había venido para arruinarme.

—A ti sólo te falta la barbilla y, a lo mejor, un trozo de cerebro —dijo uno de ellos—, pero a él le faltan una mano, un ojo y hasta es rengo... Te ha ganado, Pierdepié.

Yo dije que tenía que hacer e hice ademán de irme. Pero me retuvieron, diciendo que debíamos estrecharnos la mano, puesto que éramos los dos más desgraciados de la calle. De forma que nos estrechamos la mano; y luego el manco, que era un listo de siete suelas, volvió a comenzar su comedia, arrancándose los cabellos, dándose con el puño en la cabeza y gritando:

—Dejadme..., no quiero vivir más..., quiero morir..., voy a tirarame al Tíber..., seguro que sí..., al Tíber voy a tirarme.

En suma, me tocó asistir a una escena tan falsa que me daban ganas de vomitar. Hasta el punto de que, al final, le dije:

—No, tú no te tiras al Tíber..., puedes estar tranquilo..., te lo digo yo.

El me miró con su único ojo y gritó:

—¡Ah! ¿Que no me tiro?... Ahora verás..., me voy ahora mismo, en seguida.

E hizo un gesto para levantarse y salir para ir al Tíber, que efectivamente no estaba muy lejos. Moraleja: lo retuvieron, le dieron algún dinero, y luego, cuando fui al mostrador y dije:

—Bueno, esas latitas...

—Pierdepié —me respondieron—, ten paciencia..., esas latitas las va a llevar hoy él, que es mucho más des-

graciado que tú... Un poco para cada uno y los dos saldréis ganando...

En resumidas cuentas, él, después de un momento, se secó las lágrimas, agarró con una sola mano la caja de latitas, la hizo volar sobre su hombro y, cojeando con su pierna más corta, muy ufano, salió de la torrefacción. Y yo me quedé con las manos vacías, entre aquellos jovenzuelos que se burlaban de mí repitiéndome que había llegado un competidor y que debía andar con ojo, porque si no me birlaría mi trabajo.

Ellos bromeaban, pero era la verdad. Con el hecho de ser manco, tuerto y rengo, de desvariar y de llorar y darse puñetazos en la cabeza en cualquier ocasión, aquel canalla de Bettolino * (le llamaban así porque le gustaba empinar el codo y pasaba las noche en la hostería) se las arregló muy pronto para quitarme varios trabajos. Entraba en este o aquel comercio, me presentaba para el paquete de costumbre, para el recado de costumbre, y me encontraba con que me decían:

—Se lo hemos encargado a Bettolino..., ten paciencia..., lo necesita más que tú..., ten paciencia.

Paciencia sí que tenía, pero comprendía que las cosas no podían seguir así: Bettolino, siempre llorando y dándose puñetazos en la cabeza y diciendo que quería tirarse al Tíber, progresaba; y yo, de nuevo, como antes, y peor que antes, perdía pie. Por fin, la gota que hizo rebosar el vaso fue la respuesta que me dieron en la tahona, un día que me dirigí allí para un encargo:

—Oye, Pierdepié, me parece que estás exagerando... Eres fuerte, eres joven, eres ligero, ¿por qué no te buscas un trabajo normal?... A Bettolino sí que lo entiendo, le falta una mano, un ojo y es rengo... Pero a ti no te falta nada, ¿por qué no vas a trabajar?

¿Qué podía contestar? ¿Que me faltaba la barbilla? Pero con la barbilla no se trabaja... No dije nada, pero desde aquel día comprendí que en aquella calle ya no había sitio para los dos: o él o yo.

* De *bettol..* taberna. (Nota del traductor.)

Una de esas mañanas me acordé de que había una caja de botellas de agua mineral para llevar a un cliente; y que, casualmente, Bettolino había hecho ese mismo recado el día anterior, de modo que hoy me tocaba a mí. Me fui, pues, derecho a la caja de la torrefacción y le dije al dueño:

—He venido por aquellas botellas.

El dueño estaba haciendo las cuentas y no me contestó en seguida; luego sin levantar la cabeza, gritó:

—Alcanzadle esas botellas.

Pero el mozo del bar contestó:

—Se las hemos dado ya a Bettolino... Pierdepié, has llegado con retraso y se las hemos dado a él... Creíamos que tú ya no vendrías...

—Pero si es temprano —comencé, confuso y ya furioso.

—Bueno, él vino antes que tú, ¿qué le voy a hacer?

—¿Hace mucho que salió? —pregunté.

—No, hace un momento.

—Eso lo arreglo yo —dije.

Y salí de la tienda. Debía de tener una cara completamente trastornada, porque los consabidos jovenzuelos del deporte, que habían asistido a la escena, me siguieron en masa a la calle. En efecto, Bettolino cojeaba cincuenta metros más allá, por la acera, con la caja de las botellas al hombro. Lo alcancé a la carrera, le agarré el brazo con que sostenía la caja y le dije, jadeante:

—Deja en el suelo esas botellas..., hoy me toca a mí.

—Pero, ¿qué te pasa? —me dijo él, volviéndose, agresivo—: ¿Eres bobo?

—Te digo que dejes esas botellas.

—¿Y quién eres tú?

—Soy uno que, si no las dejas, te va a quitar las ganas de vivir.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo.

En resumidas cuentas, forcejeamos un momento y luego yo le di un empujón; la caja cayó al suelo y las botellas se rompieron, inundando la acera de agua mineral.

El, de inmediato, hipócrita, comenzó a gritar, dirigiéndose a los deportistas que nos habían seguido y ahora nos rodeaban:

—Todos sois testigos... Las botellas las ha roto él..., todos sois testigos.

Yo, entonces, perdí completamente la cabeza; tenía una navajita en el bolsillo, la apreté, me lancé sobre él, lo enganché por el pecho e hice ademán de golpearle, gritando:

—Debes largarte, ¿entiendes?... Debes largarte.

La gente chilló al ver la navaja, alguien me agarró por la muñeca, retorciéndomela, la navaja cayó al suelo, y un muchachito, rápido, la recogió. Mientras tanto, Bettolino aullaba, saltando de un lado a otro:

—¡Me quiere matar! ¡Socorro!... ¡Me quiere matar!

Pero luego, viendo que me sujetaban y que no había peligro para él, como un verdadero cobarde, me lanzó un golpe a la cara, con el hueso del brazo manco, duro como una pedrada. Ante este golpe lancé un mugido, me solté y me eché sobre él. Pero, pese a ser cojo, era muy ligero y se escondía tras uno u otro de los jovenzuelos, sin dejar de gritar que quería matarlo; y yo corría tras él y ya veía todo rojo y era como un toro que corre de aquí a allá dando cornadas y la gente escapa a dónde puede y el toro da cornadas al aire. Corría, y la multitud se abría, y luego se juntaba de nuevo, y Bettolino se me escapaba siempre. Por fin, un tal Renato, el más fuerte del grupo de los deportistas, me sujetó por los brazos, diciendo:

—¡Basta! ¡Estate quieto!

Es preciso decir que le tenía tanta rabia a él como a Bettolino, porque me volví y le di un puñetazo en la cara. Este puñetazo me perdió. Recibí inmediatamente otro que me hizo rodar por el suelo y, cuando me levanté, sentí que un agente me agarraba por el brazo. Me arrastraron mientras perdía sangre por la nariz, con una gran cola de gentes que nos seguían, con Bettolino que desde lejos continuaba gritando que había querido

matarlo. Se encontró la navaja, y me condenaron. Cuando salí de la cárcel comprendí que con Bettolino había perdido pie definitivamente; y no me dejé ver más por aquella calle. Quien pierde pie, no lo vuelve a poner donde lo ha perdido.

Viejo estúpido

Cuando se tiene la costumbre de cortejar a las mujeres es difícil advertir que el tiempo ha pasado y que las mujeres te miran como a un padre o, lo que es peor, como a un abuelo. Y es difícil sobre todo porque cualquier hombre maduro tiene en el interior de su cabeza otra cabeza; la cabeza de fuera tiene arrugas, pelo gris, dientes careados, ojeras; en cambio, la cabeza de dentro se le ha quedado como cuando era joven, con cabellos negros y tupidos, un rostro liso, dientes blancos y ojos vivos. Y la cabeza de dentro es la que mira con deseo a las mujeres, pensando que se la ve. En cambio, las mujeres ven la cabeza de fuera y dicen: «¿Qué querrá ese viejo verde? ¿No se da cuenta de que podría ser mi abuelo?».

Bueno, aquel año ampliaron el salón donde trabajo como peluquero hace casi treinta años; se cambiaron los espejos y los lavabos, se pintaron las paredes y los armarios y, por último, el dueño pensó que estaría bien contratar a una manicura, que se llamaba Iole. En el salón, además del dueño, éramos tres: un joven de unos

veinticinco años, Amato, moreno y serio, que había sido carabinero; Giuseppe, cinco años mayor que yo, bajo, corpulento, calvo; y yo. Como ocurre siempre cuando en un ambiente de hombres solos entra una mujer, me di cuenta de pronto de que los tres mirábamos con insistencia a Iole. Ella, por otra parte, era justamente eso que se llama un tipo corriente, de tarjeta ilustrada: exuberante, vistosa, con una cara bonita y pelo negro; hay millones como ella. En este punto hay que observar que yo, sin vanagloriarme, puedo decir que soy un hombre guapo. Delgado, de altura justa, con un rostro pálido y nervioso; y las mujeres dicen que tengo una expresión interesante. En efecto, especialmente si miro de soslayo, mis ojos llaman la atención: dulces, llenos de sentimiento, un poquito escépticos. Pero lo mejor que tengo son los cabellos: castaño claros, finos, limpios, bien ondulados, cortados a lo nazareno, es decir levantados como una llamarada y con patillas largas que llegan hasta la mitad de las mejillas. Además, soy elegante; fuera del salón visto siempre con esmero, con corbata, calcetines y pañuelo a juego; en el salón, con una bata que, de puro blanco, casi parece más de cirujano que de peluquero. No es sorprendente, con estas cualidades, que tenga suerte con las mujeres. Y como esta suerte no ha fallado nunca he adquirido la costumbre, si me gustan, de mirarlas de un modo insistente y sugestivo que vale más que cien cumplidos. Así, cuando, tras haberlas mirado bien, me acerco a ellas, me encuentro con que el fruto está ya maduro; sólo tengo que extender la mano para cogerlo.

En el salón, por lo que se refiere a Iole, quien me daba más miedo era Amato. No era guapo, no era interesante, pero era joven. A Giuseppe no lo tomaba en consideración: más viejo que yo, como ya dije, y realmente feo, sin remedio. Iole estaba sentada en su mesita de manicura, en un rincón, atontada por el aburrimiento y la inmovilidad, absorta leyendo y releyendo los dos o tres periódicos del salón y arreglándose las uñas en espera de arreglar las de los clientes. Así, a mi pesar,

por instinto, comencé a cocinarla con mis miradas. Llegaba un cliente, se sentaba en el sillón; yo cogía la toalla, la extendía de un solo golpe, elegantemente, y mientras tanto encontraba la manera de lanzarle una larga mirada. O bien lavaba el pelo, dando masaje con las dos manos en la cabeza enjabonada, y de nuevo otra mirada. O bien me lucía esfumando el cabello con los puntas de las tijeras; cada cuatro tijeretazos, una mirada. Si se movía, indolentemente, para ir a coger un utensilio en el armario, yo la seguía con los ojos en el espejo. Iole, debo decirlo, no era precisamente despierta, ni coqueta; tenía, por el contrario, una expresión soñolienta, socarrona, obtusa, como un gordo minino henchido de sueño. Pero a fuerza de insistir día tras día, primero advirtió que la miraba; luego aceptó dejarse mirar; y por último comenzó también ella a corresponder a mis miradas. Sin malicia, porque no la tenía, de una manera tosca y pesada, pero indudable.

Pensé entonces, como suele decirse, que la pera estaba madura; y un sábado la invité a ir a los baños de Ostia, el domingo por la tarde. Aceptó en seguida, aunque observando que no debía criticarla por su traje de baño: había engordado y el único que tenía le quedaba apretado. Dijo, incluso, sin sombra de coquetería:

—He acumulado algo de grasa a fuerza de estar sentada en el salón, sin hacer ejercicio.

Frase de una muchacha carente de astucia; pero, precisamente por esto, me gustaba. Nos citamos para el día siguiente en la estación de San Paolo; y yo, antes de acudir, hice un arreglo cuidadoso. Me afeité y me di talco en las mejillas; me pasé bien los cabellos con un peine fino para eliminar la menor sospecha de caspa; rocié ligeramente con perfume de violeta el pelo y el pañuelo. Tenía una camisa de cuello abierto, a la Robespierre, una chaqueta sahariana y pantalones blancos. Iole fue puntualísima; a las dos, entre la multitud de los excursionistas, la vi venir a mi encuentro, vestida enteramente de blanco, un poco gorda y baja, pero joven y apetitosa. Dijo, saludándome:

—¡Cuánta gente!... Ya verá cómo nos toca hacer el viaje de pie.

Ahora bien, yo soy un caballero, y le contesté que le encontraría un sitio, que dejara eso en mis manos. Mientras tanto, el tren entra bajo la marquesina, la multitud del andén tiene un movimiento de pánico como si cargase contra ella un escuadrón de caballería, todos gritan y se llaman, yo me lanzo, me cuelgo de una portezuela, me levanto sobre la muchedumbre, estoy a punto de subir. Un mocetón moreno me da un empujón e intenta pasar antes que yo. Le devuelvo el empujón, me adelanto, me tira de una manga, le doy un codazo en el estómago, me suelto y me lanzo a un departamento. Pero he perdido mucho tiempo con aquel chulo y el departamento ya está lleno, salvo un sitio. Corro al sitio, y también corre él; y casi en el mismo momento ponemos, para reservarlo, yo el traje de baño y él la chaqueta. Entonces, nos enfrentamos. Le digo:

—Llegué yo primero.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo —respondo, y le tiro la chaqueta a la cara.

En aquel momento llega Iole y se sienta sin vacilar, diciendo:

—Gracias, Luigi.

El mocetón recoge su chaqueta, vacila, luego comprende que no puede echar a Iole y se aleja, pronunciando en voz alta:

—¡Viejo estúpido!

El tren salió casi en seguida y yo me agarré a una manija, quedándome de pie cerca de Iole. Pero ya había perdido todo mi entusiasmo y me habría gustado volver a bajar e irme. Aquellas dos palabras, «viejo estúpido», me habían sorprendido precisamente en el momento en que menos me las esperaba. Pensaba que el joven había dicho «viejo estúpido» con dos sentidos distintos. La injuria estaba en el «estúpido»; y hasta aquí, no había nada malo; había querido ofenderme, me había llamado estúpido. Pero «viejo» no lo había dicho para insultarme.

«Viejo» lo había dicho como una verdad. Como hubiera dicho, supongamos, si en vez de cincuenta años yo hubiera tenido dieciséis: «Muchacho estúpido». En resumen, para él, como para todos, incluida Iole, yo era un viejo; y poco importaba que él me considerase estúpido y Iole, en cambio, inteligente. Quizás ni siquiera habría sido necesario que Iole cogiera el sitio. El mocetón, al final, me lo habría cedido lo mismo por respeto a mi edad. Esto me lo confirmó alguien sentado frente a Iole, el cual había asistido a la escena y dijo:

—¡Qué muchacho más grosero!... Debía de haberle cedido el sitio por respeto a la edad, ya que no por otra cosa.

Me sentía helado y confuso. Y de vez en cuando me llevaba la mano a la cara como buscando, a falta de espejo, reconocer con los dedos lo viejo que era. Iole, naturalmente, no se daba cuenta de nada. A la mitad del camino me dijo:

—Siento que usted esté de pie.

Yo no pude dejar de contestarle:

—Soy viejo, sí, pero no tanto que no pueda estar de pie media horita.

Casi esperando que ella me respondiera: «Viejo, usted, Luigi?... Pero, ¡qué cosas dice!» En cambio, aquella tonta no contestó nada; y yo me convencí de que tenía razón.

En Ostia se desvistió primero ella, saliendo después de la cabina con un traje que se le reventaba, blanca, fresca, dura, joven a rabiar. Entré a mi vez en la caseta y lo primero que hice fue mirarme en el espejo roto que colgaba de la pared Era realmente un viejo, ¿cómo me las había arreglado para no advertirlo? Vi de una sola mirada los ojos velados y perdidos entre las arrugas, el pelo lleno de hilos blancos, la piel de las mejillas floja, los dientes amarillos. La camisa de cuello abierto, tan juvenil, me avergonzó: dejaba todo el cuello al descubierto, con muchos pliegues sobre el gaznate. Me desvestí, y mientras me inclinaba para meterme el bañador la barriga se me subió al estómago y luego me cayó

mucho más abajo, como un saco vacío. «¡Viejo estúpido!», me repetía con rabia. Pensaba que éstas eran las sorpresas de la vida: hacía una hora me creía joven, al punto de hacer el oso con Iole; ahora, gracias a aquellas dos palabras, me veía viejo, al punto de poder ser su padre. Y me avengonzaba de haberla mirado tanto en el salón y de haberla invitado; quién sabe lo que pensaba de mí y quién sabe cómo me veía.

Supe después lo que pensaba. Mientras, agarrados a la cuerda salvavidas, dejábamos que las olas chocaran contra nosotros, porque el mar estaba picado; y a cada ola que nos embestía yo me quedaba sin aliento y pensaba: «Me quedo sin aliento porque soy viejo»; y ella, muy contenta, me preguntó:

—¿Sabe, Luigi, que no le creía tan deportista?

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Cómo me creía?

—Bueno —contestó—, a un hombre, a su edad, el mar ya no le gusta... Los que vienen son los jóvenes.

En ese momento una ola rompió sobre nosotros, alta espumosa, y yo me caí encima de Iole y, para sostenerme, la agarré por un brazo: duro, redondo, de carne realmente joven, elástica. Le grité, con la boca llena de agua salada:

—Podría ser su padre.

Y ella, riéndose, entre la espuma que hervía a su alrededor:

—Padre, no... Digamos tío.

En resumen, salimos del baño y yo, cohibido y avergonzado, no tenía ni fuerzas para hablar. Me parecía que dentro de la boca tenía una trampa de muelle, disparada, y que tendría que abrirla con un pestillo. Iole me precedía estirándose sobre las caderas y el pecho el bañador que, mojado, estaba realmente indecente; luego se tumbó en la playa rebozándose en la arena; y su carne estaba tan tensa que la arena no se adhería, y caía, húmeda, a pedazos. Me senté junto a ella, mudo, encogido, incapaz de moverme o de hablar. Quizás Iole, aunque era más insensible que un rinoceronte, advirtió mi ma-

lestar; porque, de pronto, me preguntó si no me encontraba bien. Le dije:

—Estaba pensando en usted. En el salón, ¿a quien prefiere? ¿A Amato, a Giuseppe o a mí?

Ella, escrupulosa, respondió tras prolongada reflexión:

—Bueno, me resultan simpáticos los tres.

—Pero Amato es joven —insistí.

—Sí —respondió ella—, es joven.

—Creo que está enamorado de usted —continué tras un instante.

—¿De verdad? —me contestó—. No me había dado cuenta.

En resumen, estaba distraída, como preocupada. Por fin dijo:

—Luigi, me ha ocurrido un contratiempo... se me ha descosido el bañador por detrás... Deme la toalla, voy a vestirme.

A decir verdad, me alegré de aquel descosido. Le di la toalla, se envolvió con ella las caderas y corrió a la caseta. Media hora después estábamos en el tren, en un departamento vacío. Yo me había subido las solapas de la camisa a la Robespierre hasta el cuello y pensaba que ya todo había acabado para mí y que era un viejo.

Aquel día juré que nunca más miraría a Iole ni a ninguna otra mujer; y así lo hice. Me pareció que ella se quedaba bastante asombrada y que a veces me clavaba su mirada con aire de reproche, pero quizás no fue más que una impresión mía. Pasó un mes, durante el que le dirigí la palabra, entre unas cosas y otras, cuatro o cinco veces. Ella, entre tanto, había trabado amistad especialmente con Giuseppe, que la trataba como un padre, sin sombra de galanteo, bonachona y seriamente. Yo me sentía cada vez más viejo, cortaba cabellos, rasuraba barbas, recibía propinas y no resollaba. Pero uno de esos días, a la hora del cierre, mientras me quitaba la bata en el cuartito de los utensilios, el dueño, una buena persona, anunció:

—Esta noche, si no están ustedes comprometidos, ce-

namos juntos..., invito yo..., Iole se ha prometido con Giuseppe.

Me asomé: Iole sonreía en su rincón, ante la mesita de manicura; Giuseppe sonreía en el lado opuesto, limpiando una navaja. De pronto, experimenté un enorme alivio: Giuseppe era más viejo que yo, Giuseppe era feo, y sin embargo Iole había preferido Giuseppe a Amato. Corrí con las manos extendidas hacia Giuseppe, gritando:

—¡Mi enhorabuena, mi más cálida enhorabuena!

Luego abracé a Iole y la besé en ambas mejillas. En resumen, en el salón yo era el más feliz de los tres.

Al día siguiente era domingo; y, por la tarde, salí de paseo. Y me di cuenta, al pasear, de que volvía a mirar otra vez a las mujeres, como en el pasado, una a una, por delante y por detrás.

Caterina

Me casé a los dieciocho años y habría podido prever cualquier cosa excepto el cambio que posteriormente se verificó en el carácter de Caterina. Entonces era una muchacha apagada, de cabellos lisos con raya en medio, con una cara inexpresiva, sin colores, pálida y regular. Lo único hermoso eran sus ojos, grandes, algo mortecinos, pero dulces. De cuerpo no era muy bien hecha, aunque a mí me gustaba precisamente porque estaba hecha de aquel modo: pecho fuerte, anchas caderas y el resto, brazos, piernas, hombros, flacos como los de una niña. Su cualidad no era ser bella, sino ser dulce, y creo que precisamente yo me había enamorado de esa dulzura. Quien no conoció a Caterina no puede comprender en qué consistía esa dulzura. Tenía gestos comedidos y serenos, que encantaban; jamás una palabra violenta, jamás una mirada dura; y tenía una manera de darme la razón, de entregarse siempre a mi voluntad y de mirarme siempre como para pedirme permiso antes de hacer cualquier cosa, que a veces incluso me embarazaba. A menudo pensaba para mí: «Realmente no merezco una mujer como ésta».

Era paciente, sumisa, devota, llena de buenos modales y de gracia. Su dulzura era conocida en todo el barrio, hasta el punto de que, en el mercado, las mujeres le decían a mi madre:

—Tu hijo se casa con una santa... ¡Feliz él!

A mí, incluso me habría gustado que fuera algo menos dulce, ya pueden figurárselo; y a menudo le decía:

—Caterina, ¿no has dicho nunca una palabra dura, no has hecho nunca en tu vida un gesto brusco? —así, bromeando, y casi me parecía que hubiera deseado verla decir esa palabra, o hacer ese gesto.

Nos casamos y nos fuimos a vivir en el piso de encima de mi madre, en la callejuela del Cinque, donde había unas buhardillas que no utilizaba nadie. Mi madre vivía debajo, en la planta baja teníamos nuestro comercio de pan y de pasta, y así trabajábamos y vivíamos todos en la misma casa. Durante los dos primeros años Caterina continuó siendo tan dulce como cuando la conocí y quizás más, incluso, porque me quería mucho y me estaba agradecida por haberme casado con ella, por haberle dado una casa y por haberla situado en mejor posición. Era dulce conmigo y con mi madre, pero también era dulce cuando estaba sola y nadie la veía. A veces, al volver a casa, al mediodía, iba de puntillas a mirarla cómo se movía en la cocina, entre el fogón y la mesa. Y me quedaba encantado observándola mientras se movía por la angosta cocina, con unos pasitos y unos movimientos graciosos, sin prisas, sin aburrimiento, cuidadosa, diligente, silenciosa. No parecía que estuviera en la cocina, preparando la comida, sino en la iglesia, ante el altar. Entonces entraba de repente y la abrazaba, y ella, después de besarme, me decía sonriendo:

—Me has dado miedo —con su vocecita dulce que parecía un lamento.

Después de dos años de matrimonio quedó claro que Caterina no podía tener hijos. Digo esto así, bruscamente, pero la certeza sólo la alcanzamos gradualmente. Queríamos un hijo y, cuando no llegó, discutimos ante todo, no sé cuantas veces, en familia, luego nos armamos de

valor y fuimos a un primer médico, luego a un segundo y luego a un tercero, y después Caterina siguió ciertas curas muy costosas, y al final comprendimos que no servían para nada. Yo dije:

—Paciencia..., no es culpa de nadie... Es el destino.

Y durante algún tiempo pareció que también Caterina se resignaba. Pero no siempre se hace lo que se quiere; quizás ella quería resignarse, pero no pudo. En efecto, por aquel entonces comenzó a cambiar de carácter. Quizás cambió primero en lo físico que en lo moral: sus ojos, en tiempos tan dulces, se le pusieron duros, su boca se inclinó hacia abajo con dos marcas malas y sutiles en las comisuras, su voz, que antes era como un canto, se transformó en áspera; pero, quizás, ella intentaba controlarse y yo, como suele ocurrir, me di cuenta de que en lo moral había cambiado porque el físico traicionó ese cambio. Primero, sin embargo, cesó simplemente de ser dulce; luego, a continuación, se hizo hostil, agresiva, rabiosa. Comenzó a darme esas contestaciones que dejan sin resuello: «Si te gusta así, bien, y si no te gusta, me da igual», «no me jorobes», «vete al diablo», «déjame en paz». Las primeras veces parecía que ella misma estaba sorprendida al verse hablar de ese modo; pero, con el tiempo, se abandonó y ya casi no dijo otras cosas. Por cualquier nadería comenzaba a batir puertas; en mi casa, las puertas no dejaban de batirse y me parecía que cada vez recibía una bofetada en la cara. Antes me llamaba con esos nombres afectuosos que dicen las mujeres cuando quieren a alguien: «querido, amor, tesoro»; pero, ahora, todo lo contrario: «imbécil, bobo, estúpido, ignorante» era lo menos que me decía. No admitía que la contradijeran y, antes aún de oír la objeción, me llamaba cretino: «Cállate, eres un cretino, no entiendes nada». Y, además, cuando no había ningún motivo para pelearse entonces me provocaba. Tenía ciertos refinamientos de maldad que, de no haber sido ofensivos, me habrían asombrado, tan rebuscados y sutiles eran. Sabía encontrar, como suele decirse, el punto débil; y no valía de nada que yo pensase para mí: «Sello mis labios, no ha-

blo, me hago el indiferente»; ella sabía decir siempre algo que penetraba bajo mi piel y me hacía saltar. Ahora sacaba a relucir a mi familia que, según ella, era una inmundicia, mientras que ella era hija de un empleado, a decir verdad un escribiente del Ayuntamiento, muerto de hambre; ahora la tomaba con mi físico y, como tengo un ojo con el que no veo, y en lugar de pupila tengo una mancha como de sangre coagulada, me decía torciendo la boca:

—No te me acerques..., tu ojo me da asco..., parece un huevo podrido.

Y ya se sabe que, para ofender, no hay nada peor que tomarla con la familia o con el físico de uno. Y yo, en efecto, perdía la paciencia y comenzaba a gritar. Entonces ella, con una pálida sonrisa llena de hiel, decía:

—Ya ves cómo gritas... Contigo no se puede hablar... No haces más que gritar... ¿Es que no te han enseñado educación?

En resumidas cuentas, no me quedaba más remedio que irme; y eso es lo que hacía. Salía y me iba a pasear solo por el Lungotevere, lleno de rabia y de tristeza.

Y, pese a todo, no la odiaba; me daba pena, porque comprendía que era algo más fuerte que ella y que la primera en sufrir era ella. Era la naturaleza que la atormentaba de esa manera y la ponía fuera de sí, y esto se veía sobre todo en su modo de caminar y de mirar: codicioso, inquieto, ávido, ansioso, rabioso, como de un animal que busca en vano algo. En su voz, cuando me contestaba mal, más que odio o antipatía lo que había era un gruñido de animal que sufre y que no sabe por qué sufre, y la toma con los demás, que no tienen culpa. La sospecha de que el cambio de carácter se debiera a la falta de hijos me fue confirmada por su madre que, un día que me quejaba, me contó que Caterina, cuando niña, no hacía más que acunar a sus muñecas y siempre quería hacer de madre con sus hermanitos pequeños. Luego, de mayor, se había desarrollado del modo que ya dije, como una mujer que hubiese de tener muchos

hijos; y ella lo sabía y contaba con eso. Pero los hijos no habían llegado y, a pesar suyo, perdía la cabeza.

Continuamos así durante cinco años. Los negocios marchaban bien, la tienda prosperaba, pero yo era infeliz y sentía que esto no era vida. Además, Caterina había empeorado y casi no me hablaba, puede decirse, más que con gruñidos e insultos. Ahora la gente de la vecindad ya no decía que me había casado con una santa; todos sabían que, en lugar de una santa, había metido al diablo en mi casa. Mi madre, pobrecilla, intentaba consolarme diciéndome que podría ocurrir que un día llegara el hijo y que Caterina volviera a ser tan dulce como siempre; pero yo era muy escéptico y al verla dar vueltas por la casa, con la cara tendida hacia adelante, ansiosa y mala, me daba miedo y pensaba para mis adentros que un día u otro, exactamente igual que un perro que se revuelve y muerde a su dueño, ella me mataría. Mientras tanto, no veía cómo terminaría este asunto y cuando me iba solo a pasear por el Lungotevere y miraba correr el río, pensaba: «Tengo veinticinco años... Todavía soy un muchacho, por así decirlo... Y, sin embargo, mi vida ha acabado y ya no tengo ninguna esperanza... Estoy condenado a vivir toda mi vida al lado de un demonio». Sabía que no podía separarme de ella porque la quería, y porque sólo me tenía a mí en el mundo, pero sabía también que quedarme con ella significaba no vivir. Ante estos pensamientos me aquejaba una gran melancolía y casi casi me habría arrojado al río.

Una noche, volviendo a casa yo solo, casi sin pensarlo, bajé por una de esas escalerillas malolientes que llevan al arenal del Tíber y, eligiendo un lugar oscuro bajo la arcada del puente, me saqué la chaqueta, la doblé y la dejé en el suelo, luego escribí una nota, así a oscuras, y la puse sobre la chaqueta. La nota decía: «Me mato a causa de mi mujer», y seguía la firma. Estábamos a comienzos del invierno y el Tíber iba tan crecido que daba miedo, oscuro, lleno de ramas y de detritus, frío como la boca de una cueva; cuando estaba a punto de tirarme me dio miedo y comencé a llorar. Sin dejar de llorar des-

hice el camino desde el arenal, subí la escalerilla, volví a casa. Me fui derecho al dormitorio, cogí por un brazo a Caterina, que ya dormía, y la desperté diciendo:

—Ven conmigo.

Esta vez ella estaba asustada y me siguió sin rechistar. Quizás creyó que quería matarla, porque en la escalerilla se debatió un poco. Pero estaba oscuro y no se veía a nadie y yo la obligué a descender a la fuerza. Caminamos por el arenal, ella delante y yo detrás, en mangas de camisa y chaleco; bajo el puente le mostré la chaqueta, cogí la nota, se la di y le dije:

—Mira lo que me obligabas hacer... Pero, Caterina, ¿por qué estás tan cambiada?... Eras tan dulce... y ahora eres un diablo... ¿Por qué?

Ante estas palabras también ella se echó a llorar de repente, y mientras lloraba, me abrazó repitiendo que de ahora en adelante se controlaría; luego me ayudó a ponerme la chaqueta y volvimos a casa. He contado esta historia para explicar lo desesperado que estaba. Pero Caterina no se corrigió, al contrario: desde entonces empezó a burlarse de mí por no haber tenido valor para matarme.

Estábamos en 1943. Ante los primeros bombardeos, mi madre decidió que cerraríamos la tienda y que nos iríamos a su pueblo, Vallecorsa, en la Ciociaria. Caterina, como de costumbre, quería y no quería, y en esos días llegó a desesperarme. Por fin partimos en un camión que iba a recoger harina y otras cosas de mercado negro. Nos sentábamos todos en unos banquillos del camión, bajo un sol ardiente, con las maletas entre los pies. Corrimos durante un trecho y, tras pasar Frosinone, nos encontramos en campo abierto, lejos de las montañas, entre trigales segados e híspidos. Me había quedado dormido a causa del gran calor cuando, de pronto, el camión se paró en seco y el camionero gritó:

—Un aeroplano... ¡Todos a la cuneta!

No se veía el aeroplano, pero se oía muy cerca la voz del motor, rabiosa, metálica, rechinante, punteada de roncos estallidos; había una fila de álamos y otros árboles

tupidos, la voz del motor venía de allá, el aeroplano estaba detrás de los árboles. Le dije a Caterina:

—¡Pronto!... Bajemos...

Pero ella se encogió de hombros y respondió, malamente:

—Me quedo aquí.

—¡Ven! —insistí—. ¿Quieres morirte?

—No me importa morir.

Esta respuesta me llegó cuando yo ya estaba en el suelo; luego corrí a la cuneta e inmediatamente después el aeroplano oscureció el cielo sobre nosotros y el estruendo del motor se desencadenó como una tempestad y entre el estruendo oí la granizada de la ametralladora, que disparaba; el camión estaba parado en medio de la carretera, con Caterina sentada, y la metralla levantaba sobre la carretera muchas nubecillas de polvo, que luego se alejaban. El aeroplano había pasado, desapareció detrás de los árboles, ahora se alzaba y se alejaba, como una libélula blanca, en el cielo encendido; y el camión seguía allí parado, con Caterina sentada, completamente sola. Entonces corrí hacia el camión llamando a Caterina, pero no me contestó; salté al camión y vi que estaba muerta.

Así me quedé viudo a los veinticinco años, con toda la vida por delante, vasta y abierta, como había soñado cuando paseaba solo por el Lungotevere. Pero había querido mucho a Caterina y durante bastantes años no me consolé. Pensaba que, empujada por la naturaleza que la atormentaba, había deseado y buscado algo que ella misma no sabía; y como no había encontrado ese algo, se había vuelto mala, pero sin voluntad, inocentemente; y, al final, en vez de aquello que buscaba había encontrado la muerte. Y todo esto había sucedido sin que nosotros pudiéramos hacer nada; había cambiado y había muerto por causas que no dependían de ella; yo había sufrido y había sido liberado de mi sufrimiento por las mismas causas. Y la dulzura, que tanto me había gustado, ella la había recibido como un don, igual que la maldad y la muerte.

La palabra «mamá»

Los azares de la vida son muchos y una tarde que me encontraba en la *trattoria* con Stefanini, así, entre una charla y otra, le pregunté si sería capaz de escribirme una carta como de una persona que tiene hambre, está parada, tiene a su cargo a su madre, enferma de un mal que no perdona, y que, por estos motivos, se encomienda al buen corazón de algún benefactor, pidiéndole dinero para quitarse el hambre y para cuidar a su madre. Stefanini era un muerto de hambre de primera, siempre sin un cuarto, siempre en busca de alguna ocasión; pero era lo que se llama una buena pluma. Trabajaba como periodista, enviando de vez en cuando algún artículo a un periodicucho de su pueblo y, en ratos muertos, era también capaz de hilvanar, en el momento, una poesía sobre cualquier tema, con todos los versos y las rimas en su sitio. Mi petición le interesó; y me preguntó en seguida para qué quería aquella carta. Le expliqué que, precisamente, los azares de la vida eran muchos; yo no era un literato y podía llegar el momento en que una carta semejante me fuera de utilidad y no todos los días uno se encontraba con

un Stefanini, capaz de escribirla de acuerdo con todas las reglas. Cada vez más curioso, se informó de si mi madre estaba enferma de verdad. Le contesté que, a lo que sabía, mi madre, que trabajaba de partera en el pueblo, gozaba de buena salud; pero, a fin de cuentas, todo podía ocurrir. Para decirlo en pocas palabras, tanto insistió y me interrogó que al fin le dije la verdad: es decir, que yo vivía, como suele decirse, de expedientes, y que, a falta de cosa mejor, uno de estos expedientes podría ser precisamente esta carta que le pedía que me escribiese. No se escandalizó en absoluto, con gran asombro mío; y me hizo aún muchas preguntas sobre la forma en que me las arreglaría. Dándome cuenta de la amistad que me demostraba, fui sincero: le dije que iría con la carta a ver a alguna persona adinerada, y que se la dejaría junto con algún objeto artístico, un bronce o una pintura, advirtiendo que pasaría una hora después para recoger su donativo. El objeto artístico fingiría regalarlo, en señal de gratitud; en realidad servía para hacer aumentar el donativo, porque el benefactor no querría nunca recibir más de lo que daba. Concluí afirmando que, si la carta estaba bien escrita, el golpe no podía fallar; y que, en cualquier caso, no existía el peligro de una denuncia; se trataba de sumas pequeñas y además nadie quiere admitir que se ha dejado engañar de ese modo, ni siquiera ante la policía.

Stefanini escuchó todas estas explicaciones con la máxima atención; y luego se declaró dispuesto a escribirme la carta. Yo le dije que debía insistir, sobre todo, en tres puntos: el hambre, la desocupación y la enfermedad de la mamá; y él me contestó que lo dejara hacer, que me serviría en todos estos extremos. Hizo que el dueño le diera una hoja de papel, sacó del bolsillo la estilográfica y después, tras haberse concentrado un instante, con la nariz al aire, soltó toda la carta rápidamente, sin una tachadura, sin una vacilación; era una maravilla verlo y casi no creía a mis ojos. También debía espolearlo su amor propio, porque le había adulado diciéndole que sabía que era una buena pluma y que conocía todos los

secretos del arte. Cuando acabó, me dio la hoja y yo comencé a leer y me quedé estupefacto. Estaba todo, el hambre, la desocupación, la enfermedad de la madre, y todo estaba escrito exactamente como se debe, con palabras tan verdaderas y sinceras que casi casi me conmovieron a mí, aunque conocía su falsedad. En particular, con la intuición propia de un escritor, Stefanini había empleado muchas veces la palabra «mamá», en expresiones como «mi adorada mamá», o bien «mi pobre mamá», o incluso «mi queridísima mamá», sabiendo muy bien que «mamá» es una de esas palabras que van derechas al corazón de la gente. Además, había comprendido perfectamente el truco del objeto artístico, y la parte de la carta que trataba de él era una joya, por la manera de decir y no decir, pedir y no pedir, y, en suma, lanzaba el anzuelo al pez sin que éste pudiera advertirlo. Le dije con sinceridad que aquella carta era una verdadera obra maestra; y él, tras haberse reído con aire halagado, admitió que estaba bien escrita; tan bien que quería conservarla y me rogaba que se la dejase copiar. De forma que copió la carta y luego yo, a cambio, le pagué la cena y poco después nos separamos como buenos amigos.

Unos días después decidí hacer uso de la carta. Hablando de esto y lo otro con Stefanini se le había escapado el nombre de una persona que, según él, picaría en el anzuelo: un abogado, Zampichelli, al cual, como me dijo, hacía cerca de un año que se le había muerto la madre. Esta pérdida lo había abatido, siempre según las informaciones de Stefanini, y se había entregado a hacer el bien, ayudando cada vez que podía a la gente pobre. En suma, era precisamente el hombre que se necesitaba, dado que no sólo la carta de Stefanini era conmovedora y convincente sino que también él, por su parte, estaba preparado para creer en ella por los azares de su vida. Así, pues, una hermosa mañana cogí la carta y el objeto artístico, un leoncito de hierro dorado con una pata posada sobre una esfera de falso mármol, y me fui a llamar a la puerta del abogado.

Vivía en un chalecito en Prati, al fondo de un viejo jardín. Me abrió una doncella y le dije velozmente:

—Este objeto y esta carta para el abogado. Dígale que es urgente y que volveré a pasar dentro de una hora.

Le puse todo en la mano y me marché. Pasé aquella hora de espera caminando por las calles rectas y vacías de los Prati y repitiéndome lo que tenía que decir cuando estuviera en presencia del abogado. Me sentía bien dispuesto, con la mente lúcida, y estaba seguro de que sabría encontrar el tono y las palabras justas. Transcurrida la hora, volví al chalecito y llamé de nuevo.

Esperaba ver a un joven de mi edad, y en cambio era un hombre de unos cincuenta años, con una cara llena, roja, flácida, calvo, con ojos lacrimosos, parecía un perro de San Bernardo. Pensé que la madre muerta tendría por lo menos ochenta años y, en efecto, sobre el escritorio estaba la fotografía de una viejísima señora de rostro arrugado y cabellos blancos. El abogado se sentaba ante una mesa llena de papeles, y llevaba una bata de seda rayada, con el cuello desabotonado, y barba crecida. El despacho era grande, lleno de libros hasta el techo, con muchos cuadros, estatuillas, armas, jarrones de flores. El abogado me recibió como a un cliente, rogándome en seguida, con voz afligida, que me sentara. Luego se apretó la cabeza entre las manos, como para concentrarse, dolorosamente, y por fin dijo:

—He recibido su carta..., muy conmovedora.

Pensé con gratitud en Stefanini y contesté:

—Señor abogado, es una carta sincera..., por eso es conmovedora... Me ha salido del corazón.

—Pero, ¿por qué, entre tanta gente, se ha dirigido precisamente a mí?

—Señor abogado, quiero decirle la verdad, sé que usted ha tenido una gravísima pérdida —el abogado me oía entornando los ojos— y he pensado: él, que tanto ha sufrido por la muerte de su madre, comprenderá la aflicción de un hijo que ve que su madre se le muere, por así decirlo, ante sus ojos, día tras día, sin poder ayudarla...

El abogado, ante estas palabras que dije con tono conmovido porque comenzaba a caldearme, hizo señas afirmativas con la cabeza, varias veces, como para decir que me comprendía, y luego, levantando los ojos, preguntó:

—¿Está usted sin trabajo?

—Sin trabajo es poco, señor abogado —respondí—. Estoy desesperado..., mi vida es una odisea... He ido a todas las oficinas, hace dos años que doy vueltas y no encuentro nada... Señor abogado, ya no sé qué hacer.

Había hablado con calor. El abogado se cogió de nuevo la cabeza entre las manos y después preguntó:

—Y su madre, ¿qué es lo que tiene?

—Señor abogado, está enferma de aquí —dije; y, para impresionarlo, puse un rostro afligido y me toqué el pecho con un dedo. El suspiró y me dijo:

—¿Y este objeto..., este bronce?

Había previsto la pregunta y respondí, rápido:

—Señor abogado, somos pobres..., más aún, somos indigentes... Pero no siempre fue así... En tiempos fuimos acomodados, puede decirse..., y papá...

—¿Papá?

Me quedé muy sorprendido y pregunté:

—Sí, ¿por qué? ¿No se dice así?

—Sí —dijo él, apretándose las sienes—, se dice, precisamente, papá. Continúe.

—Papá tenía un comercio de telas... Teníamos una casa bien puesta... Señor abogado, lo hemos vendido todo, cosa a cosa... Ese bronce es el último objeto que nos queda..., estaba en el escritorio de papá.

—¿De su papá?

Perdí el hilo de nuevo y esta vez, no sé por qué, corregí:

—Sí, de mi padre... En suma, es nuestro último recurso... Pero, señor abogado, yo quiero que usted lo acepte en prenda de mi gratitud por lo que pueda hacer...

—Sí, sí, sí —repitió tres veces el abogado, sin dejar de oprimirse las sienes, como para decir que comprendía todo.

Luego se quedó un largo rato silencioso, con la cabeza inclinada. Parecía reflexionar. Finalmente se recobró y me preguntó:

—¿Con cuántas emes escribe usted la palabra mamá?

Esta vez me quedé realmente asombrado. Pensé que, al copiar la carta de Stefanini, había cometido un error y respondí, inseguro:

—Pues... la escribo con tres emes *, una al principio y dos al final.

El gimió y dijo, casi dolorosamente:

—Ya ve usted, precisamente son todas esas emes las que me hacen antipática esa palabra.

Ahora yo me preguntaba si, por casualidad, el dolor de la muerte de su madre no le había trastornado el cerebro. Dije, al azar:

—Pero se dice así... Los niños dicen mamá y luego, de hombres, continúan diciéndolo toda la vida, mientras vive la madre..., e incluso después.

—Pues bien —gritó de pronto, con una voz fortísima, dando un puñetazo en la mesa, que me hizo saltar—, esa palabra, precisamente porque tiene tantas emes, me es antipática..., sumamente antipática... ¿Comprende, Lopresto?... Sumamente antipática...

—Pero, señor abogado, ¿qué puedo hacer yo? —balbucí.

—Lo sé —continuó él, apretando de nuevo la cabeza entre las manos, con voz normal—, lo sé que se dice y escribe mamá, como se dice y se escribe papá... Lo dice incluso el padre Dante... ¿Ha leído a Dante, Lopresto?

—Sí, señor abogado, lo he leído... He leído algo.

—Pero, a pesar de Dante, las dos palabras me son antipáticas —prosiguió—, y quizás mamá me es más antipática que papá.

Esta vez callé, no sabiendo qué decir. Luego, tras un prolongado silencio, me aventuré:

—Señor abogado, comprendo que la palabra mamá,

* Se refiere, naturalmente, a la ortografía italiana de la palabra *mamma*. (Nota del traductor.)

por culpa de la desgracia que le ha afectado, no le guste... Pero, de todas formas, debería de tener un poco de comprensión conmigo... Todos tenemos una mam... quiero decir una madre

—Sí, todos... —dijo él.

Silencio, de nuevo. Después, cogió de la mesa mi leoncito y me lo tendió, diciendo:

—Tenga, Lopresto, recoja su bronce.

Tomé el bronce y me puse en pie. El sacó del bolsillo la cartera, cogió suspirando un billete de mil liras y dijo, entregándomelo:

—Usted parece un buen muchacho... ¿Por qué no prueba a trabajar?... Así acabará pronto en la cárcel, Lopresto. Ahí tiene mil liras.

Más muerto que vivo cogí las mil liras y me dirigí a la puerta. El me acompañó y, en el umbral, me preguntó:

—A propósito, Lopresto, ¿tiene usted un hermano?

—No, señor abogado.

—Pues hace dos días que vino alguien con una carta idéntica a la suya..., la madre enferma, todo igual... Incluso el bronce, aunque un poco diferente: un águila en vez de un león... Como la carta era idéntica, pensé que era su hermano.

Me fue imposible no preguntar:

—¿Un joven bajito..., moreno, con ojos brillantes?

—Exacto, Lopresto.

Con estas palabras me empujó fuera del despacho y me encontré en el jardín, con el leoncito de falso bronce apretado contra el pecho, desconcertado.

¿Han comprendido ustedes? Stefanini había utilizado la carta según mis instrucciones, antes que yo. Y con la misma persona. Les digo la verdad, estaba indignado. Que un pobretón, un desgraciado como yo pudiera recurrir a lo de la carta, pase. Pero que lo hubiera hecho Stefanini, un escritor, un poeta, un periodista, aunque desacreditado, alguien que había leído tantos libros y que incluso sabía francés, me parecía una cosa muy gorda.

¡Qué diablos, cuando uno se llama Stefanini no se hacen ciertas cosas! Pero pensé que también la vanidad había tenido parte en ello. Debía de haber pensado: «Es una hermosa carta, ¿por qué desaprovecharla?», y se había ido a ver al abogado Zampichelli.

Las gafas

A la modista Nespola la llamaban Nespola, que quiere decir níspero, porque era una enana con la cara amarilla y negra, precisamente como los nísperos cuando están maduros: negros los ojos, las ojeras, las cejas y el bigote, amarillas las mejillas, la frente, la nariz. Nespola vestía siempre como esas muñecas de trapo que los niños arrastran con la cara por el suelo: muy apretada la cintura, con una faldita corta sobre unas piernas gruesas e hinchadas. Nespola trabajaba en su casa, en el segundo piso, en *via* dell'Arancio. Tenía tres habitaciones: el dormitorio, con el gran lecho matrimonial de dos plazas, y alrededor, tan amontonados que casi no se podía circular, la cómoda con tapa de mármol, el armario con espejo, las mesillas de noche, la mesa, las sillas; la salita de pruebas, donde estaba un espejo de tres cuerpos y nada más, y por último el cuartito donde dormía su hijo, Natale, situado junto a una terracita que daba al patio, entre la casilla del retrete y la habitacioncita de la cocina. Nespola trabajaba en el dormitorio, en el vano de la ventana, sentada en un sillón de mimbre para niños. Si alguien

entraba no la veía, porque estaba dentro del vano, entre la cortina y la ventana; y la cortina, toda bordada con pájaros y cestillos de flores, estaba siempre bajada. En aquel vano, además del silloncito, Nespola tenía la mesita de los carretes y una jaula con un canario. Y cuando dibujaba o cortaba extendía la tela sobre la cama, trepaba sobre la colcha y, de rodillas, trabajaba en torno al vestido. Las pruebas, como ya dije, las hacía en aquella salita minúscula: la cliente se desvestía y se quedaba erguida ante el espejo; Nespola, con una aguja o un alfiler entre los labios, subía a un taburete y así lograba colocarse a la altura de la cliente. Mientras probaba, Nespola no dejaba de hablar, muy seguido, en tono confidencial y presuroso. Habitualmente hacía cumplidos, casi en voz baja, a la cliente, elogiando la blancura de su piel, la belleza de sus cabellos, el color de sus ojos, las formas de su cuerpo. Y si la cliente era muy bonita Nespola llegaba incluso a llamar, como testigo, a su hijo:

—Natale, ven aquí, mira y dime si no es como la Virgen que ha bajado a la tierra.

Las clientes, que en su mayoría eran muchachas de la vecindad, no protestaban; porque tampoco Natale era un hombre que pudiera cohibirlas. Nespola, con estos cumplidos, sinceros por otra parte, se había hecho con una buena clientela. Acudían a ella, precisamente, muchas chicas que vivían en la misma casa y en las de al lado.

Todo esto lo sé por haber frecuentado la casa de Nespola en la época en que Natale y yo éramos amigos. Entonces, Natale buscaba trabajo y lo había encontrado, de hecho, en el taller de vulcanización donde yo trabajaba como mecánico. Pero al cabo de dos meses dijo que aquél no era el camino para tener éxito, dejó el taller y se volvió a su casa. Me causó impresión aquella frase sobre el éxito, porque no se me había ocurrido nunca que con la vulcanización se pudiera lograr otra cosa que ir tirando, y así, y también por otras charlas que habíamos tenido y que habían picado mi curiosidad, continué tratándolo, aunque, a decir verdad, ni siquiera me resultaba simpático. Natale, en lo físico, era rechoncho,

con una cara como hinchada, sin colores, pálida y fría; una cara que, quién sabe por qué, me hacía pensar siempre en un pez que tuviera mejillas. Pero como usaba gafas redondas de cristales dobles y tenía siempre un aspecto serio y grave, lo llamaban el profesor, aunque, según creo, no había hecho más que la primaria. Esta cara y sus maneras tranquilas inspiraban confianza; y, de hecho, los trabajos que había encontrado antes de la vulcanización habían sido siempre trabajos no de obrero, sino casi de empleado: mandadero, guarda, almacenero, copista. Todos ellos, trabajos, en suma, basados en la confianza que despertaba su cara de luna llena con gafas. Pero, y aquí entra el diablo en el asunto, todos aquellos trabajos Natale los había perdido porque, al parecer, en cierto momento había hecho algo bastante gordo, como garrafiñar, embrollar, robar. Por lo que pude entender, ocurría siempre de la misma manera: el patrón, al principio, se fiaba de él, juraba que era honradísimo, le habría dado las llaves de la caja fuerte, y, luego, no se sabe cómo, de pronto lo despedía, diciéndole indefectiblemente:

—Vete y que no te vuelva a ver... Y ya puedes agradecer a esa santa de tu madre el que no te denunciemos.

Estas cosas yo las sabía y no las sabía, porque, aunque frecuentaba la casa, nada se transparentaba. Nespola, muy viva, siempre ocupada, como mucho dejaba escapar un suspiro de cuando en cuando, y a él, además, ya le podían escupir a la cara que no se descomponía. En suma, salvaban las apariencias; pero es de creer que, entre ellos, ella se desesperaba y lloraba y que él le prometía que cambiaría de vida. Pero tan pronto como encontraba un nuevo trabajo volvía a caer en lo mismo.

Natale, a primera vista, no parecía muy fuerte: de estatura mediana, corpulento, reventando en sus trajes que siempre parecían quedarle estrechos. Y, en cambio, era un toro; yo lo había visto levantar él solo, en el taller, un cochecito utilitario. Esta fuerza disimulada era un poco el símbolo de su verdadero carácter, escondido también bajo una apariencia seria y comedida. Era, en suma, lo que se llama una mosca muerta: por fuera, de una ma-

nera, y por dentro, de otra. Sólo su madre, si acaso, sabía verdaderamente cómo era: Natale le había abierto los ojos con el asunto de Nápoles, hacía unos años. En aquella época, que en el Norte estaban todavía en guerra, Natale, que aún no se había destapado y engañaba todavía a su madre con su cara afligida y sus gafas, la convenció a ella y a algunas amigas para que le confiaran una suma con la que ir a Nápoles a hacer acopio de medias de señora; en Roma escaseaban, las revenderían a un precio mucho mayor, bastaría para hacerse ricos todos. No sé por qué, se corrió por el edificio la voz de que Natale tenía olfato para los negocios y todas aquellas pobres mujeres le dieron algo, y su madre le dio todos sus ahorros. Natale marchó a Nápoles en coche, pero no trajo las medias e incluso volvió sin chaqueta. Contó que, a la altura de Formia, lo habían asaltado unos bandidos. Pero, por desgracia, el chófer que lo había llevado a Nápoles dijo la verdad poco tiempo después: en Nápoles, Natale se había encontrado con algunos napolitanos, jugadores empedernidos. Se comprometieron para una partida y él perdió. Nespola, según me contaron, casi se puso enferma, sobre todo, como repetía, por todas aquellas amigas suyas que se habían fiado de ella. Natale, en cambio, ni se alteró, como si no hubiera ocurrido nada. Pero creo que su madre nunca más se fió de él.

En resumen, era jugador, Natale, y no por la pasión del juego sino porque, como él decía, se había dado cuenta en seguida de que un pobretón no puede recorrer mucho camino a base de trabajo honrado, y que sólo la fortuna puede hacerlo salir de su condición de pobre. Más aún, tenía sus propias ideas sobre la vida y sobre el éxito en la vida, y las exponía gustoso; y, como ya dije, incluso después de que dejó la vulcanización continuaba yo tratándolo, porque sentía curiosidad por sus ideas y aquel ladrón que parecía un profesor, aquel jovenzuelo que parecía un hombre maduro, aquel ignorante que no cesaba nunca de pontificar, por un lado me daba rabia y por otro me subyugaba. Así, pues, Natale decía que en la vida todo depende de la fortuna, y que la fortuna es de

quien la atrapa; que, sin embargo, a la fortuna hay que ayudarla, que todo estribaba en tener prontitud: aprovechar el momento oportuno y dar el golpe. Lástima que, en su afán por dar ese golpe, no se anduviera con demasiados remilgos, más aún, que fuera derecho al bulto. Natale, además, decía estas cosas como si fueran el Evangelio, mirando muy fijo a través de las gafas, con una seguridad que dejaba estupefacto, como si él no hubiera sido el desgraciado que era sino uno que, precisamente, había sabido agarrar a la fortuna por los cabellos y no la dejaba escapar. Me daba rabia, y una vez no pude resistir a la tentación y lo interrumpí, diciéndole:

—Y tú... ¿entonces?

Pero él no se inmutó, porque tenía una cara muy dura, y me respondió encogiéndose de hombros:

—¿Qué tiene que ver?... Roma no se hizo en un día.

Mientras tanto, en espera de que Roma se hiciera, continuaba persiguiendo a la fortuna jugando a las cartas donde podía y con cualquiera. Jugaba sobre todo en una lechería poco distante de su casa, por la noche, después del cierre, en la trastienda, mientras el mozo, una vez bajado el cierre metálico, esparcía serrín por el suelo y limpiaba el mostrador. El, el dueño de la lechería, el camarero y otro más. ¿Ganaba? ¿Perdía? Quizás ganaba a veces, porque en otro caso no veo dónde podía procurarse el dinero para continuar jugando; pero, al final, también perdía, porque él, pobre e hijo de una modista, era como un jarrón de barro entre jarrones de hierro, pues los otros tres tenían más dinero que él. Entonces, cuando perdía, no sabiendo qué hacer para tapar los agujeros, traicionaba la confianza de quien le daba trabajo. Garrafiñaba y vendía. Ahí estaba todo el misterio de los despidos repentinos, con aquellas palabras que hubieran hecho ruborizar a un negro y que a él no le daban ni frío ni calor. Su madre, que ya lo conocía a fondo, no le decía, en efecto, como tantas madres:

—No corras tras las mujeres —o bien: —No pierdas tiempo con el deporte —sino, tan sólo: —Deja esas cartas, hijo del sol...

Lo llamaba hijo de oro e hijo del sol porque, aunque todo estaba dicho y lo sabía deshonesto e incluso ladrón, seguía siendo su hijo y ella esperaba que un buen día se enmendaría, emprendería el camino justo y se convertiría en un honrado trabajador. Pero, sí, sí; el hijo de oro, el hijo del sol, en cambio, una mañana en que Nespola había salido para entregar un vestido, cogió un hierro, hizo saltar la cerradura del armario y arañó todo el dinero que encontró. Me consta que luego le explicó a su madre que quería jugar una partida, una sola, y devolverle aquel dinero multiplicado por cien. Por desgracia, en cambio, había perdido, como de costumbre. Pienso que Nespola, por lo que se refiere al dinero, lo apuntó en la pared y luego blanqueó; total, ya estaba acostumbrada. Pero en cuanto al hierro fue como si se lo hubiera hundido en el corazón. Desde aquel día estuvo siempre triste y al trepar al taburete para probar los trajes a sus clientes dejó incluso de dirigirles cumplidos.

Uno de aquellos días Natale volvió a casa al anochecer y le dijo a su madre que había estado buscando trabajo. No llevaba puestas las gafas y explicó que las había olvidado en un café donde se las había quitado para leer el periódico. El, siempre que debía hacer algo que exigía un cuidado especial, se quitaba las gafas y las dejaba a un lado, quizás por miedo a romperlas o porque, de cerca, veía mejor sin gafas. La madre le había preparado la cena, como de ordinario, en la mesita de trabajo, en el vano de la ventana del dormitorio; y él devoró un plato de tallarines con anchoas, un plato de acelgas rehogadas y un pan. En suma, tenía mucha hambre, y Nespola, posteriormente, dijo que nunca lo había visto comer tan a gusto. Después de cenar, Natale encendió un cigarrillo y luego durmió quizás una hora en la cama de dos plazas. Después se despertó, le pidió dinero a Nespola y se fue al cine de al lado, donde echaban una película cómica americana. Yo estaba en la sala y lo vi en primera fila, sin gafas, riéndose de vez en cuando, sacudiendo todo el cuerpo encajado en la butaca, como si tosiera. En pocas palabras: a la salida del cine, los agentes, que ya

habían estado en su casa, lo arrestaron y se lo llevaron en vilo a la comisaría. A la mañana siguiente todos los periódicos publicaban la noticia: Natale había ido a pagar el alquiler y había aprovechado la ocasión para matar a martillazos al casero, viejo y gotoso. Si no hubiera sido un hombre tan preciso quizás no lo hubieran descubierto nunca. Pero, para asestar mejor los martillazos se había quitado antes las gafas, dejándolas en el antepecho de la ventana; luego, con la excitación, las había olvidado, y allí las encontró la policía. La madre, pobrecilla, que no creía ya posible recibir nuevas sorpresas, se encontró, en cambio, aquella mañana con la sorpresa más enorme de su vida. No sé cómo se lo tomó los primeros días, cuando todos los periódicos hablaban de su hijo y de ella; pero es de creer que se encomendara a la Virgen, porque era religiosa, y que la Virgen le concediera la gracia de recuperar el valor para seguir tirando. Lo cierto es que, transcurrido algún tiempo del delito, Nespola fue a la cárcel a visitar a su hijo; allí, éste, gracias a su aspecto serio y a su buena conducta, había obtenido un puesto de confianza en las oficinas de la enfermería.

El perro chino

Aquel invierno, no sabiendo ya a qué santo encomendarme, decidí dedicarme a la captura de perros. Pero no por cuenta del Ayuntamiento, que, además, luego mata a los perros, sino por mi cuenta, para recibir una propina por cada perro que robaba. Me iba a un barrio elegante, a la hora en que las criadas sacan a pasear a los perros, y llevaba en el bolsillo una cuerdecilla con un nudo corredizo. Apenas salía una de esas criadas, la seguía a distancia. Ya se sabe que las criadas no tienen muchas distracciones y aprovechan cada salida para encontrarse con alguna amiga o con el novio. La criada, pues, dejaba libre al perro, que en seguida echaba a correr olisqueando y levantando la pata en cada esquina. Tan pronto como yo veía que la criada estaba distraída me acercaba al perro, le echaba rápidamente la cuerda al cuello y me escabullía. Lo difícil luego era llegar a Tormarancio, donde vivía. Pero un trecho a pie y otro trecho con algunos taxistas que vivían hacia allá, llegaba a la Garbatella. Desde allí cogía la camioneta para llegar a casa. Bueno, permítanme que me ría: a casa. Digamos más bien que llegaba a un

rincón de un cuarto en una de esas casuchas de Tormarancio que, junto con el catre, me alquilaba Bonifazi, un obrero amigo mío. En la misma habitación dormían él, su mujer y tres hijos, y así, por la noche, todo estaba cubierto de colchones y para salir hacía falta que alguien se levantase y enrollase el suyo. Yo dejaba el perro en depósito a Bonifazi, que conocía esta actividad mía, y al día siguiente me dirigía al edificio de dónde había visto salir a la criada. Le decía al portero que había encontrado un perro de tales señas. Inmediatamente me llamaban, me hacían entrar en un vestíbulo de mármoles y espejos, y casi me abrazaban de agradecimiento. A la mañana siguiente traía el perro, cogía la propina y vuelta a empezar.

Un día, con el consabido sistema de la cuerda, cogí un perro muy extraño, que nunca había visto antes: parecía un león, con una gran cabeza redonda, toda cubierta de pelo, el cuerpo muy rapado, en cambio, hocico corto y una lengua de un negro violeta. Era un animal bueno, pero poco vivaz, casi triste y como pensativo, y me siguió con la cabeza gacha, como si ya hubiera sabido lo que le esperaba. Aquel día llovía, yo no tenía más que una mala chaqueta y un jersey bajo ella, los zapatos estaban desfondados y, en suma, me mojé tanto que en la camioneta castañeteaba los dientes y al mover los dedos de los pies sentía que exprimía agua de los calcetines y del cuero de los zapatos. Además, en Tormarancio, como de costumbre, la lluvia había inundado las casas, porque está en el fondo de un valle; así, en vez de encontrar algo de calor en el cuarto de Bonifazi, me encontré con el agua, con la mujer que gritaba desesperada, los hijos que lloraban y él que intentaba echar pasarelas sobre el pavimento encharcado. Me fui a la cama sin cenar y aquella misma noche tuve fiebre y al día siguiente me quedé en cama. La fiebre no me dejó durante toda una semana. Yo estaba en un rincón, en el catre, bajo dos cuerdas atadas de una pared a otra sobre las que colgaban mis cuatro harapos, y miraba desde el fondo de la fiebre el cuarto, con todos los colchones enrollados en los rincones y otras

cuerdas con otros harapos colgantes que se entrecruzaban en todas las direcciones, y en el suelo algo viscoso sembrado de manchas negras que se movían y eran esas cucarachas que cada vez que llueve salen de los ladrillos de aquellas paredes podridas. Estaba casi oscuro, porque seguía lloviendo, y dos de cada tres ventanas tenían cartones en lugar de cristales. La mujer de Bonifazi cocinaba en la habitación de al lado y yo estaba siempre solo y no me desagradaba porque cuando estoy malo no tengo ganas de hablar: pienso en muchas cosas y me estoy callado. El perro, por su parte, se portaba realmente bien, y yo, para que no enfermase a causa de la humedad, le había hecho una cama con virutas y trapos, bajo mi catre, y de vez en cuando tendía una mano y le acariciaba la cabeza. Tenía una fiebre muy alta, ardiente, y, sin embargo, sólo pensaba en el perro y de cuando en cuando le daba dinero a la mujer de Bonifazi para que le comprase algo de comer, no tanto por la propina como porque quiero a los animales y no me gusta hacerles sufrir. Al séptimo día comencé a delirar y se me antojó que querían quitarme el perro y le pedí a Bonifazi que me lo pusiera sobre el catre. Lo puso, y yo entonces me abracé con fuerza al perro, hundiendo la cara en su pelo tan cálido, y me dormí abrazándolo; el perro no se movía. Durante la noche, quizás a causa del pelo del perro, sudé tanto que hubieran podido retorcerme para que escurriera, y luego sentí como si me desataran, y por la mañana ya no tenía fiebre. El perro, durante toda la noche, no se había movido, y cuando me despertaba lo sentía respirando sobre mi cara, con un aliento un poco débil, quizás porque lo apretaba muy fuerte.

Me cuidé todavía durante unos días; mientras tanto había vuelto el sol y yo salía de paseo entre las casas de Tormarancio, llevando tras de mí al perro, atado con una cuerda. Fuera de Tormarancio hay unas barracas que son peores que las casas de Tormarancio. Figúrense lo que serán: tablas y latas de gasolina, techos de chapa ondulada, vallas de saúco alrededor y unas puertas tan bajas que para entrar hay que inclinarse. En una de esas ba-

rracas vivía un chino, de esos que venden corbatas. Hacía algunos años que había llegado allí y luego se había quedado y vivía con una mujer llamada Fesseria. Era una mujer de la vida: flaca, blanca, casi transparente, con un rostro largo y espesas cejas negras y ojos negros. Tenía un pelo tupido y negro, suave como la seda, y cuando se ponía un poco de colorete hasta parecía hermosa. El chino era un chino; visto por detrás podía parecer incluso italiano, bajo y robusto como era; pero luego se volvía y se veía que era chino. Salí, pues, de paseo con el perro y pasé ante la barraca del chino; inmediatamente aparecieron los dos, ella con un cubo lleno de agua que casi me tiró entre las piernas y el chino con una olla en la mano: era él quien cocinaba. El chino se me acercó y me dijo, en buen italiano:

—Ese es un perro de mi tierra... es un perro chino.

Y me explicó que ese tipo de perros, allá en China, son tan corrientes como entre nosotros los perros de lanas. Dijo que, si yo quería, se quedaba con el perro, porque le recordaba a su país y le gustaba mucho. Pero no podía darme nada a cambio, sólo un par de corbatas de seda natural; y yo rehusé; prefería la propina a las corbatas. Fesseria, con el cubo en la mano, me dijo:

—¿Qué, Luigi, no nos das el perro? —provocativa, alegre, saltando de un charco a otro con sus piernas largas, delgadas y blancas.

Aunque todavía me encontraba mal, no pude dejar de experimentar deseo de ella, tan delgada y blanca, con sus grandes cejas negras. Pero no dije nada y volví a casa de Bonifazi.

Al día siguiente fui a Roma, al edificio del que había visto salir a la criada con el perro. Pero, ¡lo que es la mala suerte!

—Era de una familia de americanos —me dijo la portera— y se han ido precisamente ayer... Han armado mil y una por culpa del perro, pero al final tuvieron que irse y se fueron.

Así, me encontraba de pronto con un perro de raza, sin saber qué hacer con él. Primero pensé en venderlo,

pero nadie lo quería: miraban mis harapos y luego decían que era robado, lo cual era cierto. Por otra parte, me disgustaba llevarlo al Ayuntamiento, porque lo sacrificarían, al pobre animal, y no podía olvidar aquella noche en que me había curado con su pelo y no se había movido en todo el tiempo. Pero, mientras tanto, me resultaba caro, porque comía mucho y no era un perro pequeño.

Una de aquellas tardes, en vez de ir a la ciudad, salí de Tormarancio, que, con el sol, del pantano que era se había convertido en una zanja de polvo, y trepé por una de las colinas de los alrededores. Ya era primavera, sin una nube en el cielo, con un aire suave y sol, e incluso Tormarancio, visto desde allá arriba, con todas sus casitas largas y bajas de tejados rojos, parecía menos carcelaria que de ordinario. La colina estaba cubierta por una hierba tierna, tan fresca y verde que daba gusto mirarla, y parecía como si acá y allá hubiera nevado, a causa de las margaritas que crecían muy tupidas y escondían la hierba. Empecé a vagar de una colina a otra, con las manos en los bolsillos, silbando: la enfermedad me había sentado bien y sentía no sé qué esperanza en mi corazón al mirar hacia el horizonte lleno de sol, con unas grandes mariposas blancas, en parejas, que parecían volar hacia allá. El perro, caso extraño, hasta se había puesto vivaz y empezó a correr ante mí. Luego volvía hacia atrás y me ladraba. Pero todo esto lo hacía torpe y pesadamente, como un animal triste que era. En cierto punto descendí hasta el fondo del valle y costeé un arroyuelo, entre dos colinas altas. Luego oí ladrar al perro, levanté los ojos y vi a Fesseria que también iba de paseo, con los cabellos sueltos sobre los hombros, una brizna de hierba entre los dientes, las manos en los bolsillos del delantal de rayadillo. Se paró y se inclinó para hacerle fiestas al perro, y luego dijo, riendo:

—¿Qué, nos das el perro?

—Te lo doy, pero con una condición —respondí sin pensarlo dos veces.

En resumen, hicimos el amor en el suelo, entre las dos colinas altas, junto al arroyo. El perro, mientras tanto,

lamía el agua del arroyo con su lengua violeta y luego se sentó sobre la hierba, no muy apartado de nosotros, y se quedó allí mirándonos, que casi me cohibía. Y yo hice lo que hice no sólo porque la mujer me gustaba sino también porque me gustaba entregar al perro por el precio de un poco de amor; porque me había encariñado con él y me parecía que así me lo pagaban en lo que valía. Al final nos levantamos y Fesseria cogió la cuerda del perro, diciendo:

—El se alegrará, porque le recuerda a su país.

Yo me quedé donde estaba, mirándola mientras se alejaba con el perro, y seguía gustándome. Luego me tendí en el suelo y dormí un par de horas.

A la mañana siguiente fui a la ciudad y me quedé allí durante la noche, con un perro pachón que había cogido por la Plaza Santiago de Chile. Dormí en un dormitorio público y luego volví a Tormarancio. Después, por la tarde, salí de paseo con el pachón y, sin saber cómo, llegué ante la barraca del chino.

Fesseria no estaba, debía de haber ido a Roma. Pero él sí estaba y salió con un cubo lleno de inmundicias que tiró detrás de la barraca. No sé por qué, me habría gustado que me diera las gracias por el perro y le pregunté dónde estaba. El sonrió, me hizo un gesto que no comprendí y luego volvió a la barraca. El pachón hurgaba entre la basura y yo me acerqué y entonces vi, entre papelotes y tronchos, la patita del perro, sucia de sangre pero con todo el pelo.

Luego me explicaron que en su tierra comen perros y que todos lo saben y no hay nada malo en ello. Pero en aquel momento se me subió la sangre a la cabeza: entré en la barraca, él estaba de espaldas, atareado ante el fogón. Dio media vuelta sonriendo, con un plato que contenía una carne oscura en medio de una salsa, y comprendí que era carne del perro y que me la ofrecía para que la comiese. De un puñetazo le tiré el plato a la cara, gritando:

—¡Asesino! ¿Qué has hecho con el perro?

Y en seguida me di cuenta de que él no comprendía

por qué había montado en cólera. Se me escapó, salió de la barraca y echó a correr hacia Tormarancio. Yo cogí un adoquín y se lo tiré y luego lo perseguí y lo atrapé por el cuello. Salió mucha gente; y él, con una cara asombrada y completamente embadurnada de salsa de carne, repetía:

—¡Agarradlo! ¡Está loco!

Y yo lo sacudía por el cuello y gritaba hasta quedarme sin voz:

—¿Qué has hecho con el perro?... ¡Asesino!... ¿Qué has hecho con el perro?

Por fin nos separaron, y Bonifazi y los demás me hicieron subir a la camioneta que iba a Roma.

Aquel mismo día devolví el pachón a su amo y me dieron la propina. Pero no volví a Tormarancio. No poseía nada y en casa de Bonifazi nada había dejado. Le debía un mes y pensé que no hay mal que por bien no venga. Por otra parte, esta historia del perro chino había hecho que me disgustara mi oficio y decidí cambiarlo. Me hice vendedor ambulante, yendo por ahí con un carrito lleno de todo un poco: aceitunas dulces, semillas de melón, castañas pilongas, avellanas, higos secos y nueces. Hacía cartuchos todo el día, en el puente nuevo, a la entrada del túnel del Gianicolo, y entre unas cosas y otras iba tirando. En aquella época siempre estaba triste, y la vida no me decía nada, quizás por culpa del perro. Sólo una vez vi a Fesseria, a lo lejos, pero no le hablé: si me hubiera dicho que también había comido del perro creo que la habría matado.

Ocurrió así Por la mañana temprano me levanté; Filomena aún dormía. Cogí la bolsa de mis herramientas, salí sigilosamente de casa y me fui a Monte Parioli, en la *via* Gramsci, donde había un calentador de baño que perdía. ¿Cuánto tiempo emplearía para hacer la reparación? Con toda seguridad un par de horas, porque tuve que desmontar el tubo y volver a colocarlo. Cuando acabé el trabajo volví a *via* dei Coronari, donde están mi casa y mi taller, en autobús y en tranvía. Fíjense en el tiempo: dos horas en Monte Parioli, media hora para llegar allá, media hora para volver: en total, tres horas. Yo había empleado tres horas para dejar arreglado un tubo de plomo; y algún otro, en cambio...

Pero vayamos por orden. A la entrada de la *via* dei Coronari, mientras caminaba ágilmente a lo largo de los muros, sentí que me llamaban por mi nombre. Me volví: era Fede, la vieja que alquila habitaciones, que vive frente a nosotros. Esta Fede, pobrecita, tiene dos piernas tan gordas, a causa de la gota, que ni un elefante. Me dijo, afanosa:

—¡Qué siroco, hoy!... ¿Vas para casa? Echame una mano para llevar este capacho.

Respondí que con mucho gusto. Me pasé la bolsa de las herramientas al otro hombro y agarré el capacho. Ella echó a andar a mi lado, arrastrando aquellas dos columnas de piernas bajo su abrigo. Tras un momento, preguntó:

—¿Dónde está Filomena?

—¿Dónde ha de estar? —respondí—. En casa.

—Ya, en casa —dijo ella, con la cabeza gacha—. Se comprende.

—¿Por qué se comprende? —pregunté por decir algo.

—Se comprende... —contestó ella—. ¡Ay, pobre hijo mío!

Inquieto, dejé pasar unos instantes y luego insistí:

—¿Por qué pobre hijo mío?

—Porque me das pena —dijo aquella bruja, sin mirarme.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que ya los tiempos no son los de antes..., las mujeres hoy ya no son como en mis tiempos.

—¿Por qué?

—En mis tiempos, uno podía dejar a su esposa en casa tranquilo... Tal como la dejaba, así la encontraba... Hoy, en cambio...

—¿En cambio, qué?

—Hoy no es así... Y ya basta... Dame el capacho, muchas gracias.

Toda la alegría de aquella hermosa mañana se me había cambiado en veneno. Dije, sujetando el capacho:

—No se lo doy si no se explica... ¿Qué tiene que ver Filomena con todo eso?

—Yo no sé nada —dijo ella—, pero hombre avisado, medio salvado.

—Pero, en resumen —grité—, ¿qué ha hecho Filomena?

—Pregúntaselo a Adalgisa —me contestó; y esta vez agarró el capachó y se alejó con una agilidad que yo desconocía, casi corriendo, con su abrigo largo.

Pensé que no era cosa de ir al taller y retrocedí para buscar a Adalgisa. Por suerte, también vivía en la *via* dei Coronari. Adalgisa y yo habíamos sido novios antes de que me encontrara a Filomena. Se había quedado soltera y sospechaba que aquella historia sobre Filomena la había inventado ella Subí cuatro pisos, llamé con fuerza con el puño, y por poco no le di en la cara cuando abrió la puerta de golpe. Tenía las mangas remangadas y una escoba en la mano. Me dijo muy seca:

—Gino, ¿qué quieres?

Adalgisa es una muchacha no muy alta, agradable, pero con la cabeza un poco gorda y el mentón prominente. Por culpa del mentón la llaman *manzanilla*. Pero no hay que decírselo. Yo, en cambio, furioso, se lo dije:

—¿Has sido tú, *manzanilla*, quien ha ido contando por ahí que Filomena, mientras estoy en el taller, hace no sé qué en casa?

Ella me miró con ojos llenos de malignidad:

—Has querido a Filomena..., pues ya la tienes.

Entré y la agarré por un brazo. Pero se lo solté en seguida porque me miró casi con esperanza. Le dije:

—¿De modo que has sido tú?

—Yo no he sido... Como me lo contaron, así lo cuento.

—¿Y quién te lo contó?

—Giannina.

No dije nada e hice ademán de salir. Pero me retuvo y añadió mirándome provocativa:

—Y no me vuelvas a llamar *manzanilla*.

—¿Es que no la tienes, la manzana? —le contesté librándome de ella y precipitándome escaleras abajo.

—¡Más vale la manzana que los cuernos! —gritó asomándose a la barandilla.

Ahora comenzaba a encontrarme mal. No me parecía posible que Filomena me traicionase, puesto que en tres año que llevábamos casados no había hecho más que colmarme de ternuras. Pero miren lo que son los celos. Precisamente estas ternuras, a luz de las charlas de Fede y de Adalgisa, me parecían una prueba de la traición. Bueno,

Giannina era cajera en un bar de allí cerca, también en la *via* dei Coronari. Giannina es una rubia linfática, con cabellos lisos y ojos de porcelana azul. Tranquila, lenta, reflexiva. Fui hasta la caja y le susurré:

—Dime, ¿has sido tú quien ha inventado que Filomena, cuando yo no estoy, recibe a gente en casa?

Ella estaba atendiendo a un cliente. Tecleó en la máquina registradora, sacó el ticket, anunció sin alzar la voz:

—¡Dos cafés exprés! —y luego me preguntó muy tranquila—. ¿Qué me dices, Gino?

Repetí la pregunta. Ella tendió la vuelta al cliente y luego respondió:

—Por favor, Gino, ¿te crees que voy a inventar semejante cosa de Filomena..., mi mejor amiga?

—Entonces, Adalgisa lo habrá soñado.

—No —me corrigió ella—, no lo ha soñado... Pero yo no lo inventé..., lo he repetido.

—¡Qué buena amiga! —me fue imposible dejar de exclamar.

—Pero también dije que no lo creía... Esto, claro, no te lo ha dicho Adalgisa

—Y a ti, ¿quién te lo contó?

—Vincenzina... Vino a propósito desde la planchadora para hacérmelo saber.

Salí sin saludarla y me fui derecho a la planchadora. Desde la calle pude ver inmediatamente a Vincenzina, erguida ante la mesa, haciendo fuerza con ambos brazos sobre la plancha. Vincenzina es una muchacha minúscula, con una cara aplastada, como de gato, muy morena, vivaz. Sabía que tenía debilidad por mí, y en efecto, cuando le hice una señal con el dedo dejó en seguida la plancha y salió. Dijo esperanzada:

—Gino, ¡felices los ojos que te ven!

—¡Bruja! —le respondí—. ¿Es cierto que vas por ahí diciendo que Filomena, mientras estoy en el taller, recibe hombres en casa?

Y ella, un poco desilusionada, contoneándose, con las manos en los bolsillos del delantal, dijo:

—¿Te disgustaría?

—Responde —insistí—, ¿has sido tú quien ha inventado esa infamia?

—¡Uf, qué celoso eres! —dijo encogiéndose de hombros—. ¿Qué pasa? ¿Es que una mujer no puede charlar con un amigo?...

—De modo que has sido tú...

—Mira, me das pena —dijo de pronto aquella víbora—. ¿Qué quieres que me importe de tu mujer?... No he inventado nada... Me lo dijo Agnese... Ella sabe incluso el nombre de él.

—¿Cómo se llama?

—Que te lo diga ella.

Ya estaba seguro de que Filomena me traicionaba. Hasta se sabía el nombre. Pensé involuntariamente: «Menos mal que en la bolsa no llevo ninguna herramienta grande, porque en tal caso podría perder la cabeza y matarla». No lograba creerlo: ¡Filomena, mi mujer, con otro! Entré en el estanco donde Agnese vendía cigarrillos por cuenta de su padre. Tiré el dinero sobre el mostrador, diciendo:

—Dos cajetillas de *nazionali*.

Agnese es una muchachita de diecisiete años, con una selva de cabellos encrespados y secos alzada sobre la cabeza. Tiene una cara hinchada, enharinada de polvos rosa, pálida, sin colores, con dos ojos negros como bayas de laurel. La conocía, como todos la conocen en la *via* dei Coronari. Y como todos sabían, yo también sabía que era muy interesada, capaz, por dinero, de vender su alma. Mientras me daba los cigarrillos me incliné y le pregunté:

—Dime cómo se llama.

—¿Quién? —preguntó ella asombrada.

—El amigo de mi mujer.

Me miró aterrada; debía de tener yo muy mala cara. Dijo de inmediato:

—Yo no sé nada.

Traté de sonreír:

—Venga, dímelo...; todos lo saben ya, sólo falto yo...

Me miraba fijamente, sacudiendo la cabeza; entonces añadí:

—Mira, si me lo dices, te doy esto —y saqué del bolsillo un billete de a mil que había recibido aquella mañana por la reparación.

A la vista del dinero se turbó, como si le hubiera hablado de amor. Le tembló el labio, miró a su alrededor y luego puso la mano sobre el billete, diciendo en voz baja:

—Mario.

—Y tú ¿cómo lo has sabido?

—Por tu portera.

De modo que era verdad. Como en el juego de «frío» y «caliente», ya habíamos llegado a la casa donde yo vivía. Dentro de poco estaríamos en el apartamento. Salí del estanco y corrí a todo correr a mi casa, unos portales más allá. Mientras tanto me repetía: «Mario», y ante aquel nombre desfilaban ante mis ojos todos los Marios que conocía: Mario el lechero, Mario el ebanista, Mario el frutero, Mario que había sido soldado y ahora estaba parado, Mario el hijo del salchichero. Mario, Mario, Mario... En Roma habrá un millón de Marios, y en la *via* dei Coronari, habrá unos cien. Entré en el portal de mi casa y fui derecho a la ventanilla de la portera. Vieja y bigotuda como Fede, estaba espatarrada, con un brasero entre los pies y un montón de achicoria para escoger en el regazo. Pregunté asomándome:

—Dígame, ¿ha inventado usted que Filomena, en mi ausencia, recibe a un tal Mario?

—¿Quién ha inventado nada? —respondió en seguida irritada—. Ha sido tu mujer quien me lo ha dicho.

—¿Filomena?

—Claro... Me ha dicho: va a venir un joven así y asá que se llama Mario... Si Gino está en casa, dile que no suba... Pero si Gino no está, hazlo subir... Ahora está arriba.

—¿Está arriba?

—Claro que sí... Ha subido hace casi una hora.

Así, pues, no sólo existía Mario, sino que ahora estaba en mi casa, con Filomena. Me lancé escaleras arriba, subí a la carrera tres pisos, llamé. La propia Filomena vino

a abrirme, e inmediatamente observé que ella, siempre tan plácida y serena, parecía asustada. Le dije:

—¡Muy bien!... ¡Cuando yo no estoy recibes a Mario!...

—Pero ¿qué te pasa? —comenzó ella.

—Lo sé todo —grité, e intenté entrar. Entonces ella me impidió el paso, diciendo:

—¡Déjalo!... ¿Qué te importa?... Vuelve más tarde.

Esta vez me cegué. Le di una bofetada, gritando:

—¡Ah!, ¿de modo que no debe importarme? —y luego de un empujón la eché hacia un lado y corrí a la cocina.

¡Al diablo con las charlas de las mujeres y al diablo con las mujeres! Sí, allí estaba Mario, sentado ante la mesa y bebiendo un café con leche, pero no era Mario el ebanista, ni Mario el frutero, ni Mario el hijo del salchichero, ni, en resumen, ninguno de los muchos Marios en los que había pensado por la calle. Era, simplemente, Mario el hermano de Filomena, que había estado dos años en la cárcel por robo con fractura. Yo, sabiendo que un día saldría, le había dicho:

—Mira que no lo quiero en mi casa... No quiero ni oír hablar de él.

Pero ella, pobrecilla, que quería mucho a su hermano, aunque fuera un ladrón, había querido recibirlo igualmente durante mi ausencia. Mario, al verme tan fuera de mí, se había puesto en pie. Dije jadeante:

—¡Hola, Mario!

—Me voy —dijo mohino—. No tengas miedo..., ya me voy... ¿Qué pasa?... ¡Ni que uno fuera un apestado!

Sentía a Filomena que sollozaba en el pasillo y ahora me avergonzaba de lo que había hecho. Dije confuso:

—No, quédate...; quédate por hoy..., quédate a comer... ¿No es cierto, Filomena? —añadí dirigiéndome a ella, que se había asomado al umbral secándose las lágrimas—. ¿No es cierto que Mario puede quedarse a comer?

Bueno, lo arreglé como mejor pude y luego fui al dormitorio, llamé a Filomena, le di un beso e hicimos las

paces. Pero seguía en pie el hecho de las habladurías. Vacilé y luego le dije a Mario:

—Vamos, Mario, ven conmigo al taller... Puede ocurrir que el dueño tenga algo para ti.

El me siguió; cuando estuvimos en la escalera añadí:

—Aquí nadie te conoce..., tú, durante estos años, has estado trabajando en Milán... ¿Entendido?

—Entendido.

Bajamos las escaleras. Cuando estuvimos ante la ventanilla de la portera cogí a Mario por un brazo y lo presenté diciendo:

—Este es Mario..., mi cuñado... Viene de Milán... Ahora se quedará con nosotros.

—Mucho gusto, mucho gusto...

«El gusto es mío», pensé saliendo a la calle. Por culpa de las habladurías de las mujeres había perdido mil liras, y ahora, encima, tenía que aguantarme al ladronzuelo en casa.

Los amigos sin dinero

Se dicen muchas cosas sobre la amistad, pero, en resumidas cuentas, ¿qué quiere decir ser amigo? ¿Bastará, como hice yo durante cinco años seguidos, con ver en el bar de la Plaza Mastai siempre al mismo grupo, jugar siempre la partida con los mismos jugadores, discutir de fútbol siempre con los mismos hinchas, ir juntos de excursión, al estadio, al río, comer y beber juntos en la misma hostería? ¿O bien hará falta, de ahora en adelante, dormir en la misma cama, comer con la misma cuchara, sonarse la nariz con el mismo pañuelo? Yo, cuanto más pienso en este asunto de la amistad, más me pierdo. Durante años y años creemos que somos íntimos, uña y carne, como se dice, que nos queremos, que somos como hermanos. Y luego, de pronto, descubrimos en cambio que los demás habían guardado las debidas distancias y que nos criticaban, e incluso no nos podían ver, y, en resumen, que no experimentaban por nosotros no digo amistad, sino ni siquiera simpatía. Pero entonces, digo yo, ¿la amistad sería una costumbre, como tomar café o comprar el periódico; una comodidad, como la

butaca y la cama, o un pasatiempo, como el cine o el cuartillo de vino? Pero si es así, ¿por qué la llaman amistad y no la llaman mejor de otra manera?

Bueno, yo soy un hombre todo corazón, de esos que no creen en el mal.

Así, aquel invierno, tras haber tenido una pulmonía, entre el médico que me decía que debía de pasar un mes por lo menos junto al mar, y entre que no tenía dinero porque mis pocos ahorros se habían esfumado en medicinas y tratamientos, le dije a mi madre que las treinta mil liras que necesitaba me las prestarían mis amigos del bar de la Plaza Mastai Mi madre no es como yo: tan entusiasta, crédulo y desprevenido soy yo como ella es escéptica, amarga, prudente. De modo que aquel día me contestó, sin apartarse del hornillo:

—Pero ¿qué amigos? Si durante tu enfermedad no ha venido a verte ni siquiera un perro...

La frase me turbó, porque era verdad, pero me recobré en seguida explicando que eran personas muy ocupadas. Ella sacudió la cabeza, pero no dijo nada. Era por la tarde, la hora en que todos se reunían en el bar. Me abrigué muy bien, porque era la primera vez que salía, y me fui. Al acercarme al bar, con las piernas que apenas me sostenían a causa de mi gran debilidad, digo la verdad, sonreía a mi pesar, y sentía que aquella sonrisa me iluminaba como un rayo de sol la cara demacrada y blanquecina de la enfermedad. Sonreía con alegría anticipada porque me imaginaba la escena: yo que aparecía en el umbral, ellos que me miraban un momento y luego se levantaban todos al tiempo y venían a mi encuentro; y uno me palmeaba el hombro, otro me pedía noticias de mi salud, otro me contaba lo sucedido en mi ausencia. Advertía, en suma, gracias a aquella sonrisa, que quería a mis amigos; y ese encuentro me hacía temblar un poco, como cuando se vuelve a ver, después de mucho tiempo, a una mujer amada. Experimentaba el sentimiento de la amistad, y como suele suceder, me parecía que los otros debían de experimentar lo mismo que yo.

Cuando me asomé al bar vi, en cambio, que estaba

desierto. Sólo estaban el mozo, Saverio, atareado limpiando el mostrador y la máquina del café, y Mario, el dueño, leyendo el periódico sentado ante la caja. La radio encendida dejaba oír, en sordina, una música de baile. Mario, un joven grande y flojo, de cabeza pequeña y ojos de mujer, siempre ojerosos y lánguidos, era para mí, se puede decir, como un hermano. Habíamos crecido juntos en la misma calle, habíamos ido a la escuela juntos, habíamos hecho juntos el servicio militar. Feliz, tembloroso, me acerqué a él, que leía, y en un soplo, pues mitad por la debilidad y mitad por la alegría me fallaba la voz, le dije:

—Mario...

—Oh, Gigi...—dijo él alzando la vista, con voz normal— Los que no mueren se vuelven a ver... ¿Qué has tenido?

—Pulmonía, y he estado muy enfermo..., tuve que ponerme penicilina... No quiero decirte todo lo que pasé.

—¿De verdad? —dijo doblando el periódico y mirándome—. Sí, ya se ve... Estás pálido... ¿Pero ya estás curado, no?

—Sí, estoy curado..., por llamarlo así..., pero apenas puedo sostenerme en pie... El médico dice que tendría que ir por lo menos un mes a orillas del mar...

—Tiene razón... Son enfermedades peligrosas... ¿Tomas un café?

—Gracias... ¿Y los amigos?

—Saverio, un café bien cargado para Gigi... ¿Los amigos? Acaban de salir para irse al cine.

Ahora había abierto otra vez el periódico, como deseoso de continuar la lectura. Le dije:

—Mario...

—¿Qué pasa?...

—Mira, tendrías que hacerme un favor... Para pasar un mes junto al mar hace falta dinero... Yo no lo tengo... ¿Podrías prestarme diez mil liras? Tan pronto como vuelva a trabajar te las devolveré.

El me miró un momento con sus ojos negros y lánguidos. Luego dijo:

—Veamos —y abrió el cajoncito de la registradora—. Mira —me dijo luego enseñándome el cajón casi vacío—, la verdad es que no las tengo... Hace poco que hice un pago... Lo siento.

—¿Cómo que no las tienes? —dije desamparado—. Diez mil liras no es mucho...

—Más aún, es poco —dijo él—, pero hay que tenerlas.

Y como con una repentina inspiración alzó los ojos hacia el mostrador y gritó:

—Saverio, ¿tendrías diez mil liras para prestárselas a Gigi?

El mozo, un pobre hombre con familia, contestó, naturalmente:

—Señor Mario... ¿Diez mil liras, yo?

Entonces Mario se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Sabes quién podría prestártelas? Egisto..., tiene un negocio que le da dinero... Seguro que te las presta.

No dije nada, me había quedado helado. Pero, por guardar las formas, bebí el café y luego pretendí pagarlo. El comprendió y me dijo:

—Lo siento, sabes...

—¡Figúrate! —respondí, y salí.

Egisto era otro de esos queridos amigos a quienes había visto todos los días del año. A la mañana siguiente, temprano, salí de casa y fui a ver a Egisto. Tenía un comercio de muebles usados detrás de la Plaza Navona, en *via* di Parione. Cuando llegué ante el comercio lo vi en seguida a través de los cristales de la puerta, de pie entre montones de sillas y banquillos, sobre el fondo de una cómoda, con el abrigo puesto, el cuello levantado hasta la nuca y las manos en los bolsillos. Egisto era un tipo muy corriente: ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado, con una cara prudente y malhumorada. Siempre tenía uno u otro ojo enrojecido y semicerrado a causa de un orzuelo, y se comía las uñas a fondo, hasta la carne. Aunque yo ya sentía menos entusiasmo, cuando llamé «Egisto» había aún un temblor de alegría en mi voz. El dijo: «Hola, Gigi», muy fríamente, pero no hice mucho

caso porque sabía que tenía un carácter frío. Entré y le dije francamente:

—Egisto, he venido para pedirte un favor.

—De momento, cierra la puerta, que tengo frío —respondió él.

Cerré la puerta y repetí la frase. El se fue al fondo del comercio, a un rincón oscuro donde había un viejo escritorio y una silla, y se sentó diciendo:

—Pero tú has estado enfermo... Cuéntame..., ¿qué tuviste?

Comprendí por su tono que quería hablar de la enfermedad para evitar la conversación sobre el favor que iba a pedirle. Corté por lo sano respondiendo secamente:

—He tenido una pulmonía.

—¿De verdad?... ¿Y lo dices tan tranquilo?... Cuéntame un poco...

—No quería hablarte de esto precisamente —le dije—; primero, el favor..., necesito urgentemente quince mil liras... Préstamelas; dentro de un mes te las devuelvo.

Había aumentado la suma porque, al fallar Mario, ya eran dos solamente los que podían prestármelas.

El empezó a roerse la uña del índice y luego se dedicó a la del medio. Por último dijo sin mirarme:

—Quince mil liras no puedo prestártelas... Pero puedo indicarte la manera de ganar quinientas al día, o incluso mil, sin gran trabajo:

Confieso que lo miré casi con esperanza:

—¿Y cómo?

Abrió el cajón del escritorio, sacó un recorte de periódico y me lo tendió, diciendo:

—Lee eso.

Lo cogí y leí: «De quinientas a mil liras al día podrán ganar sin mucho trabajo en su domicilio fabricando objeto artístico ocasión Año Santo. Enviar quinientas liras al apartado de Correos, etc.».

Durante un momento me quedé con la boca abierta. Hay que saber que yo conocía ya ese anuncio: se trataba de unos listos de la provincia que explotaban la credulidad de la pobre gente. Uno enviaba quinientas liras

y recibía a cambio un modelo de papel con agujeros sobre el que había que pasar tinta china, poniéndolo sobre tarjetas postales. Así aparecía la silueta de San Pedro. Luego había que colocar las tarjetas, y ellos decían que, dada la gran afluencia de peregrinos, se podían vender fácilmente unas cincuenta o cien por día, a cincuenta liras cada una. Le devolví el recorte, observando:

—Creía que eras un amigo.

El ahora se comía la uña del anular. Contestó sin alzar los ojos:

—Y lo soy...

—Adiós, Egisto.

—Adiós, Gigi.

Desde la *via* di Parione fui a coger el autobús en el *corso* Vittorio y me dirigí hacia la *via* dei Quattro Santi Coronati. Allí estaba el otro amigo con el que había contado para el préstamo: Attilio. Era el tercero y último, porque los demás del grupo eran pobres y, aunque hubieran querido, no habrían podido prestarme un céntimo. Yo había calculado bien, como pueden ver ustedes: Mario poseía un bar bien encarrilado, Egisto trabajaba mucho con su negocio de muebles usados, y este Attilio, por su parte, se embolsaba buenos cuartos con un garaje, alquilando coches y haciendo reparaciones. También él era, se puede decir, como un hermano; hasta había sido padrino de bautismo de su hija.

Lo encontré tumbado bajo un coche, en la acera, con la cabeza y el pecho debajo y las piernas fuera. Lo llamé: «Attilio», pero esta vez mi voz ya no temblaba. Se atareó todavía un momento y luego apareció poco a poco, secándose la cara, completamente sucia de aceite de motor, con la manga del mono. Era un hombre membrudo, con una cara hosca, color de pan crudo, ojos pequeños, frente baja y una vieja cicatriz sobre la ceja izquierda. Dijo de inmediato:

—Mira, Gigi, que si se trata de un coche no hay nada que hacer. Los tengo todos fuera y la camioneta descubierta está en reparación.

—No se trata de un coche... —contesté—, he venido para pedirte un favor: préstame veinticinco mil liras.

Me miró ceñudo y luego dijo:

—Veinticinco mil liras..., te las doy en seguida... Espera.

Yo me quedé aturdido, porque ya no me lo esperaba. Fue lentamente hacia la chaqueta, colgada de un clavo dentro del garaje, sacó la cartera y luego volvió hacia mí, preguntándome:

—¿Las quieres en billetes de mil o en billetes de cinco mil?

—Como quieras, me es igual.

Me miraba fijamente, con una cara que parecía henchida de una amenaza que yo no podía comprender. Insistió:

—¿O quizás quieres una parte en billetes de cien?

—No, gracias; está bien en billetes de mil.

—Aunque —dijo como asaltado por una repentina sospecha— quizás necesites treinta mil... Si las necesitas, dímelo sin miedo.

—Bueno, lo has adivinado, digamos treinta mil... Es exactamente la suma que necesito.

—Pon la mano.

Tendí la mano. Entonces él retrocedió un paso y dijo con una voz truculenta:

—Dime la verdad, ¿es que te has creído, jovencito, que el dinero que tanto me cuesta ganar voy a gastarlo con un haragán como tú?... ¿Te lo has creído, eh? Pues estás muy equivocado.

—Pero yo...

—Tú eres tonto..., ni cien liras... Trabaja, haz algo, en vez de pasar el tiempo en el café.

—Podías habérmelo dicho en seguida —comencé, furioso—, no está bien lo que has hecho...

—Y ahora, lárgate —dijo él—, lárgate inmediatamente... ¡Andando!

No pude contenerme y le dije:

—¡Sinvergüenza!

—¡Eh! ¿Qué has dicho? —gritó, agarrando un barrote de hierro—. ¡Ea, repítelo!

En resumidas cuentas, tuve que escapar o de lo contrario me pegaba. Aquella mañana volví a mi casa y me parecía que había envejecido diez años. Mi madre, desde la cocina, me preguntó:

—Bueno, ¿te han prestado tus amigos el dinero?

—No los encontré —respondí.

Pero al sentarnos a la mesa, viéndome acobardado, ella me dijo:

—Confiesa la verdad: no han querido prestártelo... Por suerte tienes a tu madre... Ahí está el dinero —y se sacó del bolsillo tres billetes de diez mil, enseñándomelos.

Le pregunté cómo se las había arreglado y me contestó que el amigo del pobre es el Monte de Piedad; queriendo decir con esto que había empeñado algo para procurarme ese dinero. En efecto, había empeñado algunas alhajas de oro, y hasta hoy no ha podido aún desempeñarlas. Bueno, pasé aquel mes en Santa Marinella. Salía en barca, por la mañana, al sol, y algunas veces, inclinándome a mirar bajo el agua a todos los peces grandes y chicos que por allí nadaban, me preguntaba si, por lo menos entre los peces, existiría la amistad. Entre los hombres, no, aunque la palabra la hayan inventado ellos.

Hacia media noche llevé a casa a mis amos y luego, en vez de meter el coche en el garaje, me fui a mi casa. me quité el uniforme de chófer, me puse el traje azul de los domingos y, sin prisas, me dirigí a la cita, en *via* Veneto. Giorgio me esperaba en un bar, con los dos clientes de esa noche, dos sudamericanos; ella, más que madura, de pelo negro que parecía teñido, una cara ajada muy pintada y unos exaltados ojos azules; él, mucho más joven, con un rostro liso, socarrón, descarado, parecido a los de los maniquíes de los sastres. ¿Conocen a Giorgio? Cuando lo encontré por primera vez era un muchachito de cara angelical, rubio y rosa; era la época de los aliados, y él, con un chaquetón y pantalones militares, brincaba de aquí a allá, en los días de tramontana, por las aceras del Tritone, susurrando a los transeúntes:

—¡América!

Así, un poco con 'América' y un poco con otras cosas, comenzó a hablar inglés y luego, cuando los aliados se fueron, se quedó por allí, entre el Tritone y *via* Veneto.

Hacía de guía turístico, para los monumentos de día y para los locales de baile, de noche, según él decía. La verdad es que se acicalaba mucho: siempre con su capote de desembarco, con la capucha a la espalda, pantalones ajustados, zapatos con hebillas de metal; pero en cambio se había puesto bastante feo y ya no era el angelote de los tiempos del mercado negro: la frente y las sienes se le iban pelando, los ojos azules parecían de vidrio, las mejillas chupadas y sin colores, una boca demasiado roja, con algo de desvengonzado y violento. Giorgio, pues, me presentó como un amigo y los dos sudamericanos empezaron en seguida a hablarme en lo que creían que era italiano y que era español, ni más ni menos. Giorgio parecía descontento y me dijo en voz baja que aquellos dos estaban obsesionados con los locales de mala fama, frecuentados por gente del hampa, y que en Roma no había esta clase de locales y él no sabía cómo contentarlos. La señora, en efecto, en su italiano que era español, me dijo riendo que Giorgio no era amable y que no sabía hacer de guía: ellos querían ir a los locales donde se reunían los *pistoleros*. Yo pregunté qué diablos eran esos *pistoleros;* y Giorgio intervino, de mal humor, explicando que los *pistoleros* eran asesinos, ladrones, hampones y similares, que en las ciudades de Sudamérica se reunían, precisamente, en ciertos locales tranquilos, junto con sus mujeres, para preparar en amor y compañía algún buen golpe.

Entonces dije, decidido:

—Nada de *pistoleros* en Roma..., en Roma está el Papa y los romanos son todos padres de familia... ¿Ha comprendido?

Ella preguntó, mirándome con sus ojazos eléctricos:

—¿Nada de *pistoleros?*... ¿Y por qué?

—Porque Roma es así..., sin *pistoleros*.

—¿Nada de *pistoleros?* —insistió, mirándome casi con ternura—. ¿Ni siquiera uno?

—Ni siquiera uno.

El marido preguntó:

—Pero, entonces, en Roma, ¿qué hacen los romanos por la noche?

Respondí, al azar:

—¿Qué hacen? Van a la *trattoria*, comen *spaghetti all'amatriciana* y cordero asado..., luego van al cine... Y algunos van a bailar.

Lo miré y luego añadí, poniendo en práctica mi plan, como de acuerdo con Giorgio:

—Conozco un local donde se baila, por aquí cerca.

—¿Cómo se llama?

—Las Grutas de Popea.

—¿Y hay *pistoleros?*

Dale con los *pistoleros*. Aventuré, para no disgustarlos:

—Alguna vez pueden aparecer uno o dos... Según las noches.

—Su amigo es mejor que usted... —dijo la señora, dirigiéndose a Giorgio—. ¿Ve cómo hay un local con *pistoleros?*... Vamos, vamos a las Grutas de Popea.

De forma que nos levantamos y salimos del bar. Las Grutas de Popea no estaban muy lejos, se encontraban en un sótano hacia la Plaza dell'Esedra. Mientras conducía el coche y la señora, sentada a mi lado, continuaba hablándome de los *pistoleros*, yo me preparaba para la emoción de volver a ver a Corsignana, por primera vez después de mucho tiempo. Había creído que ya no la amaba, pero ahora, a causa de la turbación que oprimía mi pecho, comprendía que aún pervivía el sentimiento. No la había vuelto a ver desde que nos habíamos peleado, precisamente por culpa de las Grutas de Popea, donde ella cantaba y bailaba y donde yo no quería que trabajase; y la idea de volverla a ver me llenaba de agitación. Hasta la señora lo advirtió, porque me preguntó de repente:

—Luigi... ¿Me permite que le llame Luigi, verdad?... Luigi, ¿en qué piensa, que está tan distraído?

—No pienso en nada.

—No es cierto, usted piensa en algo, apuesto a que en una mujer.

Bueno, llegamos a las Grutas de Popea: una portezuela en una calleja, con una linterna y una marquesina de tejas, de fingida rusticidad. Bajamos por una escalera del tipo romano antiguo, con paredes de ladrillos, lápidas medio rotas, ánforas en los nichos iluminados con luz de neón. El sudamericano, ahora, parecía satisfecho; de todos modos, observó:

—Ustedes, los italianos, no pueden olvidar el imperio romano... Lo ponen en todas partes, hasta en los locales nocturnos.

Contesté, dando mi abrigo a la mujer del guardarropa, instalado bajo un gran arco de travertino:

—No nos olvidamos del imperio romano porque somos los mismos romanos de entonces..., ese es el motivo.

Las Grutas de Popea eran una sucesión de salitas de techos bajos, una tras otra. En la sala más amplia, al fondo, estaba el bar, la pista de baile, cubierta de linóleo, y la tarima de la orquesta. Apestaban a humo, las Grutas de Popea, y las voces y la música se amortiguaban como entre algodones. Mientras atravesábamos aquellas salitas eché una mirada todo alrededor: había algo de gente, una media docena de personas en cada sala, pero nada de *pistoleros;* algunos americanos, varias parejas de novios, algún jovenzuelo del estilo de Giorgio, dos o tres parejas de chicas en busca de clientes. Pero Corsignana, a quien temía ver sentada en una de las mesas, no estaba. Fuimos a sentarnos a una mesa en la sala del bar, exactamente frente al micrófono, e inmediatamente tuvimos a todos los camareros a nuestro alrededor. Pregunté, al azar, haciéndome el indiferente:

—¿No canta aquí, por casualidad, una muchacha que se llama Corsignana?

—¿Corsignana?... No, esta noche no ha venido —dijo, presuroso, uno de los camareros.

—Una muchacha muy morena, con pelo crespo, ojos negros y una cicatriz en la mejilla.

—Ah, la señorita Tamara —dijo, obsequioso, el direc-

tor—. Cantará dentro de poco... ¿Quiere que se la enviemos?

La señora parecía dudosa; pero el marido abrevió diciendo que tendría mucho gusto en invitar a la señorita Tamara a beber con nosotros. Y luego encargamos las bebidas. La orquesta inició una samba y Giorgio se levantó, invitando a bailar a la señora. Nos quedamos sentados el sudamericano y yo.

Apareció Corsignana. Salió por una puertecita que yo no había advertido, se dirigió al micrófono y comenzó a cantar. La miré con atención y en seguida vi que era ella pero que no era ella. En principio, estaba rubia, con un rubio encendido, color zanahoria, y unos ojos que, en contraste, parecían dos carbones; y además estaba pintada, malamente, con una segunda boca de carmín superpuesta a la verdadera. Estaba vestida con un corpiño escotado, verde, y una falda negra; y lo único que quedaba de la Corsignana que yo conocía eran los brazos robustos y musculosos, con las manos rojas y un poco hinchadas, brazos y manos de muchacha del pueblo que ha sido obrera. También su voz había cambiado: ronca y descarada, con caídas de tono que querían ser sentimentales. La canción que cantaba tenía un estribillo que parecía el ladrido de un perro a la luna: «Bu, bu, bu, sabes que eres mentiroso, bu, bu, bu, sabes que eres mentiroso, bu, bu, bu, pero es lo mismo, yo no oso, bu, bu, bu, decirte yo no oso, bu, bu, bu, que eres muy mentiroso». Era una cancioncilla cretina y cuando ella repetía «bu, bu bu», alzaba las manos abiertas en el aire, a la altura de las sienes, donde había clavado una flor roja, y meneaba el pecho y las caderas. Pregunté al sudamericano:

—¿Le gusta?

—*Hermosa* —respondió él, con convicción.

Me quedé inseguro sobre el significado de la palabra y callé. Corsignana cantó durante todo el tiempo del baile, y luego Giorgio y la señora volvieron a la mesa, y el director habló con Corsignana y ella vino hacia

nuestra mesa, contoneándose y canturreando. Hicimos las presentaciones; y ella, dijo, despreocupada:

—Hola, Luigi.

—Hola, Corsignana —respondí.

Luego ella se sentó y el sudamericano le preguntó qué quería beber; ella, muy rápida, contestó que quería un whisky, y el director, deferente, le trajo el whisky. La orquesta inició una rumba, yo me levanté e invité a bailar a Corsignana. Aceptó y comenzamos a dar vueltas por la pista.

—¿No esperabas volverme a ver, eh? —dije de inmediato.

Ella respondió, metiéndose en la boca un chicle americano y mascándolo:

—¿Por qué? Este es un local público y cualquiera puede venir a él.

—Entonces, ¿estás contenta?

—Así, así.

No me miraba y volvía la cabeza hacia un lado, masticando el chicle. Le di un pellizco en la cadera, diciéndole:

—¡Eh, mírame!

—¡Ay! —dijo, mirándome.

—Así está mejor... ¿Y cuánto ganas?

—Veinticinco mil al mes.

—Y por tan poco dinero...

Pero ella, animándose de pronto, dijo con tono polémico:

—Espera, no corras tanto... Veinticinco mil fijas... Y luego doscientas liras por cada whisky al que me haga invitar... Y, además, juego a los dados con los clientes —metió la mano en el bolsillo, sacó los dados y me los enseñó— y así redondeo... Y, además, están los imprevistos.

—¿Qué imprevistos?

—Bueno, de todo un poco —ahora estaba más amistosa, casi confidencial—. Pero esto no es más que un trampolín... Espero pasar a otro local mejor... Aquí son unos tacaños y unos tramposos... Figúrate que, en

vez de whisky, echan en mi vaso agua sucia, y a pesar de todo pretenden timarme, y si no llevo la cuenta de los falsos whiskies que bebo ellos fingen que se han olvidado... Además, el dueño dice que, si le demuestro mi cariño, nos entenderemos fácilmente... Pero lo que es yo: ¡cucú!

En resumen, estaba a sus anchas y hablaba con fluidez; pero yo estaba disgustado. La había dejado siendo una buena chica, incluso tímida, y la encontraba descarada y calculadora. Hablaba con un tono duro y consciente, y se comprendía perfectamente que para ella ya no tenía importancia nada más que el dinero, sólo el dinero. Las cancioncillas, es cierto, las había cantado siempre, pero antes las cantaba para mí, cuando salíamos de paseo extramuros, en primavera; y ahora, también las vendía y las convertía en dinero.

—Bueno —dije de pronto—, me he cansado... Volvamos a la mesa.

—Como quieras.

Volvimos a la mesa y Corsignana encargó inmediatamente otro whisky y luego sacó del bolsillo los dados e invitó al sudamericano a una partida. La señora, ahora, ya no se preocupaba de Giorgio y vigilaba a su marido con ojos exaltados. Corsignana jugó y ganó tres veces, mil liras cada vez. El sudamericano sacó del bolsillo el dinero, cogió la mano de Corsignana, encerró en ella los billetes y luego se la besó y la invitó a bailar. El y Corsignana se fueron, la señora los siguió con la mirada y luego me dijo, descontenta:

—Este local no me gusta... ¿Nos vamos?

Cuando acabó el baile los otros dos volvieron a la mesa y luego Corsignana se fue ante el micrófono y cantó otra cancioncilla más cretina que la primera. Después volvió a nuestra mesa, se hizo traer otro whisky y volvió a jugar a los dados con el sudamericano. La señora ahora insistía en que nos fuéramos, pero el marido no le hacía caso y pidió bebidas para todos. Giorgio entonces invitó a la señora a bailar y ella aceptó a regañadientes. Tan pronto como se marchó la señora, el sudamericano y

Corsignana comenzaron a coquetear y él se le echaba encima y le tocaba las rodillas con su rodilla. Yo los miraba y sufría, pero en el fondo estaba contento de sufrir porque quería dejar de sentir cariño por Corsignana y no sufrir más. Por último, el sudamericano dijo no sé qué al oído de Corsignana, y ella, también a su oído, le respondió algo; y luego él saco del bolsillo un billete grande, tomó la mano de Corsignana, que estaba sobre la mesa, y se lo metió en la palma. De repente, la señora se detuvo ante la mesa y dejó caer su mano sobre la mano de Corsignana:

—¡Abra esa mano!

Corsignana abrió la mano y el billete cayó sobre la mesa. Corsignana se puso en pie y dijo, muy rápida, a la señora:

—Mi querida señora, si tanto le interesa su marido, guárdeselo en casita... Yo estoy aquí para trabajar, y no para divertirme... El me ha dicho al oído que quería hacerme un regalo por mis canciones y yo le he dicho que lo hiciera... ¿Por qué no debería aceptarlo?

—¡Insolente! ¡Fregona! —la señora alzó la mano y abofeteó a Corsignana en las dos mejillas.

Luego no sé lo que ocurrió. A mí me habían gustado aquellas dos bofetadas, igual que si se las hubiera dado yo. Pero luego, al ver la cara de Corsignana después de las bofetadas, roja y mortificada, me pareció volver a ver su cara de cuando éramos novios y me dio pena. Mientras tanto habían acudido el director, los camareros, y la señora, enfurecida, salía seguida de su marido y de Giorgio. Yo me acerqué a Corsignana y, aprovechando el alboroto, le dije en voz baja:

—Te espero fuera, cuando hayas acabado. Tengo ahí el coche... ¿A qué hora sales?

—A las cuatro —dijo ella, con una luz de esperanza en los ojos—. ¿Me acompañas a casa en coche?

Comprendí de pronto que para ella, realmente, no existía más que el interés: a las cuatro se habría reunido conmigo, pero no por mí, sino por el coche. Y era justo, en el fondo: vivía en San Giovanni. Pero comprendí que

para mí todo había acabado, que no podría resistir el dolor de verla siempre tan interesada. De forma que le dije que la esperaría y luego salí. Fuera, en la calle, no encontré ya ni a Giorgio ni a los sudamericanos. Subí al coche y me fui a casa, a dormir. Lo de Corsignana ya había acabado.

Ladrones en la iglesia

¿Qué hace el lobo cuando la loba y los lobeznos tienen hambre y están con la panza vacía, lamentándose y peleándose entre sí? ¿Qué hace el lobo? Yo digo que el lobo sale de su guarida y va en busca de algo que comer y, acaso, por la desesperación, baja al pueblo y entra en una casa. Y los campesinos que lo matan tienen razón al matarlo; pero también él tiene razón al entrar en sus casas y morderles. Así todos tienen razón y nadie está equivocado; y de la razón nace la muerte. Aquel invierno yo era como el lobo, y también, como el lobo, no vivía en una casa sino en una gruta, allá abajo, al pie de Monte Mario, en una cantera de puzolana, abandonada. Había varias grutas, pero la mayoría estaban obstruidas por las zarzas y sólo dos estaban habitadas, la mía y la de un viejo que mendigaba y recogía trapos y se llamaba Puliti. El sitio, a espaldas del monte, era amarillo y pelado, con las aberturas de las grutas muy negras y ahumadas. Delante de la gruta de Puliti había siempre un montón de trapos y él hurgaba entre ellos; ante la mía había un bidón de gasolina que nos servía de hornillo, y mi mujer,

de pie, con el niño al pecho, agitaba el soplillo para encender los carbones. Dentro, la gruta era incluso mejor que un cuarto de ladrillos: espaciosa, seca, limpia, con el colchón al fondo y la ropa colgada de clavos. La familia, pues, la dejaba en la gruta y me iba a Roma a buscar trabajo: era bracero y normalmente trabajaba en las excavaciones. Luego llegó el invierno y, no sé por qué, se hicieron cada vez menos excavaciones y yo cambié de oficio muchas veces, pero siempre por poco tiempo, y al final me quedé sin trabajo. Por la noche, cuando volvía a la gruta y veía, a la luz de la lámpara de aceite, a mi mujer acurrucada en el colchón, mirándome, y al niño que tenía al pecho, mirándome, y a los dos niños mayores que jugaban por el suelo, mirándome, y leía en aquellos ocho ojos la misma expresión hambrienta, me parecía que era un lobo con una familia de lobos, y pensaba: —«Uno de estos días, si no les traigo de comer, me matan a mordiscos». Puliti, el viejecillo, que con su hermosa barba blanca parecía un santo y luego, en cambio, en cuanto abría la boca se comprendía que era un delincuente, me decía:

—¿Para qué traéis hijos al mundo? ¿Para hacerlos sufrir? Y tú, entre tanto, ¿por qué no te dedicas a colillero? Siempre arreglarás algo con las colillas.

Pero yo no me sentía capaz de ir por ahí recogiendo colillas; quería trabajar con mis brazos. Una noche, desesperado, le dije a mi mujer:

—¡Ya no aguanto más!... ¿Sabes lo que te digo? Me pongo en una esquina y al primero que pase...

Mi mujer me interrumpió:

—¿Quieres ir a la cárcel?

—Por lo menos en la cárcel se come—dije yo.

—Tú, sí; pero, ¿y nosotros?

Esta última objeción, lo confieso, fue decisiva.

Puliti fue quien me sugirió la idea de la iglesia. Frecuentaba las iglesias para mendigar y las conocía todas, se puede decir, una por una. Dijo que si hacía que me encerrasen por la noche en una iglesia, luego, por la ma-

ñana, si lo sabía hacer bien, podría escapar sin que me viesen. Y luego me advirtió:

—Pero ten cuidado... Los curas no son tontos... Las cosas buenas las tienen en las cajas fuertes y lo que ves son culos de vaso.

Finalmente afirmó que él era capaz, una vez que hubiera yo dado el golpe, de revender los objetos robados. En resumidas cuentas, me metió los perros en danza, aunque luego no pensara en ello ni volviéramos a hablar. Pero las ideas, ya se sabe, son como las pulgas, caminan por sí solas y, cuando menos te lo esperas, te dan un mordisco y te hacen saltar.

Así, una de aquellas noches, la idea me dio el mordisco y hablé con mi mujer. Ahora bien, es preciso saber que mi mujer es muy religiosa y que en el pueblo puede decirse que estaba más en la iglesia que en casa. Dijo inmediatamente:

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco?

Yo había previsto la objeción y le contesté:

—Esto no es un robo... ¿Para qué son las cosas de la iglesia? Para hacer el bien... Si nosotros cogemos algo, ¿qué hacemos? Hacemos el bien... ¿A quién hay que hacer el bien si no es a los que tanto lo necesitan?

Pareció impresionada y preguntó:

—¿Cómo se te han ocurrido esas cosas?

—No te preocupes, y contéstame —le dije—: ¿no está escrito, acaso, que hay que dar de comer al hambriento?

—Sí.

—¿Estamos o no estamos hambrientos?

—Sí.

—Pues bien, de este modo cumpliremos con nuestro deber... e incluso haremos una buena obra.

En resumen, tanto le dije, insistiendo siempre sobre la religión, que era, como ya sabía, su punto flaco, que la convencí. Luego añadí:

—Pero, como no quiero que te quedes sola, vendrás conmigo... así, si nos descubren, iremos juntos a la cárcel.

—¿Y las criaturas?

—Las criaturas se las dejamos a Puliti... luego, Dios proveerá.

Así nos pusimos de acuerdo y luego hablamos con Puliti. Discutió con nosotros el plan, aprobándolo; pero al final, dijo, alisándose la barba:

—Domenico, hazme caso a mí, que soy viejo... Deja en paz a los corazones de plata... No valen gran cosa... Dedícate a las joyas.

Cuando pienso en Puliti, en su barba, y en la gravedad con que me daba estos consejos, casi casi me dan ganas de reír.

El día establecido dejamos los niños a Puliti y bajamos a Roma en tranvía. Exactamente igual que dos lobos hambrientos que bajan desde el monte al pueblo; y cualquiera que nos hubiera visto habría podido tomarnos por lobos; mi mujer, baja y robusta, toda pecho y hombros, con un pelo crespo muy tieso que formaba una especie de llamarada sobre su cabeza, una cara resuelta; yo, flaco y demacrado, la cara sucia de barba, los ojos hundidos y brillantes. Habíamos elegido una iglesia vieja, hacia el Corso, en una calle transversal. Era una iglesia grande y muy oscura, porque tenía casas todo alrededor; con dos filas de columnas y, más allá de las columnas, dos naves estrechas y oscuras con muchas capillitas llenas de tesoros. Había gran cantidad de vitrinas con corazones de plata y dorados, colgadas de las paredes. Pero yo había echado el ojo a una vitrina más pequeña, donde, entre unos pocos corazones de más precio, había expuesto un collar de lapislázuli sobre un fondo de terciopelo rojo. Esta vitrina se encontraba en una capilla dedicada a la Virgen; y, en efecto, sobre el altar, bajo un baldaquino, había una estatua de la Virgen, de tamaño natural, pintada, con la cabeza rodeada de un nimbo de luces y muchos jarrones de flores y muchos candelabros a sus pies. Entramos en la iglesia cuando ya era de noche, y aprovechando un momento en que no había nadie nos escondimos detrás del altar, en la capilla donde estaba la vitrina. Había dos o tres peldaños detrás de la estatua y nos sentamos en ellos A hora tardía, el sacristán em-

pezó a recorrer la iglesia, arrastrando los pies y rezongando:

—Es hora de cerrar.

Pero no vino hasta detrás del altar aquel y se limitó a apagar todas las luces, a excepción de dos lamparillas rojas, una a cada lado. Luego lo oímos que cerraba las puertas y al final atravesó la iglesia en toda su longitud y se fue hacia la sacristía. Nos encontrábamos a oscuras, en aquella especie de pasillo, entre la pared del ábside y el altar. Yo estaba muy excitado y le dije a mi mujer, en voz baja:

—Ea, démonos prisa... Abramos la vitrina.

—Espera... ¿Qué prisa tienes? —la oí responder.

Y luego vi que salía del escondrijo. Fue al medio de la capilla, hizo, en aquella penumbra, una genuflexión, se persignó y luego, caminando hacia atrás, hizo otra genuflexión y se persignó una segunda vez. Por último la vi arrodillarse en el suelo, en un rincón de la capilla, y juntar las manos como para rezar. Qué clase de plegaria rezaba no lo sé, pero comprendí que no estaba muy convencida de obrar bien, como yo le había dicho, y que quería tomar sus precauciones en la medida de lo posible. La veía inclinar la cabeza, escondiendo el rostro bajo la masa de los cabellos, y luego levantarla otra vez en medio de aquella luz roja, moviendo los labios, y luego volverla a bajar, igual que en el rosario. Me acerqué y le susurré, inquieto:

—Podías haber rezado en casa, ¿no?

—Déjame tranquila —contestó, áspera— ... Vete, da una vuelta, la iglesia es muy grande... ¿Tienes que estar precisamente aquí?

—¿Quieres que, mientras rezas, yo abra la vitrina? —murmuré.

Y ella, siempre de malos modos:

—¡No quiero nada!... Y ese hierro... ¡dámelo!

El hierro era una barra más que suficiente para abrir aquella vitrina bamboleante; se lo di y me alejé.

Empecé a dar vueltas por la iglesia, sin saber qué hacer. La iglesia, en penumbra, me daba miedo, con las

bóvedas altas y oscuras que resonaban al menor suspiro; con el altar mayor, allá al fondo, monumental, apenas iluminado; con los confesionarios negros y cerrados, agazapados en la oscuridad de las naves laterales. Caminando de puntillas fui hasta la puerta, completamente solo, entre las dos filas de bancos vacíos, y sentía frío por la espalda, como si alguien me siguiera. Intenté abrir la puerta, vi que estaba bien cerrada, y entonces volví hacia atrás y fui a sentarme en la nave de la izquierda, ante una tumba iluminada por un farolillo rojo. La tumba, empotrada en la pared, tenía una gran lápida de mármol negro, brillante, y dos figuras, una a cada lado: un esqueleto que empuñaba una guadaña y una mujer desnuda envuelta en sus propios cabellos. Ambas figuras eran de mármol amarillento, brillante, muy bien esculpido; y me distraje un poco observándolas; a fuerza de mirarlas me parecía, quizás a causa de la oscuridad, que se movían, y que la mujer pretendía escapar del esqueleto y que éste, galante, la retenía por un brazo. Entonces, para tranquilizarme, pensé en la gruta, en mis hijos, en Puliti, y me dije que si en aquel momento me hubieran propuesto que volviera atrás y eligiera de nuevo lo que debería hacer, habría hecho lo mismo o por lo menos algo muy parecido. En resumen, no era una casualidad que estuviéramos en aquella iglesia, y no era una casualidad que estuviéramos para aquel fin, y no era una casualidad que no hubiera encontrado nada mejor que hacer. Entre estos pensamientos me dio sueño y me dormí. Fue un sueño pesado, sin ensueños, sellado por el frío, que en aquella iglesia parecía el de una bodega. De forma que me dormí y no me di cuenta de nada.

Luego alguien me sacudió y yo, entre sueños, dije:

—¡Eh! ¡Despacito!... ¿Qué te pasa?

Por último, como continuaban sacudiéndome, abrí los ojos y vi gente: el sacristán que me miraba con los ojos fuera de las órbitas; el párroco, un anciano, con cabellos blancos despeinados y la sotana todavía desabrochada;

dos o tres guardias y, entre los guardias, mi mujer, más sombría que nunca. Dije, así, sin moverme:

—Déjennos en paz... Somos refugiados y hemos entrado en la iglesia para dormir.

Entonces uno de los guardias me mostró algo que, de momento, tomé por un rosario, tan atontado estaba por el sueño: el collar de lapislázuli.

—¿Y esto? ¿También esto para dormir?

En suma, tras algunas otras explicaciones, los guardias nos pusieron en medio de ellos y salimos de la iglesia.

Todavía era de noche, pero ya cerca del alba, con las calles desiertas y húmedas de rocío. Ibamos de prisa por aquellas callejuelas, entre los guardias, con la cabeza gacha, mudos. Al ver a mi mujer, que caminaba delante, la pobrecilla, tan fornida y baja, con la falda corta y el pelo enhiesto en la cabeza, me dio pena y le dije a uno de los guardias:

—Lo lamento por ella y por mis hijos.

—¿Dónde tienes a tus hijos? —me preguntó el guardia.

Se lo dije, y él:

—Pero, a ti, un padre de familia... ¿cómo se te ha pasado por la cabeza semejante cosa?... ¿No has pensado en tus hijos?

—Precisamente porque pensaba en ellos hice lo que hice —le contesté.

En la comisaría, un joven rubio, sentado tras un escritorio, nos dijo tan pronto como nos vio:

—Ladrones sacrílegos, ¿eh?

Mi mujer, de repente, gritó con una voz terrible:

—¡Ante Dios, no soy culpable!

Yo no le conocía esa voz y me quedé boquiabierto. El comisario dijo:

—Entonces, el culpable es tu marido.

—Tampoco.

—Lo que falta es que el culpable sea yo, si te parece... ¿Cómo has obtenido el collar?

—La Virgen ha bajado del altar —dijo mi mujer—, ha

abierto con sus manos la vitrina y me ha dado el collar.

—¿La Virgen, eh?... Y la palanqueta, ¿también te la dio la Virgen?

Y mi mujer, siempre con aquella voz, alzando una mano:

—¡Que me muera si no digo la verdad!

Continuaron interrogándonos no sé cuánto tiempo, pero yo decía que no había visto nada, lo que era verdad; y mi mujer repetía que la Virgen le había dado el collar. De vez en cuando gritaba:

—¡Hombre, arrodíllate ante el milagro!

En resumen, parecía muy exaltada e incluso loca. Todo acabó cuando se la llevaron, mientras continuaba gritando e invocando a la Virgen; creo que la mandaron a la enfermería. Luego el comisario quiso que yo le dijera si mi mujer estaba loca, y yo le contesté:

—¡Ojalá lo estuviera! —pensando que los locos no sufren y que ven las cosas como les parece. Pero pensaba también que podía ser que mi mujer hubiera dicho la verdad, y casi lamentaba no haber visto con mis propios ojos a la Virgen bajar del altar, abrir la vitrina y entregarle el collar.

Te toca a ti

Cuando era niño jugaba con otros de mi edad al juego de «te toca a ti», con esa retahíla que comienza: «Ciento cincuenta, la gallina canta», y acaba: «te toca a ti». Recuerdo lo que me gustaba que el dedo del que echaba se parase en mi pecho y que me eligieran jefe. Amor propio; y ya se sabe que en la vida el amor propio lo es todo; y quien no entiende esto, no entiende nada de la vida. Luego, de mayor, he seguido siempre siendo el que espera que le toque precisamente a él. Desgraciadamente, no me toca a menudo; casi nunca, más bien. Hasta hace poco tiempo, al inconveniente de mi carácter demasiado modesto se añadía el de mi oficio: era basurero. Se dicen muchas cosas sobre las basuras y los basureros. Más bajo que un basurero no hay nada, dicen, ni siquiera un mendigo. Quizás sea cierto. Pero, si no hubiera basureros, ¿qué sucedería? Lo vemos los días de huelga del gremio: toda la ciudad sucia, triste, llena de papeles, con los cubos desbordantes. Y las calles más hermosas son las más sucias, porque, es cosa sabida, los ricos tiran más basuras que los pobres; y por las basuras

se puede comprender cómo vive la gente. En esos días, repito, se ve lo que es el basurero y la importancia que tiene en la vida moderna.

Bueno, en aquella época yo iba con el carro recogiendo las basuras, y me parecía que esa frase, «te toca a ti», no lograría que me la dijeran nunca. Siempre les tocaba a los demás, especialmente con las mujeres. En efecto, todas las veces que estaba con una chica que me gustaba, cuando llegaba a decirle: —«Soy basurero», veía que se ensombrecía y torcía la nariz; y luego, más o menos pronto, me dejaba. ¡Ni que hubiera dicho: —«Soy ladrón»! Al principio no lo comprendía; pero luego, a fuerza de repetirse el hecho, comencé a sospechar que quizás me conviniera ocultar mi oficio. Pero fue Silvestro, un viejo que era compañero mío en el carro, quien me abrió verdaderamente los ojos, puede decirse. Una mañana que íbamos, como de ordinario, de una casa a otra, y que yo me lamentaba de que a las mujeres no les gustaba mi oficio, me contestó, sin grandes cumplidos:

—Porque es un oficio grosero... y a las mujeres, los oficios groseros no les gustan... Pero tú, ocúltalo.

—¿Y cómo lo hago?

—Di que eres empleado del Ayuntamiento... Después de todo, es la verdad... Todos somos empleados del Ayuntamiento... nosotros, que recogemos las basuras, y los que están en el Registro Civil, detrás de las ventanillas... Todos somos empleados.

El otro compañero, Ferdinando, uno de mi edad, pelirrojo y pecoso, con gafas, intervino en ese momento:

—Según mi opinión, estás equivocado... ¿Por qué ocultar tu oficio?... Es un oficio como otro cualquiera... Somos trabajadores como todos los demás... Al ocultarlo, te inclinas ante el prejuicio...

—¡Muy bien! —dijo Silvestro—, pero, ese prejuicio, ¿existe o no? ¿Y, para Luigi, lo importante es luchar contra el prejuicio o hacerse querer por las muchachas? Y, además, mira a los mozos de cuerda... también son trabajadores... pero se hacen llamar maleteros o portea-

dores o yo qué sé... Cambian la palabra, no el hecho... Y también ellos por culpa del prejuicio.

—Hazme caso, Luigi —dijo Ferdinando, obstinado— no hay que ocultar nada... Si una mujer da importancia al prejuicio, es señal de que quiere más al prejuicio que a ti.

En resumidas cuentas, discutimos un buen rato mientras el carro lleno de basuras marchaba muy despacio, de una calle a otra, entre la niebla de la mañana de noviembre. Luego el carro se paró ante una de aquellas casas. Ferdinando agarró el saco, bajó del carro y se engolfó silbando en el portal. Yo le dije a Silvestro:

—Tú eres viejo y conoces la vida... Dime lo que debo hacer.

El se quitó la pipa de la boca y me contestó:

—Ferdinando prefiere jactarse ...Para mí, esa es una forma como otra cualquiera de avergonzarse... Quien no se avergüenza soy yo..., ni me jacto, ni lo oculto... Soy basurero y se acabó.

—Sí, pero yo...

—Tú, es diferente... Tu interés está en ocultarlo... Ya te lo he dicho: hazte pasar por empleado del Ayuntamiento.

Este consejo, de momento, no me gustó. Era basurero y no veía por qué debería ocultarlo. Pero a los pocos días, estando de asueto, sin gorro ni blusón, sentado en un banco de Villa Borghese, volví a pensármelo y me dije que, en el fondo, quizás Silvestro tenía razón. Experimenté, ante este pensamiento, de pronto, un sentimiento como en determinados sueños, cuando se sueña que se pasea en camisa y con el trasero desnudo, y uno no lo sabe, y luego alguien se lo hace observar y entonces se advierte que se está desnudo y se avergüenza uno, despertándose. Así, pues, durante dos años había sido basurero y no lo había advertido. Es decir, que había paseado en camisa y había sido el único en no darme cuenta. Así, pues...

Era un día de mediados de noviembre, muy hermoso, con un aire suave y algo neblinoso, y los árboles ama-

rillos y rojos y las avenidas llenas de mujeres y de niños. Estaba tan sumido en mis reflexiones que no había advertido que en el mismo banco se había sentado una muchacha con una niña, quizás una criada o una institutriz. Luego, ante su voz, que decía:

—Beatrice, no te alejes... —me volví y la miré.

Era joven, de figura robusta, con una cara redonda, blanca y roja, y una trenza rubia, tan gruesa como si fuera de cáñamo, arrollada alrededor de la cabeza. Me llamaron la atención sus ojos: negros y relucientes, como de terciopelo, sonrientes. La niña se había acurrucado para jugar con la grava. Ella estaba sentada, teniendo en la mano el cubo y la pala de la niña. Al ver que la miraba, se volvió hacia mí y me dijo tranquilamente:

—Usted no me conoce..., pero yo sí que lo conozco.

¡Lo que hace la sugestión de ciertas conversaciones! Sentí que me ruborizaba y pensé: —«Me habrá visto con el saco de la basura al hombro». Y respondí de inmediato:

—Me confunde con algún otro, señorita... Yo no la he visto nunca.

—Pues yo lo conozco.

Dije, ya lanzado a la mentira:

—Es imposible... a menos que me haya visto en el Registro Civil, donde estoy empleado... Pasa por allí tanta gente...

Esta vez no dijo nada, pero me miró largamente, de una manera extraña. Dijo, finalmente:

—¿Está empleado en el Registro Civil?

—Claro.

—¿En qué oficina?

—Bueno, unas veces en una y otras en otra... Hay muchas oficinas.

—Entonces —dijo, lentamente—, lo habré visto allí... Hace dos días que he estado.

—Puede ser.

La niña, entre tanto, se había alejado algunos pasos y hurgaba con las dos manos en un montón de detritus y de hojas muertas. Ella le gritó:

—¡Deja eso, Beatrice!..., es basura... Las niñas buenas no tocan la basura.

Y yo, al oír la palabra «basura», no pude dejar de estremecerme y de ponerme colorado. Como si eso no fuera bastante, se acercó un barrendero, con su feo uniforme gris, con la carretilla de zinc y la escoba, y comenzó a barrer el montón. Ella dijo:

—Con todas esas hojas muertas los barrenderos tienen mucho trabajo.

Enrojecí de nuevo, y respondí, esperando que me diese la razón:

—Es su oficio... son empleados del Ayuntamiento, como yo... Ellos barren y yo escribo... No hay otra diferencia.

Pero ella me miró de aquella forma extraña, y luego dijo:

—Me llamo Giacinta... ¿Y usted?

—Luigi.

Así comenzó nuestra relación. Ella no quiso darme nunca la dirección de su casa, diciendo que no quería que su señora supiese que nos veíamos; pero habitaba, según pude entender, en la zona que yo recorría cada mañana con el carro. Nos veíamos con frecuencia, algunas veces entre semana y todos los domingos. Ibamos al cine, o a un partido de fútbol, o bien al café. Me enamoré de ella, puede decirse, sobre todo por su carácter. Nunca conocí un carácter así: tranquilo, dulce, calmoso, quizás socarrón, muy reservado y secreto, como un agua quieta y profunda. Siempre estaba callada y, mientras yo le hablaba, sacudía continuamente la cabeza, con dulzura, como para aprobar lo que decía y al mismo tiempo lanzaba un gemido muy ligero, como diciendo: —«Es cierto, justamente así, tienes razón». Pero, si no hablaba, sus ojos hablaban por ella: siempre sonrientes, siempre atentos, con un relampagueo de terciopelo negro, misteriosos. Nunca me dio muchas confianzas: unas dos o tres veces, en el cine, dejó que cogiera su mano. Mientras tanto yo continuaba diciéndole que estaba empleado en el Registro Civil; más aún, como suele ocurrir, añadía

cada vez un detalle nuevo, para reforzar la impresión de veracidad. Aunque de cuando en cuando me traicionaba, porque, como advertí, basura y basurero entran más de lo que se cree en el lenguaje. Como aquella vez que, habiéndola esperado mucho tiempo en nuestra cita, se lo reproché y acabé, sin querer:

—Soy un hombre... y no una basura.

Inmediatamente me mordí la lengua y me puse colorado hasta las orejas.

Me pareció que ella sonreía, pero no dijo nada.

Estaba tan enamorado que empecé a pensar en hacernos novios. Pero comprendí en seguida que, si quería casarme con ella tenía primero que cambiar de oficio. Le había dicho demasiadas mentiras; reconocer de pronto que era basurero quería decir estropearlo todo. En primer lugar, por la desilusión: ¡basurero! Y luego porque descubriría que era mentiroso y, ya se sabe, a las mujeres no les gustan los mentirosos. Pero no era fácil cambiar de oficio. Y yo tenía que cambiar de dos: del verdadero y del falso. Comencé, en las horas de asueto, a recorrer Roma buscando trabajo. No lo encontraba; y se me metió en la cabeza que, de perdidos, al río, tanto me daba despedirme y quedar desocupado. Quién sabe por qué, desocupado suena mejor que basurero. En este punto ocurrió el hecho nuevo que, en el fondo, había temido siempre.

El carro recorría, por la mañana, siempre la misma zona. Como he dicho, éramos tres en el carro: Ferdinando y yo, que, por turno, íbamos a llenar los sacos, y Silvestro, que guiaba los caballos y nos ayudaba a acomodar la basura. Hablábamos poco: Silvestro, sentado en una vara, con las riendas en la mano, fumaba su pipa; Ferdinando, encaramado sobre la basura, leía siempre una revista o un periódico pescado en cualquier cubo, y yo pensaba en Giacinta y en mis mentiras. Ahora bien, una mañana que me tocaba a mí llenar los sacos, el carro, como de costumbre, se paró ante un palacete amarillo de tres pisos, en las cercanías de la Plaza de la Libertà. Sin decir palabra, agarro el saco, bajo del carro y entro. No

había ascensor; era una casa vieja y tan tranquila que parecía deshabitada, con sólo tres departamentos. Subí el primer tramo de escaleras, de dos en dos, con el saco en la mano, y después, en el rellano, me dirigí directamente al primer departamento En la puerta había una placa con un nombre cualquiera: «Ginesi». Recordaba vagamente que a esa puerta se asomaba siempre la misma persona: una cocinera de mediana edad, de Friuli, robusta, ceñuda, triste, casi un hombre. También esa mañana, como de ordinario, apenas sentí que se abría la puerta, sin levantar siquiera la vista, dije mecánicamente, preparando el saco:

—Basurero.

Pero al ver las dos manos que me tendían el cubo de aluminio, no las grandes y oscuras de la cocinera, sino pequeñas y blancas, levanté los ojos: y vi que era ella. Luego me enteré de que en aquella casa había dos sirvientas: ella y la cocinera; y que ella, la doncella, no salía nunca a la puerta, pero me había observado desde la ventana; y que aquella mañana, por casualidad, la cocinera estaba enferma. Y también supe que fue la timidez lo que le impidió hablar cuando me vio aparecer en el umbral. Bueno, lo pasado, pasado, ¿de qué vale lamentarse? Pero en ese momento, mientras ella, en silencio, me tendía el cubo, me pareció adivinar no sé qué burla en aquellos ojos negros que me miraban. Advertí que me ruborizaba y que luego me ponía pálido. Vertí los desperdicios en el saco, me lo eché al hombro y le di la espalda. Me había visto tal como era, con el gorro aplastado sobre la oreja y el blusón de rayadillo que apestaba: basurero, y no empleado. Y pensé que nunca tendría valor para volverla a ver. Pero ya no subí a los otros departamentos. Volví a la calle, le arrojé a Ferdinando, en la cima del carro, el saco casi vacío, y luego le tiré el gorro y el blusón, diciendo:

—Coge también eso... Para mí, se acabó... Me voy, avisa a la central.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loco?

—No, no estoy loco... Hasta la vista.

Aquel día tenía una cita con Giacinta; pero no fui. Me quedé tumbado en la cama, en el cuartito bajo la escalera que me alquilaba una modista, con unas ganas de llorar que no se decidían, como cuando pica la nariz y uno quisiera estornudar pero no puede. Hacia el anochecer, en vez de llorar, me quedé dormido; y cuando desperté comprendí que todo había acabado. Sin embargo, temía quedarme desocupado durante bastante tiempo. En cambio, por suerte, pocos días después encontré un puesto de guarda en una obra en las afueras, hacia la Magliana.

Me quedé en aquella obra, en el campo, haciendo de perro guardián, sin salir nunca, durante casi cuatro meses. Pero un domingo que fui a Roma, en la Plaza del Risorgimento, encontré a Silvestro. Tan pronto como me vio dijo:

—Luego supimos por qué te fuiste..., pero hiciste mal... Aquella muchacha te quería de verdad, más aún, te quería precisamente porque eras tú y no otro... Decía que ella, ahora, ya no podría amar más que a uno de nosotros... Decía que sólo con ver a un hombre con el saco al hombro y el gorro de la Limpieza Urbana le hacía brincar el corazón... Decía que, para ella, el carro de la basura era más hermoso que un coche de lujo... Moraleja: ahora se entiende con Ferdinando.

—¿Con Ferdinando?

—Pues claro, quería su basurero y lo tiene... El no ocultaba su oficio, más aún, se jactaba de él... Son novios.

Me fui de sopetón, dejándolo con la boca abierta. Me habría gustado morderme los puños. Para una vez que la cuenta se había detenido en mí, más aún, en que, como dice la retahíla, «me tocaba a mí», no lo había comprendido. Entre todas las mujeres, me había encontrado con una a la que le gustaba el oficio de basurero y no lo había adivinado. ¡Ah!, en la vida, hágase lo que se haga, uno se equivoca. Y así, una vez más, no me había tocado a mí.

Cara de bellaco

Nunca recibo paquetes, pero uno de estos días voy a enviarme uno yo mismo para darme el gusto de ir a Correos, a la oficina de paquetes postales, y retirarlo. Porque allí, en esa oficina tan fea y vieja, entre las pilas de paquetes de todas clases y pesos, las manchas de tinta, el olor a cerrado y a serrín húmedo, allí, digo, comenzó mi suerte. No una gran suerte, entendámonos, pero siempre mejor que distribuir paquetes.

Quién sabe si Valentina estará aún allí, con su bata negra, con los cabellos castaños ondulados cayéndole sobre los hombros, como los de las niñas mediopensionistas en los colegios, con sus ojos que parecen dos estrellas tranquilas, el rostro paliducho y redondo, que el color negro del guardapolvo resalta y hace casi lívido. Con toda su dulzura, yo sé que Valentina es orgullosa, y probablemente, al verme aparecer ante la ventanilla, fingiría que no me reconoce y se limitaría a tenderme el cuaderno de las firmas, todo manchado y roto, y a decirme, indicándome el sitio con su dedo rosa de muchacha seria que no se pinta las uñas:

—Firme aquí.

Y luego me tiraría el paquete a la cara, sin mirarme siquiera, y se iría a la parte de atrás, entre los estantes cargados de paquetes, a leer una de sus muchas revistas de cine.

Y, sin embargo, mi suerte, como ya dije, comenzó precisamente en esa oficina, y, para ser más exactos, comenzó precisamente a causa de Valentina, o, mejor dicho, a causa de su pasión por el cine. En aquella oficina, yo, feo y con la cara muy negra y torcida, no pensaba más que en distribuir paquetes, contento de hacerlo después de algunos años de desocupación. Pero Valentina, con su hermosa cara, no estaba contenta y pensaba en el cine. No sé muy bien por qué pensaba en él, quizás porque iba a menudo, y hay gentes a quienes les basta con ir al cine para hacerse la ilusión de que podrían ser actores. Pero estaba obsesionada; y entre nosotros dos no se habló nunca, no digo de amor, aunque yo estaba enamorado de ella y llegué a decírselo, sino ni siquiera de salir juntos, aunque sólo fuera para sentarse en un café. Valentina nos miraba de arriba abajo a todos los de la oficina, y prefería estar sola a dejarse ver por ahí con nosotros, gente sin importancia. A mí, además, me lo dijo un día, sin grandes cumplidos:

—Renato, contigo no quiero salir porque tienes una cara demasiado fea.

—¿Cómo demasiado fea?

—No te ofendas, ya sé que eres una buena persona, pero tienes una cara, perdóname, de bellaco.

Uno de esos días se asomó a la ventanilla una cabecita rubia, emperifollada, con una corbata de pajarita bajo la barbilla. Valentina tomó el volante y se encaminó lentamente hacia las estanterías. Pero aquel joven, de repente, la volvió a llamar:

—¡Señorita!

Ella se volvió de inmediato.

—Señorita —dijo el otro—, ¿nadie le ha dicho nunca que usted podría hacer cine?

Yo estaba en un rincón, observando, y vi que Valentina

se ponía roja hasta la raíz del pelo; por primera vez en su vida tenía colores.

—No, nadie, ¿por qué?

—Porque —dijo el otro, siempre con idéntica ligereza— usted tiene una cara muy bonita.

—Gracias —balbuceó Valentina, erguida en medio de la oficina, con las manos juntas ante sí.

Pero el joven, ahora, no parecía tener nada más que decir. Miró todavía con atención, durante un momento, a Valentina, y luego continuó:

—Bueno, de momento vaya a buscarme ese paquete.

Ella obedeció, y yo, disimuladamente, la seguí, y la alcancé mientras, con manos temblorosas, desplazaba los paquetes de la estantería. Me acerqué y le susurré:

—Supongo que no creerás a ese lechuguino.

Valentina, también en un susurro, me contestó:

—¡Déjame en paz!

—Entonces, ¿te lo crees?

—¡Te he dicho que me dejes en paz!

Luego encontró el paquete y se lo llevó al joven, que, mientras tanto, había sacado la estilográfica y había escrito algo en una tarjeta. Retiró el paquete y le dio la tarjeta, diciendo:

—Vaya el martes a esta dirección, a los estudios... Necesitamos precisamente una cara como la suya... Pregunte por mí.

Más muerta que viva, Valentina se metió la tarjeta en el bolsillo del guardapolvo y el otro se fue.

He dicho que Valentina no había querido aceptar nunca mis invitaciones. Pero cuando llegó el momento de ir a los estudios fue a mí a quien recurrió.

—Acompáñame —me dijo la tarde anterior—, no me siento capaz de ir yo sola.

Todavía hoy no sé por qué me pidió que la acompañase, quizás por timidez, porque era muy tímida, o quizás, aunque fuera sin darse cuenta, para humillarme, para hacerme asistir a su triunfo.

El martes, en la cita en el *piazzale* Flaminio, Valentina se presentó vestida como para una fiesta: un bonito abri-

go nuevo de lana azul, medias de seda, zapatos con borlas y, en la mano, un paraguas rojo, también con borla. La cuarta borla se la había anudado encima de la cabeza, sobre los cabellos, que habitualmente llevaba sueltos sobre los hombros. Digo la verdad, al verla tan morena, con aquellos ojos dulces parecidos a dos estrellas, no puede dejar de experimentar un sentimiento de afecto.

—Puedes estar tranquila —le dije—, seguro que te contratan... No te volveremos a ver por la oficina.

Los estudios estaban al pie de Monte Mario, en la cima de un caminito herboso casi campestre, inundado por el mal tiempo. Recorrimos aquel sendero saltando de un charco a otro; al fondo se veían la cerca y la verja y los tejados de los barracones de los estudios, que sobresalían del muro. El guardián, al abrirnos, nos dijo no sé qué, pero nosotros, intimidados, no nos atrevimos a insistir y nos adentramos en la explanada, aunque no sabíamos a dónde teníamos que ir. La explanada era muy amplia, con muchos coches alineados a cada lado, y había grupos de personas que paseaban por la explanada, y algunos eran como nosotros, y otros, en cambio, estaban vestidos de manera extravagante y tenían la cara teñida de color ladrillo. Yo le dije entonces a Valentina:

—Esos son actores..., pronto tú también pasearás con ese maquillaje.

Valentina no hablaba, la felicidad y el temor la habían dejado sin palabras No sabíamos dónde estaban los estudios, pero luego vimos unos números en las puertas de los barracones, y yo, al azar, me acerqué a una de esas puertas, aferré el tirador y la abrí: era una puerta acolchada, tan pesada como la de una caja fuerte. Entré, y Valentina me siguió de puntillas. Ahora estábamos dentro del estudio, casi a oscuras, salvo en un punto, donde una lámpara iluminaba una construcción baja, que parecía de cartón, con medio techo de tejas sobre medio muro de ladrillos, con una media puerta y, a través de la media puerta, media habitación con media pared y media cama. Una mujer medio desnuda estaba tendida sobre la cama, y un haz de luz blanca la revestía, y la mujer se retorcía

las manos, y un hombre se le echaba encima con el puño alzado y una rodilla en la cama. Dije en voz baja a Valentina:

—Ves, están rodando.

Y en ese mismo momento un grito: «¡Silencio!», me hizo dar un salto, y me pareció que me lo habían dicho a mí. Nos acercamos, y entonces, detrás de la media cama, descubrimos la cámara, con mucha gente a su alrededor, y otros estaban encaramados allá arriba, en la oscuridad del barracón, como cornejas, y aquella pobre actriz medio desnuda tenía que volver a empezar ahora a retorcerse las manos, y él tenía que empezar de nuevo a levantar el puño. Luego alguien sacó dos trozos de madera y los hizo entrechocar con un sonido de castañuelas, y hubo otro grito pidiendo silencio, y después comenzó el zumbido de la máquina que rodaba, rodaba, y mientras tanto la actriz se retorcía las manos sobre la cama y el actor le daba por fin el puñetazo, pero en serio, hasta el punto de que ella lanzó un gemido que, en mi opinión, no era fingido. Así se me presentó el estudio la primera vez que entré. Y así debió de presentársele a la pobrecita Valentina, que tantas veces había soñado con él y nunca lo había visto.

Luego, al grito de «¡Basta!», cesó el zumbido, la actriz se levantó de la cama, las lámparas se apagaron y todos empezaron a moverse y a circular. Comprendí que era el momento oportuno, me acerqué a un maquinista y le pregunté:

—Por favor, ¿el señor Zangarini?

—¿Y quién es ese Zangarini? —preguntó él, como un verdadero ignorante.

Me quedé aturdido. Por suerte, otro maquinista, más amable, intervino:

—Zangarini... No está aquí..., está en el plató número tres.

Salimos a toda prisa y, a través de la explanada, nos dirigimos al plató número tres. Volvimos a abrir otra de aquellas puertas tan pesadas, entramos en un barracón muy parecido al primero Pero aquí no se rodaba: había

mucha luz y se veían varias personas discutiendo. Nos acercamos, pero no mucho, porque estábamos intimidados y aquellos lanzaban unos gritos feroces y parecían enfadados muy en serio. Uno, flaco como un clavo, con gafas de concha y un par de bigotazos negros que le bailaban sobre los dientes blancos, aullaba gesticulando:

—¡No sirve, no sirve, no sirve!

Y Zangarini, el propio Zangarini, preguntaba:

—Pero ¿por qué no sirve?

El hombre del bigotazo contestaba, siempre chillando:

—Porque es demasiado bueno... Porque tiene cara de buena persona... Y yo en cambio, quiero una cara de delincuente, de hampón, de Barrabás.

—Coge a Proietti entonces.

—No, no, también él es demasiado bueno... Es de buena pasta..., un bonachón... ¡No sirve, no sirve!

—Coge a Serafini.

—Tampoco sirve, no sirve... Serafini no es bueno, es un ángel, más aún, un serafín... ¿Quién se lo cree si hace de malo?... ¿Quién se lo cree?

Comprendí que habíamos llegado en mal momento, pero tanto daba: estábamos en el baile y teníamos que bailar. Aproveché un momento en que el director, sin dejar de desvariar y de gritar, se había alejado, y me acerqué a Zangarini, diciéndole en voz baja:

—Señor Zangarini, hemos venido.

—¿Hemos venido? ¿Quién? —preguntó con voz enojada.

—La señorita Valentina —contesté haciéndome a un lado. Valentina se adelantó e hizo una leve inclinación—: La señorita de la oficina de paquetes... Usted le dijo que viniera.

Zangarini debía de haberse olvidado de todo. Luego miró a Valentina, pareció acordarse y dijo, esforzándose por poner una voz amable:

—Lo siento, señorita, pero no hay trabajo para usted.

—Pero ¿cómo? El viernes usted dijo que necesitaba precisamente una muchacha como ésta.

—Necesitaba..., pero ahora ya no; la hemos encontrado.

—Pero, oiga —le dije acalorándome—, ésta no es la manera de... Hacernos venir aquí y luego decirnos que ha encontrado otra.

—¿Qué quiere que le haga?

Estaba a punto de contestarle de malos modos cuando, de pronto, estalló un grito:

—¡Es él..., es él! ¡Justo lo que necesito!

Era el director, que se me echaba encima, apuntándome al pecho con el índice, con ojos llameantes. Pregunté confuso:

—¿El? ¿Quién?...

—¡Usted! —chilló el director—. Usted es un bellaco, un explotador de mujeres, un hampón, un sinvergüenza... ¿No es verdad?... Dígame, ¿no es usted un bellaco?

—¡Cuidado con lo que habla! —contesté ofendido—. Soy un funcionario estatal... Me llamo Renato Parigini...

—No, usted es el bellaco que necesitábamos; usted, con esa cara, es precisamente el bellaco que buscaba... Usted es el bellaco.

En resumen, para acabar pronto, Zangarini intervino y me explicó que estaban buscando una cara de bellaco para un papel secundario, que mi cara les venía muy bien, y que si quería, podía pasar ese mismo día para hacer una prueba. ¿Y Valentina?

—No, no hay nada que hacer, tenemos todas las que queremos —gritó el director en el colmo del entusiasmo

Pero luego, al ver que Valentina tenía los ojos llenos de lágrimas, se corrigió y añadió con voz cariñosa:

—Señorita, hoy necesitamos una cara de bellaco y la hemos encontrado... Cuando necesitemos una cara de ángel, pensaremos en usted.

Así, nos marchamos. Pero tan pronto como estuvimos fuera de los estudios, en el sendero herboso, Valentina se separó de mí y no dijo ni media palabra. En la parada del tranvía había mucha gente y ella miró a su alrededor, como perdida. Debía parecerle una humillación coger el

tranvía, como una pobreta, después de haber soñado con la riqueza, porque de repente me dijo:

—Adiós, Renato..., cojo un taxi porque tengo prisa... No te digo que vengas porque vivimos en barrios opuestos.

Y sin dejarme tiempo de resollar, se alejó, con todas sus borlas, a través de la calle inundada, hacia los taxis.

No la he vuelto a ver más, porque al día siguiente no fui a la oficina e hice la prueba, y la prueba salió bien, y comencé a trabajar en los estudios, y desde entonces, más o menos, no lo he dejado. Estoy especializado en papelitos secundarios, incluso mudos, de hampón, explotador de mujeres, fullero, ladronzuelo y similares. Lo último que he sabido de ella, por un compañero de la oficina de paquetes a quien encontré en la calle, es que Valentina se ha comprometido con un empleado de la lista de correos, cuatro ventanillas más allá de la suya.

Un hombre infortunado

El infortunio me persigue, y seguramente el día de mi nacimiento había en el cielo alguna mala estrella o cometa u otro astro maligno. Recuerdo que conocí, hace tiempo, a un mecánico que había estado trabajando en Francia y que luego había vuelto, y decía que también él era infortunado. Ese mecánico se juntó con unos jovenzuelos; salían de noche con un coche, ataban una cadena a los cierres metálicos y luego ponían en marcha el coche, y el cierre se salía de quicio y se enrollaba, y ellos entraban en las tiendas y robaban. Pues bien, aquel mecánico tenía una guillotina tatuada en el pecho, y debajo una inscripción: *Pas de chance,* que en francés quiere decir precisamente: «nada de suerte». Al mover los músculos del pecho parecía que la cuchilla de la guillotina caía, y él decía que ése sería su fin. A decir verdad, no acabó en la guillotina, pero se buscó cinco años de prisión: Ahora bien, también yo debería tener una inscripción similar en el pecho, o incluso en la frente: «nada de suerte». Todos hacen lo que yo he hecho, pero a los demás les va bien y a mí no. Así, pues, soy infortunado,

y con toda seguridad alguien me quiere mal, o será que todo el mundo la ha tomado conmigo.

Siempre he procurado trabajar honradamente, no más honradamente que los demás, se entiende, porque, después de todo, venimos al mundo imperfectos, sólo Dios es perfecto. Inmediatamente después de casarme empecé poniendo, con el dinero de mi mujer, un taller de zapatero remendón. Había elegido un barrio de empleados, e hice muy bien: los empleados, pobrecillos, cuidan sus zapatos, y como son empleados y tienen que hacer buen papel, no pueden andar por ahí con zapatos rotos, como nosotros los del pueblo. Mi taller se encontraba precisamente en el corazón del barrio de los empleados, entre esas casonas que contienen cada una por lo menos un millar de ellos; en la misma calle, justo enfrente de mí, había otro zapatero. Era un viejo, tendría setenta años, y medio ciego, casi no veía. El mismo día que abrí el taller vino a armarme un escándalo: era malo, con unos ojos de búho, hasta el punto de que mi mujer me dijo que tuviera cuidado con el mal de ojo. Yo no le hice caso, e hice mal. Al principio todo salió bien: era hábil, joven, simpático, cantaba mientras trabajaba, y siempre tenía una broma o una palabra amable para las criadas que venían a traerme los zapatos de sus amos. Mi taller se había convertido en el salón del barrio, y muy pronto le quité toda la clientela al vejestorio. El se roía por dentro, pero no había nada que hacer, entre otras cosas porque yo, para debilitar la competencia, cobraba menos. Naturalmente, yo tenía mi plan, y tan pronto como me pareció que tenía en mis manos a la clientela lo apliqué. Comencé a alternar: a uno le ponía suelas de cuero y a otro le ponía suelas de pasta imitando cuero. Uno sí y uno no. Luego, viendo que no se daban cuenta, me armé de valor y les puse suelas de cartón a todos. No era, en realidad, cartón, sino un producto sintético fabricado durante la guerra, y les juro que casi era mejor que el cuero. Así, trabajando con celo, siempre alegre, siempre amable, siempre de buen humor, comencé a ganar discretamente Todos me querían, excepto el viejo re-

mendón, por supuesto; y en aquella época nació mi primer hijo. Por desgracia, no sé muy bien cómo, quizás a causa de la lluvia, ocurrió que uno de aquellos zapatos que había solado se abrió. El cliente vino al taller a protestar; y, por casualidad, precisamente por aquellos días mis zapatos comenzaron a despegarse. Ya se sabe cómo pasan estas cosas: se lo dijeron los unos a los otros, en todo el barrio, nadie vino más a mi taller y todos volvieron con el viejo. El cual ahora se reía, tras el cristal de su taller, y no hacía más que clavar y tirar del hilo. Ahora yo me desgañitaba explicando que el mayorista me había engañado y que la culpa no era mía, pero nadie me creía. Por último encontré alguien a quien traspasar el taller, cogí ese poco de dinero y me fui.

Comprendí que no era cosa de insistir con los zapatos y decidí cambiar de oficio. Cuando era un muchacho había trabajado con un fontanero, y pensé poner un taller de plomero. También esta vez hice las cosas con juicio: elegí un barrio del centro, donde todas las casas son antiguas y tienen tuberías podridas e instalaciones viejas. Encontré un local en una callejuela húmeda y sin sol, casi un agujero, entre una carbonería y el taller de una planchadora. Compré las herramientas, algún tubo de plomo, algún lavabo, algún grifo, y mandé imprimir una tarjeta que decía: «Taller hidráulico-mecánico. Trabajos a domicilio. Se hacen presupuestos». Inmediatamente empezó a irme muy bien: aquel invierno hizo mucho frío, e incluso nevó, y eran incontables los tubos que reventaron en todas aquellas casas viejas y podridas. Además, no hay muchos fontaneros buenos, y cuando se estropea un calentador de baño o una máquina de café la gente se encomienda al fontanero como a un dios. No se hacen ustedes idea de la desesperación en que se sumen incluso las personas ricas cuando el agua no sale o les inunda el cuarto de baño: telefonean, suplican, ruegan, y llegado el momento, pagan sin chistar. El fontanero es indispensable, y todos los fontaneros son soberbios, y ¡ay de quien los trate mal! El taller era oscuro y pequeño y en el escaparate no tenía más que una docena de grifos; pero mucha

gente me llamaba, y pronto tuve trabajo durante todo el día. Y las cosas habrían andado de perlas esta vez si no hubiera venido otro fontanero a abrir su taller enfrente del mío. Era un joven rubio, bajo, silencioso, con una cabeza maciza y encajada en el tronco, porque casi no tenía cuello. Se le metió en la cabeza quitarme la clientela, y como incluso parecía decidido a trabajar perdiendo dinero, me convencí de que, si no tomaba mis medidas, lo lograría. Pensando sobre ello se me ocurrió una buena idea para conservar a los clientes y, a lo mejor, aumentar el trabajo. Supongamos que tuviera que instalar un calentador. Al apretar las tuercas con la llave inglesa retorcía un poco el tubo, levemente, de forma que el tubo, viejo y gastado como estaba, se rompía dentro de la pared. Por la noche la casa se inundaba, el cliente me llamaba, yo abría la pared, cambiaba el tubo, y siempre era un buen trabajo. En suma, provocaba algún estropicio, teniendo cuidado de no hacerlo en el sitio donde yo había efectuado la reparación anteriormente. Con este sistema pude hacer frente a la competencia e incluso mejoré mi situación. Mientras tanto me nació el segundo hijo y respiré: esta vez estaba realmente a salvo del infortunio. Pero no hay que cantar victoria nunca. Uno de los estropicios provocados por mí fue más lejos de lo que yo había previsto. Saltó un calentador y prendió fuego a un armario y luego al departamento. Mi desgracia quiso que alguien me hubiera observado, un muchacho aficionado a la mecánica, al parecer. No digo todo lo que pasé; a punto estuve de acabar en la cárcel. También esta vez tuve que cerrar el taller e irme del barrio.

Obstinado, quise poner un taller por tercera vez. Ya me quedaba muy poco dinero y, con dos hijos y un tercero en camino, no podía esperar mucho. Me marché a un barrio popular, en la periferia, por el lado del matadero, y abrí una tiendecita de colchonero. Esta vez la idea era de mi mujer, porque mi suegro era precisamente colchonero. Compré una máquina de coser, algún jergón metálico, algún catre, alguna pieza de tela de colchones, un poco de lana y de crin. Mi mujer, pobrecilla, aunque es-

peraba un niño, cosía a la máquina, y yo hacía el trabajo más pesado, como, por ejemplo, cardar la lana. El barrio era muy pobre y los encargos llegaban con cuentagotas. Ni siquiera ganábamos para comer y, como le dije a mi mujer, esa vez sería mucho más difícil quitarnos de encima el infortunio. Pero hacia la primavera las cosas empezaron a marchar mejor. También a los pobres les gusta ser limpios, y las familias pobres hacen cualquier sacrificio con tal de tener en orden la casa. En primavera, pues, muchas mujeres del barrio vinieron para que les rehiciese los colchones. Ya se sabe cómo salen estas cosas: un mes antes no venía nadie y un mes después ya no sabía por dónde empezar. Como yo sólo no podía arreglármelas, cogí un aprendiz. Era un muchachote de unos diecisiete años y le llamaban Negus, porque tenía la piel oscura y el pelo rizado, exactamente como el Negus de Abisinia. El recogía o llevaba los colchones y yo me quedaba en el taller trabajando. Este Negus era la desesperación de su madre, que trabajaba como lavandera; y un día que lo había mandado a cobrar una factura no volvió al taller. Se fue a un partido de fútbol y luego no sé a dónde y, en resumidas cuentas, se comió los cuartos. Pero luego tuvo la cara dura de venir al taller y decirme que le habían robado la cartera. Yo le dije que era un ladrón, me contestó de mala manera y yo le di un bofetón, y luego tuve que recurrir a la fuerza para echarlo del taller. Este fue el origen de mi nuevo infortunio. Aquel bribón fue contando por todo el barrio que yo, hacía tiempo, al rehacer cinco colchones, había encontrado chinches en uno de ellos, y que no sólo las había dejado, sino que también había añadido un par en cada uno de los otros cuatro colchones. Y todo esto para lograr que, en la próxima primavera, me los mandaran rehacer de nuevo. Era cierto, pero, ya se sabe, hay que ingeniárselas, y todos se las ingenian, e hizo falta mi mala suerte para que llegara a saberse. En pocas palabras: casi hubo una revolución, las mujeres asaltaron mi taller y querían pegarme. Esta vez fue la última. Vendí la máquina de coser y las pocas cosas

que tenía y me marché a hurtadillas, de noche, como un ladrón.

Y ahora les pregunto: ¿es posible ser más infortunado que yo? Quería trabajar honradamente, tranquilamente, a lo sumo ayudando al trabajo con algo de destreza, pero no mucho más de lo que hacen los otros. Quería, en suma, convertirme en un buen trabajador, y, en cambio, aquí me tienen, desocupado. Si por lo menos tuviera algo de dinero, abriría una hostería, y así, como es cosa sabida que al vino le va bien el agua, quizás podría salir del apuro. Pero ya no tengo dinero y tendré que trabajar a jornal. Y como todo el mundo sabe, el que vive de un sueldo se muere de hambre. Realmente soy infortunado, casi diría que tengo el mal de ojo. Mi mujer me ha cosido un santito en la cartera, y llevo encima no sé cuantos amuletos y objetos de la suerte. Además, en el dintel de la puerta de mi casa he colgado una herradura con todos sus clavos. Pero da lo mismo, soy infortunado, he vivido como un infortunado y moriré sin fortuna. La quiromante a la que he ido para averiguar quién me quiere mal, tan pronto como vio mi mano levantó los brazos al cielo y gritó:

—¡Ay! ¡Qué es lo que veo! ¡Qué es lo que veo!

A mí me entró miedo y le pregunté qué veía. Y ella contestó:

—Hijo mío, una estrella muy, muy negra... Todos te odian.

—¿Qué puedo hacer? —le pregunté.

—Armate de valor y ten confianza en Dios.

—Pero yo —protesté— siempre he cumplido con mi deber.

—Hijo mío, hay demasiada gente que te odia... ¿De qué sirve cumplir con nuestro deber cuando la gente lo odia a uno? Sirve sólo para tener la conciencia tranquila.

Entonces yo le he respondido:

—A mí me basta con tener la conciencia tranquila, como la tengo. Todo lo demás no me importa.

Echar a suertes

Los domingos solíamos citarnos Remo, Ettore, Luigi y yo extramuros, junto a la puerta San Paolo, ante el cine del barrio que da películas viejas; pero la mayoría de las veces no entrábamos porque no teníamos dinero para los billetes. Teníamos todos, más o menos, dieciocho años; los cuatro estábamos desocupados; y los cuatro estábamos sin blanca. Es decir, algo de dinero sí que teníamos, pero debía de servirnos para cigarrillos que, después de todo, son más importantes que el cine. Y también los cigarrillos nos lo pensábamos dos veces antes de malgastarlos: fumábamos uno de cada vez, pasándonoslo y dándole una chupada cada uno. El domingo, ya se sabe, todos se ponen sus mejores trapos, pero nuestros vestidos mejores eran los peores de nuestros hermanos y padres, los que ya no se ponían y que nos pasaban cuando estaban realmente estropeados. Yo, por ejemplo, llevaba un traje de mi hermano: las mangas y los pantalones me los habían acortado en casa, pero los hombros se me caían, doble de anchos que los míos. Por suerte, bajo la chaqueta llevaba un jersey rojo, de

cuello alto, que me sentaba bien porque soy rubio y tengo los ojos azules. Los otros tres no lo pasaban mejor que yo: pantalones deformados, chaquetas ídem, jerseys de ciclista. Eramos amigos sobre todo por culpa de la miseria, que nos reunía en los deseos que no podíamos satisfacer: juntos trepábamos a las tapias para disfrutar de los partidos de fútbol sin pagar la entrada; juntos, desde una ventana de Luigi, mirábamos el cine al aire libre, en verano; juntos jugábamos a las cartas, en algún lugar tranquilo, bajo un muro, pero sin dinero, con piedras y botones.

Uno de aquellos domingos nos reunimos, como de costumbre, ante el cine, porque Remo conocía al dueño, un joven gordo que se llamaba Alfredo, y éste, alguna vez, cuando la sala no estaba llena, nos había dejado entrar gratis. Pero aquel día Alfredo nos lo dijo en seguida:

—Chicos, nada de entrada gratis hoy.

E indicó un cartel que había sobre la taquilla y en el que, precisamente, estaba escrito: «Suprimidas las entradas de favor».

Remo insistió:

—Oye..., sólo dos por sesión... Dos ahora y dos en el próximo espectáculo.

Pero Alfredo, sin levantar los ojos del talonario de las entradas, negó con la cabeza, irreductible.

Pero nos habíamos quedado con ganas de entrar y nos demoramos bajo la marquesina del cine mirando las carteleras y a la gente que entraba.

Y he aquí que se acercan a las carteleras dos muchachas, muy tímidas, una rubia y otra morena. La morena tenía una blusita de terciopelo negro, algo pelado, y una falda roja, de tela ligera, que parecía una combinación de arrugada y manchada que estaba. Pero me gustó en seguida: de piel oscura como una gitana, con dos ojos de carbón, vivos, una boca ancha y roja, una figura sinuosa y fina. La rubia, en cambio, no me gustó: gorda, con pecho y caderas desbordantes, un traje marrón que parecía una tela de araña, medias remendadas en unas

piernas gordas y blancas, una cara ancha, roja y velluda como un melocotón. La rubia ni siquiera tenía bolso; la morena lo tenía, de terciopelo negro, aunque tan chato que juraría que no llevaba dentro ni un pañuelo. Le di un codazo a Remo, indicándoselas con los ojos, y él me animó con una mirada. Entonces me acerqué y les dije:

—Señoritas, ¿podemos invitarlas al cine?

La morena se dio vuelta en seguida, diciendo:

—No, gracias, esperamos a alguien.

—¿A quien esperan? ¿A los novios? —pregunté, un poco irónico.

—¿Por qué? —replicó ella—. ¿Es que no creen que tenemos novio?

—Yo no he dicho nada..., la primera gallina que canta es la que ha puesto el huevo.

—¿Y nosotras seríamos las gallinas? —preguntó ella.

—Pues claro.

—¿Y ustedes los gallos?

—Seguro.

—Son gallitos sin cresta —dijo ella, con su voz ronca—, gallitos sin plumas.

—En resumen, ¿qué tenemos de malo?

—Nada —dijo ella, decidiéndose de pronto—. Más aún, si quieren invitarnos al cine, aceptamos.

E hizo una pequeña reverencia sujetándose con ambas manos el borde de la falda, como queriendo decir: «Ea, ánimo, adelante».

Me sentí incómodo. Había hablado del cine sólo para romper el hielo. Pero si no teníamos dinero ni para nosotros, imagínense para ellas. Contesté:

—A decir verdad, no tenemos dinero para el cine... Lo dije por decir.

La morena se echó a reír, mostrando dos hileras de dientes blancos y hermosos, de salvaje.

—Hace rato que lo habíamos comprendido.

La rubia le dijo algo, en voz baja; pero ella que me miraba provocativa, se encogió de hombros. Luego añadió:

—Bueno, no importa... Nos son simpáticos igual, aunque no tengan dinero... No nos importa el cine... ¿Quieren que demos una vuelta?

—Muy bien.

Nos alejamos del cine, encaminándonos por una calle desierta que sigue el trazado de las murallas, en San Paolo. La morena marchaba delante y nosotros cuatro estábamos a su alrededor, porque, como advertí en seguida, nos gustaba a los cuatro. La rubia, enfurruñada, venía detrás, completamente sola. La morena coqueteaba riendo y bromeando y tenía una forma especial de mover las piernas dentro de su falda roja con lo que a cada paso esta falda flameaba como una bandera; y los cuatro competíamos para ganarnos su simpatía; pero a la rubia, ni siquiera una palabra. Como ya dije, la morena me gustaba realmente mucho; pero los galanteos de los otros tres me molestaban y fastidiaban. Si la cogía del brazo, inmediatamente uno de ellos la agarraba del otro brazo; si la miraba, inmediatamente otro se dedicaba a mirarla también; si le decía una frase amable, inmediatamente otro metía la nariz. Por último, perdiendo la paciencia, le dije a Luigi, que era el más birria de los cuatro:

—¡Déjalo ya!... ¿Por qué no le haces compañía a Elisa?

Elisa era la rubia, que caminaba algo aparte, con una brizna de hierba entre los dientes. La morena confirmó, riendo:

—Sí, sí, nadie acompaña a Elisa.

—Oh, lo que es yo, no necesito compañía..., estoy bien sola —dijo Elisa, enfurruñada.

—¿Por qué no le haces tú compañía a Elisa? —me dijo Luigi.

—Eso, eso —dijo la morena, riendo—, ¿por qué no la acompaña usted?

De pronto me dio mucha rabia y contesté:

—¿Sabéis lo que me parecéis?... Perros alrededor de un hueso... Yo acompañaré a Elisa..., sí señor... Diviértanse ustedes.

Y, sin vacilar, me acerqué a Elisa y la cogí del brazo, diciendo:

—¿Qué, Elisa, hacemos las paces?

—No nos hemos peleado nunca —contestó, reservada.

Continuamos caminando por aquella calle polvorienta, de un torreón a otro de las murallas. Pronto comprendí que mi maniobra había sido un éxito: en efecto, ahora la morena no parecía tan contenta y, aunque seguía riendo y coqueteando, de vez en cuando se volvía para lanzarnos, a mí y a Elisa, que íbamos detrás, unas miradas llenas de celos. Le dije a Elisa:

—¿Qué le pasa a tu amiga?... ¿Qué es lo que quiere?

—Es coqueta... —me contestó—, quiere a todos los hombres para ella.

—Y yo, en cambio, estoy contigo... ¿Me quieres?

No contestó nada, quizás por timidez; pero se puso colorada y me apretó el brazo.

Mientras tanto habíamos llegado al final de la calle y luego habíamos desandado el camino, siempre riendo y bromeando; y ahora estábamos en el sitio de antes, frente al cine. La morena, de pronto, se detuvo y dijo con decisión:

—Oigan..., hace una hora que nos obligan a caminar entre el polvo... En resumen, ¿a qué nos invitan? Si no nos invitan a nada, tanto da que vayamos cada uno por su lado.

Elisa, contenta de que yo la cogiera del brazo, se aventuró:

—Nos ofrecen su compañía.

Pero la morena no hizo caso de estas palabras y prosiguió:

—Oigan, tengo una idea... Tendrán, al menos, entre los cuatro, dinero para que dos personas puedan ir al cine.

Nos miramos a las caras. Dije:

—Creo que sí... ¿No, Remo?

—Sí —dijo Remo.

—Bien..., ahora yo escribo sus nombres en cuatro papelitos..., luego los metemos en una gorra y lo echa-

mos a suertes... Quien gane elige a una de nosotras y se va al cine con ella a expensas de los otros tres... ¿Les parece?

Nos miramos otra vez. Era tentador y no era tentador. Era tentador porque ella nos gustaba a todos y sabíamos que el que saliese elegido la elegiría a su vez a ella; no era tentador porque a nadie le gustaba la idea de pagarle el cine y la chica a otro. Por fin, dije:

—Yo, por mí, vale —y todos los otros, para no hacer mal papel, aceptaron.

—Perfecto —dijo ella—, denme ante todo el dinero, y luego una gorra y un lápiz.

Un poco fastidiados vaciamos nuestros bolsillos; apareció el dinero para dos entradas, y algo más. Remo le dio su gorra y Luigi un trozo de lápiz. Ella cogió el dinero, buscó un periódico viejo, arrancó cuatro tiritas y luego, apartándose junto a un montón de ruinas, bajo las murallas, nos gritó desde lejos:

—¡Decidme vuestros nombres!

Se los dijimos. Ella escribió los nombres, puso los papelitos en la gorra y, agitándola, fue hacia su amiga y le dijo:

—Saca uno.

Elisa obedeció, ella abrió el papelito y dijo con voz triunfante:

—Giulio.

Era mi nombre. Me adelanté, diciendo:

—Me ha tocado a mí —y, sin vacilar indiqué a la morena, añadiendo—: La escojo a ella.

La morena lanzó una risita, hizo una pirueta y vino a colgarse de mi brazo; todo había ocurrido en un instante; ahora la morena estaba a mi lado y el cine allí muy cerca, en la otra acera, y la rubia se había quedado como atónita, con la gorra en la mano. Luego Remo gritó:

—No lo veo muy claro... Ella quería a Giulio y ha salido Giulio.

—No vale —dijo otro.

—¿Por qué no vale? —contesté—. Lo hemos echado a suertes.

Pero Remo había recogido su gorra y examinaba los otros tres papelitos. Luego lanzó un grito:

—¡No vale, no vale!... Está escrito Giulio en los cuatro papeles.

—¿Quién lo ha dicho?

—¡Mira!

Era cierto. La morena se echó a reír, descarada, y dijo:

—Bueno, ya está hecho... Nosotros nos vamos al cine, hasta la vista.

Remo, decidido, nos impidió el paso:

—Tú, de momento, devuélvenos el dinero.

—Os lo daré mañana —contesté.

—De mañana, nada... Nos lo das ahora mismo.

La morena intervino, diciéndome en voz baja:

—No te dejes apabullar.

Y yo, envalentonado, me enfrenté con Remo, diciendo:

—Os lo daré mañana... Y ahora, largo, quítate de en medio.

Tan pronto como dije estas palabras se me echó encima, y los otros dos con él, y los cuatro caímos al suelo, enlazados, luchando y pegándonos.

Yo soy fuerte, pero ellos eran tres y yo uno solo y hubieran acabado, con seguridad, por ganarme; pero, por casualidad, un guardia que callejeaba por allí cerca se acercó, gritando con voz autoritaria:

—¡Eh, muchachos!... ¿Dónde os creéis que estáis?... Eh, os lo digo a vosotros...

Nos levantamos los cuatro, jadeantes y cubiertos de polvo. Remo gritó, furioso:

—¡Devuélvenos el dinero!

Pero la morena, con la mayor frescura, se adelantó inmediatamente y dijo:

—Nosotros dos, él y yo, somos novios..., e íbamos de paseo hablando de nuestras cosas... Esos tres nos seguían y nos molestaban... Señor guardia, dígales a esos sinvergüenzas que se vayan... ¿Quién los conoce? ¿Qué quieren? ¿Quién son?... Nosotros queríamos pasear en paz.

Digo la verdad, su cara dura no sólo los dejó asom-

brados a ellos, sino también a mí. El guardia dijo, severo:

—Váyanse, circulen..., o si no...

Y ellos, atónitos, comenzaron a retroceder, mientras nos miraban. El cine estaba allí, en la acera de enfrente; cogí a la morena del brazo y atravesé la calle. Remo me gritó:

—¡Mañana arreglaremos cuentas!

Pero tanto él como los otros no se atrevieron a moverse porque el guardia se había quedado quieto, allí donde se encontraba. Entré en el cine y le dije a Alfredo:

—Dos butacas —y la morena arrojó el dinero en el mostrador de la caja. Cuando entramos en la sala, me dijo:

—Se la hemos jugado, ¿eh?

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Assunta —me contestó.

¡Tómate un caldo!

El de tapicero es un oficio difícil. No hablo del ojo que es preciso tener para clavar y extender sin arrugas ni defectos las telas en los muebles; ni de la paciencia para coser a mano, supongamos, cuatro o cinco paños de chinz; ni de la limpieza, cuando se trata de tejidos delicados. Hablo del sitio que hace falta. Supongamos que el tapicero tenga que revestir un par de divanes y cinco o seis entre butacas, sillas y sillones, que es un trabajo normal, y se encuentra con todo el sitio ocupado aunque tenga un taller muy grande. Por eso los talleres de tapicero se encuentran con dificultad y yo, aunque soy tapicero desde hace más de cuarenta años (comencé trabajando a los dieciséis años con mi padre, que era también tapicero), yo, digo, he trabajado siempre en casa. Vivo en la Lungara, no muy lejos de Regina Coeli, en una habitación muy larga, ancha y de techo alto que da al Tíber con cuatro ventanas. En esta habitación, mientras vivió mi primera mujer, no sólo trabajaba sino que dormía con toda mi familia: en un rincón había una camita para mi hijo Ferdinando; en el rincón opuesto, tras

un biombo, una gran cama para mi mujer y para mí. Tal distribución era obligada en vista de que, además de esa habitación, en el apartamento no había más que dos cuartitos para la cocina y el retrete. Luego murió mi mujer, con sólo cincuenta años, y yo, que tenía casi sesenta, tras haber intentado estar sin mujer me dí cuenta de que no podía arreglármelas y me volví a casar y todo cambió. Giuditta, mi segunda mujer, tenía treinta años menos que yo y podía decirse incluso que era guapa, aunque muchos hombres afirmaban que había en ella algo que echaba hacia atrás: pálida como una muerta con unos ojos negros saltones como los de los corderos degollados que se ven en las carnicerías, cabellos negros, carnes blancas y duras, pero frías. Antes de casarse, Giuditta había sido una pobre obrera; después de casada quería hacerse la señora. Antes de casarse había sido un ángel, después de casada se convirtió en un diablo. Antes de casarse se contentaba conmigo, con la casa, con todo; después de casada no le gustó nada: ni yo, ni la casa, ni todo lo demás. Claro, son las sorpresas del matrimonio. Empezó diciendo que no podía ser eso de dormir en la misma habitación que Ferdinando y me hizo construir un tabique de ladrillos para formar otro cuartito en el que poner nuestra cama. Luego quiso que le arreglase la cocina con unos hornillos nuevos. Luego, que pusiera una bañera en el retrete. Por último, encontró la manera de pelearse con nuestros vecinos, donde, durante veinte años, había ido a telefonear y recibía las llamadas. De modo que me tocó instalar un teléfono.

Vinieron a ponerme el teléfono, supongamos, un lunes. La tarde del miércoles, mientras estaba clavando el raso de una butaquita imperio y suspiraba para mí pensando en mis asuntos, el teléfono sonó. Fui, descolgué el aparato y dije:

—Habla Pericoli. ¿Quién es?

Al otro extremo del hilo, un vozarrón fuerte, descarado, con acento romano, preguntó:

—¿Pericoli, el tapicero?

—Sí, señor, para servirle —contesté, pensando que era un cliente.

—Bueno —dijo el vozarrón—. ¿Se puede saber por qué te has casado, Pericoli?... ¿No sabías que, a tu edad, no se casa uno? Y, además, ¿qué te crees? ¿Que tu mujer te quiere? Pobre tonto...

Inmediatamente se me subió la sangre a la cabeza porque aquel vozarrón, pese a su descaro, expresaba la duda que me atormentaba en ese momento. Contesté enérgicamente:

—¿Quién eres?

Y él, con tono arrastrado:

—No te imaginas quién soy ni aunque volvieras a nacer... Oyeme bien: quiero darte un consejo.

—Pero, ¿qué quieres? ¿Quién eres?

—Un consejo de amigo: ¡tómate un caldo!

Consideré que este telefonazo era una broma de cualquier ocioso que nos conocía. Pero me llenó de veneno igual, porque, como ya dije, también yo había empezado a pensar que mi matrimonio había sido un error. Naturalmente, no le dije nada a Giuditta, la cual, dicho sea entre paréntesis, hacía unos días que estaba imposible y me trataba peor que si yo fuera una basura. Pasó quizás una semana y luego, hacia la misma hora de la primera vez, sonó el teléfono y el vozarrón me preguntó:

—Buenos días, Pericoli, ¿qué estás haciendo?

—Lo que me da la gana —contesté.

—Te voy a decir lo que estás haciendo: estás rellenando las sillas que te han llevado ayer por la tarde... Muy bien, trabaja, hombre.. Pero también puedo decirte lo que está haciendo tu mujer.

—¿Quién eres, puede saberse quién eres?

—Tu mujer se está haciendo la coqueta con el barman de Porta Settimiana..., eso es lo que está haciendo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Te lo digo yo... Y si no lo crees, vete y lo verás... Hazme caso, Pericoli: eres un vejestorio, las mujeres no quieren estar con los viejos verdes.

—¿Quién eres? ¡Canalla!

—En vez de enfadarte, hazme caso: ¡tómate un caldo!

Esta vez no pude contenerme y cuando Giuditta volvió a casa, ante una de sus habituales respuestas de pescadora, se lo dije:

—¡Yo trabajo y tú, mientras tanto, coqueteas con el barman de Porta Settimiana!

¡Ojalá me hubiera callado! Primero me cubrió de insultos, luego quiso saber quién me lo había dicho, y cuando se lo dije, volvió a insultarme:

—¡Ah! ¡Haces caso a cualquier sinvergüenza que te telefonea!... ¿Lo crees a él más que a mí?... ¿Sabes lo que eres? Un viejo chocho... Merecerías que te pusiera de verdad los cuernos... Y tan grandes que no pudieras pasar por la puerta.

Etcétera, etcétera. Acabó que me puse a llorar y me arrastré de rodillas a sus pies, pidiéndole perdón, con todos mis cabellos blancos y mi barriga. Y que, para ablandarla, tuve que darle dinero para comprarse unas medias de seda; y Dios es testigo de que no tenía casi dinero, con todos los gastos que me había obligado a hacer.

Pero después me sentí triste y disgustado; me avergonzaba y, al mismo tiempo, estaba ya seguro de que ella no me quería. Pasaron aún unos días y luego el teléfono sonó y el consabido vozarrón preguntó:

—Pericoli, ¿cómo estás?

Respondí, fingiendo desenvoltura:

—Yo bien, ¿y tú?

—Tirando... En cambio, quien no está bien es tu mujer.

—¿Por qué?

—Porque eres viejo, Pericoli, y no le bastas.

Ya ven cómo somos. Había jurado conservar la calma. Pero al oír hablar de la vejez, salté:

—¡Mira, canalla, desde ahora en adelante, cuando te sienta, tiraré el teléfono!

—¡Uf, qué fanático eres!... No te impresiones, Pericoli... Tu mujer pronto estará bien.

—¡Cállate, canalla!

—Pericoli, ¿por qué pierdes el tino?... Haz lo que te digo, en cambio: ¡tómate un caldo!

Esta vez no le dije nada a Giuditta. Pero me roía por dentro y mucho más me roí en los días siguientes, porque los telefonazos continuaron. El vozarrón repetía siempre las mismas cosas: que Giuditta era joven y yo era viejo, que me traicionaba con éste o con aquél, que todos lo sabían, y así sucesivamente. O bien, sin grandes cumplidos, me decía:

—Pericoli, tu mujer es una... —y soltaba una palabra de carretero.

Era alguien que nos conocía bien, hasta el punto de aconsejarme que me afeitara todos los días para no aparecer ante Giuditta con los pelos blancos. Y, además, estaba la cuestión del caldo. ¿Qué quería decir con esta frase? Comprendía que era una alusión maligna, porque a los convalecientes o a los viejos se les dice: ¡tómate un caldo! Pero, ¿por qué siempre la misma frase? Algo me decía que esas palabras ya las había oído, pero no lograba acordarme de dónde ni cuándo. Mientras tanto, las cosas con Giuditta iban de mal en peor. Puede decirse que ahora ya casi no me hablaba, a no ser en un tono intolerante, irascible, como una bruja. Yo, por mor de la paz, me lo tragaba; pero, a fuerza de tragármelo, me envenenaba y comprendía cada vez mejor que mi vida ya no era vida.

Bueno, una de esas noches, de repente, Giuditta se mostró amable conmigo, por primera vez después de tanto tiempo; y propuso incluso que fuéramos los tres a comer en cierta hostería de Trastevere. Era la hostería donde habíamos celebrado la comida de boda, y cuando llegamos, de pronto, me acordé de un hecho de aquella comida: ya fuera por la emoción, ya por el vino que había bebido antes, aquella tarde tenía el estómago un poco revuelto. Entonces, mientras todos encargaban *spaghetti*, Giuditta, al verme dudoso, había insistido, como una buena esposa que quiere a su marido:

—Tómate un caldo... Hazme caso, Meo..., tómate un caldo.

Comprendí así que ése había sido el origen de la frase que el vozarrón me repetía por teléfono; pero no pude imaginar a quién pertenecía el vozarrón, porque aquella tarde, además, naturalmente, de los camareros y de otros clientes, seríamos unos veinte a la mesa. Bien entendido, no dije nada de este descubrimiento y las cosas marcharon bastante bien. Incluso Giuditta, al final, quiso beber a mi salud y me dio un beso. Bebí mucho aquella noche, quizás porque me sentía feliz, y luego volví a casa con Giuditta y Ferdinando, lleno de esperanzas. Dormí como un tronco; cuando me desperté, Giuditta había salido a hacer la compra. Me levanté y, siempre con aquella impresión de que Giuditta se había decidido por fin a quererme, comencé a trabajar. Era un hermoso día, por las ventanas entraba el sol, el canario cantaba a voz en grito en su jaula, y yo, tan contento estaba, cantaba también mientras trabajaba, como el canario, aunque en sordina. Y de pronto sonó el teléfono; voy, lo descuelgo, y el vozarrón me dice:

—Pericoli, es la última vez que te telefoneo.

—Eso está muy bien —contesto, muy alegre—... Ya has comprendido por fin que, total, era inútil... Adiós, y que sigas bien.

—Espera, Pericoli, ¿sabes por qué es la última vez que te telefoneo?

—¿Por qué?

—Porque tu mujer te ha dejado plantado... Se ha ido esta mañana con Gigi, el que alquila coches... Pasó a buscarla a las siete con el 1100 verde.

Efectivamente, fue la última vez que me telefoneó. De Giuditta no quiero ni hablar; sólo yo sé lo que sufrí antes de que el asunto me fuera indiferente, y hablando de ello tendría miedo de sufrir de nuevo. Sin embargo, sentía curiosidad por saber de quién era aquel vozarrón tan bien informado, que me había advertido de mi error, puede decirse, desde el primer día. Verdaderamente, curiosidad es decir poco: no hacía más que pensar en ello y al final se había convertido en una verdadera obsesión.

Lo descubrí por azar y, todavía ahora, cuanto más lo

pienso, menos lo entiendo. Ferdinando tenía ya casi quince años y hacía tiempo que no iba a buscarlo al colegio. Pero una mañana se me ocurrió la idea de pasar por el instituto técnico, así, sin más, para volver a casa con él. Lo encontré cuando ya había salido y jugaba a la pelota con sus compañeros, en la explanada frontera a la escuela. Era un día soleado y durante un momento estuve mirándolos mientras jugaban. No sé por qué, comparé a mi hijo con los demás y me dije que tampoco en esto había tenido suerte. Quizás porque había nacido de padres bastante mayores, Ferdinando no era guapo: bajo, con manos y pies enormes, de cara amarilla, con una narizota que le llegaba hasta la boca y dos ojos con un defecto que llamaba la atención: estrábicos. Observé que era robusto, lanzaba la pelota al aire con unas patadas resonantes, pero tampoco esta robustez era normal, resultaba excesiva para su estatura, algo así como la de los enanos y los jorobados. Mientras hacía estas reflexiones, apoyado en un murete, al sol, lo oí chillar, furioso:

—¡No vale!... ¡Has tocado la pelota con la mano!

Y entonces, como un relámpago, reconocí la voz. Era el mismo vozarrón que me telefoneaba, el vozarrón, en suma, del muchacho que está a punto de convertirse en hombre, sin gracia, descarado, desentonado como su edad. Y luego, alzando el pie hacia la pelota, añadió:

—¡Toma! —y reconocí también la palabra.

De momento me dieron ganas de llamarlo, agarrarlo de un brazo y hacerle recorrer todo el camino hasta casa fuerza de bofetadas. ¡Mira que llamarle «viejo bobo y chocho» a su padre, y todos esos nombres que no digo dedicados a su madrastra!; quizás era verdad, pero un hijo que lo es de veras debe de respetar a sus progenitores Luego él me vio, dejó la pelota y vino a mi encuentro jadeante, gritando con su vozarrón:

—¡Ah, papá!... ¿Qué haces aquí?... No te había visto

Y yo, de pronto, me sentí desarmado. ¡Era tan feo, con su abrigo demasiado largo y la narizota y los ojos estrábicos! Y, al mismo tiempo, se comprendía que estaba muy contento de verme. Balbuceé:

—Ferdinando, si quieres continuar el partido, hazlo... Yo me voy a casa.

—Ya he acabado —dijo— ... Vamos.

Y, muy contento, me cogió del brazo, dirigiéndose conmigo hacia el Lungotevere. Caminamos despacio, al sol, en silencio. Y ahora pensaba que, después de todo, aunque fuera por teléfono, él me había dicho la verdad y advertido de mi error. ¿Y si un hijo no le dice la verdad a su padre, quién se la va a decir?

La vida campestre

Después de aquel asunto de la sorpresa en la timba, el aire de Roma no me resultaba muy saludable, y los amigos me aconsejaron que me alejara durante algún tiempo. También mi madre que, fingiendo no saber nada, se comprendía que lo sabía por su cara larga y su aire preocupado, me decía:

—Estás muy demacrado, Attilio... ¿Por qué no te vas a Bracciano, a casa del compadre?

Yo me resistí un poco porque he nacido y vivido en la ciudad y el campo no me dice nada, más aún, no puedo aguantarlo; pero finalmente me decidí. Mi madre telegrafió al compadre, y tan pronto como se recibió el telegrama con la respuesta me preparó ella misma la maleta. Quería meterme mi ropa más ordinaria: total, decía, era el campo; pero yo le dije que quería llevar mis mejores trajes porque, si no estoy bien vestido, en el campo o donde sea, no me siento a gusto. Ella repetía:

—Pero, ¿con quién vas a hacerte el lechuguino? ¿Con las vacas? ¿Con los cerdos?

—No te preocupes —le contesté—, es una debilidad mía..., también tú tienes las tuyas.

De forma que me hizo la maleta como yo quería; sólo que, ante cada prenda, lanzaba un suspiro; un suspiro por cada camisa, un suspiro por cada corbata, un suspiro por cada par de calcetines. Hasta el punto de que, al final, le dije.

—¡Quieres dejarme en paz con todos esos suspiros!... Me das mala suerte.

Y ella mirándome:

—Hijo mío..., ¿tu madre te da mala suerte?

—Claro que sí, con todos esos suspiros.

—Hijo mío, tu madre sólo quiere tu bien... Si no anduvieras con ciertas compañías ahora no tendrías que ir a Bracciano.

En resumidas cuentas, acabó con la maleta; y al día siguiente, muy de mañana, tras haberla abrazado, bajé al portal, donde me esperaba Gino con el coche; y partimos.

Salimos de Roma por la Cassia. Estábamos en julio y, aunque había nubes, el sol, sobre el asfalto caldeado de la carretera, entre los campos áridos, ya quemaba y nos cegaba como si fuera mediodía. El sitio al que íbamos no es exactamente Bracciano, que por lo menos es un pueblo y tiene el lago, sino una localidad en pleno campo que se llama Castelbruciato. Como nombre ya no prometía mucho, pero cuando, después de una hora de viaje, llegamos allí, advertí que era bastante peor de lo que había imaginado. Primero vimos un gran árbol sombrío y polvoriento, un eucalipto, que despuntaba detrás de una colinita pelada, luego vimos unos establos y cuadras en torno a una era, y luego, al final, un caserón de tres pisos, con los muros oblicuos como una prisión, ennegrecido, macizo, antiguo, adosado a la colina: y eso era Castelbruciato. Todo alrededor, la campiña desierta, sin un árbol, sin una casa, con los campos ya segados, rapados e hispidos.

—¡Te vas a divertir aquí! —me dijo Gino, dándome la maleta.

Yo estaba tan consternado que ni le contesté. Cuando me di la vuelta ya había marchado y yo estaba solo.

Desde la alquería, a través de la era, llegó una muchacha caminando descalza sobre el polvo. Dijo, cuando estuvo cerca:

—Soy Filomena... la hija de tu compadre.

Hablaba con las vocales transformadas en u, como hablan los campesinos de la región. Era una chica campesina, con una cabeza grande, cabellos crespos, frente baja, ojillos hundidos, una cara morena y tosca. Robusta, con un pecho exuberante que le levantaba la blusa, y unas caderas de caballo. Me cogió la maleta como si hubiera sido un pajita y yo la seguí a través de la explanada, teniendo cuidado de donde ponía los pies a causa de las muchas porquerías que allí habían dejado las gallinas y otros animales. Entramos en una gran habitación oscura y fresca, pero maloliente: había una enorme chimenea negra de hollín y una mesa y algunas sillas que parecían hechas a hachazos. Pese a que del techo pendían varias tiras de papel engomado, negras de moscas pegadas, por donde entraba la luz de las ventanas enrejadas se veían otras nubes de moscas que volaban a media altura. En las paredes, como adornos, colgaban sillas y jaeces de mulos y caballos, de forma que parecía que estábamos en un establo. Ella subió por una escalera de piedra, de techo abovedado, y me llevó al segundo piso. Allí, en un corredor, entre muchas puertas en fila, empujó una y me hizo entrar en un cuarto con una gran cama de hierro, una cómoda y un trípode con una palangana. ¿Y el retrete? Me hizo una señal y me condujo a otro cuarto casi más grande que el anterior, completamente vacío. En un rincón había un agujero negro, al ras del pavimento, y, encima de él, las consabidas moscas. Dijo que tenía que hacer y me dejó plantado ante aquel agujero.

Así comenzó mi vida campestre. La mañana era el mejor momento porque aún duraba el fresco de la noche y porque me vestía. Pero tan pronto como acababa de vestirme, comenzaba la desesperación. Bajaba y me sentaba a la mesa para el desayuno. A veces estaba el padre, tan rústico como la hija, grande y grueso, con bigotes negros, siempre vestido de boyero, con polainas de vaqueta,

con pantalones reforzados en los fondillos. Mi madre, al irme, me había dicho·

—Ya verás, tienen leche recién ordeñada, exquisita.

Sí, sí, leche. Café mezclado con achicoria, embutido lleno de granos de pimienta, de ese que llaman *culatello*, y pan reseco cortado en tajadas de cuarto kilo cada una. El padre, además, tan temprano, bebía un vino negro, denso, áspero y caliente que parecía zumo de moras. Era realmente grosero y cuando creía ser amable era cuando más insultaba; figúrense lo que era cuando quería insultar de verdad. La había tomado con mis trajes:

—¿Qué pasa? ¿En Roma vais a trabajar con camisa de seda?

O bien:

—¿Para quién te vistes? Hoy no es domingo... ¿Qué, vas a misa?

La hija, ante estas palabras, se reía, tapándose la cara con el brazo, de una manera que no podía ser más rústica. Inmediatamente después el padre salía a la explanada, montaba a caballo y me decía con un gesto, indicándome la campiña incendiada por el sol:

—Date una vuelta... ¿No te gusta el campo?... Mira esas tierras... ¿Tienes miedo de caminar?

En resumidas cuentas, se burlaba de mí. Cuando se había ido me quedaba solo con la hija. De los campesinos que vivían por allí cerca, mejor no hablar: gentes parecidas a los animales, con los que no se podían cambiar dos palabras. La hija creo que estaba algo enamorada de mí: coqueteaba, pero a su estilo, como una palurda. Al pasar junto a la mesa, por ejemplo, me rozaba como por casualidad, pero tan fuertemente que casi me tiraba de la silla. O bien, si yo vagabundeaba por la explanada, se ponía a cortar los ingredientes para un picadillo de carne, de pie, ante la ventana de la cocina, abierta de par en par, y cantaba para mí, con intención, con su voz de hombre baja y ronca, ciertas coplas campesinas. Una vez, no sé cómo, le pregunté:

—Filomena, ¿tienes novio?

Y ella estalló en risas y me dio un manotazo en el pe-

cho, como una campesina, que casi me dejó la marca. Y no digo que como muchacha campesina, en el campo, no estuviera bien. Pero a mí las mujeres me gustan más de ciudad: blancas, delgadas, limpias, bien vestidas, incluso hasta pintadas. Y ella, en cambio, me parecía justamente una vaca.

—Dale, dale —pensaba para mí—, tú, desde luego, eres una vaca..., pero yo no seré el toro.

Los días eran largos y no acababan nunca. Para pasar el tiempo, me sentaba a la mesa, en la gran habitación de la planta baja, y jugaba a las cartas conmigo mismo. Luego también las cartas me aburrieron y pensé en pasear, pero advertí que era imposible: en varias millas a la redonda no había más que un árbol y este árbol era el árbol que se alzaba en la explanada. Iba a tirarme sobre la paja, tras un henil, en aquel calor incendiario, pero al cabo de un rato me sentía lleno de pruritos y de picazones por culpa de los insectos que había en la paja, y tenía que levantarme. Había cantidad de moscas, avispas hasta un punto increíble y, por la noche, unos enormes mosquitos que pinchaban más que cuchillos. Quise fumar y el compadre me trajo cigarrillos del estanco del pueblo: secos, vacíos, al encenderlos ardían crepitando y luego no quedaba más que el papel.

Yo, además, soy muy delicado para la comida y su cocina me hacía daño: siempre cosas fuertes, pedazos de carne con ajo y romero, salsas negras, habas y garbanzos con cerdo, judías en su salsa. Después de comer me quedaba dormido en mi cama, tan dura, sobre el colchón delgado y lleno de pelotillas, y dormía como un muerto, con la boca abierta, un par de horas; luego me despertaba bañado en sudor, con la lengua pastosa y ardiente y dolor de cabeza. En resumen, el padre se burlaba de mí, la hija me hacía la corte a manotazos y empujones y yo sólo pensaba en Roma. Por la mañana, cuando me levantaba y me asomaba a la ventana, y veía aquella extensión de campos amarillos y secos con alguna ruina de ladrillos romanos que se levantaba acá y allá, y descubría en la explanada a la hija que pasaba llevando cubos de des-

perdicios a los cerdos, se me encogía el corazón y maldecía el día en que había venido. La hija, pobrecilla, habría querido ser amable conmigo; hasta un día me puso un ramillete de flores del campo en una jarra sobre la cómoda. Pero, como ya dije, no quería darle muchas confianzas. No fuera que después el padre pretendiera obligarme a casarme con ella. Tenía una escopeta de dos caños colgada en la pared, en la gran habitación común, y yo sabía que era un tipo capaz, si comprometía a su hija en lo más mínimo, de imponerme el matrimonio con aquella escopeta. Lo que faltaba.

La hija me hostigaba Un día que hacía un solitario a oscuras, con las moscas que se posaban en grupos en las esquinas de las cartas, me preguntó, insinuante:

—Entonces, ¿te gusta el campo?

Yo, duro, le contesté:

—No, no me gusta.

Ella se quedó a disgusto, quizás porque esperaba que, por cumplido, le dijera que me gustaba. Y preguntó:

—¿Por qué no te gusta?

—Porque ésta no es vida.

—¿Y qué es vida?

Y yo, de un tirón:

—Vida es estar en la ciudad, donde hay cafés y tiendas iluminadas y hay cine y teatros... Vida es encontrarse con los amigos en el bar, tomar un aperitivo sentados ante una mesita bien ventilada, leer el periódico deportivo y comentar las noticias, y por la tarde jugar una partida de billar y por la noche ir a ver una buena película y, más tarde, dar vueltas por ahí... Vida es ir el domingo al partido de fútbol al estadio, o a las carreras de caballos y a lo mejor a las de galgos... O, en verano, ir a bañarse a Ostia con alguna muchacha... Vida es ir en automóvil y no a caballo, no encontrarse siempre a las gallinas entre los pies, sino en la pollería, y no ver ni una sola mosca porque hay flit para matarlas, y tener en casa agua corriente caliente y fría, y cocinar con gas y no con carbón, y fumar cigarrillos americanos, y, por la mañana, en vez

de vino, tomar un café con crema o un café negro bien fuerte.

Después de hablar así me arrepentí, porque la pobre muchacha se quedó muy mortificada y se fue a la cocina sin decir ni una palabra. Pero, ¿podrán creerlo? Tres días después me pidió que la acompañara a la bodega a coger vino. En la bodega, en aquella oscuridad fresca de gruta, se acerca a un barril y me dice:

—Huele aquí, huele mi perfume —y con las dos manos me coge la cabeza y me empuja la nariz contra su pecho.

Había comprado un perfume, quizás en Bracciano, y se había inundado con él el pecho, sobre el sudor y el olor a silvestre. Estábamos solos, bajo tierra, y ella ponía una cara especial, como diciendo: —«¡Bésame!». Le dije, a toda prisa:

—Huele muy bien —y me fui, dejándola con cara de amargura.

Mi madre me daba a entender, de vez en cuando, por medio de alguna tarjeta postal, que era mejor que no me moviese de allí; pero yo estaba harto y decidí partir. La noche que anuncié mi marcha la muchacha se levantó bruscamente y se fue a la cocina. El compadre me dijo:

—¿Te vas? Creía que querías quedarte hasta la fiesta.

Respondí que en Roma tenía que ocuparme de un asunto y después de cenar subí para hacer la maleta. La chica, poco después, con el pretexto de traerme un jarro de agua para la noche, entró en el cuarto y se sentó en la cama, después me dijo:

—¿Sabes que anoche soñé contigo?

Yo metía la ropa en la maleta y no dije nada. Ella continuó:

—Estabas vestido de novio y yo estaba vestida de novia y nos casábamos en la iglesia de Bracciano.

Yo contesté duro:

—Y yo he soñado, en cambio, que estaba en Roma y que entraba en un bar y tomaba un café... Fíjate qué distintos son nuestros sueños.

—Tu madre es modista, ¿no? —dijo ella.

—Claro.

—¿Por qué no le dices que me haga ir a Roma a trabajar como modista?

Yo, entonces, para consolarla, le prometí hablar de ello a mi madre, y luego, para mostrarme amable, saqué de la maleta un pañuelo grande de seda y se lo di como recuerdo. Ella fue a ponérselo, bastante contenta, ante el espejo de la cómoda, y luego se quedó allí, cohibida, con aquel pañuelo en la cabeza, y yo le dije:

—Filomena, ahora me desvisto y me meto en la cama... No está bien que una muchacha vea a un hombre mientras se desviste.

Y me quité la camisa, quedando desnudo de cintura para arriba. Ella entonces se me acercó, me tocó un brazo con un dedo, diciendo:

—¡Huy, qué blanco eres!

Y luego estalló en risas y escapó. Pero a la mañana siguiente me llevó la maleta y me dijo:

—Adiós, Attilio —desde lejos, enfurruñada, con la cara medio escondida tras mi pañuelo.

En Roma, mi madre me recibió con aprensión. Pero bajé al bar y los amigos me dijeron que precisamente el día anterior se había resuelto el asunto de la timba. Todo marchaba bien, era un hermoso día de verano, pero fresco y sin moscas. Encargué un café y me senté con el periódico ante una mesita, exactamente igual que en el sueño. Me parecía que había vuelto a nacer y casi no creía que estaba en Roma y no en Castelbruciato.

Sus días

Dicen que a los romanos el siroco no les hace efecto: han nacido con él. Pero yo soy romano, nacido y bautizado en la Plaza Campitelli, y el siroco me saca de mis casillas. Mi madre, que lo sabe, cuando ve por la mañana el cielo blanco y siente el aire pegajoso, y luego me mira y ve que tengo los ojos turbios y la palabra escasa, siempre me recomienda, mientras me visto para ir a trabajar:

—Conserva la calma... No te enfades... Contrólate.

Mi madre, pobrecilla, me lo recomienda porque sabe que en esos días puede darse que acabe en la cárcel o en el hospital. Ella los llama «mis días». Les dice a las vecinas:

—Gigi, esta mañana, se ha ido con una cara que metía miedo... Claro, son sus días.

A pesar de que soy bajo, menudo y desprovisto de músculos, en los días de siroco me invade el prurito de buscar pelea o, como decimos los romanos, de armar camorra. Voy por ahí mirando a los hombres, sobre todo a los forzudos, y pienso: «A ése, de un puñetazo, le rompería la nariz... Y a ese otro me gustaría hacerlo saltar

a patadas en el trasero... ¿Y a ése? Un par de bofetadas que le pusieran la cara morada». Sueños; en realidad, todos son más fuertes que yo. Para pegar a alguien tendría que habérmelas con un niño. Y no estaría dicha la última palabra. Hay algunos chicos sueltos de manos, pérfidos, que se lanzan con la cabeza gacha y a lo mejor te largan una patada al bajo vientre, que a mí me dan miedo.

Para colmo de desgracia, he elegido un oficio que no me va bien: camarero en un café. Los camareros, ya se sabe, tienen que ser amables suceda lo que suceda. La amabilidad, en su caso, es como la servilleta que llevan al brazo, como la bandeja en la que traen las bebidas: un instrumento del oficio. Dicen que los camareros tienen los pies llenos de callos. Yo no los tengo, pero es como si los tuviese, y los clientes no hacen más que pisármelos. Con mi sensibilidad, la mínima observación, la mínima grosería me enfurece. Y, en cambio, me toca tragármela, inclinarme, sonreír, halagar. Pero se me pone en la cara un tic nervioso que es la señal de mi bilis. Los del café, que lo saben, cuando me ven torcer la cara dicen en seguida:

—¡Eh, Gigi!... ¿Te ha ido mal? ¿Qué te han hecho?

En resumidas cuentas, se burlan. Pero algunas veces logro desahogar estas enormes ganas de ofender y de agredir. Elijo un lugar muy concurrido, una plaza, un local público, busco a mi tipo después de una larga observación, lo ataco con un pretexto cualquiera, lo insulto. Naturalmente, él intenta lanzarse contra mí, pero de inmediato lo contienen cuatro o cinco pacificadores, se meten en medio. Yo me aprovecho para insultarlo aún más, bien a gusto, y luego me alejo. Y ese día me siento mejor.

Bueno, una de esas mañanas que el siroco podía cortarse con un cuchillo salí con el diablo en el cuerpo. Una frase, sobre todo, rondaba mis oídos: «Si no te callas, te hago comer tu sombrero». ¿Dónde la había oído? Misterio; quizás el siroco me la había sugerido en sueños. Siempre revolviendo estas palabras en mi cabeza, cogí el tranvía para ir al café, un local hacia la Plaza Fiume.

El tranvía estaba atestado y ya, pese a lo temprano de la hora, no se podía respirar. Apreté los dientes y me puse en fila en el pasillo. Inmediatamente comenzaron los empujones, como si no hubiera otro modo de moverse que a fuerza de codazos. Empecé a roerme por dentro, pero no dije nada. El tranvía recorrió lentamente el Lungotevere, pasó por el *piazzale* Flaminio, siguió el Muro Torto, se acercó a la Plaza Fiume. Me dirigí hacia la salida.

Hay una cosa que me saca de quicio, con siroco o sin él: cuando la gente, en el tranvía, me pregunta: «¿Va a bajarse?... Perdone, ¿baja usted?» Me parece que es una indiscreción, como si, en vez de ello, me preguntaran: «Perdone, ¿es usted cornudo?» No sé lo que daría por contestarles que no es asunto suyo. Aquella mañana, poco antes de la parada de la Plaza Fiume, la consabida voz, entre el consabido gentío, me preguntó:

—¡Eh, macho! ¿Bajas?

También un camarero tiene su dignidad. El hecho de que me tuteara y que me llamara «macho» añadió, a la rabia de siempre, un resentimiento de orgullo. Por la voz juzgué que debía de ser un hombretón: precisamente de esa clase de personas con las que sueño que la emprendo a puñetazos. Miré a mi alrededor: había muchísima gente. Consideré que podía insultarlo sin peligro y contesté:

—Baje o no baje, ¿qué diablos te importa?

—Entonces, quítate de en medio y deja bajar —dijo la voz de inmediato.

Pronuncié, sin volverme:

—¡Un cuerno!

En seguida, como respuesta, me llegó un empujón capaz de dejarme sin aliento, y luego, como un bólido, el otro pasó ante mí. No me había equivocado: era ancho, bajo, con una cara roja, bigotes negros a la americana y un cuello de toro. Tenía también sombrero. Volvió a mi mente aquella frase: «Si no te callas, te hago comer tu sombrero».

El estaba bajando, yo estaba aún en el estribo. Reuní fuerzas y le grité:

—¡Estúpido! ¡Ignorante!

El, que ya había bajado, se volvió, me agarró de un brazo, me hizo volar hasta abajo como si fuera una pajita. Bramaba:

—¡Sinvergüenza! ¡Repite lo que has dicho!

Pero ya, como había previsto, se habían lanzado cinco o seis a contenerlo. Esta era la ocasión, o nunca. Mientras se debatía y mugía como un buey, me incliné y le grité en la cara con odio:

—¿Quién te crees que eres? ¡Canalla, desgraciado, carne de horca!... ¿No sabes que si no te callas te hago comer tu sombrero?

Lo había dicho y respiré tranquilo: me encontraba mejor. El, de pronto, dejó de debatirse, se metió una mano entre los dientes y alzó los ojos al cielo, diciendo:

—¡Ah, si yo pudiese!

Tranquilizado, me puse bajo su nariz y le dije:

—¡Claro que puedes!... ¡Ea, valor!... Ya veremos..., sí que puedes..., ¡chulo, delincuente, asqueroso!

Por fin nos separaron, y yo me fui sin volver la vista atrás, feliz, silbando una tonada.

En el café, mientras sacábamos las mesitas, conté el suceso, naturalmente a mi manera. Describí al hombre, y luego expliqué cómo lo había puesto en su lugar, amenazándolo, además, con que le haría comerse su sombrero. Pero no dije que mientras lo insultaba lo agarraban entre seis. Los del café, como siempre, no me creyeron. Goffredo, el barman, me dijo:

—¡Cuentas unas trolas!... ¿Te has mirado al espejo?

—Es la pura verdad... —contesté—. Le he dicho en su cara, resueltamente, todo lo que pensaba, y tuvo que aguantarlo.

Estaba alborozado, me sentía muy bien, incluso me gustaba mi oficio esa mañana. Iba, venía, moviéndome como si bailase, gritando los encargos con voz tintineante, alegre. Goffredo me preguntó seriamente:

—¿Qué te pasa? ¿Has bebido?

Le respondí con una pirueta:

—Menos cuentos... Un bitter y una cerveza helada.

Estaba tan contento que, después de varias horas, a las

once de la noche, todavía perduraba el benéfico efecto de aquel escándalo. Hacia esa hora entré en el bar para recoger dos cafés exprés y luego salí, ligero como un pájaro. Las mesas a la izquierda de la puerta son las mías, y en aquel momento estaban todas ocupadas; sólo allá, al fondo, había una libre; cuando volví a salir, vi que se había sentado alguien. Llevé los cafés y luego me dirigí muy ligero hacía aquella mesa, la limpié un poco con la servilleta y pregunté:

—¿Qué desean los señores? —alzando por fin los ojos.

Me quedé sin resuello porque vi que era precisamente él, que me miraba sarcástico, con el sombrero echado sobre la nuca. Estaba con otro del mismo tipo: oliváceo, casi un mulato, con cabellos grises, ojos inyectados en sangre. El dijo:

—Mira, mira a quien vuelvo a ver... Los señores desean dos cervezas.

—Dos cervezas —repetí sin aliento.

—Pero, ¡ojo!, heladas —dijo él.

Y con el pie, para empezar, me dio un pisotón que me hizo saltar de dolor. Pero no reaccioné, estaba desanimado, quizás por la sorpresa, y ahora ya sólo tenía miedo. El añadió mirando a su alrededor:

—Un local muy bonito... ¿Tienes mucho que hacer, macho?

—Según los días.

—Y ¿a qué hora te vas?... Sólo por saberlo...

—A medianoche.

—¡Estupendo! Aún falta una hora... Lo vamos a pasar bien... Y luego te daremos la propina.

No dije nada y volví a entrar en el café. Goffredo, que estaba manejando la máquina de hacer café, me lanzó una ojeada y se dio cuenta en seguida de que estaba cambiado. Dije:

—Dos cervezas —con un hilo de voz, apoyándome en el mostrador para no desmayarme.

El me dio las cervezas y me preguntó:

—¿Qué tienes? ¿Te encuentras mal?

No le contesté, cogí las cervezas y volví a fuera. El otro me dijo:

—¡Muy bien! Como camarero eres gallardo —pero inmediatamente después tocó las botellas y añadió—: ¡Ah!, pero están calientes.

Puse la mano en una de las botellas: estaba helada. Observé en voz baja:

—Me parece fría.

El puso su mano sobre la mía, apretando hasta aplastármela, y repitió:

—Está caliente... Dilo tú también que está caliente.

—Está caliente.

—Muy bien... Tráenos algo realmente frío.

—Un helado —propuse confuso.

—Muy bien, un helado... Pero te lo advierto: que esté frío —y mientras decía esto me largó una patada en la canilla.

La mesita estaba dispuesta de forma que se podía ver desde dentro. Goffredo, cuando me presenté en el mostrador, dijo riendo:

—¿Es él, no?

También los otros camareros se reían. No respondí nada, con el rostro pálido y todo tembloroso.

—Pero tú —continuó Goffredo mientras cogía los helados de la heladera— ¿no le habías metido miedo? ¿Qué esperas ahora para emprenderla a bofetadas con él?... ¡Ea, demuéstranos que sabes ponerlo en su lugar!

En silencio cogí los helados y los llevé a la mesita. El, con una cucharilla, tomó un trozo, se lo metió en la boca y luego preguntó:

—De forma que te vas a medianoche... Y para volver a casa, ¿qué camino sigues?

Respondí al azar:

—Vivo junto al Policlínico.

No era verdad, porque vivo en la Plaza Campitelli Y él, feroz:

—¡Muy bien, así tendrás menos camino que andar para ir a la clínica de urgencia!

Me fui al bar y le dije en voz baja a Goffredo:

—Quiere pegarme... Me espera hasta que cerremos... ¿Qué debo hacer?... Quizás tendría que llamar a un guardia.

Goffredo se encogió de hombros y respondió:

—¿Y luego, qué?... Esos dicen que no te conocen... No puedes hacer arrestar a la gente sólo por sus intenciones —dio una vuelta a la manivela y luego añadió—: ¿Quieres un consejo?... Intenta ablandarlo..., pídele excusas.

No habría querido hacerlo, porque soy orgulloso. Pero el miedo dominaba cualquier otro sentimiento. De modo que me decidí: fui hacia aquella mesa, vacilé un momento y después, en voz baja, dije:

—Perdone...

—¿Qué? —dijo el otro mirándome.

—He dicho «perdone»... por el asunto del tranvía.

Me miró con estupor y luego dijo:

—¿Qué tranvía? ¿Quién te conoce? ¿Quién te ha visto nunca?... ¡Ah!, ya entiendo, quizás tienes miedo de que no te demos la propina..., puedes estar tranquilo..., te la daremos..., y abundante.

Ahora, casi rechinaba los dientes de terror. Sabía que me esperarían y que me seguirían. Alrededor de la Plaza Campitelli, donde vivo, son incontables las callejuelas donde uno puede matar a un hombre sin ser visto. Me darían una buena tunda y no había nada que hacer.

Volví al café y me aventuré a decirle a Goffredo:

—Salgamos juntos... Tú eres fuerte.

Pero me interrumpió en seguida:

—Yo soy fuerte, pero tú eres tonto... Y total, ¿qué pasará? Recibirás algún puñetazo..., a lo mejor se lo devuelves... ¿No habías dicho que le metiste miedo?

En resumen, continuaba burlándose de mí. También se reían los otros dos camareros. Pensé que nadie se compadecía de mí y se me saltaron las lágrimas.

Mientras tanto pasaba el tiempo, se acercaba la medianoche. Los dos camareros se fueron, uno tras otro; Goffredo comenzó a limpiar el mostrador y la máquina; fuera, en las mesas, sólo quedaban aquellos dos. Después

de haber limpiado el mostrador, Goffredo salió y comenzó a quitar las mesas y las sillas y a amontonarlas dentro del bar. Aterrorizado, miraba a mi alrededor buscando una escapatoria. Pero sabía que el bar no tenía más que una salida; escapar por las calles no era posible. Entre tanto, aquellos dos habían pagado, se habían levantado y habían ido a situarse en la acera de enfrente. Goffredo volvió a entrar, fue a la trastienda, se quitó la chaqueta y se dispuso a irse. Al pasar ante mí me dijo con una sonrisa:

—¡Buena suerte!

No tuve fuerzas para devolverle la sonrisa.

Ya sólo quedábamos dos personas en el bar: yo y el dueño, que, de pie tras la caja, hacía las cuentas del día. Había puesto sobre el mármol los billetes y los dividía en muchos montoncitos, según su valor. El local marchaba bien: sólo en billetes de a mil habría unas treinta mil liras. Miré hacia fuera: aquellos dos seguían allí, en la sombra de un edificio, en la acera de enfrente. A no mucha distancia paseaban dos carabineros. Entonces tomé una decisión y me sentí tranquilizado. Me quité la chaqueta blanca de trabajo, me puse la mía, me acerqué al mostrador como para despedirme del dueño, y luego, con un rápido gesto, agarré el montoncito de billetes de a mil y atravesé corriendo la puerta. Mientras huía por la calle a toda velocidad oí gritar «¡Al ladrón!», y comprendí que mi plan había sido un éxito. Continué huyendo, pero disminuyendo la marcha cada vez más; en la Plaza Fiume, los taxistas, ante aquel grito de «¡Al ladrón!», se habían dispuesto en círculo, y yo, como en una carrera de estafetas, me dejé rodear sin ofrecer resistencia. Luego vinieron los carabineros, el dueño del bar, que gritaba como un desesperado; Goffredo, que había retrocedido ante aquel alboroto. Al verme entre los guardias, en medio de una muchedumbre, Goffredo lo comprendió todo y gritó:

—¡Gigi! ¿Qué has hecho? ¿Por qué lo has hecho?

Le contesté mientras me arrastraban de allí:

—Por miedo... Mejor la cárcel que el hospital.

Mientras tanto el dueño, que había recuperado su dinero, recomendaba, como buena persona que era:

—¡Suéltenlo! Ha sido un momento de locura.

—Nada de eso —dije yo—, llévenme a la prevención... ¡Nunca se sabe!

1

La excursión

¿Excursiones por lo alrededores de Roma? Cruz y raya. Para decirles lo que son las excursiones por los alrededores de Roma quiero contarles la última que hicimos, hace pocos días, un domingo, cinco amigos. El primer error, lo reconozco, fue el de ir hombres solos, sin una sola mujer. Los hombres, ya se sabe, pierden fácilmente el control, y, de una cosa a otra, sobre todo si se bebe en exceso, como ocurrió, se pasan el día diciendo palabrotas, chillando, empujándose, y, en suma, cuando llega la noche, uno quisiera no haber salido. ¿Quiénes estaban ese domingo? Todo el grupo del bar de Plaza Mastai, menos Amilcare, que debía entrenarse porque estábamos en vísperas del torneo de los pesos pluma. Estaba Alessandro, uno de los camareros, grande y gordo, con una cabeza brillante, apodado a causa precisamente de sus cabellos embadurnados *Pomada;* Alfredo, un rubito apodado *Espadafina* porque es muy sutil en las discusiones deportivas, tanto que nadie puede con él; ese desaforado de Teodoro, el del garaje, a quien llaman *Gol,* porque cuando el balón entra en las mallas es el que chilla más que nadie; Ugo,

el hijo del propietario del bar, que llevaba el automóvil, y yo. Salimos del *piazzale* Flaminio hacia las once, más alegres de lo que se puede expresar, completamente desenfrenados.

—¿A dónde queréis ir? —preguntó Ugo.

—A ninguna parte —respondimos—; a donde nos parezca y se nos antoje..., sin programas.

El coche no era muy grande y los cinco íbamos apretados, y aún más porque Alessandro y Teodoro son anchos de caderas, de modo que muy pronto empezamos con empujones, manotazos y otras bromas. Ugo, un muchachito de cara pálida y sagaz que a primera vista parece la calma personificada, inmediatamente después del Puente Milvio emprendió una tremenda carrera, persiguiendo y adelantando uno tras otro a todos los coches de la carretera. Los había de todas clases: utilitarios con hombres solos, camionetas llenas de mujeres y niños, coches de gran lujo, americanos, tan anchos como vagones, taxis, viejos coches rurales. Cada vez que adelantábamos a un coche nos asomábamos por las ventanillas para hacer muecas y gestos de burla y darnos el gustazo de ver a los del coche adelantado mirándonos molestos o asombrados. El más violento en este juego era Teodoro: había que verlo gritando «¡gol!» a cada automóvil que dejábamos detrás, exactamente igual que en el partido, sacando medio cuerpo por la ventanilla, con la cara roja, las venas del cuello a punto a estallar; pero *Espadafina* era el que encontraba las frases más atinadas y peor intencionadas.

Nuestra alegría provenía del hecho de que era un hermoso día, con algunas nubes blancas aquí y allá en el cielo limpio, como para recordar que estábamos en primavera, y todo el campo verde, con ese verde de mayo, tierno, hinchado, como espumoso, que hace pensar en la leche recién ordeñada, y casi casi dan ganas de ser una vaca sólo para experimentar el placer de hundir bien el morro en la hierba. Más aún, Teodoro, cuando nos detuvimos un momento para mirar el mapa de carreteras, interpretando el sentir general, fue a tirarse en uno de aquellos prados, patas arriba, como un burro en celo,

en la hierba alta y fresca de rocío; luego volvió completamente mojado y enmarañado, con la boca llena de trébol, entre las risotadas de todos. Así, sin dejar de reír y bromear, pasamos el cruce de Isola Farnese y llegamos al de Bracciano. Era casi mediodía y Alessandro propuso que fuéramos a comer pescado al lago. Dicho y aceptado; cogimos la carretera que va a Anguillara. Pero, en una curva, nos cierra el camino un furgón de pompas fúnebres, negro y dorado, alto como una casa, sin flores ni séquito: probablemente iba a Bracciano a recoger al muerto. La carretera no estaba asfaltada y de debajo del bamboleante cajón negro salía una nube de polvo blanco. Ugo, naturalmente, hizo sonar el claxon para que le dieran paso, pero nada: igual que si hubiera tocado la flauta. El catafalco iba despacio, como de paseo, y el polvo nos hacía toser. De vez en cuando Ugo, que es un estupendo conductor, intentaba ponerse a la par, y entonces el catafalco, maligno, se colocaba en medio de la carretera, empujándonos contra el muro o el seto, a riesgo de aplastarnos. No veíamos al chófer, pero debía de ser un tipo gruñón e inútil; su carácter era evidente por la manera en que conducía. Entre tanto el polvo continuaba llenándonos la cara, una nube a través de la que aparecía y desaparecía la cruz amarilla sobre la caja negra; todos gritábamos, y Ugo puede decirse que no levantaba la mano del claxon. Teodoro, sobre todo, estaba fuera de sí:

—¡Sepulturero! ¡Inútil! —gritaba.

Pero sí, sí: el otro se hacía el sordo. Por fin, en una curva, Ugo vio unos metros despejados, aceleró, se puso a su nivel, adelantó al catafalco. Todos nos echamos hacia el lado del coche de muerto para verle la cara al chófer. Había dos, con una cara muy tranquila: el que no conducía comía un panecillo. Tendrían ustedes que haber visto a Teodoro:

—¡Sepulturero! ¡Inútil! ¡Desgraciado! ¡Ignorante!

Y el del panecillo, calmoso, indicando la caja, a sus espaldas:

—¿Quieren acomodarse?... Hay sitio.

Corrimos casi un kilómetro, tuvimos que pararnos en

un paso a nivel, e inmediatamente después llegó el catafalco. Aquellos dos descendieron, bajaron también Alessandro y Teodoro, y los cuatro se enfrentaron ante las barreras del paso a nivel.

—Oigan, ¿es que no oyen el claxon?

—Les hemos dado paso no sé cuántas veces.

—¿Desde cuándo? ¡Sepulturero!

—Cuidado con lo que dices.

—¿Es que no eres un sepulturero? Y encima eres un zascandil.

—¡Sinvergüenza!

En suma, se dijeron el ciento y la madre, nariz contra nariz, pero sin tocarse, porque ya se sabe que los romanos son más valientes de boquilla que con los hechos. Mientras tanto pasó el tren, las barreras se alzaron, y los del catafalco, más ligeros que nosotros, se lanzaron hacia adelante, ocupando, como antes, el medio de la carretera.

—¿Sabéis lo que vamos a hacer? —dijo Ugo al llegar a un cruce—. Renunciamos al pescado y comeremos en cualquier otro sitio.

Dicho y hecho. Cogimos otra carretera, desierta esta vez, y continuamos tranquilamente nuestro camino.

¡Qué paz, qué silencio, qué serenidad! No pasaba nadie, hacia un lado había un torrente de cauce pedregoso bajo una hermosa roca roja coronada de bosques; hacia el otro, campos y campos de trigo nuevo hasta el horizonte. Nos quedamos silenciosos, casi pensativos; hasta que Teodoro encontró la palabra justa, gritando de pronto con fuerza:

—¡Tengo hambre!

Era verdad, teníamos hambre; y, como por encanto, empezamos inmediatamente a hablar todos de cosas de comer. Uno alababa los *spaghetti* con ajo y aceite o bien a la *amatriciana;* otro, el cabrito al horno o las chuletas; otro, simplemente, la hogaza campesina, fresca, crujiente, de puro trigo. El apetito nos volvía elocuentes, casi nos peleábamos por saber lo que íbamos a comer. Después de una curva, un cartel nos anunció el pueblo que buscábamos: Marciano.

Estaba en la cima de una roca, con unas casas altas y negras que parecían los flancos de una fortaleza. Subimos dando vueltas por el camino de circunvalación, debajo de la roca, entramos por la puerta, nos encontramos en una callecita en cuesta, estrecha y oscura, entre casas pobres. Subimos velozmente por esta calle y desembocamos en una plaza desierta, circundada por antiguos palacios, con una fuente para abrevar ganado en el centro: ni una tienda, ni un bar, ni un cine, nada.

—No veo *trattorie* por aquí —dijo Ugo dando una vuelta a la plaza.

Un campesino se dirigía a la fuente teniendo del ronzal a un mulo; le preguntamos dónde podíamos comer. Nos indicó una calleja, sin hablar. Ugo se metió inmediatamente en la calleja y, en efecto, al fondo, en una plazoleta más oscura que un pozo, sobre una puerta, había un letrero con la leyenda: «Hostería». Nos bajamos aliviados y alguien dijo:

—Ya veréis como tiene jardín y podemos comer al aire libre.

Pero cuando entramos nos encontramos en una gran habitación, larga y baja de techo, oscura, que apestaba a cerrado. Había tres bancos con tres mesas macizas, y nada más. Ni siquiera un mostrador con una frasca de vino, ni siquiera un calendario, ni siquiera un anuncio de gaseosa. Llamamos tocando las palmas, se abrió una puerta y entró, con la barriga bien prominente, una mujer embarazada lo menos de seis meses, vestida de negro, con una cara amarilla que no anunciaba nada bueno, desconfiada y llena de mal humor.

—¿Hay algo de comer?

—No hay nada..., es tarde.

—¿Un trozo de carne?

—La carnicería está cerrada..., quizás habrá algo de queso de oveja.

—*¿Spaghetti?*

—Puedo poner el agua..., pero hará falta tiempo, el fuego está apagado... Y además no tengo mantequilla ni conservas.

Espadafina se adelantó y le preguntó con voz petulante:

—Nada de nada... ¿No será que tiene usted miedo de que no le paguen, buena mujer?

Ella, sin descomponerse, contestó:

—Pueden pagar todo lo que quieran... Pero no tengo nada.

—Y entonces, ¿por qué han escrito «hostería» sobre la puerta?

Ella se encogió de hombros y se dirigió chancleteando hacia la puerta.

—¡Ignorante! —le gritó Teodoro, furioso.

La mujer se volvió y dijo:

—El que lo dice, lo es —muy tranquila, y luego desapareció.

Salimos otra vez, bajo un sol que pegaba fuerte, con la barriga vacía, maldiendo a Marciano. Decidimos volver al lago de Bracciano para ver si encontrábamos algo de comer, en uno de esos pueblecitos tan bonitos, Anguillara o Trevignano. Durante todo el viaje, que fue vertiginoso, no cesamos ni un solo momento de hablar mal de la gente de los alrededores de Roma: «Paletos, ignorantes, bárbaros, incivilizados, villanos, destripaterrones, desgraciados, palurdos», esto fue lo menos que se dijo. Corriendo como locos llegamos en breve a la vista del lago, azul, centelleante: aquel centelleo, bajo un sol tan intenso, causaba languidez. Llegamos a Trevignano, nos paramos en una *trattoria* sobre el lago. Entramos en una gran habitación que se parecía mucho a la de Marciano, sólo que había algunos cazadores, con sus escopetas y sus perros.

—Anguilas —dijo en seguida Ugo, al entrar.

—Sólo hay una, pero es muy gruesa —respondió la dueña guiándonos hacia una caseta donde tenía el vivero.

Nos hizo entrar en un cuartito oscuro que parecía un lavadero y dentro de una pila de cemento para la colada nos indicó a la anguila, color de fango, enroscada en el fondo del agua oscura. La mujer se inclinó con un cubo, la anguila se deslizaba por el fondo, de aquí para

allá, y finalmente entró en el cubo y la mujer la sacó, colgando y retorciéndose. Entonces Teodoro, muerto de hambre, cometió un error. Agarró a la anguila por el cuello, gritando:

—¡No te me escaparás!

En cambio la anguila hizo un movimiento; y él, atemorizado, soltó su presa y la anguila cayó sobre el pavimento y se deslizó bajo la pila.

—¡Cógela! ¡Cógela! —gritaba Teodoro, tirándose al suelo.

Sí, sí. La mujer dijo:

—Ahora se ha metido por el agujero del desagüe y ya no se puede coger..., pero ustedes tendrán que pagarla.

En resumidas cuentas, volvimos a salir, derrotados.

Tampoco aquí había nada que comer, como en Marciano. Encargamos habas frescas, queso de oveja, pan y vino. Lo que se dice una comida por todo lo alto, después de hacer más de cincuenta kilómetros para venir a comer a Trevignano. La hostería estaba llena de cazadores que hablaban de caza, pero debían de ser puras charlas, porque no vimos ni una alondra. En cambio había perros en cantidad, todos tan delgados que daban miedo, amarillos, hirsutos. Teodoro les tiraba las cáscaras de las habas, diciendo:

—Ea, come, atragántate! —y ellos, pobrecillos, se lanzaban sobre ellas creyendo que era pan.

Pero el queso era bueno, fuerte, picante, el vino no era malo, había pan y habas en abundancia, de forma que nos atracamos de queso, habas, pan y vino. ¿Cuánto vino bebimos? Sin exageración, una botella por cabeza. Al final, ante el montón de cáscaras vacías, nació una discusión sobre el último partido de fútbol y Teodoro, intolerante como de costumbre, le dijo a *Espadafina* —que lo derrotaba con argumentos cada vez más convincentes— que tenía ganas de romperle la cara. Tuvimos que separarlos.

Nos marchamos y ahora, a causa del mucho vino bebido, aunque hubiéramos comido como perros, estába-

mos otra vez alegres. En vez de dirigirnos a Roma cogimos por Ronciglione con la idea de tomar café. En una cuesta encontramos a dos ciclistas que renqueaban, con los números cosidos a la espalda y en el pecho. Alguien recordó que ese domingo había una competición en la zona; aquellos dos debían de haberse quedado rezagados del grueso del grupo. Teodoro, como de costumbre, encendido por el vino, se asomó a burlarse de los ciclistas cuando pasamos a su lado:

—¡Piernas de trapo! ¡Cornudo!... Tú corres y mientras tanto tu mujer te pone los cuernos... ¡Cara de sémola!

Teníamos que sujetarnos la barriga de tanto reírnos, porque los ciclistas, cansados y sudorosos, curvados sobre el manillar, no hablaban para ahorrarse el aliento y se limitaron a fulminarnos con sus miradas. Pasamos a los ciclistas, corrimos quizás un kilómetro y luego nos encontramos con el grupo de la carrera: veinte o más corredores todos juntos, con una gran cola de admiradores en bicicleta e incluso una par de coches, al paso. Dejamos atrás la carrera, siempre a buena velocidad; y, sin disminuir la marcha, entramos en Ronciglione, un par de kilómetros después.

Ugo, que había bebido como todos, al llegar a la plaza, en vez de disminuir aceleró, quién sabe por qué. Un coche minúsculo, azul oscuro, centelleante, que iba muy despacio, le cerró el camino y él se le echó encima como un loco, embistiéndolo de pleno. Nos paramos inmediatamente, bajamos; bajó también del coche con el que habíamos chocado un señor alto, calvo, con bigote de cepillo, traje de cuadros, con guantes de gamuza en las manos. La culpa era nuestra pero, como verdaderos borrachos, empezamos a pelearnos con aquel señor tan aristocrático. El hablaba con calma, despreciativo, mirándonos de arriba abajo; nosotros chillábamos; en torno nuestro estaba toda la gente de la plaza. El señor dijo, impaciente, que estábamos borrachos, lo cual era cierto; y entonces Teodoro empezó a aullar bajo su nariz:

—Nosotros no hablamos arrastrando las erres, no con-

ducimos con guantes de cabritilla... ¡Pero somos capaces de quitarle al señor conde toda su soberbia!

De dónde había sacado que aquel tipo era conde, no lo sé. En aquel instante hubo un movimiento entre la gente, una mano agarró a Teodoro por hombro, una voz dijo:

—¡Eh! Repite lo que has dicho antes, repítelo...

Eran los dos ciclistas a quienes poco antes Teodoro, al adelantarlos, había insultado por la ventanilla. Uno, alto, flaco, extenuado, con las mejillas hundidas y ojos brillantes; el otro, bajo, con la cabeza chata, sin cuello, con dos hombros así de anchos. Se armó una gran confusión. Teodoro retrocedía, diciendo:

—¿Quién te conoce? ¿Quién te ha visto nunca? —mientras el otro la emprendía a empujones y a golpes invitándole a repetir lo que había dicho.

El señor, envalentonado, gritaba que estábamos borrachos; nosotros la emprendimos a trompadas con el ciclista bajito, que también se hacía el valiente; la multitud ondulaba. Luego el ciclista alto quiso pegarle un manotazo a Teodoro y golpeó, en cambio, al señor; este reaccionó con un puñetazo; el ciclista bajito se arrojó sobre Teodoro; nosotros lo atacamos por la espalda; y toda la gente empezó a gritar. Por suerte, en medio de aquel aprieto, llegaron rígidos, correctos, impasibles, dos carabineros; y, como por encanto, inmediatamente volvieron el orden y el silencio. Todos mostraron sus documentos; la multitud contenía el aliento; ahora no se oía más que la voz de Teodoro, asustada, que rogaba:

—Somos buena gente... Fue una casualidad... Los domingos, ya se sabe...

A la vuelta, naturalmente, estábamos mohínos. Alguien dijo:

—El catafalco nos dio mala suerte.

Pero Alessandro, más juicioso, contestó:

—¡Qué catafalco ni que ocho cuartos! Fue culpa nuestra... ¿Sabéis lo que haremos la próxima vez? Traere-

mos a unas muchachas..., las mujeres son amables y con ellas no ocurren ciertas cosas.

Nos despedimos en Roma sin decir una palabra, de mal humor. El coche tenía el parachoques y uno de los faros destrozados; y Teodoro, un labio partido.

El desquite de Tarzán

Aquel verano, a falta de otro trabajo más serio y digno de mí, acepté ir en bicicleta, con otros cinco en hilera, para hacer la publicidad de las películas de un cine nuevo. Cada bicicleta llevaba un cartelón coloreado, con una sílaba de dos o tres letras, y los seis juntos desfilábamos lentamente por las calles de la ciudad, componiendo el título entero de la película. Hombres sandwich sobre ruedas, eso era lo que hacíamos. En materia de oficios los hay mejores, desde luego: y mucho más porque, para que nos vieran mejor, nos obligaban a vestir un mono celeste dentro del que parecíamos angelitos de esos que salen en las procesiones de Pascua. Pero da igual: si quería comer, tenía que hacer ese oficio.

Paseé «Amame esta noche», «Llamas en el archipiélago», «Dos corazones en la tempestad», «La hija del volcán» y muchos otros. Yo iba siempre en la bicicleta que abría filas, porque a mis cincuenta años, con todo el pelo blanco, era siempre el más viejo y la agencia me confiaba la responsabilidad de la caravana. Detrás de mí venía Poldino, un muchacho rubio de unos diecisiete

años, de cara puntiaguda como hocico de garduña y ojos de vidrio celeste; en cuanto a su carácter, era violento e insubordinado, realmente díscolo.

Los otros cuatro eran también muchachos entre los quince y los veinte años. Habría podido ser el padre de los cinco, y ellos, en efecto, me llamaban tío. Todos eran de la misma casta que Poldino: muchachos que se habían abierto camino en la posguerra con el mercado negro, los negros americanos y las «señoritas». No tenía la menor autoridad sobre ellos, como advertí de inmediato a la agencia; y ellos, cada vez que podían, se aliaban contra mí.

Estábamos en verano, en julio, y pasear por las calles, muy despacio, bajo un sol que quemaba, era realmente penoso. Además, el recorrido era largo y sin paradas: salíamos del cine, dentras de Santa Maria Maggiore, recorríamos a paso de hombre la *via* Cavour, la Plaza de la Estación, *via* Volturno, *via* Piave, *via* Salaria, *via* Po, *via* Veneto, *via* Bissolati, *via* Nazionale, *via* Depretis, y luego, finalmente, otra vez Santa Maria Maggiore. Este recorrido lo hacíamos varias veces, por la mañana y por la tarde, según lo estipulado con la agencia. Además, había dos equipos: uno de hombres, vestidos, como ya dije, de celeste; y uno de mujeres, vestidas casi peor que nosotros, con túnicas blancas cubiertas de lentejuelas plateadas y gregüescos amarillo oro.

Una de esas mañanas salimos, como de costumbre, del cine, con un cielo anubarrado que en principio me hizo esperar que disminuyera el calor de los días anteriores. Pero cuando nos pusimos en marcha advertí inmediatamente que el bochorno había aumentado, precisamente a causa de aquellas nubes oscuras que anunciaban tormenta. Sudaba, con mi mono cerrado, mucho más que si hiciera sol; y en medio de aquel aire cargado me parecía como si, a cada vuelta del pedal, se me hincharan las manos, los pies y la cara, y como si la sangre quisiera salirse de mi piel. El título de la película de ese día era «El desquite de Tarzán», en tecnicolor. Yo tenía las sílabas «El des»; luego venía Poldino con «qui», y luego,

por orden, «te», «de», «Tar», «zán». En los cartelones se veía a Tarzán, vestido de pieles como un salvaje, que luchaba contra un enorme mono, y a un lado, asustada, una hermosa muchacha, también medio desnuda. En cuanto nos movimos, muy lentamente, entre aquel aire bochornoso de terremoto, advertí que detrás de mí se había producido el acuerdo de siempre. La agencia publicitaria nos recomendaba sobre todo que no hiciéramos ruido, no fumásemos, no hablásemos. En resumen, teníamos que dar la impresión de ser casi máquinas, como las bicicletas: mudos, lentos, apáticos, sin expresión. Así, decían, la publicidad resultaría realmente eficaz, porque la gente no se ocupaba de nosotros y miraba a los cartelones. Ya he dicho que los otros cinco habían llegado a un acuerdo; me explicaré. Tan pronto como estuvimos en la Plaza de la Estación sentí que los cinco, a mis espaldas, lanzaban el grito de Tarzán, tal y como se oye en el cine; no tan fuerte, es cierto, pero lo bastante para que los transeúntes lo oyeran. Yo no podía volverme porque tenía que guiarlos y, si me volvía, podía ocurrir que, en un sitio como la Plaza de la Estación, toda la caravana acabase bajo las ruedas de un autobús; pero, cuando entramos en la *via* Volturno, volví la cabeza y dije con fuerza:

—¿Qué significa ese barullo?

¿Saben cómo me respondió Poldino? Con un gesto obsceno. No dije nada y proseguí hacia el Ministerio de Hacienda.

Pasamos el Ministerio, entramos en la *via* Piave; en la Plaza Fiume, el guardia, sobre su torrecilla listada en blanco y negro, paró el tránsito y también nosotros tuvimos que esperar. Aproveché para echar pie a tierra y volverme para ver cómo iban las cosas. Advertí en seguida que iban muy mal: ya sea que estuvieran citados con ellas, ya que las hubieran encontrado por casualidad, Poldino y los otros estaban con dos muchachas, de esas que recorren los restaurantes vendiendo flores, bajas y torcidas, una rubia y otra morena, y bromeaban entre sí, como si no existiera la caravana publicitaria. Luego,

cuando el guardia nos dio paso, las dos muchachas se subieron en la barra de la bicicleta, la morena con Poldino y la rubia con el que venía detrás de Poldino. Esta vez me enfadé, porque tengo un gran sentido del deber y esto ya era excesivo. Bajé, me acerqué a Poldino y le dije, sin alzar la voz:

—¡Dile que se baje, vamos!... ¡No quiero líos!

El, quizás engreído por aquella pelagatos que se agarraba a su manillar, contestó:

—¿Qué quieres? ¿Te conozco de algo?

—¡Venga! —dije, y cogí a la muchacha por un brazo.

—¡Las manos fuera! —gritó ella. Y Poldino dijo:

—¡Miren a este vejestorio! ¡Le ha metido mano a mi chica!

Entre tanto todo el tráfico se había detenido, los automóviles hacían sonar el claxon detrás de nosotros y la gente nos rodeaba y comentaba el hecho; no hay que decirlo, todos estaban en contra mía. Comprendí que no había nada que hacer, volví a subir a la bicicleta y, con el corazón lleno de veneno, cogí por *via* Salaria.

En el cruce de *via* Salaria con *via* Po giré en dirección al *corso* de Italia pero inmediatamente advertí que giraba yo solo, porque Poldino y los demás se dirigían hacia la Plaza Quadrata. Me detuve, desconcertado, y grité:

—¿A dónde vais? ¡Venid aquí!

Poldino se detuvo y contestó:

—Vamos al Tíber, a darnos un baño.

—Pero ¿qué pasa? ¿Estáis locos?

—El loco eres tú —me contestó, con desprecio—, con ese pelo blanco, todo vestido de celeste, como un payaso.

Las muchachas se reían y yo me avergoncé, y aunque tenía ganas de matarlo, por la rabia, me resigné una vez más.

Cogimos por *via* Po, hicimos todo el *viale* Liegi, la Plaza Ungheria, todo el *viale* Parioli. Ahora era Poldino quien guiaba la caravana y yo iba el último, porque tengo poco resuello y ellos ahora marchaban a toda velocidad El título de la película se leía de este modo: «Qui Tar te zán de El des», que no significa nada; y los transeúntes

de las aceras se paraban a mirar a aquellos cinco muchachos con dos putillas en la barra que corrían a todo correr, vestidos de celeste y perseguidos por un viejo también vestido de celeste; y sacudían la cabeza y se reían. Ellos, además, aullaban el grito de Tarzán, como si estuvieran de verdad en una selva y no bajo los plátanos de una calle de Roma. En la Plaza de Santiago de Chile comienza la bajada y allí me dejaron atrás, de forma que al final llegué yo solo al Acquacetosa. Perdí el camino un par de veces, retrocedí, y por fin me pareció verlos a lo lejos, desfilando por un sendero, a lo largo de la orilla del río. Furioso, bañado en sudor, me lancé en aquella dirección.

Habían elegido un sitio donde la orilla del Tíber se ensancha como una plataforma natural, arenosa y cubierta de matas. El Tíber, allí, traza una curva que parece una serpiente, y en la otra orilla se ve una de esas redes de ruedas que suben y bajan empujadas por la corriente. Los encontré tirando al suelo las bicicletas, con cartelones y todo, y desnudándose. Las dos muchachas, por lo menos, se habían escondido detrás de una mata, pero ellos ni siquiera se escondían. Salté de la bicicleta, furibundo, y corrí hacia Poldino que estaba sacando las piernas de los pantalones; le grité:

—¡Sinvergüenza! ¿Esta es tu conciencia, eh?

Pero él, arrogante, respondió:

—¿Qué quieres? ¿Puede saberse qué es lo que quieres? ¡Me dices de una vez lo que quieres!

A cada «qué quieres» me daba un manotazo en el pecho, exactamente bajo el gaznate, con una sola mano, porque con la otra se sostenía los calzoncillos; y yo, un poco por el afán de la carrera, un poco por la edad, sentía que mis piernas vacilaban y al final, ante un cuarto empujón, caí al suelo. Inmediatamente, como a una señal, todos se desataron. Las muchachas salieron de las matas cogidas de la mano, en combinación blanca de algodón, no muy bonitas, a decir verdad, porque, como ya dije, eran bajas y fornidas, con poco pecho pero muchas caderas, como suelen ser todas las mendigas y vagabundas

que comen poco y caminan mucho. Y los otros cinco, como en un baile, fueron a su encuentro sujetándose los calzoncillos con las manos. Empezaron a bailar entre las matas, y después corrieron y se persiguieron. Poldino gritaba:

—¡Soy Tarzán!... Ahora te agarro y te llevo conmigo... —y, rugiendo como Tarzán, perseguía a la morena. ¡Daba pena verlo! Abultaba la mitad que ella, blanco, demacrado, grácil. Por último, entre saltos y carreras, fueron al río y se lanzaron todos al agua, uno tras otro.

Me quedé solo en la orilla, vigilando los monos azules y los trapos femeninos, yo, vestido de celeste y con el pelo blanco, como un payaso, con cara de desocupado crónico y un cigarrillo *nazionale* medio vacío entre los labios que me temblaban.

Estaba mortificado, casi a punto de llorar; y si, por una parte, los odiaba por haberme tratado de aquel modo, por otra me odiaba a mí mismo por no haberme atrevido a librarme del sentido del deber. Incluso ahora, cuando ya no había nada que hacer, al mirarlos nadar felices en el Tíber me era imposible no preguntarme, ansioso: —«¿Qué dirán en la agencia?». Y me enfadaba por sentir este temor, pero al mismo tiempo no podía dejar de sentirlo. Me habría gustado ser como ellos y tirarme también al agua, y lanzar yo también el grito de Tarzán, bromeando con las dos muchachas. Pero era viejo y tenía sentido del deber y no había nada que hacer.

Afortunados en todo, chapotearon en el agua hasta que el cielo se puso negro y las primeras gotas salpicaron las aguas amarillas del Tíber. Entonces salieron del agua y Poldino gritó que aquella lluvia era lo que necesitaban: así, si les hacían alguna observación, podrían decir que se habían visto obligados a buscar reparo. Una de las muchachas, cuando estuvo vestida, se me acercó y me pidió un cigarrillo. Se lo di y entonces la rubia quiso otro, y luego los cinco muchachos también, de modo que me quedé sin cigarrillos pero hicimos las paces.

Entre tanto las nubes, después de aquellas pocas gotas, habían pasado sobre el Tíber y se habían alejado hacia el

campo. Volvimos a ponernos en fila, según el título de la película, y nos encaminamos a lo largo del río hacia Acquacetosa. Allí las dos muchachas cogieron el autobús y nosotros subimos por el *viale* Parioli. Poco después, a paso de funeral, desfilábamos entre los coches de lujo y los cafés, por el centro de *via* Veneto.

Rómulo y Remo

La urgencia del hambre no puede compararse con la de otras necesidades. Prueben a decir en voz alta: «Necesito un paz de zapatos..., necesito un peine..., necesito un pañuelo»; callen un momento, para recobrar el aliento, y digan luego: «Necesito una comida»; notarán de inmediato la diferencia. Cualquier otra cosa, pueden ustedes tomarse tiempo para pensarla, buscarla, elegirla, incluso renunciar a ella; pero en el momento en que se confiesen ustedes que necesitan una comida ya no tienen tiempo que perder. Deberán encontrar la comida o morirse de hambre. El cinco de octubre de este año, a mediodía, en la Plaza Colonna, me senté en la barandilla de la fuente y me dije a mí mismo: «Necesito una comida». Desde el suelo, a donde dirigía mis ojos durante esta reflexión, levanté la mirada hasta el tráfico del Corso y lo vi nublado y tembloroso: hacía más de un día que no comía, y, ya se sabe, lo primero que sucede cuando se tiene hambre es ver las cosas famélicas, es decir, vacilantes y débiles como si las propias cosas tuvieran hambre. Luego pensé que debía de encontrar esa comida

y pensé que si esperaba un poco más ya no tendría ni fuerzas para pensar, y comencé a reflexionar sobre la manera de encontrarla lo más pronto posible. Desgraciadamente, cuando se tiene prisa no se piensa nada bueno. Las ideas que se me ocurrían no eran ideas, sino sueños: —«Subo a un tranvía... le quito la cartera a alguien... me escapo»; o bien: —«Entro en un comercio, voy hacia la caja, agarro la pasta... escapo». Casi me dio pánico y pensé: «De perdidos, al río; me da lo mismo hacerme arrestar por ultraje a la autoridad... en la comisaría me darán una sopa». En ese momento, un muchacho, junto a mí, llamó a otro:

—¡Rómulo!

Entonces, ante aquel grito, me acordé de otro Rómulo que había estado conmigo en el servicio militar. Había tenido, en aquella época, la debilidad de contarle algunas mentiras: que tenía dinero, allá en mi pueblo, cuando la verdad es que no he nacido en ningún pueblo, sino en las inmediaciones de Roma, en Prima Porta. Pero, ahora, aquella debilidad me venía muy bien. Rómulo había abierto una *trattoria* hacia el lado del Panteón. Iría allí y comería la comida que necesitaba. Después, cuando llegara la cuenta, echaría mano de la amistad, el servicio militar juntos, los recuerdos. En resumen, Rómulo no me haría arrestar.

Lo primero que hice fue ir al escaparate de una tienda y mirarme en el espejo. Por casualidad me había afeitado aquella mañana con la navaja y el jabón del dueño de mi casa, un ujier de los tribunales que me alquilaba un tabuco. La camisa, sin estar muy limpia, no era una indecencia: sólo hacía cuatro días que la llevaba. El traje, por otra parte, de espiguilla gris, estaba como nuevo: me lo había dado una buena señora cuyo marido había sido capitán mío en la guerra. La corbata, en cambio, estaba deshilachada, una corbata roja que tendría diez años. Levanté el cuello y rehice el nudo de forma que la corbata, ahora, tenía una parte larguísima y otra parte corta. Escondí la parte corta debajo de la larga y me abroché la chaqueta hasta el pecho. Cuando me separé del espejo,

quizás por la atención con que me había examinado, la cabeza me dio vueltas y fui a chocar con un guardia parado en un rincón de la acera.

—¡Mira por dónde andas! —me dijo—. ¿Es que estás borracho?

Habría querido contestarle: —«Sí, borracho de apetito». Me dirigí con paso vacilante hacia el Panteón.

Sabía la dirección, pero cuando la encontré no pude creer lo que veía. Era una portezuela al fondo de un callejón sin salida, a dos pasos de cuatro o cinco cubos de basura repletos. La muestra, color sangre de buey, llevaba la inscripción: «*Trattoria,* cocina casera»; el escaparate, también pintado de rojo, contenía, en todo y por todo, una manzana. Digo una manzana, y no es broma. Comencé a comprender, pero ya me había lanzado y entré. Una vez dentro, comprendí todo y durante un momento se redobló mi hambre a causa del desfallecimiento. Pero me armé de valor y fui a sentarme ante una cualquiera de las cuatro o cinco mesas, en el cuartucho desierto y en penumbra.

Una tela sucia, detrás del mostrador, ocultaba la puerta que daba a la cocina. Golpeé en la mesa con el puño:

—¡Camarero!

En seguida hubo un movimiento en la cocina, la tela se alzó, apareció y desapareció una cara en la que reconocí a mi amigo Rómulo. Esperé un momento, golpeé otra vez. Y él se precipitó hacia afuera abotonándose a toda prisa una chaqueta blanca sucia y deformada. Vino hacia mí con un «¡Mande!» presuroso, lleno de esperanza, que me oprimió el corazón. Pero ya estaba en el baile y había que bailar. Le dije:

—Querría comer.

El comenzó a sacar el polvo de la mesa con un trapo, luego se detuvo y dijo, mirándome:

—Pero, ¡si eres Remo!...

—Ah, me has reconocido... —dije, con una sonrisa.

—¿Cómo no te voy a reconocer?... ¿Es que no estuvimos juntos en la mili? ¿No nos llamaban Rómulo y

Remo y la Loba, por aquella chica a la que cortejábamos juntos?

En resumen: los recuerdos. Se veía que sacaba a relucir los recuerdos, no porque me tuviera cariño, sino porque era un cliente. Más aún, en vista de que en la *trattoria* no había nadie, yo era *el* cliente. No debía de tener muchos clientes y los recuerdos servían también para hacerme una buena acogida. Al final me dio una palmada en el hombro:

—¡El viejo Remo! —y después se volvió hacia la cocina y llamó—: ¡Loreta!

Se alzó la tela y apareció una mujercita corpulenta, en delantal, con cara descontenta y desconfiada. El dijo, señalándome:

—Este es Remo, de quien te he hablado.

Ella me dirigió media sonrisa y un gesto de saludo; detrás de ella se asomaron los hijos, un varón y una niña. Rómulo continuó:

—¡Muy bien!... ¡Muy bien!... ¡Estupendo!

Repetía «muy bien» como un loro; estaba claro que esperaba que yo encargase la comida. Le dije:

—Rómulo, estoy de paso en Roma... Soy viajante de comercio... Y como tenía que comer en algún sitio, pensé: «¿Por qué no ir a comer a casa de mi amigo Rómulo?».

—¡Muy bien!—dijo—. ¿Qué te hacemos? *¿Spaghetti?*

—Desde luego.

—*Spaghetti* con mantequilla y parmesano... Se necesita menos tiempo para hacerlos y, además, son más digestivos... Y después, ¿qué te hacemos? ¿Un buen filete? ¿Dos tajadas de ternera? ¿Un buen lomo? ¿Escalopines a la manteca?

Todas eran cosas sencillas, habría podido cocinarlas yo mismo en un hornillo de alcohol. Dije, con crueldad:

—Cordero al horno... ¿Tienes cordero?

—¡Cuánto lo siento!... Lo hacemos por la noche.

—Está bien... Entonces un filete con huevo montado... a la Bismarck.

—A la Bismarck, claro... ¿con patatas?

—Con ensalada.

—Sí, con ensalada... Y un litro, seco, ¿no?

—Seco.

Repitiendo «seco» se fue a la cocina y me dejó solo en la mesa. La cabeza continuaba dándome vueltas por la debilidad, sentía que estaba realizando una mala acción; pero, casi casi, me gustaba realizarla. El hambre vuelve crueles: Rómulo estaba quizás más hambriento que yo y, en el fondo, me complacía en ello. Entre tanto, en la cocina, toda la familia confabulaba: oía que él hablaba en voz baja, apresurado y ansioso, y que su mujer le respondía, descontenta. Por último se alzó la tela y los dos hijos salieron corriendo, dirigiéndose hacia la puerta.

Comprendí que Rómulo, quizás, no tenía en la *trattoria* ni siquiera el pan. En el momento en que se alzó la tela entreví a la mujer que, erguida ante el hornillo, reanimaba con el aventador un fuego casi apagado. El salió después de la cocina y vino a sentarse frente a mí, en la mesa. Venía a hacerme compañía para ganar tiempo y permitir a sus hijos volver con la compra. Movido por la crueldad, le pregunté:

—¿Has conseguido un local que está muy bien, eh? ¿Qué tal te va?

El contestó, bajando la cabeza:

—Bien, va bien... Claro que está la crisis... y hoy, además, es lunes... Pero habitualmente no se puede uno mover de gente que hay.

—Has logrado situarte, ¿eh?

Me miró antes de contestar. Tenía una cara grasienta, redonda, como conviene a un fondero, pero pálida, desesperada y con barba crecida. Dijo:

—También tú te has situado.

Contesté, negligente:

—No puedo quejarme... Saco unas cien o ciento cincuenta mil liras al mes..., pero trabajo duro.

—Nunca tanto como nosotros.

—Hombre, qué quieres que te diga..., vosotros, los fonderos, estáis sobre terciopelo: la gente puede prescin-

dir de todo pero debe comer... Apuesto a que incluso has ahorrado dinero.

Esta vez calló, limitándose a sonreir: una sonrisa realmente desgarradora, que me dio pena. Dijo finalmente, como asiéndose a un clavo ardiendo:

—Mi viejo Remo..., ¿te acuerdas cuando estábamos juntos en Gaeta?

En resumen, quería los recuerdos porque se avergonzaba de mentir y también porque, quizás, aquel había sido el mejor momento de su vida. Esta vez me dio demasiada pena y lo contenté diciendo que me acordaba. Se reanimó en seguida y empezó a hablar, dándome de cuando en cuando manotazos en la espalda, riéndose incluso. Entró el niño, sosteniendo con las dos manos, de puntillas, como si fuera el Santísimo, un litro de vino. Rómulo me sirvió de beber y también se sirvió él, tan pronto como lo invité a hacerlo. Con el vino se volvió aún más locuaz, se ve que estaba también en ayunas. Así, charlando y bebiendo, pasaron veinte minutos y luego, como en un sueño, ví que regresaba la niña: ¡Pobrecilla! Sostenía con sus bracitos, contra el pecho, un paquete en el que había de todo un poco: el papel de estraza del filete, un huevo envuelto en papel de periódico, el panecillo en papel parafinado, el ramillete verde de la ensalada y, según me pareció, también una botellita de aceite. Se fue derecha a la cocina, seria y contenta; y Rómulo, mientras pasaba, se desplazó un poco en su silla, para ocultarla. Luego se sirvió de beber y volvió a empezar con los recuerdos. Entre tanto, en la cocina, sentía que la madre decía no sé qué a la hija, y que la hija se excusaba, respondiendo bajito:

—No han querido darme menos.

En resumen: miseria, completa, absoluta, casi casi peor que la mía. Pero tenía hambre y cuando la niña me trajo el plato de *spaghetti* me arrojé sobre ellos sin remordimientos; más aún, la sensación de comer de gorra a costa de una gente tan pobre como yo me dio más apetito. Rómulo me miraba comer casi con envidia, y me fue im-

posible no pensar que él debía de permitirse raramente unos *spaghetti* como aquellos.

—¿Quieres probarlos? —le propuse.

Sacudió la cabeza como para rehusar, pero yo cogí un tenedor lleno y se lo metí en la boca. Dijo:

—Están buenos, no hay que decirlo —como hablando consigo mismo.

Después de los *spaghetti* la niña me trajo el filete con el huevo encima y la ensalada, y Rómulo, quizás avergonzado de estar contándome los bocados, volvió a la cocina. Comí solo y, mientras comía, advertí que estaba casi borracho de comida. ¡Ay, qué bueno es comer cuando se tiene hambre! Me metía en la boca un trozo de pan, tomaba luego un sorbo de vino, masticaba, tragaba. Hacía años que no comía tan a gusto.

La niña me trajo la fruta y yo quise también un pedazo de parmesano para comérmelo con la pera. Cuando acabé de comer me arrellané en la silla, con un mondadientes en la boca, y toda la familia salió de la cocina y vino a ponerse de pie ante mí, mirándome como a un objeto precioso. Rómulo, quizás por culpa de la bebida, estaba alegre y contaba no sé qué aventura de mujeres de cuando estábamos en la mili. En cambio, su mujer, con el rostro grasiento y tiznado con la huella de unos dedos de polvo de carbón, estaba muy triste. Miré a los niños: pálidos, desnutridos, con los ojos más grandes que la cabeza. De pronto me dieron pena y al mismo tiempo sentí remordimiento. Y mucho más cuando la mujer dijo:

—Ah, si tuviéramos clientes como usted, aunque no fueran más que cuatro o cinco... Entonces podríamos respirar.

—¿Por qué? —pregunté, haciéndome el ingenuo—. ¿Es que no viene gente?

—Sí, viene alguna —dijo ella—, sobre todo por la noche..., pero son gente pobre: traen sus envoltorios, encargan vino, poca cosa, un cuarto, o un vaso... Y por la mañana nunca enciendo el fuego; total, no viene nunca nadie.

No sé por qué, estas palabras exasperaron a Rómulo. Dijo:

—¡Ah, déjame en paz con tus lloriqueos!... Me das mala suerte.

—La mala suerte nos la das tú —contestó inmediatamente la mujer—... Tú eres el que trae mala suerte... Entre yo, que me deslomo trabajando, y tú, que no haces nada y pasas el tiempo acordándote de cuando eras soldado, ¿quién da mala suerte? ¿Eh?

Todo esto se lo decían mientras yo, medio atontado por el bienestar, pensaba en la mejor manera para salir con bien en el asunto de la cuenta. Luego, providencialmente, Rómulo tuvo una explosión de furia: levantó la mano y le dio una bofetada a la mujer. Ella no vaciló: corrió a la cocina y salió con un cuchillo largo y afilado, de esos que sirven para cortar las lonchas de jamón. Gritaba:

—¡Te mato! —y corrió hacia él, con el cuchillo alzado.

El, aterrado, echó a correr por la *trattoria,* derribando las mesas y las sillas. La niña, entre tanto, había estallado en llanto; el niño se había ido también a la cocina y ahora blandía un rodillo de amasar, no sé si para defender a su madre o a su padre. Comprendí que éste era el momento propicio. Me levanté, diciendo:

—¡Calma!... ¡Qué diablos!... ¡Calma, calma!

Y mientras repetía: —«¡Calma, calma!», me encontré fuera de la *trattoria,* en el callejón. Apresuré el paso, doblé la esquina; en la plaza del Panteón recobré mi paso normal y me dirigí hacia el Corso.

Cara de salchichero

Aquel invierno todo me salía bien: hice un negocio de chatarra, y gané; luego un segundo negocio de ladrillos, y volví a ganar; luego un tercer negocio de medicamentos, y gané otra vez. Me compré dos trajes, uno azul a rayas y uno de franela gris, dos pares de zapatos, negros y amarillos, un abrigo de fantasía, una docena de camisas de seda con mi monograma y camisas a juego. A mi madre le regalé un corte de seda negra y una vajilla de porcelana para seis: una oportunidad china, con un dibujo muy bonito de flores y dragones. A mi hermano no le di nada porque dijo que no quería nada de mí, estaba desocupado y la tenía tomada conmigo porque ganaba dinero. A mi hermana le compré uno de esos paraguas pequeñísimos, de acero, que se doblan y quedan del tamaño de un abanico. Luego me compré un coche deportivo, rojo; y esta fue la compra que más satisfacciones me dio, porque los coches me gustaban desde que era niño. En suma, no me faltaba nada, tenía todo el dinero que quería, fumaba cigarrillos americanos, iba al cine todos los días. Pero me aburría y sentía que algo me faltaba,

pese a todo, y comprendí muy pronto que lo que me faltaba era una muchacha. No soy precisamente feo, aunque sea bajito: rubio, con una cara blanca y roja, ojos celestes. De niño, mi madre decía que me parecía en todo al Niño Jesús; luego, al crecer, cambié un poco por culpa de que tengo la nariz con las ventanillas muy abiertas y la boca algo torcida; de modo que los amigos, quién sabe por qué, empezaron en seguida a llamarme «el salchichero». Sin embargo, no soy feo, como ya dije; pero como siempre estaba tan atareado con el comercio, había dedicado poco tiempo a las muchachas, hasta ahora. Pero ya tenía dinero y también tiempo, de forma que decidí encontrar una muchacha.

Empecé a buscarla. Por la mañana, hacia el mediodía, salía en coche y corría a los barrios altos. Pasaba y repasaba de arriba a abajo por *via* Veneto y luego recorría de cabo a rabo Villa Borghese, *via* Pinciana, el Muro Torto. Pensaba justamente que esos eran los sitios mejores para asediar a las mujeres, ante todo porque las chicas guapas de Roma van por allí a lucirse y a presumir con sus trajes nuevos, y además porque son sitios grandes, poco frecuentados, donde un coche puede seguir a una mujer y la mujer puede aceptar subir en él sin llamar la atención. Seguía, pues, a una u otra muchacha, con el coche, a paso de hombre y, en un lugar propicio, abría la portezuela y decía, asomándome:

—Señorita, ¿me permite que la acompañe? —o algo por el estilo.

¿Lo creerán ustedes? Nunca aceptó nadie. Algunas seguían su camino como si no me hubieran visto ni oído; otras respondían, secamente:

—No, gracias, prefiero caminar.

Y otras, más descorteses:

—¡Déjeme en paz o llamo a un guardia!

Una me dijo un día: —«¡Papagallo de la calle!», que significa precisamente un hombre que fastidia a las mujeres en la calle.

Una segunda, incluso, me apostrofó así:

—¡Tú, con esa cara de salchichero! —y esto me dejó

muy asombrado, porque ella no podía saber que mis amigos me llamaban de ese modo.

Hasta el punto de que, una vez en mi casa, me miré en el espejo preguntándome cómo serían las caras de salchichero, y luego hasta hablé de ello con mi madre, pero sin decirle que se trataba de mí, y me contestó:

—Bueno, los salchicheros son algo viejo..., cosas de antaño... En invierno vendían carne de cerdo y en verano sombreros de paja y canotiers... Hoy nadie les llama así.

Mientras tanto había llegado el otoño, estábamos ya a finales de noviembre, y había ratos en que llovía y ratos en que hacía sol, y yo comprendía que el buen tiempo estaba a punto de acabarse y ya no podría ni hablarse de muchachas hasta la primavera, porque en invierno hace frío y llueve y las mujeres se encierran en sus casas. Me devanaba los sesos porque no quería, de ninguna manera, pasar el invierno sin muchacha. Una mañana, tras haber explorado, como de costumbre, *via* Veneto no sé cuántas veces, ya me resignaba a volver a Prati, donde vivo, por Villa Borghese y Plaza del Popolo, cuando, en la avenida que lleva al *piazzale* Flaminio me pareció ver lo que necesitaba. Caminaba sola, envuelta en uno de impermeables transparentes que parecen de celofán, y desde lejos me pareció graciosa. Pero cuando me paré y abrí la portezuela diciendo: «Señorita, ¿quiere que la acompañe?», y ella se volvió para mirarme, digo la verdad, casi me arrepentí de haberla interpelado. No es que fuese fea, al contrario, pero tenía una cara astuta y descarada que no prometía nada bueno. Tenía una selva de cabellos negros y crespos, ojos redondos, algo saltones, como de vidrio, y una nariz de negra, labios gruesos y nada de barbilla. Dijo en seguida:

—¿Acompañarme, a dónde?

Y su voz era ronca y confidencial, con acento romanesco; debía de ser del barrio de Ponte.

—Donde usted quiera —respondí intimidado.

Y ella, entonces, arrastrando la voz, quejosa:

—Se me ha hecho tarde y vivo muy lejos y mamá ya no me espera... ¿Por qué no vamos a comer?

Entre tanto yo había tenido tiempo de mudar de opinión y, pareciéndome que me gustaba, la invité a subir. Ella no se hizo de rogar.

—Realmente, no habría debido aceptar —dijo, acomodándose—, pero usted parece una persona distinguida... Pero no vaya a creerse que hubiera aceptado con cualquier otro.

Yo le dije, encendiendo el motor:

—Me llamo Attilio Pompei y soy una persona seriá... Si la he parado a usted es porque me sentía solo y buscaba compañía... Ya ve: tengo dinero, un coche, no me falta nada..., nada de nada, salvo la compañía de una muchacha como usted...

Dije estas cosas para que comprendiera quién era yo y cuáles eran mis intenciones. Pero ella cortó por lo sano:

—Bueno, ¿a dónde vamos?

Aventuré el nombre de un restaurante, pero vi que torcía el gesto:

—¿Por qué no salimos de Roma? A Fiumicino, por ejemplo...

—¿Salir de Roma? ¡Con este tiempo!

—Es tan hermoso..., y además está el mar... Comeremos pescado.

Pensé entonces que la excursión serviría para facilitar la confianza. Y quizás ella me lo proponía adrede; le dije:

—Vayamos a Fiumicino.

Mientras tanto habíamos llegado a la Plaza Cavour. Me hizo parar ante un bar, diciendo que tenía que telefonear a su madre para avisarla de que no iría a casa. Luego volvió y me informó riendo:

—¡Pobre mamá!... Me ha preguntado con quién estaba..., y le contesté: con Attilio... Ahora estará pensando en quién puede ser Attilio.

Muy contenta, se acomodó, levantando el impermeable, y partimos.

Salimos de Roma por la carretera de la Magliana, tan brillante como un espejo, con un sol espléndido que hacía daño a la vista. Pero al segundo kilómetro el cielo se puso

negro y comenzó a llover a cántaros. Mientras el limpiaparabrisas subía y bajaba por el parabrisas inundado, para matar el tiempo, empecé a hablar de mí y de mis aspiraciones. Me confortaba el hecho de que parecía comprenderme. Dijo:

—Un hombre no puede vivir solo, como un perro..., necesita compañía, afecto, amor...

—Exactamente.

—Y, además —continuó—, un hombre, si no tiene una mujer a la que consagrarse, pierde el gusto por el trabajo... ¿De qué le vale trabajar?

—Eso es.

—Una mujer —siguió hablando— lleva a la vida del hombre algo amable, afectuoso, algo que los amigos no pueden darle.

—¿Y me lo dice a mí?

—Los hombres sin mujeres no son hombres completos.

—Eso es lo que yo pienso.

—Sin contar con que, en un momento de tristeza, de dificultades, sólo una mujer puede consolar al hombre, devolverle el valor.

—¡Santa palabra!

—Un hombre como usted —concluyó—, ¿sabe lo que necesita? Una muchacha buena y cariñosa que piense más en él que en sí misma... Una muchacha que lo comprenda y que incluso sea capaz de sacrificarse.

En resumidas cuentas, era tan juiciosa, tan intuitiva, tan sentada, que me sentía muy consolado: precisamente lo que yo buscaba. Le pregunté:

—¿Cómo se llama usted?

—Gina.

—Gina —dije—, siento que estamos hechos el uno para el otro.

Y luego, sujetando el volante con una mano, busqué con la otra mano la suya, sobre el asiento. Pero me dijo:

—Ahora, conduce... La mano ya me la cogerás en Fiumicino.

Y apartó su mano; pero aquel tú me agradó, aunque lo dijo con la boca chica y como por azar.

Mientras tanto había vuelto el sol, cegador, entre nubes negras y desgarradas, y una vez pasada la estación de la Magliana, cogimos el camino a través de la campiña, verde y empapada, con prados que brillaban como lagunas de tanta agua que había caído. La carretera estaba desierta, excepto un topolino de color café con leche, con dos hombres en su interior, que unas veces nos pasaba y otras se dejaba adelantar, como si no quisiera perdernos de vista. Le dije:

—¿Qué querrán esos cornudos? —y apreté el acelerador, dejando atrás al topolino. Ella observó riendo:

—Son dos hombres sin mujer... Se divierten como pueden, pobrecillos.

Miré a la carretera, vi que el topolino no aparecía y disminuí otra vez la marcha.

Después de aquellos prados encharcados la carretera entró en un bosque. La lluvia y el viento habían arrojado sobre el asfalto negro muchas hojas amarillas, rojas y castañas; también el bosque era amarillo, rojo y castaño; el sol brillaba en medio del bosque y todas aquellas hojas parecían de oro. Ella gritó de pronto:

—¡Ay, qué maravilla!... Párate.

Me detuve y ella me dijo:

—¿Sabes qué vamos a hacer? Bajas y entras en el bosque para cogerme un buen ramillete de ciclámenes.

—¿Ciclámenes?

—Sí; mira cuántos hay.

Miré y, en efecto, en el suelo, en la maleza, vi ciclámenes rosa diseminados entre las hojas amarillas y el verde del musgo. Ella dijo melindrosa:

—¿No quieres coger un ramillete para tu Gina? —y me acarició la mejilla, poniendo la boca como para un beso. Creí que había llegado el momento e hice ademán de abrazarla, pero ella me rechazó, diciendo:

—No, aquí no, en Fiumicino... Mientras tanto, baja y cógeme un buen ramillete.

No dije nada y bajé, dejando la portezuela abierta. Desde el coche, me gritó:

—Adéntrate..., son los más bellos.

Y yo, caminando trabajosamente entre las zarzas, que me enganchaban con sus espinas los pantalones, me adentré en el bosque cogiendo ciclámenes. El bosque estaba mojado por la lluvia; había un agradable olor a tierra húmeda, a musgo, a madera podrida; a cada paso, al chocar con la cabeza contra las ramas, me caía encima una descarga de gotitas de agua, de modo que en breve tuve toda la cara lavada. Los ciclámenes eran realmente hermosos, y yo, al cogerlos, pensaba en que estaba muy contento por haber encontrado finalmente una muchacha, y me gustaba la idea de coger ciclámenes para ella e intentaba buscar los más grandes, con tallo más largo y rosa más encendido. Sentí que me gritaba:

—Sigue adelante...; cuanto más adelante, mejores serán.

Y me incorporé, en medio del monte bajo, para mostrarle el ramillete que ya había cogido. Entonces, más allá de las matas, entre un tronco y otro, vi el topolino café con leche parado junto al borde de la carretera y a un hombre con impermeable que bajaba de él y subía a toda prisa a mi coche. Grité:

—¡Para! ¡Para! —y me lancé hacia allá. Pero tropecé y caí al suelo, con la cara sobre el musgo mojado, entre un diluvio de gotitas de lluvia.

Más vale no hablar del regreso. Recorrí cinco kilómetros a pie; estaba tan aturdido que en el paso a nivel de Fiumicino me di cuenta de que apretaba aún en mi mano el ramillete de ciclámenes. Y tampoco quiero acordarme de cómo encontré a aquella bruja, una semana después, cuando ella salía de un comercio del centro, y de cómo la hice arrestar. Pero lo único que me duele (el coche lo encontraron dos días después, sin neumáticos, en una carretera campesina) fue que ella, cuando grité:

—¡Ladrona!... ¡Por fin te encuentro, ladrona! —fingió no conocerme e incluso dijo, descarada:

—¿Quién conoce a este tipo? No he visto en mi vida esa cara de salchichero.

¿Comprenden ustedes? También ella me llamaba «cara de salchichero», como mis amigos, como la muchacha de *via* Pinciana. Por eso, desde entonces, me he dejado crecer el bigote, caído, rubio, largo. Pero, a pesar del bigote, aún no he encontrado una muchacha.

El apetito

Si una mañana pasan ustedes junto al Policlínico, en ese punto de las murallas donde aparecen, unas junto a otras, esas lápidas blancas agradeciendo favores recibidos o por recibir, que parecen sellos pegados en un sobre, verán, a poca distancia de la capillita de la Virgen, un quiosco de florista grande y hermoso, lleno de tiestos de flores, de estatuillas coloreadas, de canastillos ya dispuestos con sus cintas y todo. Allí compran los parientes y amigos flores para llevarlas a los pobres enfermos; allí se abastece todo el barrio. La florista es una mujer gorda, rubia y alta, y tiene un hijo a su imagen y semejanza que la ayuda en el oficio. Carlo, así se llama, tiene diecinueve años y pesará un buen quintal. Háganme caso y mírenlo: tiene la cara gorda y pecosa, gafas gruesas de miope y cabellos rojos cortados a cepillo. El pecho le tiembla al menor movimiento, como el de una mujer; tiene barriga, y dos piernas que parecen un monumento. Viste siempre al estilo americano, con una cazadora y pantalones rayados; la cazadora se le ajusta como un corpiño, y los pantalones, cuando se inclina, dan siempre la impresión

de que van a reventársele por detrás. Carlo y yo éramos amigos y ahora ya no lo somos, y lo siento, aunque no sea más que porque, con su físico, alejaba toda idea de tristeza. Para quitarse de encima la melancolía bastaba con verlo comer. ¡Válgame Dios! ¡Qué apetito! No he conocido a nadie como Carlo. Era capaz, como nadie, de dar buena cuenta de medio kilo de *spaghetti* en salsa, con pan, y luego decir descontento:

—Estos *spaghetti* ni me han llegado a un diente... Mamá, tengo hambre.

Hasta el punto de que a veces los amigos lo invitaban a una *trattoria* sólo por el placer de verlo comer. Y no se hacía rogar: una noche, en la Stelletta, se devoró un corderito entero en menos de media hora; lo chupó, lo trituró, no dejando en el plato más que un montoncito de huesos. Estas comilonas no se las daba en su casa porque su madre era cicatera y las flores no dan para banquetear. Por eso, sabiendo que verlo comer era todo un espectáculo, él mismo proponía:

—¿Me invitáis esta noche? Como a destajo, sin límite de cantidad, ¿os parece?

Uno de aquellos domingos Carlo me comunicó que estábamos invitados los dos a comer en casa de su novia, Faustina. Me asombré, porque yo no tenía confianza con la familia de Faustina y no veía el motivo de la invitación. Pero al llegar a la cita en el *corso* de Italia, cuando vi a Carlo, comprendí que había algún motivo. Carlo, con las manos en los bolsillos, parecía triste y acobardado y suspiraba. Mientras nos dirigíamos hacia casa de Faustina le pregunté qué tenía y me respondió con un suspiro. Insistí; nuevo suspiro. Dije por fin:

—Oye, si no quieres decírmelo, no me lo digas... Pero deja ya de suspirar... Pareces una foca.

—¿Por qué? ¿Es que las focas suspiran?

—No; pero si suspiraran, suspirarían como tú.

El suspiró de nuevo y luego explicó:

—He hecho que te inviten hoy para que me ayudes... ¿Me lo prometes?

Se lo prometí, y entonces él, sin dejar de suspirar, me dijo:

—Faustina ya no me quiere.

Confieso que mi primer movimiento fue de satisfacción. Faustina me gustaba y nunca había podido comprender qué encontraba en Carlo. Pero soy un buen amigo y nunca me había atrevido no digo a hacerle la corte, sino ni siquiera a dejárselo entender. Dije fingiendo indiferencia:

—Bueno, lo siento... Pero ¿qué puedo hacer yo?

—Puedes hacer muchísimo... A mí, Faustina no me hace caso... Pero tú tienes influencia sobre ella..., tú sabes hablar... No quería volverme a ver, he insistido en tener una explicación y entonces nos ha invitado: tú debes hablar con ella y decirle que yo la quiero mucho y que no debe dejarme.

Yo contesté que las mujeres no se dejan convencer con razonamientos; pero al final, como me lo rogaba tanto, acabé por aceptar. Mientras tanto habíamos llegado a casa de Faustina, junto al mercado de la Plaza Alessandria. Subimos las escaleras, llamamos; la madre de Faustina, una mujercita de pelo gris, vino a abrirnos con un aventador en la mano, gritó:

—¡Por lo menos vosotros habéis venido! —y escapó hacia la cocina.

Pasamos al comedor, que en los días corrientes servía de probador al padre de Faustina, que trabajaba como sastre. Estaba preparada una mesa para ocho entre las cuatro paredes cubiertas de figurines y de páginas arrancadas de revistas de moda; en un rincón había un maniquí de mujer, con una chaqueta hilvanada. Me pareció que en el piso había una gran confusión; se oía a la madre chillar, enfurecida, y a alguien que le contestaba. Luego se abrió con ímpetu la puerta y entró Faustina. Era una muchachita de dieciocho años, pequeña y menuda, con cabellos crespos, frente huidiza, ojos verdes y boca grande: no era guapa, aunque sí provocativa. Nos gritó muy alegre:

—Hola, Carlo; hola, Mario... Mamá está enfadada

porque había calculado pasta para ocho, y en cambio papá, Gino y Alfredo han dicho que comen fuera, por culpa del partido; tampoco viene Annamaría, porque la ha invitado su novio..., y yo voy a salir, también me han invitado... De modo que os habéis quedado sólo los tres y mamá está enfadada porque dice que la carne puede dejarla para luego, pero la *pasta asciutta,* no.

Dijo todas estas palabras de un tirón, y luego, levantándose por detrás el vestido para que no se le arrugase, fue a sentarse en un viejo diván amarillo todo desfondado y roto, y continuó:

—Oye, Carlo, te he hecho venir hoy con tu amigo porque mamá me había dicho que debía de darte esta satisfacción... Pero ya te lo digo desde ahora: es inútil que insistas.

No sé por qué me gustaron estas palabras, pronunciadas con tanta desenvoltura. Tanto más que ella, al decirlas, no había mirado a Carlo, sino a mí; y nuestras miradas se habían encontrado; y ella, me había parecido, me sonrió con coquetería. Carlo, entre tanto, lloriqueaba:

—Pero si no me quieres, ¿qué hago yo?

Ella se echó a reír muy a gusto, mostrando los dientes, anchos y pequeños:

—Ya encontrarás otra..., o no la encontrarás... Me importa un pepino... Con tal de que no volvamos a vernos, porque estoy harta.

—¿Por qué estás harta?... ¿Qué te he hecho yo?... ¿Por qué la has tomado conmigo?

Ella saltó, pero alegremente, siempre mirándome a mí y no a él con sus ojos verdes:

—La he tomado contigo por lo que eres... Un gordinflón, un colchón, un comilón... Sólo piensas en comer, y cuanto más comes más gordo te pones... Mis amigas dicen que me caso con el rey Faruk... Yo, a tu lado, parezco una pulga junto a un elefante... No estoy hecha para ti.

—Pero yo te quiero.

—Y yo no te quiero..., ni siquiera un poco.

¿Han visto ustedes alguna vez llorar a un gordo? El

flaco, cuando llora, parece sincero, pero se diría que el gordo finge. Carlo se quitó las gafas y comenzó a sollozar en su pañuelo. Entró la madre con una sopera repleta de *pasta asciutta* con salsa de tomate, y preguntó sorprendida:

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué le pasa a Carlo?

—Llora —dijo Faustina alegre, encogiéndose de hombros. Y luego, levantándose del diván—: Bueno, yo me voy... Has querido venir, te he repetido lo que ya te había dicho y ahora me voy... Tengo que hacer.

—Pero ¿no comes? —gritó la madre.

—No; comeré después... Apártame algo... Adiós, Carlo, y buen apetito... Hasta la vista, Mario.

Y mientras hablaba así me estrechó la mano, mirándome fijamente con sus ojos verdes, y sentí que, en vez de apretar, rozaba mis dedos con los suyos.

—Bueno —dijo la madre irritada—, sólo quedáis vosotros dos... Sentaos a la mesa y vamos a comer.

—No tengo hambre —dijo Carlo. Pero, como por encanto, sus lágrimas se habían secado y sus ojos se habían posado en la sopera.

Yo no tenía hambre de verdad; aquellas miradas y aquel contacto con los dedos de Faustina me habían turbado. Me aventuré a decir:

—¿Y si nos fuéramos?

—¿Y tiro la comida? —gritó la madre poniéndose en jarras—. ¡Pasta amasada en casa!... ¡Ea, sentaos y comed!

—No tengo hambre —protestó Carlo débilmente.

Pero en aquel momento Faustina se asomó a la puerta y gritó:

—¿Es que quieres hacernos creer que no tienes hambre?... Venga, guapo, siéntate a comer.

Se arrojó sobre él, que estaba hundido en el diván, lo agarró de la mano, lo obligó a levantarse y a sentarse a la mesa, le anudó la servilleta en torno al cuello, le puso el tenedor en la mano. Mientras tanto, la madre, contenta, servía en el plato de Carlo una montaña de *pasta asciutta*. Carlo repetía sofocado:

—Pero no tengo hambre...

Pero aquel plato humeante, de un hermoso color claro de tomate fresco, debía de abrirle el apetito, porque, sin dejar de repetir con voz lacrimosa: «No tengo hambre», comenzó, aturullado, a enrollar la pasta en el tenedor.

—¡Que aproveche! —gritó Faustina, escapando de nuevo del cuarto.

También la madre había salido, tras haberme llenado el plato. Carlo levantó el tenedor cargado de pasta y luego, con voz lloriqueante, dijo despacio:

—Mario, ve junto a Faustina..., antes de que salga... Puede ocurrir que contigo, a solas...

No acabó, e inclinando la cabeza se metió la pasta en la boca. Entre tanto continuaban brotando lágrimas de sus ojos, mientras comía. Le dije contento:

—Tienes razón, puede que a solas me haga caso... Tú come mientras tanto... Voy y vuelvo.

Salí y me fui directamente al cuarto de Faustina. Estaba de pie, con una combinación verde claro, ante el espejo del armario, retocándose los labios. Cerré la puerta, fui a su lado y, pasándole un brazo alrededor de la cintura, le dije simplemente:

—¿Nos vemos mañana?

Me miró de soslayo con sus ojos verdes, muy engreída:

—No, hoy.

—¿Hoy, cuándo?

—Espérame abajo, en el bar, dentro de media hora.

No dije nada, di media vuelta y salí. Volví al comedor. Carlo comía ahora con buen apetito, pero sin prisas; el plato estaba ya medio vacío. Le dije:

—Lo siento mucho... Me ha echado de su habitación... Lo siento.

Acabó de tragar un bocado y luego sollozó, con la cabeza gacha, enrollando la pasta en el tenedor:

—¡Mal bicho!... ¡Y pensar que la quiero tanto!

Ahora había comenzado a comer yo también; el apetito, después de la visita a Faustina, me había vuelto, y la pasta estaba realmente buena, ligera, llena de salsa, con mucho queso de oveja de sabor picante. Carlo continuó:

—No quiero volverla a ver..., aunque me lo pida de rodillas.

El plato estaba vacío y se sirvió otra ración de la sopera.

—Y harás muy bien —le dije yo.

En resumen, entre los dos, pero sobre todo Carlo, casi vaciamos la mitad de la sopera. Vino la madre y nos propuso, por pura fórmula, que comiéramos algo de carne. Dije que ya habíamos comido bastante y me levanté, aunque por la expresión de Carlo, que se había quedado sentado, comprendí que no le disgustaría la carne. Y así, suspirando y limpiándose con la servilleta primero la boca y después los ojos, se levantó también; y luego nos despedimos de la madre y salimos. Una vez en la calle le dije a Carlo:

—Bueno, tengo que irme... Tengo una cita.

Y sin dejarle tiempo de resollar me marché. Di unas vueltas por el barrio y, a la hora fijada, fui al bar. Faustina me esperaba, muy elegante, con un vestidito violeta muy ceñido, un ramito de violetas en la mano. Inmediatamente se colgó de mi brazo, diciendo:

—¡Bobo! ¿Por qué has tardado tanto en enterarte de que me gustabas?

No me dio tiempo a contestarle. Pasábamos en aquel momento ante un horno que vende pasteles calientes, recién hechos. En la puerta, con un hojaldre napolitano en la mano, la boca llena y la cara toda manchada de azúcar y vainilla, estaba Carlo. Yo sentí primero el buen aroma del horno, luego lo vi a él y vi que nos había visto, enlazados, cogidos del brazo. Pero Faustina no se inmutó:

—¡Adiós, Carlo! —le gritó mientras nos alejábamos.

La enfermera

Mi vivero está en la Ciudad Jardín, y cada mañana, cuando paso en autobús por la *via* Nomentana, no puedo dejar de mirar la verja de cierto chalet, poco después de Sant'Agnese. Hace algunos años yo era el jardinero de ese chalet, y las espalderas de jacintos a lo largo de la cerca las planté yo; igual que soy yo quien dispuso en torno de la explanada de ingreso los tiestos de camelias, y quien hizo trepar por las paredes del chalet la glicina, que ahora, si no se ha muerto, debería ya llegar al segundo piso. Más aún: el jardín del chalet, por culpa de la enfermedad del dueño, estaba abandonado y parecía más bien un basurero que un jardín; y yo, por amor a la enfermera que cuidaba de aquel señor, lo hice convertirse en pocos meses en un invernadero, con sus arriates verdes, sus avenidas cubiertas de grava, sus bosquetes de lilas y el boj cortado en torno a los arriates y a lo largo de las avenidas. Incluso recuerdo que planté, en medio de un arriate, una magnolia adulta de la especie grandiflora, precisamente ante la ventana de Nella, de forma que en primavera el perfume de las flores entraba en su

habitación; y al pie de su ventana planté una trepadora japonesa muy bonita, de ramas negras y flores rojas. Nella era la enfermera de la que yo estaba enamorado: una muchacha robusta, no muy alta, de cabellos rojos, rostro ancho y fresco sembrado de pecas y ojos de miope. Me gustó en seguida porque era fuerte y sana, con un cuerpo exuberante que parecía desbordar de su bata blanca, y por el aire socarrón y plácido que le daban las pecas y las gafas. Parecía una doctora; y lo que me hizo perder la cabeza fue, sobre todo, el contraste entre su aspecto severo y su cuerpo joven y alegre.

En aquella época me interesaba más la salud del señor al que cuidaba que la mía propia, porque sabía que si se curaba o se moría ella se marcharía y yo no podría verla con tanta facilidad. Así, todas las mañanas de aquella primavera, cuando ella abría la ventana de la habitación donde se encontraba el enfermo y se asomaba al jardín, yo me las arreglaba para estar allí debajo y le preguntaba en seguida:

—¿Cómo está?

—Así, así —me contestaba ella con un gesto, sonriendo maliciosamente, porque sabía el motivo de mi solicitud.

Luego, durante la mañana, la volvía a ver a menudo, siempre en aquella ventana, ora disponiéndose a verter una medicina en un vaso, ora comprobando el estado de la aguja de una jeringuilla antes de la inyección. Le hacía señas con las manos, pero ella se limitaba a sacudir la cabeza, como diciendo: «¿No ves que estoy en su habitación?» Porque era más concienzuda que un hombre en las cosas del trabajo; y, maliciosa, se servía de su trabajo para hacerme suspirar, como esas muchachas que para hacerse las interesantes sacan siempre a relucir que su madre no quiere, cuando la verdad es que están coqueteando.

Por la mañana procuraba quedarme en la explanada, ante el chalet, porque la ventana del enfermo daba a aquella parte; por la tarde, en cambio, como sabía que después de comer dormía el enfermo, me iba a trabajar al fondo del jardín, que era muy grande, tras un bosquete de ace-

bos, donde había una fuente adosada a la muralla de la cerca. Casi siempre, hacia las dos o las tres, venía ella, y estábamos juntos media hora, una hora. Yo cortaba para ella alguna flor: una gardenia, una camelia, una rosa, y ella, por darme gusto, se la ponía en el pecho, sobre la bata. Luego se sentaba en el borde de la fuente y yo le hablaba de mi amor. Estaba enamorado muy en serio, y desde el principio le dije que quería casarme. Me escuchaba con su expresión socarrona, sin abrir la boca. Le decía:

—Nella, quiero que nos casemos, y quiero hacerte muchos hijos..., uno cada año... Ya verás que bijos más guapos tendremos: tú eres hermosa y yo no soy feo.

Ella reía y me decía:

—¡Pobre de mí!... Y ¿cómo los mantendremos?

—Trabajaré —le contestaba—. Quiero poner un vivero.

—Pero yo quiero continuar siendo enfermera —decía ella.

—¡Nada de enfermera! —replicaba yo—. Harás de mi mujer.

—No quiero hijos y quiero continuar siendo enfermera —decía ella—. Mis hijos son los enfermos.

Pero sonreía y dejaba que le cogiese una mano. Pero cuando, de una cosa a otra, trataba de besarla, me rechazaba de inmediato y se levantaba diciendo:

—Tengo que irme con él.

—Pero, si está durmiendo...

—Sí, pero si se despierta y no me ve es capaz de morirse del disgusto; no quiere a nadie más que a mí junto a su cama.

En aquellos momentos yo odiaba al enfermo, aunque gracias a él la había conocido. De forma que ella se iba, y yo, rabioso, cogía un rastrillo y rastrillaba la grava con tanta fuerza que saltaba la tierra junto con las piedras.

Nunca me dio un beso. Pero alguna vez dejaba que yo admirase sus cabellos, que eran, con sus ojos, lo más hermoso que tenía. Le pedía:

—Déjame ver tus cabellos.

—¡Qué pesado eres! —protestaba con dulzura.

Pero al final permitía que le quitase la toca, y luego, una a una, las horquillas. Durante un momento, sus cabellos, rojos y tupidos, formaban una masa sobre la cabeza, parecida a una corona de cobre. Luego ella sacudía la cabeza y los cabellos caían sobre sus hombros, ondulados, largos hasta la cintura; y se estaba muy quieta, bajo todos aquellos cabellos, mirándome fijamente a través de sus gafas. Yo entonces extendía una mano y, delicadamente, le quitaba las gafas. Con las gafas tenía un aspecto hipócrita, pero sin gafas, aquellos ojos grandes, dulces, líquidos, casi desleídos, de color marrón como las castañas, le daban al rostro una expresión distinta: lánguida, incitante. Así la miraba, sin tocarla; y ella, al final, quizás avergonzada, se volvía a poner a toda prisa la toca en la cabeza y las gafas en la nariz.

Estaba tan enamorado que un día, lo recuerdo perfectamente, le dije:

—Quisiera ponerme enfermo..., así, por lo menos, te ocuparías de mí.

—¡Estás loco! —me contestó sonriendo—. ¡Mira que estar bien y querer ponerse enfermo!

—Sí, quisiera estar enfermo —le dije—, así, por lo menos, me pasarías de cuando en cuando la mano por la frente para ver si tengo fiebre..., y me lavarías la cara, por la mañana, con agua tibia... Y cuando tuviera necesidad acudirías, muy rápida, con el orinal, y esperarías a que hubiera acabado.

Esta última frase la hizo reír:

—¡Qué gracioso eres!... ¿Crees que a nosotras, las enfermeras, nos gusta hacer ciertos servicios?

—No es agradable ni para vosotras ni para los enfermos... —contesté—, pero siempre es mejor que nada.

Bueno, no acabaría nunca de contar estas cosas, y ya se sabe que, en amor, incluso el detalle más pequeño parece importante; sobre todo después, cuando, como en este caso, el amor se detiene en sus comienzos y no logra alcanzar la conclusión que se hubiera querido. Como

oía decir que el enfermo mejoraba y que pronto se levantaría, me hice más insistente sobre la cuestión del matrimonio. Pero ella tergiversaba: unas veces me daba a entender que no le disgustaba y otras me respondía que no me amaba lo bastante. Yo pensaba que vacilaba antes de rendirse: los tambalcos de un árbol aserrado antes de caer. Después, una de aquellas tardes, me dejó sin habla al decirme, muy tranquila:

—¿Por qué no vienes esta noche al pie de mi ventana?... Después de medianoche... Así, hablaremos.

Aquella tarde me escondí en el jardín y esperé a la medianoche, sentado en el borde de la fuente, tras el bosquecillo de acebos. A la hora fijada fui junto a su ventana y silbé como habíamos convenido. En seguida se abrieron las contraventanas y apareció, blanca, en la ventana oscura. Susurró.

—¡Dame una mano! ¡Pronto!

Casi no me dio tiempo a ponerme debajo, cuando ella, saltando el alféizar, me cayó entre los brazos. Era tan pesada que casi rodamos al suelo; pero nos levantamos y nos dirigimos a lo largo de las paredes del chalet, por la acera. Me dijo, en voz baja:

—Entonces, Lionello, ¿estás realmente seguro de que quieres casarte conmigo?

Y yo, más por el acento, tierno como nunca lo había sido, que por las palabras, caí de rodillas, allí donde me encontraba, y le abracé las piernas apretando mi rostro contra la gruesa tela de la bata. Sentí que ella me acariciaba la cabeza con una mano y, aunque estaba conmovido, pensé con frialdad:

—Eso está hecho.

Precisamente en ese momento se oyó el sonido del timbre dentro del cuarto de ella. Si hubiera sido el amante más querido quien la llamaba no se hubiera mostrado más rápida:

—Pronto, pronto —dijo, y me rechazó hasta casi tirarme al suelo—. Pronto..., él llama... Pronto, ayúdame a entrar.

Aquel maldito timbre continuaba sonando, ella corrió

hacia la ventana, la ayudé a subir, desapareció. Al cabo de un momento vi que en la fachada se iluminaba la ventana del enfermo, señal de que Nella estaba ya junto a él, y entonces, por primera vez, experimenté un sentimiento de celos.

Lo que ocurrió aquella noche, en la habitación de aquel señor, no lo sé; pero al día siguiente, por la mañana, Nella no se asomó; ni vino después de la comida a nuestro habitual lugar de cita, junto a la fuente. Así pasaron tres o cuatro días; y luego, una tarde, la vi por fin, pero no sola: caminaba por la explanada, al lado del enfermo, sosteniéndolo; él, un hombre de mediana edad, rubiasco, pálido, muy alto, en pijama, se apoyaba en ella rodeándole los hombros con un brazo; y ella, cariñosa y dócil, lo ceñía por la cintura y medía sus pasos con los de él. Me quedé atónito viéndolos; y después, cuando desaparecieron tras la esquina del chalet, me volví hacia un camarero que también los observaba, desde el umbral de la casa, el cual me hizo un gesto como diciendo: «Se entienden».

Fingiendo indiferencia lo interrogué; así me enteré de que incluso se hablaba en el chalet de que aquel señor tenía intenciones de casarse con Nella. Digo la verdad, no pregunté nada más: pensé que era una mujer como otras muchas y que para ella el dinero contaba más que el amor. Tengo ciertos impulsos bruscos y no me lo pienso mucho antes de tomar una decisión: aquel mismo día lié mis bártulos y me marché del chalet para no volver nunca más.

Después, durante mucho tiempo, cada vez que pensaba en Nella me la imaginaba como la mujer de aquel señor, en el chalet, pero ya no como enfermera sino como dueña. Pensaba también que ahora no lo cuidaría con tanto amor si enfermaba de nuevo: una vez viuda habría alcanzado al fin los objetivos por los que se había casado. Pero a veces se equivoca uno al pensar que sólo el interés o el sentimiento sean las únicas cosas que hacen vivir a los hombres. Hay personas para las que no valen el interés o el sentimiento, sino alguna

otra razón, muy especial, que ellas son las únicas que conocen. Nella era una de estas personas.

Un par de años después me presenté en un chalet sobre el Gianicolo, donde me habían llamado para organizar un invernadero de plantas tropicales. Ya, mientras esperaba en el zaguán, noté no sé qué atmósfera de preocupación y casi de luto: todas las ventanas cerradas, susurros, idas y venidas, olor de desinfectante, rumores sofocados. Luego, de pronto, la descubrí en lo alto de la escalera, vestida de enfermera, como la había visto la última vez, con la toca en la cabeza, las gafas en la nariz, con una bandeja entre las manos. Bajaba, y no pudo evitar encontrarse conmigo. Cuando estuvo a mi lado se detuvo y yo le dije, entre dientes y burlón:

—¿Sigues de enfermera, eh, Nella?... ¿No ibas a casarte?

Y ella, con su aire plácido y socarrón que antes me había hecho perder la cabeza, sonriendo:

—¿Quién te ha contado semejante mentira?... ¿No te había dicho que no quería casarme y que quería continuar siendo enfermera?

—La zorra y las uvas... —dije.

¿Lo creerán ustedes? Me miró durante un momento y luego sacudió la cabeza y contestó:

—¿Sabes que también éste se ha enamorado de mí?... Pero ahora no puedo contártelo todo... Si vienes a trabajar aquí, ya hablaremos... Tengo la ventana en la planta baja, da al jardín.

Se fue, pero antes de irse me echó una ojeada como para decir:

—¿Entendido, eh?

Pensé entonces que, quizás porque era tan sana y fuerte, debía de experimentar un placer especial haciendo el amor con los enfermos. Pero yo, por desgracia, estaba sano; de modo que no podía abrigar ninguna esperanza. Renuncié inmediatamente a aquel trabajo y, sin esperar a que me llamasen, me marché de puntillas.

El tesoro

A la hostería de la Porta San Pancrazio, donde yo trabajaba como mozo, solía ir por aquella época un hortelano a quien todos llamaban Marinese, ya sea porque fuera de Marino, ya sea, más bien, porque le gustaba mucho el vino de Marino. Este Marinese era muy viejo, ni siquiera él sabía cuántos años tenía. Pero bebía más que muchos jóvenes y cuando bebía charlaba con quien quería oírlo o a veces solo. Nosotros, los mozos de hostería, ya se sabe que escuchamos las conversaciones de los clientes cuando servimos. Marinese, entre muchas falsedades, contaba a menudo una historia que parecía cierta: que los alemanes habían robado en la villa de un príncipe, situada no muy lejos de allí, un cajón lleno de plata y que lo habían enterrado en un sitio que él sabía. A veces, si estaba muy borracho, daba a entender que aquel sitio era su huerto. De forma que, si él quisiera, podría hacerse rico. Y un buen día sí que querría. ¿Cuándo?

—Cuando sea viejo y ya no tenga ganas de trabajar —dijo una vez a alguien que se lo preguntó.

Lo cual era una respuesta grotesca porque, al verlo, se le echaban por lo menos ochenta años. En suma, comencé a pensar en ese tesoro y estaba convencido de que existía, porque hacía unos años, precisamente durante la ocupación, aquel robo había ocurrido realmente y el príncipe no había encontrado jamás su plata. Y pensándolo, me daba mucha rabia que estuviera en manos de Marinese, el cual uno de esos días se moriría de repente en su barraca y, entonces, adiós tesoro. Intenté congraciarme con él, pero el viejo, como un verdadero pillo, se dejó invitar a vino pero no soltó prenda.

—Aunque fueras mi hijo —me dijo al final, solemnemente— no te lo diría... Eres joven: trabaja... El dinero lo necesitan los viejos, que están cansados y ya no pueden más.

Por último, desesperado, me confié con el otro mozo, Remigio, un rubio descolorido, más joven que yo. Se entusiasmó en seguida, pero tontamente, como tonto que era, y comenzó a hacer castillos en el aire: «nos haremos ricos, me compro una moto, abriremos juntos un bar», y así sucesivamente. Le dije:

—Primero hay que encontrar ese tesoro... Y, además, que no se te suba a la cabeza... Haremos cuatro partes: tres para mí y una para ti... ¿Vale?

Dijo que valía, siempre exaltado. Y nos citamos aquella misma noche, después de las doce, en la entrada de la *via* Aurelia antigua.

Estábamos en mayo, a comienzos, y con aquel cielo estrellado y aquella luna resplandeciente que hacía ver las cosas tan claras como de día, en medio de aquel aire suave, no me parecía que hiciéramos nada prohibido, como era agredir a un pobre viejo; me hacía la ilusión de que todo era un juego. Echamos a andar por la *via* Aurelia, entre esas murallas tan viejas tras las que están los huertos y jardines de los conventos. Yo llevaba una pala, por si Marinese no quería prestarnos la suya, y a Remigio, para que hiciera algo, le había dado una barra de hierro. Había comprado en la Plaza Vittorio un revólver y un cargador, aunque le había puesto el seguro:

nunca se sabe. A decir verdad, también yo me había exaltado con la idea del tesoro y ahora me arrepentía de haberle hablado a Remigio: así me tocaría algo menos. Además, sabía que era charlatán y, si hablaba, el juego podía acabar en la cárcel. Este pensamiento me atormentaba mientras caminábamos a lo largo de las murallas. Y de pronto me detuve, sacando el revólver que todavía no le había enseñado, y le dije:

—¡Mira que si hablas te mato!

El dijo, tembloroso:

—Pero, Alessandro, ¿por quién me has tomado?

—Habrá que darle alguna cosilla a Marinese —continué— para que también él tenga su interés y no nos denuncie... Quiero decir que se la darás tú, de tu parte... ¿Entendido?

Dijo que sí y yo enfundé la pistola y seguimos andando.

Algo más adelante, a la derecha, había un portón antiguo, con columnas y una lápida latina en el frontón. El portón estaba pintado de verde, todo deslucido y desvencijado; tras aquel portón, como yo sabía, estaba el huerto de Marinese. Miré hacia la calle y, en vista de que no había nadie, empujé el portón, que estaba abierto, y entré, seguido por Remigio.

Cuando me asomé al huerto, aunque no viniera a buscar hortalizas, debo decir que casi dejé escapar un grito de admiración. ¡Qué huerto! Ante nosotros, en medio de aquella luz blanca e intensa de la luna, se extendía el huerto más hermoso que hubiera visto nunca. Las zanjas brillantes se alargaban rectas, como trazadas a escuadra; entre una zanja y otra, las verduras, en fila, parecían ir en procesión, triscando en el claro de luna, hacia la barraca de Marinese que se entreveía allá, al fondo del huerto. Había lechugas gigantes, de esas que basta con una para llenar la balanza del frutero; hermosas plantitas de tomate, con sus guías de cañas y, entre las hojas, tomates aún verdes pero ya tan grandes que parecían reventar; berzas grandes como cabezas de niños; cebollas altas y tiesas como espadas; alcachofas,

tres o cuatro en cada planta; había escarolas, guisantes, judías, acelgas y, en resumen, todas las verduras de la estación. Aquí y allá, en el suelo, como abandonados para quien quisiera recogerlos, vi muchos calabacines y muchos pepinos. También había árboles frutales, como ciruelos, melocotoneros, manzanos, perales: bajos y tupidos, llenos de frutos todavía verdes que asomaban entre las hojas, al claro de luna. Se daba uno cuenta de que cada una de aquellas plantas conocía la mano del hortelano; y que no era sólo el interés lo que guiaba esa mano. Remigio, que no pensaba más que en el tesoro, preguntó impaciente:

—¿Dónde está Marinese?

—Allá —respondí, indicando la barraca en el fondo del huerto.

Fuimos hacia allí caminando por un pequeño sendero, entre una hilera de ajos y otra de apios. Pero Remigio puso el pie encima de una lechuga y yo le dije:

—¡Animal, mira por dónde andas!

Me incliné, recogí una hoja de aquella lechuga y me la llevé a la boca: era dulce, carnosa, fresca, como si el rocío la hubiese lavado. Así llegamos a la barraca; y el perro de Marinese, que me conocía, en vez de ladrar vino a mi encuentro meneando el rabo: un perro amarillo, de hortelano, pero inteligente. Llamé a la puerta cerrada de la barraca, primero suavemente, luego con más fuerza y por último, como nadie contestaba, a puñetazos y patadas. La voz de Marinese nos sobresaltó a ambos, porque no venía de dentro de la barraca sino de una mata cercana.

—¿Quién es? ¿Qué quieren?

Tenía una pala en la mano, se ve que incluso de noche se ocupaba de su huerto. Se adelantó en el claro de luna, con los brazos colgantes, la espalda curvada, la cara roja con la barba llena de pelos blancos, un verdadero hortelano que desde el alba hasta la puesta de sol se doblaba sobre sus verduras. Le dije, en seguida:

—¡Amigos!

—No tengo amigos —contestó él, luego se acercó y

añadió—: Pero a ti te conoco... ¿No eres Alessandro?

Le dije que, en efecto, era Alessandro; y, sacando del bolsillo la pistola, pero sin apuntarle, le ordené:

—Marinese..., dinos dónde está el tesoro... Nos lo repartiremos... Pero, si no quieres decírnoslo, lo cogeremos igualmente.

Mientras tanto alzaba la pistola, pero él puso sobre ella su gruesa mano, como para decir que no era cuestión de eso, e, inclinando la cabeza, preguntó con aire reflexivo:

—¿Qué tesoro?

—La plata, la que robaron los alemanes.

—¿Qué alemanes?

—Los soldados, durante la ocupación..., se la robaron a aquel príncipe...

—¿Qué príncipe?

—El príncipe..., y tú has dicho que la habían enterrado en tu huerto.

—¿En qué huerto?

—No te hagas el tonto, Marinese..., en tu huerto... Tú sabes dónde está... Dínoslo y acabemos de una vez.

El, siempre con la cabeza gacha, pronunció entonces lentamente:

—Ah, sí, quieres decir el tesoro.

—Claro, el tesoro.

—Entonces, ven conmigo —dijo presuroso—, lo desenterramos en seguida... ¿Tienes una pala? Coge ésta... Ven, que vamos a darle una pala también a él... Ven...

Me quedé un poco asombrado, porque no me esperaba que aceptase tan pronto; pero lo seguí. Fue detrás de la barraca, sin dejar de refunfuñar:

—El tesoro..., ahora verás qué tesoro... —y volvió con una pala, que entregó a Remigio. Luego echó a andar, repitiendo—: Venid...; queréis el tesoro..., pues lo tendréis.

Detrás de la barraca el terreno no estaba cultivado, sino lleno de residuos y basuras. Más allá había una hilera de árboles y, detrás de los troncos, un muro alto, parecido al que limitaba el huerto en la parte que daba a la Aurelia. El cogió el sendero, a lo largo de los árbo-

les, y fue hasta el fondo del huerto, donde el muro hacía una esquina. Allí se volvió hacia nosotros de improviso, y golpeando el suelo con el pie, nos dijo:

—Cavad aquí..., ahí está el tesoro.

Yo cogí la pala y empecé a cavar inmediatamente. Remigio, con la pala en la mano, me miraba. Marinese le dijo:

—¡Cava tú también!... ¿No quieres el tesoro?

Remigio, entonces, se lanzó a cavar con tanta furia que Marinese añadió:

—Ve con calma..., tienes tiempo.

Ante estas palabras, Remigio paró y se dio con la pala en el pie. El le quitó la pala y le dio la vuelta, diciendo:

—Debes cogerla así..., y cada vez que entre en la tierra debes empujarla con el pie... Si no, no cavarás bien.

Luego añadió:

—Cavad un par de metros de largo por un par de metros de ancho... Nada más... El tesoro está debajo... Yo, entre tanto, daré una vuelta.

—Tú te quedas aquí —le dije yo.

—¿De qué tienes miedo?... —me respondió—. Ya te he dicho que el tesoro es tuyo.

Así, pues, cavamos primero en superficie y luego cada vez más profundo, según un rectángulo que yo había trazado con la punta de la pala. La tierra estaba dura, seca, llena de piedras y de raíces; yo tiraba la tierra a un lado, en un montón, y Marinese, que no hacía nada, quitaba las piedras con el pie o nos daba consejos:

—Más despacio..., arranca esa raíz..., quita esa piedra.

Salió un hueso, largo y negro, y él lo cogió y dijo:

—Es un hueso de vaca... Ya ves cómo empiezas a encontrar algo.

No comprendía si hablaba en serio o en broma; pese al fresco de la noche, estaba bañado en sudor; de cuando en cuando miraba a Remigio, y me daba rabia verlo también a él tan jadeante y lleno de celo. Cavamos un buen rato y no se veía nada: ahora habíamos hecho un hoyo rectangular, de casi un metro de hondo, y la tierra, en el fondo, estaba húmeda, harinosa, oscura, pero sin rastro

de cajón o de saco o de cualquier otro recipiente. De pronto le ordené a Remigio:

—¡Párate! —y luego salí del hoyo y le dije a Marinese—: Dinos, ¿dónde está el tesoro? ¡No me digas que nos has tomado el pelo!

El contestó inmediatamente, quitándose la pipa de la boca:

—¿Quieres el tesoro? Ahora te lo enseño, el tesoro.

Vi que se alejaba dirigiéndose hacia otra barraca que primero no había observado, adosada al muro detrás de los árboles. Remigio dijo:

—Se escapa.

Y yo le contesté, enjugándome el sudor, apoyado en la pala:

—No se escapa, no.

Y en efecto, un momento después Marinese salió de la barraca llevando una carretilla llena hasta arriba, según me pareció, de estiércol. Fue al hoyo, tiró dentro el estiércol, y luego, metiendo un pie dentro, comenzó a nivelarlo con las manos. Le pregunté inseguro:

—¿Y el tesoro?

—Ahí tienes el tesoro —dijo él—. ¡Mira qué hermoso es!

Y entre tanto, con las manos, cogía un puñado de estiércol y lo desmenuzaba ante mis narices, húmedo y maloliente.

—Mira si no parece oro... Lo ha hecho la vaca... ¿Ves qué tesoro?... ¿Dónde vas a encontrar un tesoro como éste?... Ahí tienes el tesoro.

Hablaba para sí, indiferente a nuestra presencia; y después, sin dejar de hablar, recogió la carretilla, volvió a cargarla a la barraca, la trajo al hoyo y tiró otra vez el estiércol dentro de él. También esta vez lo niveló con las manos, repitiendo:

—Ya ves el tesoro..., ahí tienes el tesoro.

Yo miré a Remigio y Remigio me miró a mí, y luego me armé de valor y saqué de nuevo la pistola. Pero él, de inmediato, separándola como si hubiera sido una pajita:

—Quita la mano, quita... Si quieres la plata, ¿sabes dónde puedes encontrarla?

—¿Dónde? —pregunté ingenuamente.

—En una tienda... Si les das buenos billetes de a mil tendrás toda la que quieras.

En resumidas cuentas, nos tomaba el pelo.

—¿Y este hoyo que nos has hecho cavar? —preguntó Remigio con un hilo de voz.

—Es el estercolero... —contestó—. Realmente lo estaba necesitando... Me habéis ahorrado el trabajo.

Yo estaba completamente desanimado. Pensaba que debería de amenazarlo, quizás dispararle, pero después de haber cavado tanto y de estar tan desilusionado no me sentía con ganas. Le dije entonces:

—Pero eso significa que no hay ningún tesoro... —esperando casi que Marinese me confirmase que no lo había.

Pero él, como un viejo maligno, me contestó:

—Lo hay y no lo hay.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si tú hubieras venido por las buenas, de día, quizás lo hubiese... Pero así, no lo hay.

Mientras tanto, sin ocuparse de nosotros, se dirigía hacia la barraca. Corrí tras él afanoso y lo cogí por una manga, diciendo:

—¡Marinese! ¡Por amor de Dios!

Se volvió a medias y preguntó:

—¿Por qué no disparas? ¿Es que no tienes una pistola?

—No quiero disparar... —dije—. Vayamos a medias.

—Dime la verdad: no te atreves a disparar... Ya ves que no sirves para nada... Otro, dispararía... Los alemanes disparaban...

—Pero yo no soy alemán.

—Pues entonces, si no eres alemán, buenas noches.

Y diciendo así entró en la barraca y nos dio con la puerta en las narices.

Así acabó la historia del tesoro. Al día siguiente, a la hora de costumbre, Marinese entró en la hostería y, cuando le llevé su litro, me gritó:

—¡Ah, tú eres el del tesoro!... ¿Dónde has metido la pistola?

Por fortuna, nadie nos hizo caso, porque, como ya dije, charlaba mucho y solía decir cosas sin sentido. Pero, de todas formas, no me sentía muy seguro, y además, no me gustaba que se burlaran de mí ante Remigio, que lo sabía y se divertía mucho, como si él no hubiera creído también en el tesoro. De modo que aproveché una oferta de trabajo y me fui a una *trattoria* en el Trastevere, en la Plaza San Cosimato. En cambio, Remigio se quedó en San Pancrazio.

La competencia

Dicen que la competencia es el alma del comercio. Por lo menos, cuando era niño, así me lo aseguraba mi abuelo, el cual, pobrecillo, por culpa de la competencia, había quebrado dos veces con una tienda de cerámicas y vidrios. El explicaba de este modo la ley de la competencia:

—Es una ley de hierro, nadie puede esperar escapar a ella... Supongamos que yo ponga en la *via* dell'Anima una tienda de cacharros, es decir, de platos, escudillas, tazas, vasos... Un poco más arriba, en la misma calle, alguien pone otra tienda igual... El me hace la competencia, o sea vende los mismos cacharros a menos precio que yo... La clientela se pasa a él y yo quiebro... Esta es la ley de la competencia.

—Pero, abuelo —le respondía yo—, si tú quiebras, nosotros nos morimos de hambre.

—Se comprende —respondía él triunfante—; vosotros morís de hambre, pero el comprador sale ganando.

—¿Y a mí que me importa el comprador?

—¡Y me lo dices!... ¡Figúrate si me importa a mí!... Si de mí dependiera, querría verlo degollado... Pero, pre-

cisamente, eso es lo bueno de la ley de la competencia: te obliga a favorecer al comprador aunque no quieras.

—Será cierto —concluía yo—; pero si a alguien se le mete en la cabeza hacerme quebrar así, a propósito, le pongo la cara como un pan.

—Porque eres suelto de manos y prepotente —contestaba mi abuelo—; pero en el comercio la prepotencia no vale de nada..., te meten en la cárcel y quiebras antes: eso es todo... En el comercio sólo vale la competencia.

Bueno, años después tuve que acordarme de este razonamiento sobre la competencia. También yo me había metido en el comercio, aunque más modestamente que mi abuelo, porque, entre tanto, la familia había venido a menos: mi padre había muerto y mi abuelo, medio paralítico, no podía comerciar ni quebrar y estaba todo el día en cama. Había obtenido, pues, una licencia de vendedor ambulante para un carrito repleto de todo un poco: aceitunas dulces, naranjas, castañas pilongas, higos secos, mandarinas, nueces, avellanas y otras cosas por el estilo. Con este carrito, elegí para situarme la entrada del puente que está ante el túnel del Gianicolo. Es un lugar concurrido, caen por allí todos los que van y vienen a la Madonna di Riposo y, en general, los habitantes de Trastevere y de Monteverde que tienen que pasar por el *corso* Vittorio. Había calculado mucho el sitio y, en efecto, en seguida empezaron a salirme bien las cosas. Estábamos en primavera: con los primeros días cálidos me ponía muy temprano en un extremo del puente, con el carrito repleto, y por la noche, cuando me iba, en el carrito no quedaban más que los carteles de los precios y el toldo de hule. Además, el domingo, con todo el tránsito de la gente que sale de paseo extramuros, no me habrían bastado dos carritos, de haberlos tenido. En resumidas cuentas, el comercio prosperaba, y se lo dije al abuelo. Pero él, obstinado en sus ideas, me contestó:

—De momento, puedes decirlo... No tienes competencia y vendes como te parece... Espera.

Tenía razón. Una mañana fue a situarse en el centro del puente otro carrito similar en todo al mío. Eran dos

a vender, dos mujeres, madre e hija. Quiero describirlas porque han sido la causa de mi ruina y mientras viva las recordaré. La madre era una campesina de la región de Anagni y vestía como las campesinas, con una falda negra y larga y una toquilla. Tenía el pelo gris encerrado en un pañuelo y la cara que sobresalía, presurosa y falsa, estaba siempre fruncida en una mueca solícita. Cuando hacía el cartucho de las aceitunas, o cuando pesaba dos naranjas, resoplaba y enarcaba las cejas como dando a entender que ponía en ello un empeño singular, y luego, tendiendo la mercancía, no dejaba nunca de añadir alguna palabra amable, como:

—Mira, te he escogido las dos mejores naranjas —o bien—: Son más de cien gramos..., pero por ser para ti, te cobraré cien gramos. ¿Está bien?

La hija, en cambio, no hacía nada y estaba allí simplemente por su belleza, ésa es la palabra. Porque era hermosa, y me di cuenta en seguida, pues soy joven y las mujeres hermosas me gustan también a mí. Podía tener unos dieciocho años, pero su cuerpo aparentaba treinta, tan desarrollada estaba, majestuosa y bien formada. Tenía la cara blanca como la leche, con no sé qué de turbio, de indeciso, de esquivo en sus labios carnosos aunque pálidos y en sus ojos grises, siempre hoscos y enojados. Las ventanillas de su nariz se encrespaban fácilmente, con expresión de asco; y, en resumen, parecía siempre a punto de desmayarse, como si hubiera estado encinta. La madre daba vueltas en torno al carrito, andrajosa y ligera, los pies metidos en dos zapatones de hombre, semejante a uno de esos gorriones viejos y grandes que nunca se están quietos; ella, en cambio, vestida con una faldita corta y un jersey ajustado, se estaba sentada durante horas en una sillita, haciendo calceta con unas agujas muy largas metidas bajo los sobacos. Se llamaba Eunice; y a mí me hacía pensar en el anís, quizás a causa de la blancura de su cutis, que era precisamente como la blancura del anís cuando se le añade agua.

Yo soy alto y gordo, siempre con barba crecida y cabellos enmarañados. Los vestidos que llevaba eran un puro

remiendo. En suma, parecía un vagabundo o algo peor. Además, aunque trate de controlarme, tengo modales bruscos y monto en cólera fácilmente. Y mi voz, por otra parte, es ronca, casi amenazante. Inmediatamente me di cuenta de que, por lo que se refiere a la competencia, este aspecto mío me ponía en inferioridad de condiciones. Nuestros carritos casi se tocaban; por una parte, la madre, con voz de cigarra, gritaba:

—¡Qué naranjas!... ¡Qué buenas naranjas!... ¡Compren, compren mis naranjas!

Y por otra parte, yo, tieso junto a mi carrito, con el abrigo cerrado hasta la barbilla, el gorro calado hasta los ojos, respondía con mi vozarrón:

—¡Naranjas! ¡Naranjas dulces! ¡Naranjas!

La gente vacilaba, me miraba primero a mí, luego a la madre, y por último miraba a la hija, y entonces, especialmente si eran hombres, se decidía por las dos mujeres. La madre, como una verdadera arpía, mientras pesaba la mercancía con sus habituales resoplidos y enarcamientos de cejas, se preocupaba de gritar mientras tanto:

—¡Compren! ¡Compren! —temiendo que alguien, entre tanto, se acercase a mí. Sabía mucho la condenada, y cuando ya no se bastaba ella sola decía rápida a la hija: «Vamos, Eunice, sirve al señor..., ligera...» Eunice dejaba su labor, se ponía en pie en dos tiempos, majestuosamente, primero con el pecho y luego con las caderas, y servía al cliente sin mirarlo, con los ojos bajos. Después, sin una palabra, sin una sonrisa, volvía a sentarse.

En resumen: la competencia; en una semana me birlaron casi todos los compradores. Empecé a odiar a las dos mujeres, especialmente a la madre, que no ocultaba su satisfacción y me lanzaba una ojeada de triunfo cada vez que me quitaba algún cliente indeciso. No hay nada peor en estas situaciones que perder la cabeza, y yo, ahora, ya la había perdido. Cada día era más rudo, más brusco, más amenazante. La barba, los trajes remendados y la voz ronca hacían el resto. Gritaba:

—¡Naranjas dulces! —con un tono realmente feroz

Y la gente, al mirarme, se asustaba y se iba derecha al carrito de al lado.

Un día, además, mi índole prepotente me traicionó. Un lechuguino joven y bajito, en compañía de una mujer el doble de grande que él, contemplaba mis naranjas y no se decidía. Yo repetía disgustado:

—¡Buenas, muy buenas mis naranjas!

Y él las palpaba y meneaba la cabeza. Aquella mujerona que llevaba del brazo habría podido ser su madre y esto lo decidió. Porque lanzó una ojeada a Eunice, hermosa como una estatua, y entonces, portándose como un cerdo, se dirigó hacia ella. Yo perdí la paciencia y lo agarré por un brazo, diciendo:

—¿No quieres mis naranjas? ¿Prefieres esas otras? Te voy a decir por qué prefieres ésas..., porque tienes una mujer que parece un elefante y esa chica de ahí te hace la boca agua..., por eso, por eso...

Allí fue Troya: él que gritaba: «¡Quítame la mano de encima o te rompo la cara!»; yo que, con una botella en la mano, contestaba: «¡Pruébalo y ya verás!»

La gente que se entrometía. Por fin llegaron los guardias y nos separaron; pero en aquella ocasión advertí dos cosas: en primer lugar, que aquel movimiento de cólera lo había tenido más por celos que por rabia ante la competencia; y en segundo lugar, que Eunice, en aquel alboroto, había tomado partido por mí, en cierto sentido, diciéndole a los guardias que ella no había visto ni sabía nada.

En suma, me enamoré de Eunice, o mejor dicho, advertí que estaba enamorado, y aprovechando un momento en que su madre no estaba, se lo dije a mi manera, franca y brutalmente. Ella no se asombró, se limitó a decirme, levantando los ojos de su labor:

—También a mí me gustas.

Habrían tenido que verme ustedes. Ante aquellas cinco palabras agarré las varas del carrito y salí corriendo por el Lungotevere, cantando a grito pelado, mientras la gente de las aceras me miraba como si me hubiera vuelto loco. No estaba loco, sólo estaba contento. Era la primera

vez que una mujer me decía unas palabras como aquéllas y estaba convencido de haberla conquistado. Pero aquella misma tarde, en la cita junto al puente Vittorio, cuando, después de las consabidas conversaciones, traté de tomarla por la cintura y de besarla, advertí que todavía tenía que hacer su conquista. Se dejaba abrazar y estrechar como una muerta, con los brazos caídos, el cuerpo blando, las rodillas dobladas; y si intentaba darle un beso, eludía mis labios de un modo u otro y el beso iba a parar al cuello o a la mejilla. Después de aquella primera tarde nos vimos a menudo, pero siempre con el mismo resultado; hasta que un buen día, impaciente, le dije:

—¿Quieres decirme para qué diablos nos vemos?

—Eres demasiado prepotente... —dijo ella—. Con las mujeres hay que ser amable..., actúas conmigo como cuando vendes naranjas: querrías las cosas a la fuerza.

—No te entiendo —le dije—, pero estoy dispuesto a casarme contigo... Luego, una vez casados, ya hablaremos.

Pero ella sacudió la cabeza:

—Para casarse es preciso quererse, y yo no te quiero aún... Tienes que hacerte amar a fuerza de amabilidad... Se amable y te amaré.

En suma, me intimidó hasta tal punto que ya no me atrevía ni a tomarla por la cintura. A fuerza de amabilidad, nuestras relaciones eran como las de un hermano con su hermana; a lo sumo, algunas veces le tocaba la mano. Cierto es que me parecía que la cosa no era muy natural; pero ella apreciaba tanto esta amabilidad que yo me había convencido de que estaba equivocado y que nunca había entendido nada del amor.

Una de aquellas tardes, aunque no habíamos quedado citados, fui a dar una vuelta por la *via* Giulia, donde tenía su casa. En una callejuela desembocó de pronto ante mis narices, pasó ante mí y caminó ligera hacia el Lungotevere. Curioso, la seguí a distancia. La vi dirigirse en derechura hacia el parapeto del río, donde había un hombre que parecía esperarla. Luego todo ocurrió de una manera franca y expeditiva, sin ninguna amabilidad. Ella le puso

una mano en el hombro y él se volvió; ella le acarició la cara y él la agarró por la cintura; ella le ofreció sus labios y él la besó. En un minuto, en suma, él había hecho lo que yo, con toda mi amabilidad, no había logrado hacer en un mes. Luego, cuando se dio la vuelta, la luz del farol cayó sobre su rostro y lo reconocí: era un jovenzuelo bajo y gordo a quien últimamente había visto merodear en torno a los carritos. Carnicero, con una tienda abierta allí al lado, en *via* Giulia. Su aspecto físico, comparado con el mío, no valía nada; pero tenía una carnicería. Abrí la navaja que llevaba en el bolsillo. Pero la volví a cerrar, conteniéndome, y me marché.

Al día siguiente dejé el carrito en el patio, me levanté el cuello del abrigo hasta la nuca, me calé el gorro hasta los ojos y me presenté en el puente del Gianicolo, como comprador esta vez. Fingiendo que no la conocía le dije a la madre:

—Dame cien gramos de aceitunas, pero buenas, ¿eh? —con mi voz ronca y amenazante.

Eunice, que trabajaba como de costumbre sentada en una silla, debía de haber comprendido que soplaba un mal viento, porque casi no me saludó. Mientras la madre, sin resoplar, con suficiencia, como si me concediera una gracia, me pesaba las aceitunas, vi asomar al carnicero y acercarse a Eunice. Le dije a la madre:

—No me robes en el peso como acostumbras a hacer, te lo ruego.

Ella, como una verdadera bruja, respondió:

—Eres tú quien roba en el peso. Tan cierto es, que te has quedado sin gente.

Vi que el carnicero le hacía una caricia en la cabeza a Eunice y que, inclinándose, le decía algo al oído; cogí el cartucho de las aceitunas, me metí una en la boca y luego se la escupí en la misma cara de la madre y dije:

—¡Eh! Tus aceitunas están podridas.

Ella, arrogante, contestó:

—El podrido eres tú, vagabundo asqueroso.

—Venga, devuélveme el dinero —le dije— y no me vengas con cuentos.

—¡Qué dinero ni qué niño muerto!...¡Lárgate de una vez!

El carnicero, en este momento, se acercó, contoneando las caderas, y preguntó:

—¿Qué quieres? ¿Se puede saber qué demonios quieres?

—Mi dinero... —contesté—, estas aceitunas están podridas.

Y, al mismo tiempo, le escupí una aceituna medio mascada. En seguida se me echó encima y me agarró por el pecho, diciendo:

—Mira, es mejor que te largues.

Se hacía el prepotente, como un verdadero chulo. Yo, que había esperado este momento, me solté de una sacudida, sin decir palabra, y luego lo agarré a mi vez con una sola mano por la garganta y lo derribé sobre el carrito Entre tanto, con la otra mano, buscaba la navaja en mi bolsillo. Pero, por suerte para él, el carrito se volcó y él cayó al suelo entre las naranjas, que rodaban hacia todas partes, mientras la gente acudía y la madre gritaba como una endemoniada. También yo, llevado por el impulso, había rodado al suelo. Cuando me levanté me encontré ante dos carabineros. Apretaba aún la navaja en la mano, aunque no había tenido tiempo de abrirla, pero eso bastó. Me arrestaron y me llevaron a Regina Coeli.

Unos meses después salí de la cárcel peor que nunca, sin dinero, sin licencia de vendedor ambulante, desesperado. El abuelo, cuando me vio, dijo:

—Has sido víctima de la competencia... Pero, hazme caso: en el comercio, la navaja no vale para nada... Vende navajas si quieres, pero no las uses.

No le contesté; y como era un día soleado, me fui a pasear hacia la *via* Giulia. La carnicería estaba abierta, con los cuartos de las reses envueltos en grasa y colgados de los ganchos; y el carnicero estaba tras el mostrador, con cara roja y lustrosa, las mangas remangadas sobre los brazos desnudos. Partía chuletas sobre el mármol a golpes de cuchillo. Y bajo el mostrador, sentada en una sillita haciendo calceta, estaba Eunice. Así supe que se ha-

bían casado; y ella debía ya de estar encinta, porque la labor que hacía era un calcetín rosa, pequeñísimo, como de niño de pecho. Proseguí mi camino mirando todas las tiendas que había a lo largo de la calle, con la esperanza de encontrar otra carnicería que le hiciera la competencia al marido de Eunice y lo obligara a quebrar. Pero no la había: sólo fontaneros, carpinteros, marmolistas, afiladores, tiendas de marcos y cosas por el estilo. Donde acaba la *via* Giulia, en el Puente Sixto, comprendí que era inútil insistir y atravesé el puente.

Bajito

¡Lo que significa ser bajitos! Todos se burlan de nosotros; los hombres altos, por el solo hecho de ser altos se creen más inteligentes que nosotros, y las mujeres no nos toman en serio, como si fuéramos niños. Y, sin embargo, según dice el refrán, en los barriles pequeños se encierra el buen vino, mientras que en los grandes se pone el vino común, de ese que te bebes azumbres sin que se te suba a la cabeza. Pero me da la impresión de que refrán lo ha inventado algún bajito para resarcirse de tantas humillaciones. Los hombres normales no conocen ese refrán, ni siquiera lo han oído, y se burlan de los bajitos siempre que pueden.

Mi desgracia, además, quiere que, pese a ser tan bajito, sólo me gusten las mujeres grandes. Será por contraste, será por el deseo de hacerme valer, pero el caso es que las mujeres de mi estatura no me dicen nada. Ni tampoco me gustan las medianas, digamos que de un metro sesenta y cinco. No, para mí, si no superan el metro ochenta, no sirven. Y no solamente las quiero altas, sino de grandes proporciones, quiero decir con caderas capaces,

pecho poderoso, hombros anchos, brazos y piernas fuertes. Pero observen ustedes que no se trata de una cuestión de estética, como decir que uno prefiere los coches grandes a los pequeños por una razón muy clara. No, las mujeres grandes me gustan sin motivo, señal ésta de que me gustan mucho. Y, en efecto, cuando descubro, aunque sea de lejos, a una mujer alta, grande y gruesa, mi corazón late muy de prisa incluso antes de verle la cara, mi imaginación se enciende y yo me siento atraído hacia ella como un trocito de hierro hacia un imán. Naturalmente, no logro ocultar mis sentimientos y aunque me repita continuamente: «¡Despacito!, acuérdate de eres un tapón, acuérdate de que las mujeres en general, y sobre todo las que te gustan, no te toman en serio», me lanzo a hacer la corte a cualquier giganta que me salga al paso. Resultado: nada. O, mejor dicho, menos que nada, porque, nueve veces de cada diez, la mujer no se contenta con permanecer indiferente y se burla de mí. Y, aún más que las mujeres, se burlan mis amigos, que conocen mi debilidad.

Bueno, digo burlarse pero quizás sea decir poco. Me gastan ciertas bromas que a otra persona de peor pasta que la mía conseguirían enfadarla para toda su vida. Como aquella vez en que organizaron toda una correspondencia entre una cigarrera del *corso* Vittorio y yo, advirtiéndome de que no era cosa de aparecer personalmente antes de cierto número de cartas; y, en cambio, las cartas de ella las escribían entre todos y las mías se las leían en voz alta, riéndose a mi costa; y cuando, impaciente me armé de valor y hablé con la mujer, ésta se asombró y me echó de allí con palabras fuertes. Bromas inoportunas, y me quedo corto; pero, según ellos, estas bromas, que con los altos podrían acabar a navajazos, los pequeños deben de aceptarlas como prueba de amistad y de benevolencia. Así, aquella vez, como otras muchas, tuve que aguantarme, como suele decirse; y hasta tuve que invitarlos a un vermut de reconciliación, para demostrar que no estaba ofendido. Pero luego siempre estuve receloso; y cuando me hablaban de esta o

de aquella mujer que, según ellos, tenía debilidad por mí me mantenía a la defensiva y me mostraba evasivo. Ya no me fiaba de ellos y en cualquier cosa que dijeran o hiciesen veía siempre una trampa.

Bueno, el verdadero amor, el amor intenso, el amor que hace delirar lo sentí aquel invierno por Marcella, una muchacha que regentaba con su cuñado y su hermana una bodega hacia el Teatro Valle. En aquella familia todos eran grandes: Teodoro, el dueño del local, era un hombretón que ni un mozo de cuerda; Egle, su mujer, era casi más grande que él, no muy bella, sin embargo, ni muy joven; pero Marcella era como una rosa: grande, alta, majestuosa, formada como una estatua; tenía un cuello largo y una cabeza pequeña, toda ojos y boca, y los tobillos y las muñecas finos, y una voz dulce, angelical. Como ocurre a menudo con las mujeres grandes, tenía un alma pequeña, de niña; quiero decir que era tímida; pero tan tímida que se ruborizaba y se volvía hacia otro lado si advertía que un hombre la miraba. Esta timidez me gustaba, pero complicaba las cosas. Por la noche, tras haber cerrado mi comercio de accesorios eléctricos y tras haber cenado, iba con mis amigos a la bodega. Era un local muy grande, con las paredes tapizadas de botellas dispuestas en pirámides, algunas mesas y el mostrador. Teodoro, la mayoría de las veces, iba de una mesa a otra, bebiendo sin orden ni concierto; Egle servía a los clientes; y Marcella, vestida con un delantal negro, estaba tras el mostrador, al fondo de la bodega, para la venta al menudeo. Bueno, ¿lo creerán ustedes? En un mes que frecuentamos la bodega ni una sola vez levantó los ojos hacia mí. Y eso que yo me sentaba adrede precisamente frente al mostrador y no hacía sino mirarla y con los ojos buscaba los suyos todo el tiempo.

Mis amigos jugaban a las cartas, bebían un medio litro o un litro por cabeza, bromeaban y charlaban de lo divino y lo humano hasta el cierre del local; Teodoro pasaba de una mesa a la otra, era un hombre que se daba aires de hacerlo todo, cuando en realidad no hacía más que beber de gorra y jugar a las cartas; Egle y Mar-

cella se ocupaban de los clientes; y yo, cada vez más enamorado, me roía por dentro con mis vanos intentos de que ella se fijara en mí, retorciéndome en la silla peor que una marioneta a la que se le han roto los hilos. Nunca acababa de encontrar pretextos para levantarme de la mesa e ir al mostrador; ella no se movía jamas del mostrador; si hubiera estado solo, quizás habría encontrado la manera de trabar conversación, pero estaban mis amigos, que ya se habían dado cuenta de mis sentimientos y no me dejaban en paz ni un instante. Si la miraba, se burlaban diciendo:

—Pero, ¿qué miras? ¿Qué es lo que miras?... Te la comerás a fuerza de mirarla... Mira más bien a las cartas, mira a tu vaso.

Si no la miraba, me preguntaban con falsa ingenuidad:

—¿Qué pasa? ¿Por qué no la miras esta noche?

Y las dos o tres veces en que, finalmente, desesperado, hice ademán de acercarme al mostrador tuve que retroceder al oírlos reírse y hacer muecas a mis espaldas. Teodoro, embrutecido por el vino, no parecía advertir nada de nada. Pero Egle se manifestaba como enemiga mía y un par de veces me lo dio a entender, diciéndome sin grandes cumplidos:

—Es mejor que dejes en paz a mi hermana... Deberías de comprenderlo... aunque no fuera más que por la diferencia de estaturas.

En cuanto a Marcella, por muy estatua que fuera, podría haberse mostrado más sensible y dispuesta.

Entre tanto, sin embargo, crecía mi pasión, hasta el punto de que el gesto que ella hacía para volverse hacia atrás, a la estantería, y coger una botella, girando el busto e hinchando el pecho bajo el delantal negro, casi bastaba para dejarme sin aliento, desmayado. Pensaba algunas veces, mientras jugaba a las cartas: «¿Por qué me gusta tanto?», y concluía que, además de la belleza, era aquel detalle tan hermoso de la cabeza pequeña encima del cuerpo grande lo que me fascinaba; la razón no la conocía, como suele suceder siempre en el amor. Me gustaba. Y según pasaba el tiempo y ella continuaba

tan alejada, como inaccesible, mi ardor aumentaba en lugar de dismiuir; y si, en un principio, había pensado en ella como en una mujer a la que habría querido amar, ahora, poco a poco, había llegado a considerarla como a la única mujer indicada para mí. ¡Lo que es la imaginación del hombre! Mientras la había visto como una muchacha a la que hacer la corte no me había arriesgado con la fantasía más allá de hablarle, apretarle la mano, si acaso ir de paseo con ella, al cine, al café; pero, tan pronto como pensé que podía casarme con ella, inmediatamente la vi en mi casa, sentada conmigo a la mesa, o bien en la tienda, detrás del mostrador. En suma, como mi mujer.

Es preciso decir que estos pensamientos se me leían en la frente; porque uno de aquellos amigos, Giovacchino, que no había sido nunca de los que más se burlaban, me dijo una noche, al salir de la bodega:

—Oye, tú no te atreves a hablar con Marcella... Mañana le hablo yo... Ya verás como te da una cita:

De momento, me habría gustado abrazarlo; pero por culpa del habitual miedo a las bromas me limité a eludir el asunto, aunque sin negarme, desde luego. Giovacchino es un joven rubio, delgado, con una cara decidida, que siempre parece tener prisa. Pero a la noche siguiente, en la bodega, advertí inmediatamente que todo el grupo estaba al corriente. Había una atmósfera de suspensión, socarrona y llena de alusiones. Me decían:

—Puedes estar tranquilo, Giovacchino lo arreglará —o bien—: ¡Bebe otro vaso, esta noche es tu noche!

En suma, despertaron mis sospechas. Estaba sentado de espaldas al local y me parecía que la espalda me quemaba, porque detrás estaba el mostrador y tras el mostrador estaba Marcella, sirviendo a los clientes. Jugamos y bebimos alrededor de un hora; luego, Teodoro pasó de nuestra mesa a otra; y entonces Giovacchino, sin vacilar, se levantó susurrándome:

—Ahora voy a hablarle.

Entre la puerta y el escaparate había un gran espejo inclinado con el anuncio de un vino del Piamonte. En

aquel espejo vi a Giovacchino que se iba rápido al mostrador, se acodaba en él, se inclinaba hacia ella, le hablaba. Ella lo miraba y contestaba en voz baja. Hablaron durante un rato, o así me lo pareció; y entre tanto los otros no hacían más que darme codazos, reír y embromarme. Giovacchino, tras haber hablado con ella, dijo, cuando se iba, algo que la hizo ruborizarse y reír, y luego volvió a la mesa.

—Mañana por la tarde, a las siete, bajo la columnata de San Pedro, a la derecha —murmuró, sentándose con aire satisfecho.

Los otros, naturalmente, me felicitaron: estaba hecho, había aceptado la cita, tenía que agradecérselo a Giovacchino, invitarlos a beber, demostrar que no era un ingrato. Hice todo lo que quisieron; pero entre tanto, incrédulo ante mi buena suerte, me convencía cada vez más de que no podía ser sino un broma.

A las siete, en invierno, es ya de noche. Había pensado incluso, durante el día, no acudir a la cita. Pero en el último momento, por un hilo de esperanza que aún me quedaba, pese a las anteriores desilusiones, quise probar. La Plaza de San Pedro, a esa hora, más que una plaza parece un desierto de adoquines, con San Pedro allá al fondo, hundida en la oscuridad. Pero a la luz de las lámparas blancas que, arracimadas, están en lo alto de las grandes farolas de hierro, descubrí con claridad el automóvil de Raniero, uno de los amigos, junto a la fuente de la derecha, parado bajo la columnata. A través del brillo del parabrisas entreví también la cara de Giovacchino, precisamente él, y entonces me convencí de que todo había sido una broma. Fingiendo indiferencia me acerqué al coche, hice con el brazo un gesto vulgar, para demostrar que había comprendido, y me alejé a toda prisa a través de la plaza. Nunca me había sentido tan pequeño como aquella tarde, mientras escapaba como un ratón en medio de aquella inmensidad, bajo el obelisco cuya punta desaparecía allá arriba en la oscuridad. Pasaba un taxi, lo tomé y, con el corazón lleno de veneno, me volví a casa.

Esta vez no perdoné: había querido demasiado a Marcella, sentía que no podía acabar todo con la consabida reconciliación. No los volví a ver; y, encima, me puse enfermo, quizás por la contrariedad y la rabia. Estuve un mes o más en casa, luego me fui otro mes al campo, otro mes transcurrió entre mi casa y la tienda, sin amigos y sin reuniones para tomar una copa. Alguna vez me encontré a alguno del grupo, pero lo saludaba desde lejos y volvía la esquina. Así llegó el verano.

Una tarde de junio, un domingo, seguía a la multitud por las aceras atestadas del Corso, lentamente, como en procesión. Me sentía triste porque estaba solo, y me habría gustado dar aquel paseo al lado de una mujer, acaso de Marcella. En el semáforo del *largo* Goldoni me detuve y entonces la vi que caminaba ante mí, dando el brazo a un hombre. Sólo podía ser ella, ninguna mujer del mundo tiene una cabeza tan pequeña y un cuerpo tan grande. Pero esta vez lo primero que llamó mi atención no fue ella, sino el hombre que iba a su lado. Era pequeño, aquel hombre, no exactamente un enano pero digamos que tan bajo como yo. Se pararon y giraron los rostros uno hacia otro, hablándose: era Marcella y él era un hombre de unos cuarenta años, con una cabeza muy gruesa, patillas y una cara ancha. Le daba el brazo pero, por culpa de la diferencia de estaturas, no como un hombre sino como un niño. Luego echaron a andar y desaparecieron entre la multitud.

Esta vez tuve el valor que me había faltado durante todo el invierno.

Al día siguiente, lunes, a una hora de calor, me encaminé a escondidas a la bodega y, por casualidad, sólo la encontré a ella, la bodega estaba desierta. Fui al mostrador y le pregunté de sopetón:

—¿Quién era el hombre con el que paseaba ayer por el Corso?

Ella alzó los ojos hacia mí, por primera vez desde que la conocía, y dijo con sencillez:

—Era Giovanni, mi novio... ¿No lo sabía?... Nos casamos dentro de un mes.

Sentí que me caía del mostrador, como si se hubiera abierto el pavimento, y me agarré con ambas manos. Le dije:

—Pero, entonces, usted, aquella tarde..., en San Pedro...

Ella, esta vez, no fue tan tímida. Respondió, volviéndose hacia la estantería y cogiendo una botella:

—En la vida hay que saber atrapar las ocasiones, ¿no lo sabe, Francesco?... Y usted, ¿cómo está?... ¿Quiere un vermut?

Lo rechacé con un ademán e insistí, con voz estrangulada:

—Pero yo creí que era un broma.

—Para ellos, sí, pero no para mí —dijo.

De forma que me marché e intenté no pensar más en ello. Pero, si primero evitaba a los del grupo, ahora llegaba incluso a odiarlos. Me habían embromado tanto que me hicieron creer que deseaba algo absolutamente imposible. Y, en cambio, era posible; y el instinto, que no falla nunca, me había advertido de la verdad: Marcella era la mujer que yo necesitaba. Porque, en efecto, no sólo era grande, como yo deseaba, sino que, por añadidura, había crecido con ganas de un marido pequeño. Mucho más que una ocasión, como había dicho ella: casi un milagro. Pero yo sabía que no se volvería a repetir.

El guardián

Me gusta estar solo porque la gente me toma el pelo por culpa de mis gafas y de mi voz de mujer, que además, cuando estoy turbado, empieza a tartajear. Así, cuando mi empresa me ofreció un puesto de guardián en un depósito, en el kilómetro 20 de la Salaria, acepté sin discutir. El depósito se encontraba en un vallecito, entre unas colinas verdes y peladas. Imagínense un cuadrilátero desnudo y polvoriento al fondo del valle, con un cercado hecho de ladrillos nuevos amontonados, muchos barracones largos y bajos adosados al muro y, en el centro, un viejo tonel bajo un tubo goteante, doblado en codo. Dentro de los barracones había de todo un poco: sacos de cemento, tuberías, tejas, barriles de alquitrán, montones de vigas, ladrillos; uno de los barracones me servía de vivienda: dos habitaciones desnudas, con un catre, una mesa y algunas sillas. Parecía que se estaba en campo abierto, lejos del mundo, pero bastaba con subir a una de las colinas para ver, justo al lado, la Salaria, muy recta, con los plátanos listados de blanco y, un poco más arriba, la muestra de la Hostería de los

Cazadores, donde me hacían la comida. Me habían dado una pistola de reglamento con varios cargadores y un fusil con el que, a veces, iba a cazar alondras por las colinas. En suma, allí no había nadie y, salvo las rondas nocturnas, no tenía nada que hacer.

Estuve cuatro meses en aquel depósito sin que me sucediera nada. Una noche llamaron a la puerta, fui a abrir pensando que era alguien de la empresa y, en cambio, me encontré ante dos hombres y una mujer. A uno de ellos lo conocía perfectamente, se llamaba Rinaldi y era chófer; era el único que no se burlaba de mí por mis gafas y mi voz en la obra de la ciudad donde yo trabajaba antes. Era precisamente todo lo contrario que yo: yo soy paleto y él era un señor; él era guapo, tan moreno, alto y fuerte, y yo era feo; yo no les gusto a las mujeres y él tenía todas las que quería. Quizás por esto, porque era tan diferente a mí y me habría gustado ser como él, le tenía cariño. Con él estaba una mujer que se llamaba Emilia: bajita, redonda, con un rostro pálido y ovalado, ojos grises, grandes y apagados, y una boca con las comisuras hacia arriba, como si estuviera siempre riéndose.

En cuanto al otro hombre, era uno de Monterotondo y se llamaba Teodoro; pelirrojo, rizoso, con ojos amarillos de gato, una nariz puntiaguda y mejillas violadas como si acabara de soplarle a la cara la tramontana. Rinaldi dijo que debía hablarme y yo le hice entrar en el barracón.

—Vincenzo —me dijo Rinaldi, tras haberme dado un cigarrillo—, el caso es que podrías ganar algo de dinero sin mucho trabajo..., más aún, continuando de guardián.

Yo desencajé los ojos pero no dije nada; y él, animado por mi silencio, se explicó: ellos tenían una gran partida de género que habían retirado, por así decirlo, de un comercio de la ciudad. Yo tendría que permitirles depositar lo hurtado en uno de mis barracones. Luego ellos se ocuparían de recogerlo, a su debido tiempo; y entonces me darían a mí un tanto.

Al sentir esta proposición me acometió una especie de

fiebre; pero no podía negarme. Rinaldi era como un hermano para mí. Le dije, tartajeando:

—Oye, Rinaldi, yo soy guardián, ¿no?

—Claro que sí.

—Pues bien, soy guardián y quiero seguir siendo guardián.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que vosotros hacéis lo que queráis, metéis las cosas en el barracón, vais y venís... Pero yo no sé nada, no os he visto, no os conozco... Y si, por casualidad, os preguntan, decís que no me conocéis... Quiero decir que el género lo habéis metido sin saberlo yo.

Ellos menearon la cabeza, sorprendidos. Y Teodoro dijo, casi amenazándome:

—Pero tú cuidarás de las cosas... No sea que, como no nos conoces...

Rinaldi lo interrumpió:

—Tú no conoces a Vincenzo..., déjalo ya.

—Soy el guardián, ¿no? —dije yo entonces—. Pues bien, haré de guardián de vuestras cosas.

Teodoro, siempre igual, advirtió:

—Puedes estar tranquilo, que saldrás ganando.

—Puedes estar tranquilo tú, grosero —repliqué, resentido—, no quiero nada vuestro... ¿Has entendido?

En resumidas cuentas, nos pusimos de acuerdo y Rinaldi salió y después de un rato volvió con el camión. Descargaron el género en uno de los barracones, detrás de unos barriles, pero yo ni siquiera lo vi, aunque me dijeron que eran telas. Antes de irse, la Emilia me lanzó una mirada que me pareció cariñosa y ese fue todo el regalo que recibí.

Después de aquel día vinieron tres o cuatro veces más, siempre con la Emilia. Tocaban una señal con el claxon, yo abría inmediatamente las verjas, descargaban el género y luego se iban. No quería que se quedasen mucho rato; mientras descargaban me encerraba en mi barracón. Además, todavía discutí alguna vez con aquel Teodoro: actuaba siempre como un prepotente y yo no lo podía

soportar. Pero la Emilia me sonreía y siempre tenía alguna frase amable. Una vez me dijo:

—¿No te aburres, tan solo?

—Estoy acostumbrado a estar solo —le respondí.

Un día abro el periódico y me encuentro con que han detenido a Teodoro, a Rinaldi y a otros muchos. El periódico los llamaba la banda del agujero, porque entraban en los comercios haciendo un agujero en la pared del comercio vecino. Otras veces entraban por la bodega, pero siempre por medio del agujero. El periódico publicaba las fotografías de Rinaldi, de Teodoro y de otro más, sin cuello de camisa, con la barbilla alzada, los ojos muy abiertos. «Peligrosa banda de malhechores capturada por la justicia», decía el titular. Pero Rinaldi, como chófer, era el menos comprometido y de la Emilia ni siquiera hablaban.

Estábamos en invierno y una noche que llovía y soplaba el viento, y toda la explanada era un lago, llamaron a mi puerta. Voy a abrir y me encuentro ante la Emilia, pero ¡en qué estado!: en primer lugar estaba encinta, con una barriga muy gorda y su hermoso rostro parecía estirado hacia abajo, hacia la barriga; y además le había llovido encima y parecía vestida de harapos y tenía todo el pelo pegado a la cara. Entró y, sin hablar, me dio una nota de Rinaldi. En la nota, Rinaldi me decía que saldría de la cárcel dentro de un año; entre tanto, me confiaba a la Emilia, pagándome una cantidad para su mantenimiento, y me recomendaba también el género, que era enteramente suyo porque los otros ya habían recibido su parte. Nada más. Pensé que Rinaldi estaba convencido de que podía hacer conmigo lo que quisiera y pensé que tenía razón porque yo era capaz de hacer cualquier cosa por él. De forma que le dije a la Emilia que por aquella noche durmiese en mi cama, que yo me acomodaría en la otra habitación, echando unos cojines en el suelo. Y así comenzó nuestra vida juntos.

De allí a unos meses, cualquiera que hubiera venido al depósito habría pensado, con toda seguridad, que yo me había casado y era un marido y un padre feliz. En la

explanada lucía el sol de octubre y, en el centro, la Emilia, con las mangas remangadas sobre sus hermosos brazos redondos, lavaba y aclaraba en el agua del tonel mis camisas; había otras ropas tendidas en cuerdas, a secar; y yo estaba al sol, sentado en una silla, fuera del barracón, y mecía en mis brazos al niño de la Emilia, que se llamaba como yo, Vincenzo. Al lado del barracón había una barraca más pequeña que había construido yo mismo; y de aquella barraca llegaba el olor de la salsa de los macarrones, porque la Emilia cocinaba para mí y ya no iba a la hostería. Cualquiera, al verme jugar con el niño y al ver a la Emilia, tranquila y sonriente, mientras lavaba la ropa en el barril, nos habría tomado por una familia feliz. Y, en cambio, nada era verdad: y aquel niño era de Rinaldi y la Emilia era de Rinaldi y las telas escondidas en el barracón eran de Rinaldi y yo, de la misma manera que antes había sido guardián de las cosas de la empresa, ahora lo era de las cosas de Rinaldi, incluidos el niño y la Emilia. Pero, por todo lo demás, era como si me hubiera casado: la Emilia era muy buena y no me faltaba de nada y el niño era guapo y bueno. El único inconveniente, si acaso, era que siempre tenía que hablar de Rinaldi con la Emilia, que contaba los días y los meses que faltaban para que saliera; no es que me desagradara hablar de él, pero una cosa es ser la amante, como la Emilia, y otra cosa es ser el amigo, como yo; y además, parecía como si sólo él existiera en el mundo y yo no contase para nada. Una noche se lo dije; y ella, como si hubiera descubierto por primera vez que yo también era un hombre, comenzó a pincharme desde aquel día sobre el capítulo del amor. Bromeaba, pero yo sufría y me di cuenta de que ella me gustaba. Hasta que, una vez, le dije:

—Tú eres de Rinaldi, de modo que déjame en paz.

—Por supuesto que soy de Rinaldi —respondió—, pero tú eres un verdadero amigo y no debes de estar celoso.

Y todo acabó así.

Una de aquellas noches me pareció oír un ruido; me

levanté, cogí la pistola y salí del barracón. Era una noche de luna llena y la luna parecía haber caido en el agua del tonel, que resplandecía como la plata. Se distinguía la menor piedra de la explanada, con su sombra, grande o pequeña, al lado; y las colinas, alrededor, negras contra el cielo claro. En resumen, se veía como si fuera de día, de forma que lo encontré en seguida. Le di el alto cuando se escurría entre un barracón y otro; y en seguida apareció, diciendo:

—¡Guarda esa pistola! ¿No me reconoces?

Era Teodoro, el de Monterotondo, pero estaba muy cambiado. Vestido de harapos, con las mejillas consumidas cubiertas de una pelusilla rojiza, los ojos amarillos extraviados, parecidos a los de un lobo. Dijo:

—He venido a retirar esas telas, tengo un camión ahí fuera, con unos amigos.

—Esas telas son de Rinaldi —le respondí.

En resumen, comenzamos a discutir y él primero quería hacerse el prepotente y luego me propuso ir a medias, pero yo rehusé. Estábamos de pie, junto al tonel, y el ventanuco de la Emilia se había iluminado y ella nos miraba. Por último le dije:

—Vete, será mejor.

—Me voy, no tengas miedo —contestó.

Y se encaminó hacia la entrada. Pero yo lo seguía con la mirada mietras iba detrás de él, porque sabía que era uno de esos que se lían a cuchilladas. Y, en efecto, a poca distancia de la entrada da un salto hacia mí. Yo retrocedo un paso y disparo. ¿Lo creerán ustedes? Continuó viniendo hacia mí, con la cara tendida hacia adelante, con sus ojos de lobo abiertos de par en par, una mano en el pecho, donde yo le había dado, y otra en la navaja. Le disparé una vez más y entonces cayó al suelo.

A la mañana siguiente los carabineros hicieron una investigación, descubrieron que era un delincuente, que se había escapado de la cárcel y así acabó la cosa. La empresa me mandó incluso un regalo por haber defendido tan bien sus cosas. Yo le dije a la Emilia:

—Rinaldi primero me ha convertido en un ladrón y luego en un asesino.

—Te has defendido... —contestó ella— eso es todo.

—Hablaba por hablar... —le dije entonces— yo soy el guardián y de todos modos debía disparar.

Por casualidad, el mismo día en que Rinaldi, por fin libre, vino a recoger a Emilia, al niño y las telas, la empresa me había anunciado que dejarían pronto desocupado el depósito; de modo que todo acababa al mismo tiempo y yo no sería ya guardián de nadie, ni de la empresa ni de Rinaldi. El llegó una noche, después de las doce, con el camión; y sobre el parabrisas había escrito, con letras blancas: Emilia. Yo le dije:

—Rinaldi, ahí tienes a Emilia, tal como me la has mandado... Ahí tienes al niño... y allá dentro están tus telas... Todo en regla, como puedes ver.

El sonreía feliz por volver a encontrar a la Emilia y al niño, y decía:

—Muy bien, Vincenzo... Ya sabía yo que podía confiar en ti... Está bien.

Pero yo experimentaba un sentimiento mezclado de rabia y de tristeza y casi sentía pena y repetía:

—Rinaldi, puedes ver que te devuelvo tal cual todo lo que me has confiado.

Luego él quería darme dinero, insistió en regalarme un reloj, me propuso llevarme a Roma en el camión, pero yo lo rechacé todo, diciendo:

—No quiero nada... Soy el guardián, ¿no?..., no quiero nada.

Ahora comprendía que estaba enamorado de la Emilia y que al mismo tiempo me disgustaba y estaba contento por haberla respetado. En suma, le cargué yo mismo el género en el camión y luego él subió con la Emilia, que sonreía y llevaba en brazos al niño, envuelto en una manta. El me gritó, quizás sin malicia:

—Nos volveremos a ver, ¿eh, guardián? —y el camión partió.

Pocos días después vinieron los camiones de la empresa: cargaron los ladrillos, los sacos de cemento, las

tuberías, los barriles de alquitrán, y luego tiraron la cerca y cargaron también los ladrillos y al final se dedicaron a los barracones y cargaron incluso las tablas. Durante todo el día, varios días, los camiones iban y venían, en medio de una gran polvareda, cargando cosas y llevándoselas. Al final, una mañana, deshicieron mi barracón y también lo cargaron. Yo me quedé el último. Ahora sólo había la explanada de tierra pisoteada sobre la que empezaba a despuntar la hierba y, aquí y allá, trozos de ladrillo, charcos y, alrededor, las colinas. Había pasado casi dos años en aquel lugar, pero ya se había acabado. Tenía todas mis cosas en una maleta de fibra atada al sillín de la bicicleta. Cogí la bicicleta en la mano y la fui empujando hasta la Salaria. Una vez en la carretera, monté en la bicicleta y, pedaleando despacio, me dirigí hacia Roma.

La nariz

En la Plaza de la Libertà fuimos a sentarnos en un banco y Silvano me mostró el periódico. Estaba el anuncio de la muerte de aquel personaje, a dos columnas; y luego estaba escrito que el funeral tendría lugar a la mañana siguiente y que el muerto estaría expuesto todo aquel día, en su casa, para los visitantes; en la entrada habría un libro de firmas. Debajo, en cursiva, venía todo lo que el muerto había hecho durante su vida; pero Silvano, precisamente cuando comenzaba a interesarme, me quitó de las manos el periódico diciendo que no era importante. En aquel momento pasó un coche de lujo y una muchacha medio desnuda tiró por la ventanilla un cigarrillo a medio fumar. Silvano fue a recoger la cocilla y luego, volviendo al banco, dijo que lo importante era el anillo que el muerto llevaba en el dedo. Un anillo histórico, de gran valor, con una esmeralda antigua tallada. Este anillo se lo había descrito un mozo de la empresa de pompas fúnebres, amigo suyo, que había ayudado a vestir el cadáver. Un rey se lo había regalado al muerto; y éste había pedido que lo enterraran con el anillo. Sil-

vano concluyó diciendo que el difunto vivía solo con una sirvienta, la cual, sin embargo, con toda seguridad, no estaría allí esa noche, porque tenía miedo: otra conversación relatada por el mozo.

No dije nada mientras él continuaba dándome informaciones sobre la casa, la calle, la situación del apartamento. En realidad, pesaba el pro y el contra. Por una parte, estaba la excepcional casualidad del anillo, pero por otra estaba el hecho de que Silvano era uno de los hombres con más mala sombra que yo conocía. Llevaba la desgracia escrita en la frente; y la fortuna sólo le sonreía para tenderle una trampa y hacerlo hundirse más a fondo en la desgracia. Sobre todo su nariz lo revelaba como infortunado: una nariz de porra, torcida, lívida, con la punta como una croqueta, rematada por un horrible lunar marrón. Era una nariz que daba pena verla; imagínense lo que era llevarla.

Yo soy pobre, ya se entiende, voy mal vestido y en los días peores hasta puedo parecer un vagabundo; pero no he conocido nunca el hedor de la miseria, el de los dormitorios públicos y de las sopas de convento que tenía encima Silvano. Nunca he recogido la colilla arrojada desde un coche. Pensaba en todo esto mientras me hablaba y él, como si se hubiera dado cuenta de que miraba su nariz, se la rascó y luego, incluso, se hurgó con un dedo. Le dije, entonces, decidiéndome de pronto:

—Gracias por haberte acordado de mí... Pero no es posible.

—¿Por qué?

—Porque uno y uno no son tres.

Vi que palidecía, que bajaba la cabeza. Y luego, ¿lo creerán ustedes?, comenzó a lloriquear. Dijo, mientras lloraba:

—¡Ya ves qué desgraciado soy!... Para una vez que tengo una oportunidad, no puedo aprovecharla.

—Da tú solo el golpe —le dije—, así no tienes que repartir y serás rico.

—No me atrevo —reconoció sin dejar de llorar—, los

muertos me dan miedo... Como tú no temes a nada, esperaba que...

Esta vez me levanté, para acabar de una vez, diciéndole que, en tal caso, el muerto se quedaría con su anillo; y me marché. Aquel día era la víspera de Ferragosto y lo pasé de un banco a otro en los jardines públicos. No había nadie en ningún sitio; sólo polvo, papeles y la atmósfera del verano en la ciudad, triste como un vestido desechado. Así, arrastrándome de un banco a otro, me acometió una melancolía indecible: las fiestas hay que celebrarlas y quien no lo hace siente que debería hacerlo y se entristece. Pero yo sabía que para mí no podía haber otra fiesta que quitarle el anillo al muerto; y comprendía que, después de haberle negado mi ayuda a Silvano, iba a jugar sucio aprovechándome de sus informaciones. Pero al final la melancolía fue más fuerte que los escrúpulos; y me decidí. En honor a la verdad, pensé durante un momento en avisar a Silvano de que había cambiado de idea; pero descubrí que no conocía su dirección. También en esto era infortunado el pobre Silvano: tropezar con el único hombre honrado que había en plaza y no sacar de ello ningún beneficio.

Fui a mi casa, un cuartito que me subarrendaba un viejo obrero marmolista, y saqué de un escondrijo mis instrumentos: un gran anillo en el que estaban ensartadas muchas llaves de todos los tamaños, y herramientas de distintas clases: un largo clavo con la punta curvada, de mi invención; un pie de cabra; una lima de acero. Cogí también medio panecillo y me lo metí en el bolsillo. Era de noche; me dirigí en tranvía a la dirección que me había dado Silvano.

Encontré sin dificultad la casa, hacia el *viale* Parioli. No me pareció una casa de lujo y casi me sentí desilusionado: un personaje como aquél me lo había imaginado en un edificio de los más ricos. En cambio se trataba de una casa sencilla, aunque moderna, con fachada de ladrillos rojos y balcones blancos, en forma de jabonera. Había calculado que el portero, a aquella hora, estaba a la mesa y, en efecto, entré sin ser visto y me fui derecho al

apartamento número tres, que era el del muerto. Como el muerto estaba solo en la casa no había cerrojo, la puerta estaba cerrada simplemente con una cerradura ordinaria A toda prisa, pero sin atropellarme, probé varias llaves en la cerradura. Dicen que estas cerraduras modernas tienen una llave distinta cada una; pero no es verdad: como mucho, habrá una veintena de tipos. Y, por otra parte, las cerraduras son como las mujeres: la llave justa, igual que el sentimiento justo, no se encuentra con la cabeza sino por intuición. La verdad es que ninguna de mis llaves servía; pero después de haber probado una docena yo sabía que diente sobraba, qué había que cortar. Sabía, digamos, más bien, que sentía, así, por simpatía. El ojo del ladrón es como el del cirujano: sabe, de primera intención, en cuántos milímetros se equivoca y en cuántos no.

Tras haberme hecho una idea de la llave, subí sin prisas hacia la terraza. Allí había una portezuela de madera sin desbastar, con una cerradura del tipo antiguo. Introduje mi clavo, agarré con la punta el rizo del muelle, giré y se abrió la puerta. La dejó entornada y me asomé a la terraza. Era una de esas terrazas modernas que parecen cajas sin tapa: desnudas, limpias, vacías, sin montones de muebles tras los que esconderse, sin claraboyas ni comunicación con otras terrazas o tejados, para el caso de que haya que escapar. El claro de luna la iluminaba como si fuera de día, como una sala de baile. Pero logré encontrar un rincón en sombra, detrás de una chimenea; me acurruqué, saqué la lima y comencé a hacer la llave. Sabía, así, por sentimiento, hasta dónde tenía que limar; además, se trataba sobre todo de desbastar; el toque de lima decisivo lo daría después. Cuando me pareció que había hecho la llave que necesitaba me relajé, comí mi medio pan y luego fumé un cigarrillo. Tenía que esperar aún por lo menos cuatro horas. Tiré la colilla, me agazapé y me quedé dormido en seguida.

Me desperté exactamente cuatro horas después y advertí que el sueño me había sentado bien. Sentí que me encaminaba hacia la escalera con la tranquilidad del empleado que va la oficina: calmoso, sin nervios, fresco,

con la cabeza clara. Bajé despacito hasta el apartamento número tres y probé mi llave. No me había equivocado: iba casi bien. Me bastó con darle un repaso con la lima para que girase, y la puerta se abrió con toda suavidad.

El apartamento era realmente modesto, lo vi a la primera ojeada, uno de esos apartamentos de cuatro habitaciones y cocina, amueblado a la buena de Dios, que no ofrecen el menor interés para un ladrón. Y, sin embargo, había sido un gran personaje: el periódico lo decía con claridad. Desde el vestíbulo pasé al pasillo; había una puerta abierta y de ella salía un resplandor que no parecía de una lámpara. Era el claro de luna, como descubrí luego, que penetraba con un breve rayo en la habitación, a través de la ventana abierta sobre el jardín. Excepto ante el alféizar, la habitación estaba a oscuras; saqué una linterna y comencé a explorarla. Primero vi estantes y estantes llenos de libros, luego una mesa maciza completamente tallada, con garras de león, y luego las flores. Había gran cantidad, de todas clases, sobre todo rosas, claveles, gladiolos. De pronto, entre las flores, apareció la cara del muerto: tenía barba, bigotes y pelo blancos y brillantes como la seda; una cara bien alimentada y rosada; los párpados, transparentes, bajos; un hombre de setenta años, corpulento, imponente, próspero, aristocrático. Un muerto respetable, un muerto señor. Poco a poco bajé el haz de la linterna: vestía un frac negro, con una banda roja y amarilla que cruzaba la pechera blanca y una corbata blanca bien anudada bajo la barbita plateada. Y sus manos: cruzadas sobre el pecho, rosadas, pulidas, levemente pecosas, con las uñas cuidadas. El anillo resaltaba mucho: el verde de la esmeralda se destacaba sobre el dedo corto y un poco hinchado. Cogí la linterna con la izquierda, me incliné y, apretando el anillo con dos dedos, comencé a darle vueltas y a tirar. No salía, y entonces di un tirón más fuerte y se me quedó en la mano. Pero me pareció que el tirón había descompuesto al muerto, alcé la linterna y, en efecto, ahora estaba con la boca abierta y bajo sus bigotes de morsa se veían claramente muchos dientes de oro.

En aquel momento me sobresaltó un silbido ligero. Me volví de un brinco y entonces, en la ventana, sobre el alféizar, descubrí la cara de Silvano, casi cómica. Más pálido que el muerto, me miraba con los ojos muy abiertos. Luego dijo, en voz baja:

—Ah, has venido...

Fue cosa de un instante, y en aquel instante decidí engañarlo. Respondí, con calma:

—Sí, he venido... pero el anillo no está.

Hizo una fea mueca y susurró con voz estrangulada:

—No es posible.

—Ven tú aquí —le contesté— y míralo.

Trabajosamente, izándose con las manos, se sentó en el alféizar, dio la vuelta y cayó, de pie, en la habitación. Sin decir una sola palabra dirigí el haz de la linterna hacia las manos desnudas del muerto. El dijo de inmediato, tembloroso:

—El anillo lo tienes tú..., las manos no están en su sitio.

—No seas tonto...

—Sí, lo tienes tú... ¡Ladrón!

—¡Cuidado con lo que dices!

Esta vez no dijo nada, pero se me echó encima, tratando de palparme el bolsillo de los pantalones, precisamente donde tenía el anillo. Retrocedí, a oscuras, diciendo:

—¡Ten cuidado! ¡Van a descubrirnos!

Pero debía de haber perdido la cabeza y se lanzó de nuevo sobre mí. Al entrar había observado una puerta que se encontraba detrás de la mesa: debía de dar al vestíbulo. De modo que di la vuelta a la mesa, mientras él, en aquella penumbra, con las manos extendidas, avanzaba hacia mí; abrí la puerta rápidamente y entré. Pero no tan de prisa que no pudiera él ver, a la luz de mi linterna, que era la puerta de un guardarropa sin ninguna salida. Sentí girar la llave en la cerradura mientras yo me revolvía entre muchos abrigos y sombreros colgados de sus perchas y luego lo oí que decía en voz alta:

—¡Dame el anillo o te dejo ahí dentro!

Ahora, en parte por el calor y el sofoco de aquel cuchitril, estaba fuera de mí a causa de la rabia y le contesté que el anillo no se lo daría. Entonces se alejó de la puerta, sentí que encendía una luz y que se movía por la habitación. Pensé que buscaba algún otro objeto para consolarse por el anillo, y no me equivocaba. De pronto hubo un chillido agudo y un grito:

—¡Me muerde!

Después pasos, voces en el jardín, voces en la casa, puertas que se batían, conminaciones. Por último se abrió la puerta del guardarropa: la habitación estaba iluminada, varias personas sujetaban a Silvano por los brazos y, ante mí, estaban los consabidos carabineros.

Luego reconstruí todo lo sucedido: Silvano, desgraciado y tonto, queriendo rehacerse a toda costa, había metido los dedos en la boca del muerto con la idea de arrancarle los dientes de oro. Como si fueran flores que se cogen sin más, y no hicieran falta unas tenazas de dentista. El muerto, ante la sacudida, había cerrado la boca y él, aterrorizado, había chillado. Pero todo esto lo pensé más tarde, en la Comisaría. De momento, miré a Silvano y, con rabia concentrada, sacudí la cabeza: con aquella nariz no había nada que hacer; y toda la culpa era mía, que no lo había comprendido antes.

Pina

Quisiera saber por qué, cuando una mujer nos gusta, acaban por gustarnos incluso las cosas suyas que no nos gustan. Quisiera saber por qué, aunque hace tiempo que he comprendido que Pina no me va, me casaré igual con ella dentro de un mes más o menos.

Las cualidades de Pina están todas en su físico. Bajita, morena, dura como una fruta sin madurar, con una cara de muchacho y el pelo cortado como un hombre, me tiene a sus plantas por dos o tres cosas, siempre las mismas, que, sin embargo, me producen siempre el mismo efecto: el modo con que, bajo las faldas largas y astrosas que lleva en su fina cintura, mueve las piernas nerviosas, como si bailase; el modo en que me mira, al soslayo, fijamente, sin pestañear, con sus ojos redondos que parecen los de un búho; el modo en que, otras veces, se planta ante mí, de espaldas, y me dice: —«Súbeme la cremallera», y yo, al subirle la cremallera, veo su cuello moreno sobre sus hombros morenos completamente cubiertos por una pelusilla transparente como la de los melocotones. Pocas cosas; si no existieran, su

atractivo desaparecería en seguida. Pero ahí están y ella lo sabe, de forma que acabaré por casarme con ella.

Hablemos ahora de los defectos o, mejor dicho, del defecto, porque tiene sobre todo uno muy gordo: sus malos modales. Decir malos modales es decir muy poco, habría que decir modales villanos. En la vida hay quien va al trote y quien va al galope: Pina galopa. En suma, va a toda prisa, con el aire de quien dice:

—Menos charlas, vayamos al grano, no tengo tiempo que perder.

Y sus modales confirman esa impresión: siempre parece que corre, que se abre camino a codazos, impaciente, impulsiva, brusca, intolerante.

Yo he nacido, en cambio, con buenos modales. Claro está que podría permitirme también malos modales: soy grande, gordo, fuerte como un toro; peso noventa y cinco kilos a los veintiocho años; en el taller mecánico donde trabajo soy capaz de levantar yo solo un coche utilitario. Pero, precisamente porque soy tan fuerte, pongo mucha atención en mis gestos, en mis palabras. Y se comprende: cuanto más fuerte es uno más amable debe ser y no debe abusar de su propia fuerza. En cambio Pina, que me llega con la cabeza al pecho y que lo único fuerte que tiene es una voz gruesa y ronca (otra cosa que me gusta de ella, se me olvidaba), Pina, quizás por esto, siente la necesidad de imponerse con su prepotencia

Me casaré con ella, no hay nada que hacer. Pero de vez en cuando pienso en mandarla al diablo, a ella y a sus malos modales. Por ejemplo, anteayer, sin ir más lejos, durante una excursión que hicimos a Ostia.

Hacía calor, como sólo puede hacerlo en Roma alrededor de Ferragosto, después de que ya ha hecho calor durante dos meses. Pina, quizás a causa del calor, estaba hecha una furia aquella mañana. Me lo dio a entender tan pronto como nos encontramos en la calle, ante su casa:

—Hoy tengo un día malo... te lo advierto.

—Pues, ¿qué pasa?

—La sangre por las venas, la saliva por la garganta... ¿Qué quieres que pase? Nada.

—Pero, entonces, ¿por qué tienes un día malo?

—Porque una y una no son tres.

Fuimos a coger el tren a San Paolo, entre la consabida multitud excitada, hacia las once y media. Entramos en el tren, el vagón ya estaba completo, salvo un asiento allá al fondo; Pina se lanzó como una flecha y se sentó precisamente en el momento en que una muchacha no muy joven, blanca y frágil, tímida y comedida, justo lo contrario que ella, hacía ademán de sentarse. Más bien que sentarse es preciso decir que Pina se deslizó bajo el trasero de la muchacha en el momento preciso en que ésta, como una persona bien educada, lo dejaba caer despacito sobre el asiento. De forma que faltó muy poco para que aquella pobrecita se encontrase sentada sobre las rodillas de Pina. Se levantó inmediatamente, desconcertada, y dijo:

—Este sitio es mío.

—No, es mío..., estoy sentada yo.

—Pero usted me lo ha quitado en el momento en que iba a sentarme... Todos son testigos... ¿Qué modales son éstos?

—Los modales que necesito.

—Señorita —la muchacha era dulce pero firme—, ¡levántese o llamo al revisor!

Llamar al revisor entre aquella multitud era una amenaza que hacía reír. Y, en efecto, Pina lanzó una gran risotada. La muchacha, entonces, intentó cogerla de un brazo, diciéndole:

—¡Levántese, señorita!

Pero Pina le dio un golpe fuerte en la mano:

—¡Las manos quietas!

En este momento intervino el padre: un viejo con bigotes blancos y camisa a lo Robespierre abierta sobre un cuello arrugado:

—Señorita, ha hecho usted muy mal al dar ese golpe a mi hija... Y mucho más puesto que mi hija tiene razón... Será mejor que se levante.

—¿Y quién eres tú?

—Alguien que podría ser su padre.

—¡Mi padre! Querrás decir mi abuelo. ¿Qué quiere de mí este viejo verde? —esto lo dijo dirigiéndose a todos los que miraban, que, como pude advertir, no se rieron.

—Señorita, usted debe ceder ese sitio —el viejo, ahora, había alzado la voz y hablaba con autoridad. Pina chilló en seguida:

—¡Maurizio!

Maurizio soy yo. A regañadientes, porque me daba cuenta de que Pina no tenía razón y de que, además, aunque la hubiera tenido, yo habría hecho el papel del prepotente al enfrentarme a un viejo, me acerqué y le dije sin gran convicción:

—Oiga, le aconsejo que no insista.

El me miró, sacudió la cabeza mortificado y luego dijo:

—Bueno, está bien... Pero no hay ya educación —volviéndose hacia su hija.

Alrededor se produjo un murmullo de desaprobación; alguien dijo:

—¡Qué bonito!... Enfrentarse con un viejo..., aunque no fuera más que por la edad...

Y un joven se levantó y le dijo a la muchacha:

—Señorita, siéntese, por favor —mirándome desafiante.

Yo no dije nada, pero hervía de rabia, no tanto contra el joven, que, después de todo, se había mostrado amable, sino contra el proceder de Pina. Así, en silencio, con toda la gente de alrededor que nos miraba con malos ojos, como Dios quiso, llegamos a Ostia.

Le dije a Pina, yendo hacia la playa:

—Mira que no me gustan esos papeles de prepotente... Todos nos miraban con malos ojos y tenían razón.

—¿Y a mí que me importa? Quería sentarme y he venido sentada.

Llegamos al establecimiento de baños. ¡Jesús, cuánta gente! A duras penas, entre todos aquellos cuerpos des-

nudos tendidos al sol, se podía poner un pie para andar. El bañero nos advirtió de que deberíamos ir a una caseta con otras personas y a Pina se le ensombreció el rostro, pero no dijo nada. Llegamos a la caseta: estaba ocupada por una familia; padre y madre, ambos gordos y ancianos, y dos hijos, una muchacha muy mona, fina como un junco, y un mocetón moreno, como de veinte años. Buenas personas; y, en efecto, inmediatamente empezaron los cuatro: «Por favor, acomódense, entren, entren». Pina, a quien no le gustaba el hecho de la caseta compartida, respondió con rudeza:

—Total, aunque no nos lo digan vamos a acomodarnos igual.

Vi que los cuatro se quedaban con boca abierta, sorprendidos. Pero la muchacha observó ácida:

—¡Ha llegado la princesa!

Pina se quedó un rato en la caseta, y luego, cuando reapareció, la muchacha lanzó un grito:

—¡Mi vestido!

Miré: Pina, para colgar su ropa, había arrojado el vestido de la muchacha, arrugado, sobre una silla. La muchacha entró en la caseta, cogió el vestido y lo colgó de nuevo, sobre la ropa de Pina. Y, a su vez, Pina cogió el vestido y lo tiró al suelo:

—¡No quiero este trapo sobre mis vestidos!

—¡Va a recoger usted mi vestido! —dijo la muchacha con voz temblorosa.

—Hijita, ¡eres imbécil!... ¡Un cuerno te lo voy a recoger!

—¡Usted lo recoge!

Ahora estaban frente a frente, como dos gallos, muy guapas las dos.

Los padres se habían levantado; la madre decía:

—Desde que ha llegado no ha dejado de alborotar.

El padre rezongaba:

—Pero ¡qué modales!... ¿A dónde vamos a llegar?

Esta vez comprendí que la culpa de Pina era demasiado evidente, entré en la caseta, recogí el vestido y dije:

—Señorita, ¿dónde quiere usted que se lo cuelgue?

La muchacha, dulcificada, dijo que lo pusiera sobre el de su madre, y así lo hice. Luego me encerré en la caseta y me desvestí. Cuando salí vi que Pina se dirigía hacia la playa con el jovencito, el hermano de la muchacha. Hablaban, se sonreían. Comprendí que Pina la había tomado conmigo porque había recogido el vestido y quería castigarme. Pero me acerqué y le dije:

—Pina, ¿vamos a tomar un baño?

—Vete tú... Yo voy con... A propósito, ¿cómo se llama usted?

—Luciano.

—Yo voy con Luciano.

No dije nada y me fui a bañar solo. Ellos se encaminaron hacia la playa, a lo largo de la orilla, y desaparecieron pronto. Después del baño me sequé sobre la arena y luego volví a la caseta. La familia ya estaba comiendo en torno a una mesa llena de envoltorios. Pina, algo alejada, miraba una revista. Dijo con voz normal:

—¿Comemos nosotros también, no? —y yo cogí el paquete de la comida y me senté a su lado, en la escalerilla de la caseta.

Abrí el paquete, le di el panecillo, ella lo abrió y luego dijo con voz indignada:

—¿Qué porquería es ésta? ¿No sabes que no me gusta el jamón?

—Pero, Pina...

—Nada, no como.

—Señorita, ¿quiere aceptar esto? —era el jovenzuelo, que, ante las miradas de desaprobación de su familia, le ofrecía un bocadillo de ternera fiambre.

¿Han observado ustedes alguna vez que las personas groseras, cuando se esfuerzan por ser amables, parecen incluso ridículas? Así resultaba Pina con aquel joven entrometido: cogió el bocadillo con una sonrisa que parecía una mueca, le hincó el diente con otra sonrisa. Luego dijo que estaba incómoda y se fue a comer detrás de la cabina, a la sombra. De pronto me llegó su voz, mientras comía completamente solo:

—¡Dame algo de beber! ¿O es que quieres que me atragante?

Me levanté y fui a tenderle la botella del vino. Ella bebió y luego escupió el vino en la arena:

—¡Qué porquería! ¡Parece vinagre!

—Pero, Pina...

—¡Uf! ¡Déjame en paz con tu Pina!

—Señorita, ¿quiere un poco del nuestro?

Era, una vez más, el jovenzuelo, con una botellita. Ella aceptó en seguida, con su más hermosa sonrisa, enteramente falsa, y yo me alejé; él aprovechó para sentarse junto a Pina. Entonces me puse en pie y me fui a la playa. Me senté en la arena y miré al mar. Estaba fuera de mí, y de improviso pensé:

—¡Ya está bien! Se acabó, hoy vuelvo solo a Roma... Y no la veré más.

Esta decisión me tranquilizó. Ahora podía ver, si quería, detrás de la caseta, los cuatro pies juntos, los de Pina y los del joven, tendidos unos al lado de los otros; pero no me pareció que me importase nada. Me tumbé sobre la arena y muy pronto me quedé dormido.

Dormí bastante; luego me desperté y, por casualidad, los vi a los dos ante mí, dirigiéndose hacia el mar para tomar un baño. Hablaban, parecían bien avenidos: experimenté una sensación de celos. El mar estaba picado, en el momento en que entraban en el agua chocó una ola contra ellos. Pina lanzó un grito y retrocedió; el joven, con naturalidad, la cogió del brazo, como para sostenerla, pero muy arriba, bajo la axila. Entonces oí la voz de Pina que decía:

—Usted se aprovecha de la ola para restregarse contra mí, ¿eh?... Lo siento, pero conmigo no tiene nada que hacer... Ya se lo dije antes: las manos quietas.

—Pero yo...

—Yo, nada... Las manos quietas... ¿Qué? ¿Estoy hablando en chino?... Déjeme sola..., vuelva con su hermana: conmigo pierde el tiempo.

El joven se quedó muy a disgusto; y mucho más pues-

to que no debía de ser la primera mala contestación de este tipo. Dijo mortificado:

—Como usted quiera... La dejo sola.

—Eso, estupendo... ¡Déjeme!... Hasta la vista y gracias por la compañía.

De forma que él se alejó, volviéndose de cuando en cuando, como esperando que ella lo llamase; y Pina, completamente sola, entró en el agua y fue a agarrarse a la cuerda salvavidas. La miré largamente, ahora pensaba en reunirme con ella y hacer las paces. Pero me dije: «Maurizio, ésta es tu oportunidad»; y así, después de un rato, regresé a la caseta, me vestí, dije a la familia que advirtieran a Pina, pagué y me marché.

Di una vuelta por Ostia, no sabía por qué, quizás esperando encontrar a Pina. Luego me fui a la estación y entre la consabida multitud subí al tren. Estaba completamente lleno, me situé en un rincón, resignado a hacer el viaje de pie. De pronto, entre la muchedumbre, sentí la voz de Pina:

—... ¿y a mí que me importa?

—Señorita, ese sitio lo había ocupado yo, todos son testigos... Estaba mi bolso.

—Y ahora está mi culo.

—¡Maleducada!

—¡El que lo dice, lo es!

—Bueno, ¡levántese!... ¡Ahora mismo!

—¡Maurizio!

De forma que, pese a la muchedumbre, ella me había visto, y ahora me llamaba para que apoyase su habitual prepotencia. Me habría gustado no moverme, pero me atraía una especie de imán. Salí de mi rincón y me acerqué. Esta vez era una anciana muy cortés, gotosa, con una selva de cabellos blancos en la cabeza. Le dije, más mohíno que nunca:

—Señora, le aconsejo que no insista.

—¿Y usted quién es?

—Soy el novio de la señorita.

Y así, todo ocurrió como de costumbre: alguien le ofreció su asiento a la señora, todos me miraron de tra-

vés y Pina se quedó sentada. Pero ¿saben lo que dijo aquella señora al sentarse?

—¿Usted es su novio?... ¡Pobrecito!... Lo compadezco...

Y tenía razón.

Indice

El terror de Roma 7
La amistad 25
La ruina de la humanidad 33
Pierdepié 40
Viejo estúpido 48
Caterina 56
La palabra «mamá» 63
Las gafas 71
El perro chino 78
Mario 85
Los amigos sin dinero 93
Bu bu bu 101
Ladrones en la iglesia 110
Te toca a ti 118
Cara de bellaco 126
Un hombre infortunado 134
Echar a suertes 140
¡Tómate un caldo! 148
La vida campestre 156
Sus días 164
La excursión 173
El desquite de Tarzán 183
Rómulo y Remo 190
Cara de salchichero 198
El apetito 206
La enfermera 213
El tesoro 220
La competencia 229
Bajito 238
El guardián 246
La nariz 254
Pina 261